



Los invito  
a dialogar con Dios

*Rafael García Herreros: el hombre de Dios orante*



P. Diego Jaramillo Cuartas  
**Presidente Corporación Organización El Minuto de Dios**

Dr. P. Harold Castilla Devoz  
**Rector General UNIMINUTO**

Mg. P. Germán Gándara  
**Provincial Provincia Eudista Minuto de Dios**

Dra. Stephanie Lavaux  
**Vicerrectora Académica UNIMINUTO Virtual P.**

Fidel Oñoro, cjm  
**Decano Facultad de Estudios Bíblicos,  
Pastorales y de Espiritualidad**

Rocío del Pilar Montoya  
**Subdirectora Centro Editorial PCIS**

**Autor:** Rafael García Herreros

**Compilador:** Margarita Osorio

**Director de la obra:** P. Diego Jaramillo C., CJM

**Diseño & Diagramación:**

Sandra Rodríguez

Portada

xxxx

Primera Edición Bogotá

Tiraje 200 ejemplares

Corporación Universitaria Minuto de Dios

centroeditorial@uniminuto.edu

Calle 90 #87-69

Bogotá D.C - Colombia

2025

Corporación Centro Carismático Minuto de Dios

info@libreriaminutodedios.com



J. Martinez  
94.

# TABLA DE CONTENIDO

---

Esquema temático	00
Índice temático	00
Introducción	00
Rafael García Herreros enseña a orar	00
Oraciones a la Santísima Trinidad	000
Oraciones a Dios Padre y Creador	000
Oraciones a Jesucristo	000
Oraciones al Espíritu Santo	000
Oraciones a la Virgen María	000
Oraciones por el mundo y por Colombia	000
Oraciones ante la muerte	000
Cuentos para orar	000



J. Martinez  
94.

# ESQUEMA TEMÁTICO

---

A continuación, se presenta un esquema temático que le permitirá hacer un mejor uso de este libro de oraciones que se ha compilado con el objetivo de lograr un mayor acercamiento a Dios desde el diálogo personal e íntimo. El esquema orienta la finalidad de cada espacio de oración, y se complementa con el índice temático que le permitirá, de acuerdo con su necesidad, encontrar las páginas y ubicar las oraciones correspondientes.

## **1. Rafael García Herreros enseña a orar**

¿Qué es la oración? ¿Por qué orar? ¿Cómo orar? Descubrir. Comprender. Acercarse. Encontrar. Escuchar. Amar. El poder de la oración.

## **2. Oraciones a la Santísima Trinidad**

La relación con Dios Uno y Trino. Dios cercano, su misterio infinito, su vida interior. Su acción creadora, redentora, santificadora.

### **3. Oraciones a Dios Padre y Creador**

Sumergirse en Dios real, personal, presente, cercano, amoroso. Superación del olvido, encuentro con Dios. Gratitud. Silencio. Realización de su Voluntad. Adoración. Libertad.

### **4. Oraciones a Jesucristo**

Señor, Salvador, Sacerdote, Verbo Encarnado, Médico divino. Pan de vida. Conocerlo. Permanecer en Él y en su Palabra. Su llamamiento. Convertirse al amor. Hacer un acto de fe y de puro amor. Conmoverse por su amor. Saberse perdonado. ¿Qué hago yo por Él?

### **5. Oraciones al Espíritu Santo**

Hacer una oración pura, desinteresada, agradecida. Suplicar el bautismo en el Espíritu Santo. El Espíritu: delicado, íntimo, misterioso, personal, respetuoso, poderoso, abrumador, dador de carismas.

### **6. Oraciones a la Virgen María**

Presentada a Dios. Madre del Verbo, hecho inconmensurable. Adoración, silencio, agradecimiento. Ligada al misterio del amor, llena del Espíritu. Mirarla como Jesús la miraba. El Hijo, parecido a la Madre. Madre nuestra, intercesora, muestra el camino hacia Jesús. Su Corazón. Virgen del Rosario.

### **7. Oraciones por el mundo y por Colombia**

Callar para reconocer la presencia de Dios. Hermanos de todos. Compensar el mal con oración, adoración, arrepentimiento, conversión. Hablar de Dios alegre y

pacifica el país. Orar para hacer el bien, servir, restañar la herida de crímenes y de violencia, cumplir la tarea de amor. Oración por el benefactor.

## **8. Oraciones ante la muerte**

Ven, Verbo de Dios. Todo me clama que te ame. ¿Viviré eternamente? Hablar de Dios. Amarlo hasta morir.

## **9. Cuentos para orar**

El joven juglar que hablaba con la Virgen. Las lágrimas de un sacerdote. La oración para ser sacudidos por el Espíritu y vivir en alegría y libertad.



J. Martinez  
94.

# ÍNDICE TEMÁTICO

## **Adoración:**

6,14,19,22,25,29,30,31,33,43,48,50,53,79,89,90,99,100,113,115,  
117,123,131,135,167,171,172,175,177,186,196,198,199,201,207,  
208,221,255,264.

## **Alabanza:**

19,22,26,31,79,89,90,93,98,100,117,170,171,175,176,177,190,  
196,208,209,223,228,257,264.

## **Colombia:**

2,11,12,22,35,52,72,99,118,128,144,146,150,158,161,163,166,  
173,193,207,226,230,231,244,262,263,264,265,266,267,268,  
270,271.

## **Dios:**

2,3,4,5,6,8,9,10,11,12,13,14,15,16,17,18,19,20,22,23,24,25,26,29,  
30,31,33,34,35,37,38,39,40,41,42,43,44,45,46,47,48,49,50,51,52,  
53,54,55,56,57,58,59,60,61,62,63,64,65,66,67,70,71,74,75,76,78,  
79,80,82,83,84,85,86,87,88,89,90,93,95,97,98,99,100,101,103,  
105,108,109,110,112,113,114,115,116,117,118,119,120,121,123,  
124,126,127,,129,131,132,133,134,136,137,138,142,144,145,146,

148,152,153,154,155,156,157,158,159,161,162,163,165,167,168,  
170,171,172,173,174,175,176,177,178,179,180,181,182,184,185,  
186,187,189,190,191,192,193,194,195,196,198,199,200,201,202,  
203,205,206,207,208,209,211,212,214,217,218,221,222,223,224,  
225,226,227,228,229,230,231,233,234,236,238,240,241,244,245,  
247,252,253,256,257,258,259,260,261,262,264,265,266,267,268,  
269,270,271,272,273.

**Encuentro:**

3,37,42,92,140,152,189.

**Experiencia:**

3,9,20,21,27,28,68,74,106,122,146,155,166,177,237,267,270.

**Gracia:**

2,3,4,18,22,24,26,44,46,52,61,72,74,83,85,88,105,145,154,155,  
158,162,180,185,186,189,195,201,202,205,211,212,214,232,241,  
243,245,254,260.

**Gracias:**

4,22,25,34,44,46,52,62,88,93,101,114,115,118,123,143,159,177,  
192,197,202,203,212,218,240,252

**Jesucristo:**

2,3,5,11,12,16,17,18,19,20,21,22,25,26,27,28,29,30,31,32,48,53,  
56,57,58,59,60,64,65,66,67,68,70,72,73,74,75,76,77,78,79,80,86,  
89,90,91,92,93,94,95,96,97,98,99,100,101,104,105,106,107,108,  
113,117,118,121,124,125,127,128,129,132,133,137,152,153,154,  
155,156,157,165,166,167,168,170,175,177,179,183,184,185,186,  
187,189,190,19,194,197,200,202,203,207,208,209,211,217,220,  
221,222,223,224,225,228,229,231,232,233,234,235,237,240,241,  
243,244,245,253,254,255,257,259,260,261,262,264,265,272.

**Oración:**

2,5,6,7,11,21,22,25,27,29,30,31,32,33,51,70,78,25,90,91,98,104,  
110,113,114,115,116,123,136,152,154,155,156,166,168,170,171,  
172,173,177,179,197,198,203,220,224,226,229,236,237,238,241,  
343,244,255,256,257,258,262,267,270.

**Padre:**

2,3,6,8,11,13,14,18,22,27,29,30,32,47,48,49,53,54,56,57,58,60,61,  
64,71,74,78,79,83,90,97,98,106,113,115,116,121,122,127,128,  
129,138,139,140,147,149,152,154,157,158,159,161,162,166,167,  
168,169,174,176,182,186,187,189,190,201,214,235,237,238,239.

**Petición:**

172,197,237,238.

**Trinidad:**

2,13,49,60,61,73,83,119,153,159,167,186,238.

**Virgen María:**

2,26,27,186,189,190,191,192,193,194,195,196,198,200,201,202,  
203,204,205,207,208,209,211,212,213,214,216,217,218,220,222,  
224,225,226,227,228,229,230,231,233,235,238,240,241,242,243,  
244,245,249,264.

**Verbo:**

2,12,18,30,47,60,76,80,99,113,132,133,134,135,136,137,138,139,  
140,141,159,167,178,179,186,194,195,197,198,201,202,207,208,  
211,214,224,233,252,265.





Con mucha frecuencia el padre García Herreros hablaba con Dios y hablaba de Dios. Oraba y compartía luego la experiencia que iba viviendo en la celebración diaria de la eucaristía, en la Liturgia de las Horas, en la asidua lectura de la Biblia y en la meditación cotidiana.

En el diálogo con quienes le rodeaban, en su programa diario por la televisión o en sus abundantes escritos aparecían ideas que habrían sido amorosamente pensadas antes de ser expresadas a los demás.

En este libro se han seleccionado algunos párrafos García-herrerianos que revelan la fisonomía espiritual de su autor y que nos invitan a considerarlo como un compañero de viaje, que va guiando en los caminos de la oración hasta que lleguemos con él al encuentro personal con el Creador.





J. Martinez  
94.

# INTRODUCCIÓN

*Agradecemos al padre Diego Jaramillo, cjm, biógrafo del Siervo de Dios, por su labor de compilación y publicación de la Colección de Obras Completas del padre Rafael García Herreros, de la cual hemos tomado los textos que aquí se presentan.*

El Siervo de Dios Rafael García Herreros (1909-1992), sacerdote eudista, un referente indiscutible de la fe y la acción social en Colombia, consideraba la oración como el pilar fundamental de su vida y ministerio. Su profunda conexión con Dios, cultivada a través de la oración constante, personal y comunitaria, espontánea y litúrgica, fue la fuente de su inagotable energía y el motor que lo impulsó a servir a los más necesitados.

Para él la oración no era un simple ritual ni el cumplimiento de una obligación, sino un encuentro personal, íntimo y profundo con Dios. A través de la oración, encontraba consuelo, fortaleza y dirección para enfrentar los desafíos de su ministerio. La oración lo conectaba con Dios, fuente de vida, sabiduría y amor infinito, que lo capacitaba para:

- Comprender la voluntad de Dios: le permitía discernir el camino que Dios tenía trazado para él y su obra.

- Recibir la gracia divina: a través de la oración, el padre Rafael experimentaba la presencia del Espíritu Santo, que lo fortalecía en su misión y lo configuraba con Cristo.
- Interceder por los demás: la oración era para él un acto de amor y servicio, a través del cual presentaba las necesidades de la gente a Dios.

Su vida estuvo marcada por una creatividad y una capacidad de innovación asombrosas. Muchos de sus proyectos y programas sociales nacieron de momentos de profunda oración y reflexión. La oración le permitía:

- Afrontar situaciones difíciles: asumir con paz y fortaleza situaciones complejas que no estaba en sus manos cambiar.
- Encontrar soluciones creativas: en los momentos de mayor dificultad, la oración le proporcionaba la claridad mental necesaria para encontrar soluciones innovadoras.
- Inspirar a otros: su testimonio de fe y su compromiso con la oración inspiraban a quienes lo rodeaban a vivir una vida más profunda y significativa.

En esta recopilación de algunas pistas para orar, reflexiones y oraciones del Siervo de Dios Rafael García Herreros, encontrará el lector: en la primera parte, orientaciones para orar, fruto de sus experiencias personales y comunitarias; en las siguientes partes: oraciones dedicadas a la Santísima Trinidad, a Dios Padre, a Jesucristo, al Espíritu Santo y a María. En la parte final: oraciones ante muerte y algunos cuentos que inspiran para orar. En cada página se indica de qué libro del Siervo de Dios fue tomado el texto.

El legado del padre Rafael García Herreros sigue vivo hoy en día, gracias a la obra El Minuto de Dios, a las numerosas iniciativas sociales y espirituales que inspiró y a la vigencia de su pensamiento, ideales y espiritualidad. Su énfasis en la oración como fundamento de la vida cristiana sigue siendo relevante para las nuevas generaciones.

Confiamos que esta selección inspire a los lectores a vivir experiencias nuevas de oración que animen su proyecto de vida y su servicio a los hermanos, especialmente a los preferidos de Jesús, los pobres, a quienes se entregó con decisión el Siervo de Dios Rafael García Herreros.

A todas las personas de buena voluntad que quieran encontrar en el Siervo de Dios la Fuente viva a la cual él acudía para saciar su sed, les ofrecemos estas páginas, en las que encontrarán grandes tesoros.

Alirio Raigozo Camelo

---

Director Centro de Pensamiento Social Rafael García Herreros  
Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad - FEBIPE  
UNIMINUTO

IV Semana Rafael García Herreros Bogotá, noviembre de 2024



J. Martinez  
94.

# COMPRENDER

Sin oración es imposible que nos mantengamos en gracia. La reorganización del mundo y de la ciudad, ese establecimiento del nuevo reino de Jesucristo no se logrará sólo con cambios sociales, sino con unión con Dios por la plegaria.

¿Qué es orar? Orar es escuchar íntegramente a Dios en nuestra vida, con el sometimiento de todo nuestro ser a Él. Orar no es mandar a Dios una cosa, ni hacerlo cambiar de parecer, ni pretender poner su voluntad a nuestro servicio.

Orar es la expresión de nuestra más profunda y filial sumisión a nuestro Padre. Es esforzarnos por adaptar el plan de Dios; es comprender lo que Él quiere y **quererlo** con Él y realizarlo.

Lo que debe cambiar no es la divina y paternal voluntad de Dios, sino la nuestra. Es verdad que no es fácil decir Sí a Dios, aceptar lo que Dios dispone, saber discriminar lo que debemos aceptar y lo que debemos transformar. Aceptar a nuestro prójimo tal como es y contemplarlo en su altísima dignidad de hijo de Dios.

Saber descubrir a Dios en los acontecimientos, no someternos a ellos con un fatalismo mahometano que dice: “Así estaba escrito”; sino tratar de entenderlos según una mirada divina. Formar conciencia de que todos estamos influyendo, a nuestra medida, en el curso de la historia.

Comprender que nuestro paso por el mundo ha de dejar un rastro bueno o nocivo para siempre. Todo esto se aprende, se comprende, se ilumina en la oración, medio necesario para cultivar el amor a Dios.

# ENCUENTRO ÍNTIMO CON DIOS<sup>2</sup>

La experiencia más extraordinaria que nos puede suceder en la vida es el encuentro personal con Dios. Nosotros vivimos ordinariamente en la distracción, en el pecado, en la tristeza, en la superficie; pero si obtenemos este don personal que se llama encuentro íntimo con Dios, se transformará totalmente nuestro vivir.

El mundo, las bellezas del universo, toda la creación son una voz y una invitación, pero no son capaces de hacernos encontrar plenamente al Dios vivo. Hay un abismo entre una criatura y Dios. La creación solamente nos puede hacer desear a Dios, nos puede traer la nostalgia de Dios; pero nada de lo humano ni de lo visible puede ponernos en contacto directo, personal y real con Dios.

Ese diálogo, esa intimidad con Dios se llama gracia, es un don de Dios, totalmente gratuito. El encuentro personal con Dios se hace a través de Jesucristo, el Hijo de Dios, que vino al mundo y

---

<sup>2</sup> Ver: "Palabras a Dios", Colección Obras Completas No. 9, Bogotá, 2010.

murió para que nosotros tuviéramos vida, para que halláramos a su Padre. El encuentro con Dios se hace en la Tierra, por medio de la fe, que es un regalo de Dios.

Cuando tenemos la desgracia de perder la fe, perdemos el camino que nos conduce a Dios. El hombre puede alejarse de Dios por el pecado, por la infidelidad; pero Dios no abandona al hombre, Dios siempre está siempre ofreciendo su perdón y su amor.

Esta semana podría ser para nosotros la semana de la reconciliación. Para nosotros los pecadores, para nosotros los distraídos, los superficiales, los que estamos lejos. Encontrar a Dios es abrirnos a Él. Tener la sensación de que somos perdonados, de que estamos redimidos, de que sucedió en nosotros algo divino que se llama renacer, como Nicodemo.

Toda la creación está abierta a Dios, como una rosa. Solamente el hombre tiene la trágica capacidad de cerrarse ante Dios y de vivir aislado dentro de sí mismo. Vivir en su tristeza, en su alejamiento, en su melancolía.

El único auténtico acercamiento a Dios se hace a través de Cristo; y la llegada de Dios al corazón se llama gracia, que se obtiene ordinariamente por Jesús y por los sacramentos. La actitud del hombre, para propiciar este acontecimiento supremo de su vida que es el encuentro con Dios, es la actitud de la humildad y del amor al prójimo.

Yo no sé si tú has entrado en contacto personal con Dios, si tú te has sentido poseído por Dios, si te has sentido perdonado, consolado, o si solamente has tenido la nostalgia, el vago deseo

de Dios. Todo nos invita a hacer una pausa propicia para el encuentro con Dios. Como preámbulo para este misterio de transformación personal, se necesita bajar la cabeza orgullosa, pedir perdón como David, aceptar a Jesús y a su comunidad, que se llama Iglesia.

¿No será esta semana, esta noche misma, el momento propicio para el encuentro con Dios, del cual hemos tenido siempre una íntima nostalgia?

# ACTO PROFUNDO DE AMOR A DIOS<sup>3</sup>

De vez en cuando, todos los días, si es posible, debemos reconcentrarnos en un acto profundo de amor a Dios. Desde el abismo en que nos hallamos, en la Vía Láctea, desde este abismo rodeado de inmensos espacios, perdidos en las inmensas distancias, envueltos en lejanías, va transcurriendo nuestra vida, muchas veces distraída por la lista insignificante de nuestros quehaceres diarios.

Pero nosotros como cristianos, nosotros como conscientes, debemos romper la monotonía y la banalidad de las cosas que nos rodean, y acercarnos a la inmensidad de Dios.

Dios debe ser para nosotros el infinito Ser amado, debe ser el origen de todo y el fin de todo. De donde provinimos en un acto de amor y hacia donde iremos también en un bello acto de amor.

Debemos volver frecuentemente nuestra mirada a Dios, extasiados. Debemos descubrirlo por todas partes. Descubrirlo en las flores, descubrirlo en las piedras, descubrirlo en los mares, descubrirlo en los cielos y, sobre todo, descubrirlo en el hombre.

---

<sup>3</sup> Ver: "Palabras a Dios", Colección Obras Completas No. 9, Bogotá, 2010.

A pesar de ser Dios totalmente inaccesible e impensable e inalcanzable, debemos tener momentos de una íntima cercanía con Él. Dejarnos penetrar de Él. Dejarnos invadir de Él en todas las intimidades de nuestra vida.

No debemos ser unos perpetuos aislados de Dios. No debemos ser unos perpetuos abstraídos y completamente atolondrados ante el infinito misterio que nos rodea, el misterio de Dios. Volvámonos amantes de Dios. Volvámonos fervorosos de Dios, respetuosos de Dios. Hagamos lo posible por cumplir sus mandamientos.

De Dios sabemos poco. Sabemos que existe, que fue el Creador universal; sabemos que nos ama con un amor infinito, sabemos que envió a su Hijo a la Tierra, en un acto inconcebible de ternura para el hombre, y sabemos que estamos encaminados hacia Él.

Cualquier imagen que nos hagamos de Dios, fuera de Cristo, es falsa. Cualquier idea que tengamos de Él es insuficiente. Pero, a pesar de esto, nosotros, los mínimos seres que existimos un instante en el universo, tendamos hacia Dios. Tratemos de acercarnos a Dios, abismémonos en Él y, en ciertos momentos, tomemos la vocería de todo el universo para adorarlo, para darle las gracias, para expresarle nuestro amor.

La agonía verdadera del hombre es saber que está rodeado del infinito ser de Dios, es saber que es amado por el infinito amor de Dios, y no poder hacer nada y no poder responder debidamente a este infinito amor, a esta infinita belleza, a este infinito Ser que nos rodea toda la vida.

# ESCUCHE LA VOZ DE DIOS<sup>4</sup>

Tome usted este momento como un llamamiento especial, como una palabra íntima y secreta que Dios le dirige, como un pan espiritual, como un vaso de agua pura que le viene del cielo. En este momento, Dios quiere que usted aleje todo pensamiento extraño y escuche su voz. Una voz interior, nueva, que usted quizá nunca ha oído.

Voz que le habla de la santidad, que le habla de la integridad, que le habla de alejarse del vicio, de encontrar la paz, de hallar el camino de la única felicidad posible.

Sienta usted que Dios, a través de Jesucristo, lo invita a la vida cristiana verdadera, a la vida de oración, a la vida de hogar, a la vida de seriedad interior. A que abandone el pecado, a que abandone toda violencia, todo odio íntimo, todo egoísmo, todo amor que es infidelidad; a que comprenda que usted debe participar en la construcción de un mundo nuevo, de un mundo justo y amable para todos. Que debe eliminar de su vida la injusticia, la frialdad, la impiedad.

---

<sup>4</sup> Ver: "Acuérdate de Jesucristo", Colección Obras Completas No. 15, Bogotá, 2009.

Abra su corazón y diga usted, con toda verdad, con toda seriedad:

Jesucristo, te acepto, te acepto como a mi redentor. Estoy arrepentido de todos mis pecados. He pecado mucho en el recorrido de mi vida. Me he olvidado de Ti. He olvidado que un día te encontraré, cuando vengas a mi vida a pedirme cuentas de todos mis actos.

Oh Jesucristo adorable, déjame tomarte las manos, déjame besarte los pies, déjame hacer actos de amor y de fe hacia tu persona. No quiero ser un cristiano que nunca piensa en Ti y que nunca te ama.

Yo quiero pertenecer a la Iglesia de los santos, a la Iglesia de los convertidos; no quiero seguir formando parte de los miles de cristianos inconversos, que jamás piensan en Ti, que jamás han producido un acto de amor hacia Ti ni han hecho una sola obra en serio, en servicio de tus criaturas, los hombres.

Ven, Señor Jesús; ven, Cristo eterno; ven, perdóname; ven, ten compasión de mí.

# EL PODER DE LA ORACIÓN<sup>5</sup>

El mundo misterioso de la oración nos es casi desconocido. El poder inmenso que el Señor prometió a la plegaria está por descubrir. En el capítulo 14 de san Juan, leemos estas palabras: “De cierto les digo, el que en Mí cree hará las obras que yo hago y aún mayores, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidan al Padre en mi nombre lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo piden en mi nombre, yo lo haré” (Jn 14, 12-13).

También en el capítulo 18 de san Mateo, leemos esta importante enseñanza: “De nuevo les digo, si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt 18, 19-20).

Hay una promesa de Jesús impresionante, que es como un desafío a nuestra fe: “Lo que pidan a mi Padre en mi nombre se les dará”. Aquí se insinúa el inmenso mundo de poder de la

---

<sup>5</sup> Ver: “Quiero ser cristiano”, Colección Obras Completas No. 26, Bogotá, 2012.

oración. Nunca lo hemos ensayado seriamente. Hemos hecho, posiblemente, oraciones supersticiosas, interesadas, egoístas; pero no hemos entrado en la oración verdadera y de éxito seguro que Jesús nos invita a ofrecer.

Las palabras de Jesús en san Mateo nos enseñan cuál es el modo que se debe seguir para lograr una oración eficaz. Si dos o tres se ponen de acuerdo para orar, no por fruslería, no a pedir sacarse un billete de lotería, no a pedir lo vanidoso, sino lo realmente necesario para la vida: la salud, la paz, la liberación del pecado.

Pero es necesario que la oración se haga en compañía de otro, de dos o tres, dice la Escritura. La oración realizada en compañía de dos creyentes tiene éxito total. Esta es la inmensidad de la fuerza de la plegaria. Debemos ensayar un nuevo modo de orar. Cuando dos o tres se ponen de acuerdo para orar, decía Jesús, serán escuchados. La oración debe dirigirse al Padre, en el nombre del Señor Jesús. Es una oración de familia.

Es posible que nunca hayamos orado con otra persona, que nunca ustedes hayan orado con su esposa, con su esposo, y que todas sus relaciones mutuas sean simplemente humanas, temporales o carnales, pero nunca hayan tributado la plegaria de la adoración. Si ustedes oran con su esposo, con un fervor absoluto, con una fe inmovible al Padre, en el nombre del Señor Jesús, serán oídos, con seguridad.

Nos quejamos muchas veces de la tristeza de la vida, de las enfermedades, pero olvidamos la oración, que puede borrar casi todo lo que nos aqueja. Repito las palabras de Jesús en San

Mateo, capítulo 18, versículo 19: “Si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieran, será hecho por mi Padre que está en los cielos”.

No se trata de una larga lista de peticiones insulsas. Sino una: la que verdaderamente nos aqueja, la que bloquea nuestra alegría y nuestra felicidad, la que no está en el plan de Dios. Esa necesidad, esa dolencia, ese mal, esa desviación, esa pesadumbre serán quitadas por el Señor, por la oración de dos o tres que oren al Padre, en el nombre del Señor Jesús.

Por supuesto que el que ore, los que oren deben estar sin pecado. Deben estar sin odios, deben estar limpios de corazón.

El inmenso mundo del poder de la oración está por descubrir para nosotros. Ensayémoslo. Librémonos del mal que nos agobia, con este medio tan a la mano, tan sencillo, tan poderoso como es la oración, poniéndonos de acuerdo dos o tres, con plena humildad y en absoluta fe.

# QUIERO INVITARLO A ORAR<sup>6</sup>

Quiero invitarlo a usted a orar; a usted, que quizá nunca ha orado desde que su madre le enseñó el Padre Nuestro. A usted, que está envuelto en tantos trabajos, en tantas actividades y preocupaciones y, posiblemente, en tantos pecados y en tantas defecciones.

Usted, que está ocupado desde la mañana, cuando lee el periódico y se distrae; desde las siete y media, cuando se va a su trabajo esclavizante; y vive posiblemente alienado por todo el barullo del mundo que nos rodea: en la oficina, donde perpetuamente hay ruido; en el colegio, en la universidad, en el laboratorio, en el consultorio, en la fábrica, en la hacienda. Usted, que por la noche llega fatigado y, cuando podría concentrarse, se distrae y se absorbe en los programas de la televisión.

Quiero invitarlo a usted, que nunca ha tenido tiempo para orar, a orar en esta noche. No vaya a pasar la página de este libro. Diga conmigo:

Dios infinito. Dios santo. Dios adorable. Dios, mi Creador. Dios, mi amante. Dios, mi Providencia: yo, insecto de un instante en el universo, tiendo hacia Ti, quiero expresarte mi fe. Rechazo

---

<sup>6</sup> Ver: "Palabras a Dios"

en este momento mi antiguo ateísmo, mi apostasía. Quiero envolverme en Ti, Dios, que me amaste tanto, que enviaste a tu Hijo unigénito para que, si creo en Él, no perezca, mas tenga vida eterna (cf Jn 3, 16).

Déjame, Dios, gritar en silencio. Déjame abrir los brazos hacia Ti, quedando inmóvil. Hazme palpar de amor hacia Ti. Un amor que me reconcilie con tu infinito amor. Un amor que exprese una inmensa fe que me salve.

Oh Dios, que estás esperando desde hace mucho tiempo mi ternura, mi rendimiento, mi total sumisión. Oh Dios: quisiera compensar mi gran olvido de tantos años, mi gran desobediencia a Ti, mi gran menosprecio de tu santo Nombre, de tus mandamientos, de tu santidad, de tu Iglesia.

Quisiera compensar mi gran desamor hacia Ti, hacia los hombres que Tú creaste y que me rodean y hacia las cosas con que Tú adornaste el mundo. Tiendo hacia Ti, oh Dios, mi vida. Quiero volverme, de ahora en adelante, sumergido en Ti, relacionado contigo, al acecho continuo tuyo. Quiero oírte, quiero mirarte, quiero verte por todas partes. Quiero rendir mi vida a tu servicio.

Oh Dios, óyeme. No me dejes vivir solitario en el mundo. Sin Ti, es la gran soledad. Oh Dios, oh Infinito silencioso, oh Infinito locuente, oh el perpetuamente buscado, el que habla por todas partes y en todo y no se le ve; el que dejaste perfume tuyo en todo el universo y, sin embargo, no se percibe.

Déjame orar un momento, oh Dios. ¡Déjame afirmarte, con toda la sinceridad de mi alma, como si fuera el supremo momento, que creo en Ti y que te amo!

## BUSCARTE, SEÑOR<sup>7</sup>

Buscarte, Señor, buscarte desde niño en los ojos de mi madre; buscarte desde adolescente en el rostro y en la palabra de mi maestro. Buscarte a la orilla de un bosque, oyendo el rumor de los árboles y percibiendo el perfume de sus gajos, de sus resinas y de sus flores.

Buscarte por todas partes, como una obsesión. Buscarte en las estrellas lejanas, acompañado del astrónomo o de los que saben de ellas. Buscarte en los ojos de los hombres, en su mirada, en sus palabras, en su cuerpo y en el alma de las creaturas. Buscarte y nunca hallarte.

Buscarte en todas partes y constatar que huiste, que ahí no estás Tú. Buscarte y tener en ciertos momentos la ilusión de que te he encontrado, de que ya se siente tu presencia y tu aroma, y acercarme y ver y palpar que ya te alejaste. Penetrar en mi corazón y ver un inmenso anhelo de Ti, y sólo ver el vacío que me dejó tu ausencia.

---

<sup>7</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Buscarte, oh Dios, afanosamente, desesperadamente; saber que estás en todas partes, y no hallarte. Saber que en todas partes dejas la impronta de tus manos y no verte a Ti, oh Dios, el buscado, el zeturmenus, el perpetuamente rastreado. Buscarte como busca el perro de caza la presa, como busca el minero el filón deseado. Subir a lo más alto, bajar hasta lo más profundo y siempre hallar lo que Tú no eres, lo que no estoy buscando.

Buscarte en la poesía de los poetas, buscarte en la música. Tener ciertos momentos la sensación de hallazgo; pero, después, quedar con las manos vacías, cuando estaba a punto de hallarte y de abrazarte. Saber que sólo Tú tienes la atracción infinita, que Tú sólo eres bello, sin defectos y sabio y bueno, sin limitaciones.

Saber que la vida se me irá buscándote, sin nunca plenamente hallarte. Estar oyendo tus voces, estar rodeado de tus sombras, de tus luces y por ninguna parte sentir la absoluta experiencia de que te encontré. Saber que así le pasó a todos. Les pasó a los profetas, les pasó a los poetas, les pasó a los soñadores, les pasó a los místicos, les pasó a los contemplativos. Saber que esa es la condición del hombre en el mundo: ¡Buscarte! ¡Buscarte!

## EL RIESGO DE CREER<sup>8</sup>

En estos tiempos de incertidumbre en que todos los dogmas son atacados, en que se duda de todo, en que se quiere voltear la página del pasado y empezar todo nuevo, de distinta manera, debemos renovar nuestra fe en Dios.

Noticias vienen de todas partes, trayendo rumores inquietantes. Se dice que el hombre ya no necesita de lo sobrenatural y de lo eterno, que eso era mito. Se dice que el único Dios verdadero es el hombre. Que la única vida es esta vida. Que el único propósito es el temporal, que todo lo demás no existe.

Nosotros, en estos tiempos de incertidumbre, debemos renovar nuestra fe en Dios. Es verdad que sentimos, como todos, la grave tentación de la duda, pero debemos hacer un acto de fe, reafirmar nuestra fe en Dios, en Cristo y en la eternidad. Vendrán peores tiempos todavía. Soplan vientos de invierno. Y se viene encima la noche.

En vísperas de la oscuridad, debemos decir: Dios mío, yo creo en Ti, yo quiero correr el riesgo de toda mi vida, de creer en Ti. Es un riesgo maravilloso y sublime. Yo quiero creer en Ti para

---

<sup>8</sup> Ver: "Palabras a Dios"

siempre. Yo creo que Tú no eres la materia primigenia que Tú creaste, la materia; yo creo que todo evolucionó porque le diste fuerzas vivas para evolucionar hasta el hombre, hasta Cristo.

Creo que el inmenso silencio es efecto de nuestros ruidos, de nuestras voces. Tú no puedes hablar en un mundo donde sólo se oye el vocerío de los hombres y no hay campo para el silencio. Yo sé que Tú no estás muerto; yo rechazo la muerte de Dios, como dicen ahora.

Quiero afirmar tu amor y tu existir. Quiero verte en todas partes, en la belleza de la Tierra y, sobre todo, en la belleza del hombre. Es bello el hombre, con sus ojos pensativos, con su extraordinaria inteligencia, con su secreto y con su amor. Quiero dedicarme al hombre. No quiero distraerme de él. Quiero valorarlo en lo que vale.

Cada día me doy más cuenta de que lo único que salva la vida y salva el tiempo es llegar al hombre, amarlo, servirle; pero mirar al hombre significa descubrirte en él. Dios mío, yo rectifico, reafirmo mi fe en Ti. Sé que la noche viene. Sé que tu fe va a entrar en turbión, que no permitirá ver ni derecha ni izquierda. Sin embargo, quiero agarrar firmemente y para siempre la creencia, la fe en Ti.

Yo sé que la Iglesia Católica debe purificarse de muchas cosas secundarias e invenciones humanas que a lo largo del tiempo se sumaron a la simplicidad de su dogma y de sus mandatos. Su dogma primero eres Tú y Cristo y lo que dice el Evangelio, nada más. Su mandato primitivo era también el solo Evangelio, sin añadiduras.

Yo sé que la Iglesia está en vía de purificación, pero básicamente quiero renovar para siempre mi fe en Ti, Dios mío, como en una Persona, como una sustancia distinta del mundo, pero creadora del mundo, en el cual estamos, vivimos y nos movemos.

Dios mío, cuando llegue la noche, cuando llegue la tempestad que se avecina, yo rastrearé tu camino, yo seguiré caminando a oscuras, arrastrado, sin titubear, por la cuerda de tu fe; siguiendo, sin titubear, el tenue llamado de tu fe.

# VENGA USTED CONMIGO<sup>9</sup>

¿Ha experimentado usted a Dios en su vida? ¿Ha intentado sumirse en su inmensidad, en su realidad, en su infinita presencia? ¿Ha sentido usted nostalgia de Alguien infinitamente amoroso que lo rodee, que lo proteja, que lo pacifique, que lo colme, que lo ilumine?

Es muy importante para el hombre buscar perpetuamente a Dios y encontrarlo siempre y siempre estar intentando acercarse a Él.

Alejémonos unos minutos de lo visible. De lo que no puede darnos la perfecta alegría. Apartémonos de eso y sumámonos en el abismo claro y oscuro, inaccesible y siempre penetrable, de Dios.

El hombre tiene necesidad absoluta de emprender el camino del misterio, el camino hacia lo invisible, el camino hacia el origen y hacia el fin de su existencia. El hombre no se satisface con nada de lo visible. Esa es su característica.

---

<sup>9</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Venga usted conmigo y encaminémonos al misterio. Ensayemos una breve oración: Dios adorable; Dios, creador del universo; Dios, el amante del hombre; Dios, el que trazó el enigma de la vida humana y el único que nos lo descifra.

Yo te busco, yo te anhelo, yo me uno con todos los que te han buscado a lo largo de los siglos. Me uno con los hombres que han pasado la vida anhelándote. Los de todas las razas, los antiguos, prehistóricos, los que se sentaban entristecidos en los témpanos de hielo de los glaciales y te buscaban en vano y deseaban poseerte. Los antiguos egipcios, que levantaron sus pirámides como un anhelo de piedra hacia Ti.

Los griegos, que se acercaron a Ti con una magnífica inteligencia y con un grande amor, y que no alcanzaron a superar la duda y el escepticismo. David que estuvo siempre alabándote; Jesucristo que se unía infinitamente a Ti como a su Padre.

Yo también, siguiendo la tradición de todos los hombres pensadores, de los místicos, de los silenciosos, de los abrasados en amor de todos los siglos, yo también me uno a Ti, oh Dios, e invito a todos mis lectores a sumirse en el pensamiento amoroso y abrumador y confortante de Dios, que nos ama, que nos envuelve, que nos espera.

La finalidad última de El Minuto de Dios es despertar un profundo interés de todos hacia la persona de Jesucristo. Un interés que los lleve a conocerlo profundamente y, como consecuencia, a amarlo y a vivir una vida de servicio y de ayuda y

de fraternidad con el hombre. A descubrir las exigencias de la justicia cristiana, que se debe implantar en Colombia, donde sólo existe a medias una justicia estrictamente legal.

Nuestra vida, tan humilde, tan transitoria, tan efímera, debe estar, sin embargo, rodeada de Dios, indigente de Dios, capaz de Dios y llena de Dios. Debemos descubrir que Dios está en el fondo de nuestro ser, de nuestra vida, y es el término de nuestra existencia y el término del universo.

Los católicos y los cristianos colombianos no podemos vivir perpetuamente indiferentes a Cristo. No podemos construir toda nuestra vida lejos de Él, sin ningún interés por Él. Toda nuestra alma debe emplear sus potencias en perderse y anonadarse en Dios, de modo que en toda nuestra vida aparezca Él, Dios y Jesucristo. Esta vida deificada es el ideal de la vida cristiana.

La mayoría de los católicos vivimos totalmente distraídos de Cristo, totalmente desatentos a Él. Distraídos por la política, distraídos por la cultura, distraídos por el trabajo, por el sexo. Y el poco tiempo que nos queda lo empleamos en ver novelas y noticieros. Pero la infinita Persona de Cristo, la inmensidad de la exigencia de Cristo sobre nuestra vida, no la tenemos en cuenta.

Esta es la gravísima aberración de los cristianos: saber y creer que el infinito Verbo de Dios vino a la historia, penetró en el mundo, penetró en todo lo nuestro, en lo presente y en lo futuro y, sin embargo, estar totalmente distraídos y despreocupados. ¡Ay, Dios mío!

# PALABRAS A DIOS<sup>10</sup>

Palabras a Dios... ¡A Dios infinito, a Dios como una realidad!

Tú eres mi Dios. Mi infinito. Mi Realidad.

Quiero recordar simplemente que Tú eres una realidad, que no eres una palabra ni eres un sueño ni sólo un concepto, sino que eres algo real, absolutamente real.

Hacia Ti, desde la lejanía del mundo, desde la pequeñez de la Tierra, va mi corazón y va mi anhelo.

Te deseo, Dios mío; quisiera conocerte, tener al menos una idea de tu Ser, de tu misterio. ¿Dónde estás, Dios? ¿Cómo eres Tú?... ¿Qué estás haciendo, Dios mío? Qué impenetrable misterio el tuyo, y qué pequeñez la mía.

No saber de Ti nada, o casi nada: sólo que existes, sólo que eres el Misterio de Unidad y de Trinidad. Y nada más. Tender hacia Ti con toda el alma, y no conocerte. Tender con todo el espíritu; querer abrazarte, estar enfermo de Ti, y no poder nada, sino sollozar y mirar a la lejanía.

---

<sup>10</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Ven, Dios mío. Estoy contento plenamente de que Tú existes. Esto me basta en la vida. Tú existes; Tú, el infinito.

Tú, ante cuya inmensidad nada son las millonadas de años-luz del universo, y ante cuya duración nada es el abismo del tiempo, Tú me creaste y estás pensando en mí... ¡Pensando en mí, Tú, Dios!

Miro hacia la profundidad del cielo, quisiera descubrirte, y quisiera contemplarte.

Tú eres una realidad. Nos hemos acostumbrado miserablemente a pensar en Ti sólo como una palabra, como un símbolo sin contenido. No nos damos cuenta de lo que significa para nosotros la existencia de Dios. Que Tú existes... Esto es el consuelo más hondo en todas las penas, en todos los desencantos, en todas las tribulaciones.

No hay dolor humano que no se calme con la existencia de Dios. Ni amor terreno que no desaparezca ante tu hermosura, ni pasión de carne ni entusiasmo humano que no se apague cuando Tú te haces presente en el corazón.

Haz que te piense continuamente; preséntate a mí como una realidad, como la realidad de esta ciudad, de estos árboles que estoy viendo, de mí mismo, que me estoy sintiendo vivo.

Te adoro, Dios mío, temblando.

Mi Dios, mi Dios. Estoy pensando en Ti. No me figuro cómo serás, pero me basta saber que eres.

Conviérteme a tu realidad, a tu verdad, a tu infinito. Quiero dejar las palabras, los vocablos, y aceptarte como una cosa real.

¡Oh Dios! Adoro el misterio de tu íntima vida, de la comunicación que existe entre Ti, Padre, y tu Hijo, en el impenetrable misterio de lo eterno.

Permíteme, oh Dios, profanar con mi adoración el regazo divino donde engendras eternamente un Pensamiento, una Palabra, un Hijo. Ese regazo adorable, a pesar de que todo esto parece desconcertante, es también el regazo del hombre, porque allí en el Hijo está nuestra realidad absoluta, nuestra verdad, nuestra autenticidad.

Ante estas realidades, me siento sumergido como en un abismo y, sin saber por qué, me siento triste y lejos...

Y mientras esto es verdad, los hombres van y vienen... los automóviles pasan... se oyen conversaciones, se oyen risas y se oyen llantos en la Tierra.

# MIRANDO TU CREACIÓN<sup>11</sup>

Estoy mirando desde aquí parte de tu creación, oh bello Dios. Estoy mirando tus estrellas; van silenciosas por el abismo insondable del universo, No sé si habitarán en ellas seres inteligentes, sumidos como nosotros en interrogantes, en nostalgias, en amores, en esperanzas.

Estoy mirando tu creación, ¡oh bello Dios! Estoy viendo tus árboles altos y silenciosos; no sé si hablan entre ellos y se comunican sus tristezas. Estoy mirando tus flores. Estoy escuchando los pájaros que Tú hiciste brotar lejanamente de tus manos.

Estoy mirando a los hombres, que poco hablan de Ti, oh bello Dios. No sé por qué les da pena, sienten imposibilidad, sienten desinterés o sienten pudor de hablar de Ti. Estoy mirando a los hombres, que mueren en su mayor parte sin haberte amado, llenos de quehaceres, llenos de distracciones y de sofismas.

Estoy mirándome a mí mismo frente a Ti, frente a tu abismo. Deseo lanzarme hacia Ti, sumergirme en tu belleza, sumergirme en tu impenetrable arcano, pero no me atrevo. Estoy

---

<sup>11</sup> Ver: "Palabras a Dios"

mirando hacia Ti, oh Dios silencioso. Tu silencio es lo más abrumador. Habla todo, se oyen los ecos de todo; pero Tú, en silencio.

Estoy mirando hacia Ti. Sé que Tú me enviaste a tu Hijo divino, al precioso Cristo, al amoroso Cristo. Pero tengo que confesarte, Dios, que no lo he empezado a amar, lo que se llama amar realmente.

Yo no sé si tú, hombre que me lees, has comenzado a amar a Cristo, el Señor, realmente, con un amor que te dé alegría, que te dé paz, que te dé seguridad, que te dé una profunda nostalgia de Él.

Estoy delante de Ti, ¡oh mi Dios! ¿Quién fuera capaz de marchar hacia Ti? ¿Quién fuera capaz de estar penetrado continuamente en Ti y no dejarse olvidar y no alejarse de Ti?

Paso por las calles; las oficinas están llenas de gente distraída y olvidada de Ti, los templos están cerrados. Paso por las tiendas, paso por las casas, paso por los estadios, están llenos; todos están en sus entusiasmos engañosos. Pero el gran quehacer, que es estar temblando de amor a Ti y de conocimiento de Ti, nadie lo tiene.

Vamos a tener la inmensa sorpresa del reproche a la hora de la muerte, de no haber oído el llamado universal al amor. La característica del hombre moderno es su huida pertinaz de lo infinito y del misterio que lo rodea.

Estoy en silencio, en silencio personal. Quisiera gritar como Francisco: "¡El Amor no es amado!". Quisiera gritar como Pablo: *Me amó y se entregó por mí* (Gál 2, 20). Dios aguarda nuestro

amor. Los hombres hemos sido llamados al amor, pero no hemos escuchado en serio el llamado. En ciertos momentos, estamos impulsados a abrir los brazos y abrazar el Infinito que nos rodea, pero no lo hemos hecho.

Toda la historia del hombre, a lo largo de los siglos, se ha ido en cosas secundarias. Pocos se han quedado extáticos de amor ante el Infinito. Todos los pensantes han escuchado esta misma voz que los llama de todas partes, desde el principio, pero muy pocos se abrumaron de tu presencia y de tu posición. Sólo Jesucristo estuvo unido a Ti de un modo incomprensible y, entre las criaturas, María, la esclava tuya, la poseída, la totalmente abierta a tu influjo y a tu amor.

Este es el destino del hombre: tender hacia el Infinito y nunca alcanzarlo. Buscar perpetuamente la belleza de Dios y nunca poder fijar la mirada en Él; estar llorando sin consuelo y no tener a quién preguntar, no tener con quién consolarse. Estar obligado, estar encadenado a alguien o a algo insignificante, sabiendo muy bien que nos llama alguien muy distinto, alguien que apenas sí sospechamos lejanamente.

Todo me habla de Ti, ¡oh Dios! El árbol seco y el árbol florecido. El mar tranquilo y las olas del mar; la belleza de un cuerpo y la belleza de un alma; el pobre entristecido y el rico insatisfecho; la pequeñísima flor y la inmensa constelación. Todo me habla de Ti, por todas partes tu voz. Sin embargo, yo no alcanzo a oírte, yo no alcanzo a descifrarte; veo a todo el mundo, leo la prensa, leo las revistas, oigo las noticias y nadie habla de Ti.

De vez en cuando se oyen voces tímidas que parecen hablar de Ti, oh Dios. Háblame, hánblanos, ¡oh Dios! Todo el mundo está aguardándote; están distraídos porque están cansados, porque están engañados. ¡Oh Dios! ¡Todo nos fatiga! Nos fatigan los viajes, nos fatigan los libros, nos fatigan las amistades, nos fatigan las noticias, nos fatiga el sexo, nos fatiga todo.

Estamos solos, esperándote. Yo estoy solo, callado, abriendo los brazos para cuando vengas; yo estoy solo, dirigiendo mis antenas hacia Ti, a ver si me llega tu voz lejana, a ver si llega tu Palabra inequívoca.

¡Oh Dios! Tú sabes que todo este musitar de palabras es un anhelo entrañable que tenemos todos los hombres por Ti.

# LIBERTAD INTERIOR PARA MIRARTE Y AMARTE<sup>12</sup>

Pensemos una vez más en Dios... Muchas veces las cosas humanas nos separan de Él. Los problemas, las angustias de la vida nos distraen de Él, cuando sólo Él es el que puede remediarlo todo y el que lo explica y le da sentido a todo: al sufrimiento, a la muerte, a las injusticias...

Cuando Tú nos hiciste, oh adorable Dios, nos diste el don de la libertad... Todo lo que vive, excepto el hombre, está sujeto a la ley de la naturaleza: las plantas velan en silencio, los animales siguen la ciega necesidad de su ser. Sólo a los hombres Tú nos diste el misterio de decidirnos, de resolvernos por nuestra propia voluntad.

Nosotros podemos obrar por nuestra propia cuenta... somos dueños de nuestra propia obra y, por nuestra obra, somos dueños de nosotros mismos... Debíamos servirte en libertad... Pero usamos mal de ella y nos rebelamos contra Ti. Desde esa rebeldía inicial, caímos en la esclavitud.

---

<sup>12</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Pero Tú no nos has abandonado a causa de nuestros rechazos... Tú enviaste a tu Hijo al mundo; y Él, Jesucristo, nos anunció una nueva libertad. Cristo nos llama a cada uno de nosotros y nos tiende su mano, para que creamos en Él, para que confiemos en Él, para que nos sometamos a Él y nos libremos de la esclavitud.

Dame tu Espíritu Santo, para tender hacia la divina libertad en la cual se nos presenta Cristo... Para anhelar por la libertad de los hijos de Dios, que sólo Él puede dar.

Nosotros vivimos en el mundo. El mundo nos empuja, nos ciega, nos ata. Estamos rodeados y sumidos por las fuerzas de la naturaleza. Ellas nos doblegan, nos inclinan... Pero el Espíritu Santo nos da la seguridad de que estamos llamados a la libertad en Ti, Dios.

Él puede ayudarnos para superar las necesidades y las luchas de cada hora de nuestra existencia. Para triunfar del mal que nos rodea y que nos solicita.

Tu Espíritu adorable, bajo la forma de amor a los hombres, puede hacernos puros y dar campo a tu santidad en nosotros. Él puede, en nuestra pobreza, en nuestro encadenamiento al pecado, darnos la esperanza de aquel día en el cual caen todos los lazos, y en el que se nos da participar de la libertad de los hijos de Dios (cf 2 Cor 3, 17; Rom 8, 21).

Dame, oh Dios, tu libertad interior... la que me permite mirar hacia Ti, extasiarme en Ti, amarte a Ti, a pesar de que estoy rodeado de pecado, a pesar de mis ocupaciones, a pesar de mis

tentaciones, a pesar de tantas cosas que quisieran encadenarme. Rompe las cadenas que me unen al pecado. Nadie, fuera de Ti, es capaz de quebrantarlas.

Ni las súplicas ni las consideraciones humanas ni la palabra ni el honor ni el sólo nombre del deber es suficiente para hacerme libre de mis ataduras, de lo que me encadena. Sólo Tú me puedes librar. Tú, que sabes lo que te estoy diciendo en nombre de muchos hombres.

# ¡OH DIOS, A QUIEN ANHELO!<sup>13</sup>

Oh Dios, que me diste la ocasión excepcional de vivir en esta Tierra. Que me permites mirar el Sol, que me permites contemplar las estrellas lejanas e inaccesibles. Oh Dios, que me permites estar feliz en el mundo que Tú creaste y estar triste.

Oh Dios, que me permites mirar al hombre y quedar extrañado y extasiado ante su misterio. Oh Dios, que me permites contemplar al hombre, tomarlo de la mano y quedarnos los dos abrumados de nuestro misterio.

Oh Dios, que quisiste que Cristo, tu Hijo y tu Verbo, viniera a la Tierra, a pesar de lo impensable que es esto, a pesar de lo inconcebible, a pesar de lo intolerable para la razón.

Oh Dios, que nos permites a los hombres ver esta belleza de mundo, de flores, de frutos, de fuentes, de ríos, de mares y de estrellas.

---

<sup>13</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Oh Dios, que nos diste a los cristianos la gracia de creer en el misterio de la encarnación, en el misterio abrumador que llena todo el mes de diciembre y toda la historia y que es lo único que la ilumina y la explica.

Oh Dios, a quien quisiéramos ver para quedar extáticos, a quien quisiéramos tocar para tratar de abrazar, a quien quisiéramos acercarnos para envolvernos y sumirnos y perdernos en Ti.

Oh Dios, que nos diste la gracia de amarte, de desearte, de suspirar por Ti, de estar insatisfechos de todo, de estar desesperados buscando tu cercanía. Oh Dios, que me rodeaste de cosas bellísimas que me llenan de nostalgia de Ti.

Oh Dios, que me pusiste en esta increíble Tierra, más bella que Marte y que Venus, a donde estamos a punto de llegar, pero que nos defraudarán porque la Tierra es la Tierra.

Oh Dios, que me pusiste en el mundo con una sola obligación: la de amar y la de servir. Aquí no tengo más que hacer sino estas dos cosas: amar y servir.

Oh Dios bello, oh Dios amoroso. Oh Dios, padre de Jesucristo y enviador de Jesucristo. Dame brazos para tender hacia Ti. Dame boca ardiente con deseos de besarte. Dame ojos que sólo deseen contemplarte. Dame una tendencia continua hacia Ti. Dame una búsqueda diaria de Ti, un hallazgo continuo de Ti. Dame realizar un gran anhelo de sumergirme en Ti, de ahogarme bebiendo de tu agua; de quedar extendido en una playa, ahogado de tu amor, de tu belleza, de tu infinita verdad.

# TÚ TIENES PALABRAS DE VIDA ETERNA<sup>14</sup>

Simón Pedro dijo esta palabra, que comprometía a toda la humanidad: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).

Hoy no digamos muchas cosas, sino simplemente oremos. Todo el camino cristiano termina en la adoración, en la alabanza. De otro modo, todo queda inconcluso.

¿A quién iremos, divino Jesucristo, si no es a Ti? ¿Por qué camino caminaremos, si no es a través de Ti? ¿Qué velero tomaremos, si no es el tuyo, Jesucristo? ¿A qué horizontes nos debemos dirigir, con qué brújula, a qué destino, si no es el tuyo? Todo lo demás, divino Jesucristo, es oscuro, es turbio, es descaminado. Tú sólo tienes palabras de vida eterna.

---

<sup>14</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”, Colección Obras Completas No. 15, Bogotá, 2009.

Ni los caminos del oriente ni los caminos de las evocaciones hindúes ni los caminos de ultratumba ni los caminos de la rebelión social, de la revolución, ni los caminos de la más elevada filosofía calman al hombre ni resuelven el problema de la humanidad. Tú sólo, Señor Jesucristo.

“Nosotros hemos creído y sabemos que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16). Todo lo verdadero termina en Ti, en la adoración y en la alabanza. Ahí brota la plenitud de la vida, ahí se encuentra la única felicidad, la única esperanza. Todo, definitivamente, desemboca en Ti. Todos son ríos y todos son arroyos que terminan en tu Mar.

Jesucristo, haz que se difunda el amor hacia ti, la entrega a ti, la absoluta subordinación y rendimiento a Ti. Haz que brote, por la fuerza del Espíritu Santo, una religión centrada únicamente en Ti, en tu palabra santa, y que nosotros, todos, nos hagamos entusiastas predicadores de tu Evangelio.

Que todo esté coordinado solamente hacia Ti, como decía san Juan Eudes, tu servidor. Que tengamos devoción a María porque era tu Madre, porque estaba llena del Espíritu Santo. Que tengamos devoción a los santos, exclusivamente porque fueron tus siervos, y busquemos el ejemplo de los que más te amaron en la tierra. Que leamos las palabras del Papa porque él nos habla de Ti, con unción parecida a la de Pablo.

Todo lo demás irá quedando atrás en nuestra vida, como quedan muchas cosas secundarias en un camino rápido en que se busca la ciudad deseada.

Nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Queremos marchar exclusivamente por tu camino, lo hemos descubierto. Ya no nos satisface nada, sino Tú, Jesucristo.

En esta marcha solitaria e íntima que hemos emprendido hacia Ti, Jesucristo, nadie interviene. Solamente el impulso del Espíritu Santo. Ya no se mira lo secundario. Se mira solamente el fin. Fue bella la palabra que dijo tu apóstol Pedro, nuestro primer Papa: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.

## EL AMANTE DE CRISTO<sup>15</sup>

La Renovación Carismática debe producir naturalmente un ardiente amor a Jesucristo. Ella va a hacer aparecer los amantes de Cristo, que llenen el mundo católico, que conmuevan la ciudad cristiana.

El más precioso don que puede otorgarnos el Espíritu Santo es infundirnos el amor a Dios y a Cristo. La Iglesia Católica tiene necesidad profunda de renovarse en el amor del Señor, por don del Espíritu Santo. De que brote por todas partes el amor; de que en todas las parroquias, en todas las asambleas de cristianos aparezca ardiente el amor a Jesucristo, el amor a Dios. Que aparezca y no se disimule.

¿Qué es el amor de Dios? ¿Qué es el amor a Jesucristo? El amor a Dios y a Cristo es un sentimiento profundo, purísimo, que brota de la fe y que afecta toda la vida, en todas sus manifestaciones.

El amante de Cristo siente que le arde el corazón cuando recuerda al Señor. Siente que se le entrecorta la voz cuando pronuncia el nombre de Cristo. El amante de Cristo piensa frecuentemente en Él, piensa en su belleza, en su santidad,

---

<sup>15</sup> Ver: "Tú sabes que te amo", Colección Obras Completas No. 13, Bogotá, 2010.

en su verdad, en su amabilidad, en su benevolencia, en su salvación, en su resurrección, y en que Él será el adorable objeto de nuestra contemplación eterna. El amante de Cristo se solaza interiormente en el pensamiento de Jesús. El amante de Cristo habla de Jesús y mezcla su conversación frecuentemente con el recuerdo del Señor.

El amante de Cristo siente fatiga por cualquier cosa que no sea Jesucristo. Todo lo tiene que integrar en Él. Siente, íntimamente, hastío por todo lo mundano, aunque tenga que trabajar en las cosas humanas.

El amante de Jesús se interesa por lo que le interesa a Jesucristo. El amante de Cristo se aparta totalmente del pecado, supera todas las situaciones de pecado en vista del amor al Señor. El amante de Cristo descubre al Señor en toda la creación, en las estrellas, en los nidos, en los ríos, en las flores y, sobre todo, en el hombre.

El amante de Cristo no lo disimula. Tiene una palabra comunicativa acerca del Señor. El amante de Cristo tiene ratos largos en que fija su pensamiento en Él y se refugia a los pies de Cristo y en las manos de Cristo. Llega a sentir el calor de las manos de Cristo.

La Renovación Carismática tiene que producir muchos jóvenes, muchos adultos profundamente enamorados de Jesucristo. Este es el don excelso de que habla san Pablo en el capítulo 13 de la primera carta a los Corintios: el amor.

¿Cómo se logra el amor de Dios y de Cristo? Es necesario suplicar, pedir insistentemente al Espíritu Santo que nos otorgue su don: el don del amor. Es necesario reunirse en

grupos de dos o tres o algunos más, suplicando insistentemente el regalo del amor, la ternura del amor, el ardor del corazón y del amor, el balbuceo del amor.

La Renovación Carismática debe llenar el mundo de amor a Dios y de amor a Jesucristo. Ella va a presentar almas que, sin pretenderlo, van a tener experiencias parecidas a la de san Agustín, que decía: “Tarde te amé, tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva”. Y a la de san Bernardo, que clamaba: “Quiero a Jesús y a nadie más”. Y a la de san Francisco, que gritaba: “El Amor no es amado”. A la de san Francisco Javier, tratando de apagarse las llamaradas de amor que le calcinaban el corazón. Experiencias parecidas a las de santa Catalina y de santa Matilde, que ardían incesantemente de amor.

La Renovación Carismática debe producir almas hermanas -en oración, en exaltación espiritual amorosa- de santa Teresa, de san Juan de la Cruz y de san Juan Eudes, que decía que la ley de las leyes era el amor. Todos los amantes de Cristo son hermanos y son parecidos. Todos hablan el mismo idioma sollozante de amor.

Láncese usted al camino del amor de Jesucristo. Descubra su Palabra adorable, su Palabra amable. Descanse a sus pies. Que en todas partes haya grupos de oración donde la característica sea un impresionante amor a Jesucristo, alimentado por la lectura de la Palabra, sin iluminismos, pero sin perder el camino que conduce a la perfecta intimidad con el Señor.

# UNA HUMILDE ORACIÓN<sup>16</sup>

Quiero invitarlos a ustedes, simplemente, a orar. Acompañenme en esta humilde oración que hago en nombre de todos ustedes.

Oh Dios adorable, desde la lejana Tierra, que navega silenciosa con todo el Sistema Solar, en el inmenso espacio cósmico; desde aquí, desde esta lejanía, yo te adoro y me rindo totalmente a Ti. Yo te reconozco como al Creador inmenso y misterioso. Me siento pequeño, efímero. Sin embargo, también me siento inmortal por el destino que me trazaste. Te doy gracias, oh Dios, porque me creaste.

Estoy feliz con la vida. Sé que en los orígenes de mi vida, en los orígenes del hombre, Tú estuviste presente, misteriosamente. Yo te doy gracias por este hermoso mundo en que me hallo. Te doy gracias por todo. Por las estrellas, por las flores, por los insectos, por las piedras, por los mares, por los arroyos, por los nidos, por los rebaños. Pero, sobre todo, te doy gracias por el hombre. Por el bello hombre, efímero y eterno, que vive en el mundo, que hace obras portentosas, que es capaz de amar y de luchar.

---

<sup>16</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Te doy gracias, Señor, por mi propia familia y por mi tierra, por mi hogar. Te doy gracias por Colombia, porque me diste una patria con posibilidades increíbles. Por la gente que vive en Colombia. Por esta patria que debemos promover y liberar del pesimismo y del mal.

Te doy gracias, sobre todo, por Alguien inconcebible y maravilloso que Tú nos diste. Nos diste a Jesucristo. Sin Él, no existe salvación. En Él nos diste esperanza y seguridad; sin Él, no hay explicación de nada.

Oh Dios, en este momento, te tributo la adoración, la alabanza, la acción de gracias que puede tributarte un ser humano. Quisiera abstraerme un momento de todo, para sumergirme en tu inmensidad, y para lanzarme desde la lejanía que me separa de Ti, y estar unido a Ti. Me siento amado por Ti, me siento cuidado por Ti. Yo sé que todos los hilos de mi vida penden de Ti. De Ti penden la alegría, la paz, la salud, el amor.

A pesar de lo inaccesible que Tú eres, oh Dios, a pesar de que no tenemos ninguna idea de cómo eres Tú, sin embargo, creemos en Ti, firmemente, como Padre, como Hijo y como Espíritu Santo.

A pesar de lo fugaz que es nuestra vida, a pesar de la agonía en que se sume el hombre que piensa en lo infinito que lo rodea, que lo origina, que lo espera; sin embargo, con una gran paz, con una seguridad absoluta, yo te adoro, oh Dios. Me siento feliz de haberte conocido y de haber existido.

Me siento confiado en el futuro, iluminado con la esperanza de contemplarte. Quiero proclamarte hoy. En esta época noble y maravillosa en que me ha tocado vivir, la más extraordinaria de la historia, quiero proclamarte como Tú eres: absolutamente real. Quiero proclamarte como un Dios vivo, como un Dios que ama, como un Dios cercano al hombre. Permíteme adorarte, oh Dios, con todas las fuerzas de mi condición humana.

Esto lo hago a nombre de todos los que en este momento están orando conmigo y creen en Ti.

# EL MISTERIO DE TU VOLUNTAD<sup>17</sup>

¡Dios mío! Me siento solo, como en un inmenso desierto. No veo los rastros de mi propio camino, ni tampoco descubro la ruta por donde debo atravesar la noche. Ningún camino deja huellas, si no marcha plenamente por tu voluntad, y sólo tu querer puede iluminar el enigma del hombre.

Hoy sinceramente me pregunto si estoy caminando por tu sendero, fuera del cual es absurda la vida... ¿No habré acaso hecho mi propio camino sin contar contigo, que eres la Ley universal y que eres la única trayectoria de todos los seres...?

Rara vez o nunca he olfateado, como los perros de caza, los rastros para seguir tus pisadas. Casi siempre he hecho mi propio querer. Casi nunca he preguntado por tu voluntad, que es la verdad y que es la belleza de todas las cosas.

Y he marchado solo por mi estúpido capricho, como si Tú no existieras y como si yo fuera el dueño de mi propio destino. ¡Qué misterio el de tu voluntad, oh Dios! Qué fuerza y qué debilidad la de tu querer. Él puso en movimiento y trazó rutas

---

<sup>17</sup> Ver: "Palabras a Dios"

a las inmensas masas de los astros y, sin embargo, se entregó al cuidado de los hombres y aún tenemos obligación de orar para que se haga su voluntad en el cielo y en la Tierra...

Luego, ¿puede ser que no se realice tu voluntad, oh Dios?

Ella, que tiene la fuerza de poner en movimiento el universo, tiene también la delicadeza de confiarse a la libre aceptación de los hombres...

“Haz esto...”. Esta palabra de tu boca continuamente resuena en mis oídos, y siempre estoy en opción... La mayor parte de las veces, la desoigo y doy un paso sin Ti.

## AMANTES DE DIOS<sup>18</sup>

El amor que vemos por todas partes, que descubrimos en la mínima brizna y en la inmensa constelación, debe ser nuestro libro, nuestra doctrina, nuestra ciencia, y debe alimentar nuestros pensamientos e inspirar nuestras palabras y nuestras acciones.

No es leyendo libros como me volveré lo que Tu quieres, oh Dios, como me volveré amante de Ti. ¡Es recibíendote! Es descubriéndote en todas partes, inundándome y penetrándome del aroma que de Ti dejaste en todo el universo, sin omitir nada. Todo es instrumento de tu gracia, todo es instrumento de tu amor.

Debemos rescatar el amor de Dios en nuestro interior. Debemos implantarlo en cada uno de nosotros. Y tener muchos momentos, en el día, de un absoluto rendimiento. Debemos unificarnos con todo el universo, con todos los hombres, para poder rendir el tributo de amor menos indigno de la belleza de Dios. Debemos aprender a sentir la cercanía de Dios, que nos penetra que nos inunda y que quiere llevarnos a una inefable identidad.

---

<sup>18</sup> Ver: "Palabras a Dios"

No debemos desear otra cosa, sino más y más amor; no debemos pedir otra gracia, sino la de llegar a una incommovible unión con Dios. Que todas nuestras aspiraciones sean actos de amor. Y que en el último momento de la vida, tengamos un acto consciente de amor. Para esto es necesario anonadar, aniquilar en nosotros todo lo que sea pecado, todo lo que sea extravío, todo lo que no sea amor verdadero.

Este es el gran misterio del hombre, estar inmerso en Dios, envuelto en Dios, deseando a Dios y, sin embargo, tener en todo su ser como una coraza que impide que penetre el flujo de Dios, la presencia de Dios, hasta lo más radical de nuestro ser. Esta es la agonía del hombre cristiano.

Oh bello mundo en que estamos viviendo, oh tiempo precioso que tenemos todavía disponible para el amor, para el gran acercamiento, para la gran integración, para un empaparnos de amor, como una esponja en el mar.

Cómo nos sentimos pequeños para pretender amar íntegramente al Infinito amoroso, que nos rodea y que nos urge.

¡Cómo necesitamos el Espíritu Santo para lograr abrirnos plenamente al amor, sin desvío, sin ilusiones! ¿Qué podrá hacer el hombre, en su inmensa pequeñez, para relacionarse en verdad con el Infinito?

Al hombre no le queda sino llorar silencioso, gritar callado, pasar la vida disimulando su tragedia interior. Y con algunos, muy pocos, que puedan compartirlo, participar su tendencia al Infinito, y contagiarlos de esta agonía, que es la actitud más auténtica del hombre, consciente de su presencia en esta vida y en este mundo, imposible de tener la palabra adecuada ante el Infinito adorable que nos rodea.

# NUESTRO PONTÍFICE<sup>19</sup>

Glosemos algunos apartes de la epístola a los Hebreos: *Teniendo un gran sumo Sacerdote, que traspasó los cielos, a Jesús, el Hijo de Dios, mantengamos firme la fe que profesamos* (Heb 4, 14). *Todo sumo Sacerdote fue tomado de entre los hombres, es constituido a favor de los hombres, en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por nuestros pecados* (Heb 5, 1). *Porque tal sumo Sacerdote nos convenía, santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y más sublime que los cielos. Que no tiene necesidad, cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo* (Heb 7, 26-27).

La gran enseñanza de esta epístola es que Jesús es el sumo Sacerdote. Nosotros debemos adorar a Jesucristo como a nuestro Pontífice único, como a nuestro sumo Sacerdote. Sentir íntimamente la alegría de que Jesucristo es nuestro Salvador, el que ofrece a Dios nuestra adoración; el que adora a Dios con una plenitud infinita, porque Él mismo es Dios. Él es el único que adora a Dios de un modo condigno.

---

<sup>19</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”

San Agustín decía que Jesús ora por nosotros como nuestro sumo Pontífice, ora con nosotros como nuestra cabeza y recibe nuestra oración como nuestro Dios.

Qué maravilloso es vivir sumido en este ámbito de adoración a Jesucristo. Qué maravilloso sería que todos mis lectores fueran despertando en su corazón una fe absoluta en Jesucristo. De ahí brotarían la alegría, la paz, la felicidad de sabernos salvados por Cristo y de tener este sumo Sacerdote que ofrece una Hostia infinita, que es su propio cuerpo, para la redención de nuestros pecados.

Esta contemplación de Jesús como nuestro único Sacerdote, como nuestra única Hostia es lo más sublime de nuestra religión cristiana.

¡Oremos! Te doy gracias, adorable Jesucristo, porque eres el sacerdote de Dios, el único, el que alcanza al Infinito, porque eres la única Hostia digna de Dios. Todo lo demás es pequeño ante Dios. Sólo Tú te acercas a Dios y lo igualas. ¡Gracias, Jesucristo, porque estamos llegando a conocerte, porque estamos llegando a amarte!

# LA PRECIOSA MADRE DE JESÚS<sup>20</sup>

En el evangelio de san Lucas leemos: “Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret. A una Virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David y el nombre de la Virgen era María. Y entrando el ángel a donde ella estaba, le dijo: Salve la muy favorecida. El Señor es contigo y bendita tú entre las mujeres” (l, 26).

Esta es María, la preciosa Madre de Jesús. Esta es María de la cual salió el árbol que da fruto y sombra para todo hombre en el mundo: ¡Jesucristo!

Este es el tallo de donde brotó la flor adorada del universo: ¡Jesucristo! Esta es María, el purísimo arroyo que produjo el río inmenso que se llama Jesucristo Redentor, que riega toda la historia y todo el cosmos de bendición.

Esta es María, la Madre de Jesús y también Madre nuestra. Siempre debemos regresar a ella. Siempre tenemos que mirarla a ella si queremos tener una auténtica visión de Jesucristo.

---

<sup>20</sup> Ver: “La Virgen María”, Colección Obras Completas No. 2, Bogotá, 2005.

Es verdad que nuestra mirada está fija en Jesucristo. Pero a María, la Madre de Jesús no podemos apartarla.

En esta época en que el mundo se está inundando de Jesucristo, por obra del Espíritu Santo, María no puede desaparecer, sino lo contrario: debe presentarse como la Madre, como la intercesora, como la llena del Espíritu Santo. Como el modelo de adorador de Dios, llena de alabanzas a Dios.

¡Oremos! ¡Adorado Jesucristo! Tú que tienes en tus venas divinas sangre de María, Tú que tienes en tus ojos el resplandor heredado de los ojos de María, Tú que tienes en tu voz la resonancia que te viene inmediatamente de María, haznos abrir al Espíritu Santo como María, que fue la esclava del Señor, que fue la llena del Espíritu Santo, que fue inundada, como ninguna otra criatura, de gracia y de bendiciones.

# SOLAMENTE JESUCRISTO<sup>21</sup>

En el evangelio de san Juan, leemos esta palabra: “Permanezcan en mí y yo en ustedes; como el pámpano no puede llevar frutos por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco ustedes si no permanecen en mí. Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan todo lo que quieran y les será hecho. Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15, 4-10).

Una cosa fundamental debemos saber: que en el mundo espiritual no hay sino Jesucristo, y lo que está íntimamente unido a Él. No hay luz ni verdad ni vida ni camino ni programa, solamente Jesucristo. Hay muchas cosas que debemos demoler en nuestra vida espiritual. Hay cosas secundarias que nos han atado y distraído y no nos han permitido llegar a lo fundamental, que es Jesucristo y su exigencia absoluta de fidelidad al evangelio.

Él dice: “Permanezcan en mí y yo en ustedes”. Este es un gran llamamiento. ¿Qué significa permanecer en Jesucristo? Significa rendirnos totalmente a Él, aceptar su voluntad, alejarnos

---

<sup>21</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”.

absolutamente del pecado, de la idolatría y la superstición. Conocer su palabra, oír su voz interior, permanecer en Él como las hojas, como las ramas permanecen en el árbol.

Este es un llamamiento para todos nosotros. Estábamos pensando que esto era una gran exageración, que era sólo para los místicos; y hemos descubierto, al leer ahora el evangelio, que esta es la primera realidad cristiana, el primer reclamo que nos hace la Palabra: permanecer en Jesucristo.

“Si permanecen en mí y mi palabra permanece en ustedes”; es decir, si seguimos puntualmente el evangelio, Jesús nos promete algo importante: “Pidan lo que quieran y les será hecho”. El poder de la oración está apenas por descubrirse para los cristianos. Hay un poder inmenso, condicionado a permanecer en Jesucristo.

Los cristianos estamos todavía lejos de conocer la inmensidad de Jesucristo. Y lo que con Él nos está reservado. Lo hemos suplido por cosas secundarias. Estamos dispersos de Él. Este permanecer en Jesucristo es una experiencia extraña en la mayor parte de los cristianos; y, sin embargo, es exigida primordialmente por el Señor.

Cada día brota más clara esta idea en el mundo cristiano. No hay nada ni nadie, sino Jesucristo y lo que está íntimamente unido a Él. No hay cosas, no hay actividad religiosa, sino solo la persona de Jesucristo; y dice Jesús: “Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor, así como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor”.

La lectura del evangelio de san Juan y de las epístolas de Pablo está descubriendo, en estos tiempos, a los católicos las maravillas de algo nuevo: la relación personal con el Señor.

Oremos: Jesucristo, estoy apenas ahora descubriendo que sólo Tú existes en el mundo espiritual, y lo que está apegado a ti íntimamente, como la Virgen María. Estoy descubriendo que el milagro, el poder, la bendición están condicionados a permanecer Ti.

Estas palabras grandiosas: “Pidan todo lo que quieran y les será hecho”, no las conocíamos. Hay un mundo maravilloso que pasaba inadvertido para nosotros: el mundo de la permanencia en Ti, Jesucristo. Haz que sintamos nostalgia de esta experiencia. Haz que nos sintamos llamados a cumplir tu palabra: “Permanezcan en mí y yo en ustedes”.

## EL GEMIDO DEL AMOR<sup>22</sup>

Ore usted mucho con súplicas y gemidos inenarrables para lograr el supremo don del Espíritu Santo: que Jesucristo se apodere totalmente de su existencia, que Jesucristo tome posesión de su vida. Que algo inaudito acontezca en el curso de ella: la presencia de Cristo orientando todas sus actividades, resolviendo todos sus problemas, iluminando todas sus oscuridades, siendo la norma de todas sus circunstancias.

Qué precioso sería que la Renovación Carismática produjera un grupo numerosísimo de cristianos subyugados por Cristo, rendidos a Él, amantes de Él y, para decirlo, en una palabra, enamorados de Él.

Que todos, ustedes y yo, sintiéramos el fenómeno espiritual, obra máxima del Espíritu Santo en un hombre, que es el rendimiento absoluto, la entrega total, el amor penetrante, sincero y ardiente hacia el eterno, hacia el adorable, hacia el grande, hacia el divino Cristo, que aguarda desde hace tiempo nuestra absoluta fidelidad y quiere hacer de nosotros criaturas en santidad y justicia en la presencia de Dios.

---

<sup>22</sup> Ver: “Tú sabes que te amo”

Este es el propósito de la Renovación Carismática: descubrir, recuperar, por la presencia y por la fuerza del Espíritu Santo, el señorío total de Cristo sobre nuestras vidas.

*Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, Padre, y al que enviaste, Jesucristo (Jn 17, 3). Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida (Jn 14, 6). Vengan a mí todos ustedes, los que están cansados y fatigados, que yo los aliviaré (Mt 11, 28-29).*

¡Qué magnífica es la tarea del hombre cristiano en el mundo! Descubrir, recuperar y poseer y crecer indefinidamente en el amor a Jesucristo. Hacer de Él la más seria, la más importante presencia de su vida.

Usted, hombre de mundo, no se deje distraer por las propagandas, no se deje enloquecer por el ruido de los parlantes actuales, no se distraiga por el cúmulo de noticias que lo asaltan, no pierda su equilibrio interior, no pierda la serenidad.

Dé usted un campo íntimo muy grande al amor en su vida, a la adoración, al rendimiento, a la oración, a la sumisión absoluta al llamado de Cristo. Experimente usted lo que es su amor. Esto solo se lo concederá el Espíritu Santo en su obra carismática.

Fuerce, con la inmensa fuerza de la oración, al Espíritu para que Él le haga sentir la belleza, el amor de Cristo en su vida.

No tema el sentimiento, no tema las lágrimas, no tema el sollozo del amor. Al mundo le hacen falta cristianos que sollozen de amor por Jesucristo. Toda ciudad debe tener el grupo de amantes de Cristo, para que justifique su presencia en la historia.

No pase su vida vacía, no pase su vida desértica de lo divino y de lo eterno. En silencio, grite, solloce, deseando ser poseído del conocimiento y del amor de Cristo. Caiga usted, sin que nadie lo vea o aunque muchos lo vean, de hinojos, y diga: te encontré, Cristo eterno; Cristo, mi salvador; Cristo, mi única verdad y mi único bien.

Tenga usted momentos en que clame al Señor, en un acto de perfecta sinceridad y de amor hacia el Verbo de Dios, hacia el Hijo de Dios, hacia Cristo, el eterno; hacia Cristo, el que ilumina el universo; hacia Cristo, el que vendrá y no tardará; hacia Cristo, el que nos resucitará; hacia Cristo, el que cubre todo el paisaje adorable de la eternidad con su presencia, con su hermosura, con su amor, con su infinita verdad.

Recuerde usted esta palabra: *Vine a traer fuego sobre la Tierra, ¡y qué otra cosa quiero, sino que arda!* (Luc 12, 49). Cuando el fuego del amor de Cristo entre en nosotros, cuando ese anhelo se realice, nuestra conducta será totalmente distinta; será una conducta de justicia, de compartir, de ternura para con los hombres; aceptaremos el llamado de construir el mundo justo que Dios quiere que se establezca en la Tierra.

Seremos capaces de hacer cosas originales e inesperadas en favor del prójimo. Los cristianos amantes de Cristo llenaremos la ciudad de experimentos sociales, fraternales, de comunidades, que darán pautas para que todos sigan el camino de la creatividad social, inspirada en el amor de Cristo.

Pero son necesarios cristianos que, por la fuerza del Espíritu Santo, estén sometidos totalmente a la inspiración íntima de Cristo. Anhele usted, desee usted la llegada del amor de Cristo

a su vida. Que Él se vuelva la persona amada para usted, más que todas las humanas; la persona mirada; la persona que nos acompaña, que nos ilumina, que nos conduce.

Recorra usted, en su oración amorosa, los tres estadios del camino de intimidad; contemple primero, largamente, al Cristo humano, en todos sus aspectos, en todas sus riquezas. Sumérjase luego en la adoración del Verbo de Dios humanado. Contémplole, deléitese, abísmese, alábelo. Y cuando haya marchado este precioso camino espiritual de simplicidad, de entrar en infinita intimidad con el Padre y con el Espíritu Santo, entréguese a Él, ríndase a Él, ámelo, déjese abrasar en el horno del amor; siéntase unido a Él, incorporado a Él, anonadado en Él.

## ¡CRISTO ES EL PAN!<sup>23</sup>

Leemos en san Juan: *Así les digo: Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre; el que cree en mí no tendrá sed* (6, 3). Nosotros tenemos muchas cosas fuera de Jesucristo. Esto constituye un gran problema espiritual, porque Jesucristo debe tomar el puesto del único, del exclusivo en la vida del cristiano, el centro de todas las cosas. Hay muchas cosas distintas de Cristo en nuestra vida, y esto inquieta al cristiano.

Jesucristo debe ser Todo en todas las cosas (cf 1 Cor 15, 28). Él es la suma de las cosas espirituales. Él no nos ofrece redención: Él es la redención. Él no nos ofrece un camino: Él es el camino, No nos presenta una verdad: Él es la verdad y la vida (cf Jn 14, 6).

El pasaje que hemos leído nos dice que Jesús es el Pan de Vida. Pan significa satisfacción. Nada es nuestro alimento cabal, sino sólo Jesucristo. Dios ha querido que en lo espiritual no tengamos sino muy pocas cosas; ha querido que en lo espiritual no tengamos sino sólo a Jesucristo y muy pocas otras cosas.

---

<sup>23</sup> Ver: "Acuérdate de Jesucristo".

Cuando decimos que Jesucristo es nuestro pan, debemos pensar que si no comemos de este pan, estaremos con hambre; si no nos alimentamos de Jesucristo, estaremos sin vida. Debemos alimentarnos del amor de Jesucristo, de la lectura de la Biblia, de la Eucaristía, del amor al hombre, del servicio al hombre. Jesucristo dice: *Yo soy el Pan de Vida*. Jesús no da ningún pan, sino que es el Pan, así como es la Luz (Jn 8, 12).

El hombre se siente totalmente desprovisto de pan en el mundo. El pan de trigo, el agua, la sal no son suficientes para alimentar a un hombre. Hay una dimensión en el hombre que no se suple con pan de harina; es una dimensión infinita, agobiadora.

Jesucristo nos alimenta con su Palabra, con su Eucaristía, con su divina Persona, con su esperanza, con su alegría, con su entusiasmo. El hombre puede llegar a los más altos puestos y se siente insatisfecho. Sólo Jesús nos colma. Él sólo es el que cubre la inmensa medida del hombre y la supera.

Centremos nuestra vida en Jesús. Este es el don del Espíritu Santo. Todos ustedes deben entrar en este camino de Dios, deben volverse lectores fervorosos y humildes de la Biblia, especialmente del Nuevo Testamento. Deben dedicarse a la oración. Diariamente tener un largo rato de oración, de alabanza y de adoración. No oración recitativa de preces tradicionales, sino oración de alabanza fervorosa a Dios por la belleza del hombre, por la belleza del mundo, por la belleza de la vida.

Y todos ustedes, aunque les parezca extraño, deben volverse predicadores de Cristo, proclamadores de su Palabra. Habíamos creído que la proclamación de la Palabra era algo privativo

y particular del sacerdote. Ustedes también están llamados a proclamar que Cristo vive, que Cristo nos ama, que Cristo nos salva, y lo que ha hecho en nuestras vidas.

Oremos: ¡Jesucristo! Tú eres mi Pan de Vida. Tú eres mi único camino, mi única verdad, mi única vida. Haz que me alimente con tu Pan. Emerge en mi vida, como una aparición que atrae toda la actividad de mi existencia. ¡Jesucristo, ponte el primero en todo mi propósito!

# CONVERTIDOS AL AMOR<sup>24</sup>

San Pablo nos presenta el verdadero ideal cristiano en estas palabras de la epístola a los Romanos: *Llamados a ser de Jesucristo* (Rom 1, 6). Estamos llamados a ser pertenencia de Jesucristo, a ser penetrados por Él, a ser conducidos por Él en todo momento.

La verdadera vida cristiana es una información absoluta del Espíritu de Cristo en todos los detalles de nuestra vida diaria. Sin esta característica de ser animados por Jesucristo, no somos verdaderos cristianos.

Algo misterioso, que procede de Cristo y que es como una savia divina, llena el alma fiel y la anima y conduce en todas sus actividades. Esa presencia de Cristo que debe conducir nuestra actividad en todos sus detalles es obra del Espíritu Santo.

Donde hay un cristiano verdadero, allí está el Espíritu Santo. El verdadero cristiano no hace sino orar, decía Lutero. Aun cuando no mueva la boca ni pronuncie palabras, su corazón palpita sin interrupción, envuelto en el amor, y del fondo de él brota siempre este suspiro:

---

<sup>24</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

¡Ay, amado Padre! Que tu Nombre sea santificado en mí, que tu reino venga a mí, que tu voluntad se haga en mí. Que yo pueda decir: *Ya no vivo yo; vive, en mí, Jesucristo* (Gál 2, 20). Esto es vivir en el Espíritu.

Nosotros debemos vivir continuamente en el Espíritu Santo. Esto significa como si Él fuera el espacio en el cual vivimos; como si el Espíritu fuera el aire que respiramos, la casa donde moramos, la tierra donde nos arraigamos y donde tomamos los zumos entrañables que animan toda nuestra vida.

El ideal de la vida cristiana está expresado en aquellas palabras de Pablo: *Sea que coman, sea que beban, sea que hagan cualquier cosa, háganlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo* (1 Cor 10, 31).

Cuando el Espíritu llega a nosotros, nos cambia totalmente. Clarifica lo que está oscuro, sana lo que está enfermo, levanta lo que está caído, alegra lo que está triste, llena de entusiasmo lo que está lánguido. Qué gran diferencia hay entre ser simplemente bautizados y ser convertidos a Cristo por el Espíritu.

De bautizados inconversos está lleno el mundo actualmente. Llenos los teatros pornográficos, llenos los estadios disipantes, llenas las tabernas. Bautizados inconversos son los hombres del contrabando, los jóvenes de la droga, los esposos que quebrantan el matrimonio y marchan por el camino del adulterio. Bautizados inconversos son todos los guerrilleros que están en las emboscadas; bautizados inconversos son todos los secuestradores. Ninguno de ellos comprendió la inmensidad, la grandeza y la exigencia de ser verdaderos cristianos.

El ideal cristiano es ser convertidos a Cristo, “llamados a ser de Jesucristo”. Llamados a vivir en el Espíritu Santo, llamados a vivir una vida, aunque en actividades distintas, una vida de oración.

El bautizado convertido y penetrado del Espíritu Santo es el hombre que no cesa de orar, que no cesa de amar, que no cesa de servir, que no cesa de ayudar, que no tiene en su vida tiempos vacíos, tiempos inútiles, tiempos muertos para el bien. Es el hombre de largos ratos de silencio, de largos ratos de oración, de intensa actividad, de acuerdo con sus circunstancias.

Sólo el Espíritu Santo, sólo el poder de su inmensa fuerza transformadora puede construir, puede hacer aparecer al verdadero cristiano. ¡Qué ideal tan bello, de amor, de adoración y de servicio, y de comprometerse en el mejoramiento del mundo y de implantar la alegría y de construir un nuevo mundo, es el ideal del cristiano!

# QUIERO INVITARLOS A TODOS AL AMOR<sup>25</sup>

Déjenme hablarles a ustedes  
solos.

Déjenme que les hable de lo  
que yo sé hablar,  
de lo que yo quiero hablar.

Hablemos del amor de Dios.  
Un acto de amor a Dios vale  
más que un lucero.

Un acto de amor a Dios vale  
más que la paz universal.

Un acto de amor a Dios vale  
más que todos los proyectos,  
que todos los éxitos,  
que todos los triunfos.

Hablemos del amor de Dios.  
Yo quiero hablarles de Ti,  
Dios mío.

De tu infinito amor, de  
tu infinita belleza, de tu  
infinita ternura.

Quiero invitarlos a todos al  
amor.

Quiero invitarlos a todos a  
sumergirnos en el abismo  
de Dios, de su infinita  
grandeza, de su infinito  
perdón, de su infinita  
misericordia.

Quiero decirles a todos  
ustedes que aprendamos a  
dar gracias, porque Dios nos  
rodea de su amor y de sus  
bienes.

---

<sup>25</sup> Ver: "Palabras a Dios"

¡Quién te pudiera amar,  
Dios mío!

¿Quién pudiera cumplir  
tu voluntad momento tras  
momento?

¿Quién pudiera no olvidarte?

¿Quién pudiera hacerlo  
todo por Ti, no alejar el  
pensamiento de Ti?

¿Quién pudiera tener una  
idea clara de Ti?

Todo lo demás es nada.  
Todo lo demás no llena.  
Todo lo demás da nostalgia.

Cuando yo pienso en Ti,  
me siento satisfecho y  
calmado.

Nos hace falta tu amor.  
En Colombia nos hace falta  
tu amor...  
Tenemos ríos,  
tenemos minas,  
tenemos esmeraldas,  
tenemos café,  
tenemos algodón,  
tenemos petróleo,  
pero nos hace falta el amor.

¿Dónde encontraremos un  
amante de Ti, oh Dios?

¿En qué palacio o en qué  
ranchito?,

¿en qué capilla o en qué  
salón?

¿En qué situación podemos  
encontrar un amante tuyo,  
para ir todos a preguntarle  
el camino, el método de  
encontrarte y de sumirnos  
en Ti?

¡Dime, oh Dios adorable!  
¡Dime, oh Belleza infinita!  
¡Dime, oh infinita Realidad!

¿Por qué camino yo debo  
caminar para encontrarte?  
¿Por qué sendero debo  
marchar para hallarte?

¿Qué condición me pones  
para lograr tu amor?

¿En qué convento se halla tu  
amor, para ir allá?

¿En qué playa se halla tu  
amor?

¿En qué rostro?

¿En qué lucha?

Dime, ¿qué libro me habla  
de tu amor?

Dime algo, Dios mío.  
Necesito encontrar los  
rastros tuyos en alguna  
parte.

Los rastros claros,  
los rastros definitivos.

Dime algo, Dios mío.  
Oh santísimo Dios,  
te estoy gritando desde la  
Tierra.

Todo me parece nada,  
en comparación de Ti.

Dime algo, Dios mío.  
Haz que yo oiga tu voz.  
Haz que yo sienta tus  
manos.  
Haz que yo sienta tu amor.  
Haz que yo encuentre tu  
rastro.

Dime algo, Dios mío.  
No soy nada y, sin embargo,  
me muero de deseos de  
seguir tus rastros, de  
agradecerte, de sentirte  
totalmente cercano...

# OH DIOS, DÉJAME ENCONTRARTE<sup>26</sup>

¡Quiero amarte, Dios mío, pero no puedo amar al Invisible!  
¡Quiero oírte, Señor, pero no puedo oír al Infinito silencioso!  
¡Quiero besarte, pero no puedo besar al Intocable!  
¡Quiero abrazarte, pero no puedo abrazar al Incorpóreo!  
¡Quiero contemplarte, pero no puedo contemplar al  
totalmente espiritual!

Tengo una tendencia inmensa hacia Ti.  
Te estoy buscando desde hace mucho tiempo y no te hallo.  
Te estoy gritando y no me respondes.

Quiero hablar de Ti a los hombres, pero no me oyen.  
Quiero decirles que te amo, pero veo que no soy sincero y ellos  
se ríen de mí.

Me conmueven tus estrellas. Me conmueven tus abismos.  
Creo que voy a encontrarte a Ti en ellas.  
Pero cuando me acerco, Tú te alejas, Tú te ocultas.

---

<sup>26</sup> Minuto de Dios de abril 8 de 1992. Ver: "Palabras a Dios".

No quiero olvidarte, no quiero que se me pase la vida olvidándote.

No quisiera sino hablar de Ti, y paso los días sin pronunciar una palabra tuya.

Todo me parece que hablara de Ti; sin embargo, no te oigo claramente en nada.

Tengo seguridad de que un día iré hacia Ti, pero no tengo idea de cómo será nuestro encuentro.

¡Quisiera pensarte continuamente y continuamente te olvido!

¡Quisiera no pecar, pero me olvido de Ti y peco!

¡Oh Dios, déjame encontrarte, déjame oírte, déjame tocarte, déjame sentir tu infinita realidad!

Déjame que yo hable de Ti. Pero no sé... ¿Qué puedo hablar de Ti?, si estoy mudo, si estoy ciego, si estoy frío...

No tengo ninguna idea clara de Ti.

Descúbreme a algún hombre amante de Ti.

Que yo me extasíe oyéndolo.

Haz que yo halle uno solo en mi camino.

Haz que encuentre una persona que me hable sinceramente de Ti.

Haz que me encuentre una persona que sea tu transparencia, que sea parte de tu verdad, que sea parte de tu belleza, un eco de tu Palabra.

## ¡TÚ, DIOS!<sup>27</sup>

Hermano mío: debemos estar convencidos, tú y yo, de que somos indignos de pensar en Dios y de que Él piense en nosotros... Sin embargo... pensemos en Él, y hablémosle...

Oh Dios... Tú has hecho todas las cosas, les has dado ser y medida. Todo está lleno de tu misterio; y cuando el hombre es atento, se siente profundamente conmovido por ese misterio y el mensaje tuyo en las cosas. También Tú nos has llamado al ser a los hombres y nos has puesto entre Ti y las cosas. Nos hiciste a tu imagen y nos diste una participación de tu poder, has colocado el mundo en nuestras manos para que él nos sirva y para que nosotros cumplamos y realicemos nuestra obra en él.

Nosotros debemos estar sometidos a Ti, porque de otro modo nuestra vida es una usurpación y una rebeldía. Tú has puesto en nuestras manos el honor, la honra de tu Voluntad. Cada palabra de tu revelación nos dice que Tú nos respetas profundamente y que Tú confías en nosotros. Enséñanos a comprenderlo. Danos la pureza de alma que nos haga aptos para asumir la responsabilidad que nos has confiado.

---

<sup>27</sup> Ver: "Palabras a Dios"

El contacto con las cosas del mundo nos debe preparar y nos debe introducir a una íntima relación contigo. Tú eres el término único de todo; en Ti encontramos el fin, la meta que anhelamos. Estamos esencialmente ordenados hacia Ti, y sólo en Ti alcanza perfección nuestro ser, como lo quisiste.

Tú eres la verdad que garantiza toda otra verdad. Tú eres la santidad, que hace inviolable todo lo bueno. Tú eres el Corazón hacia el cual anhelamos. “Nos hiciste para Ti, decía san Agustín, y nuestro corazón está inquieto hasta descansar en Ti”.

En el cuidado con que Tú me cuidas se funda mi dignidad, en tu honor descansa mi honor; es decir, en honrarte está mi grandeza verdadera. Si yo te olvido, soy como un hombre que olvidó su figura, su propio rostro. Tú eres el espejo en que se halla mi figura verdadera desde la eternidad, y donde brota mi responsabilidad.

Guárdame en tu unión... en tu cercanía... en tu preocupación. Y perdóname... otra vez perdóname mis olvidos de Ti... Perdóname que haya amado muchas veces a las criaturas más que a Ti, que eres mi Bien, mi Verdad, mi Creador... mi Dios adorable...

## EL SILENCIO DE DIOS<sup>28</sup>

Dios mío... déjame hablar otra vez contigo. Es la voz de un hombre, en el mundo, que quiere ser el humilde vocero de muchos que actualmente están unidos con él.

¿Por qué no nos hablas? ¿Por qué siempre estás callado? Todo habla, menos Tú. Hablan, en cierto sentido, las estrellas... hablan los árboles en la selva... hablan los pájaros en el bosque... y, sobre todo, hablan los hombres. Sus voces confusas dicen muchas cosas. Expresan sus odios, sus venganzas, sus emulaciones, sus envidias, sus desconfianzas. Sus palabras dicen proyectos, ambiciones, vanidades. Y cosas oscuras. Algunas veces dicen también cosas buenas y expresan amor.

Pero Tú nunca hablas. Callas a todo lo que nosotros te decimos. No das respuestas a nuestras preguntas. Todos nuestros diálogos contigo son unilaterales. Tú no dices nada de nuestras obras, de nuestras acciones, de nuestros buenos empeños. Ni dices nada de nuestras maldades.

---

<sup>28</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Casi pudiéramos pensar que no nos oyes... Pero no, Dios nuestro. Tú eres el espectador silencioso de todo lo que acontece. Es verdad que callas. Pero ves. ¿Qué debo pensar de tu silencio? ¿Es el callar del desprecio? ¿O es el callar del amor y de la espera?

Un día Tú romperás el silencio. Yo lo sé. Lo sabemos todos. Qué momento será ése, cuando te oigamos hablar en el silencio de todo; cuando calle el mundo y el tiempo, Tú hablarás. La única palabra que deseamos que nos digas un día es: “¡Ven!”. Será una palabra que resonará por toda la eternidad.

Tú nos dirás: “¡Ven...!” . Nos dirás esa palabra, oh Dios real, infinito, en quien creemos, en quien esperamos, a quien deseamos amar... y quisiéramos servir.

Oh Dios silencioso. Que tu silencio hable a nuestro corazón. Como una campana a la media noche. Que aprendamos a escuchar y a descifrar tu misterioso callar, lleno de fuerza y de mirada.

Haz que nunca confundamos tu silencio con olvido o con ausencia o con abandono. Y que el día que nos hables sea para decirnos esta sola palabra, esta eterna palabra: “¡Ven!”.

# TÚ ME VES<sup>29</sup>

Dios mío... Tú me ves... eso eres Tú, el que ve... Qué misterio éste, el de tu mirada de Dios vivo. Todo está oculto y lleno de arcanos para mí... Todo está lejos, me siento separado de todo, como abandonado y perdido en la isla de mi propia persona.

¡Nadie me ve al fondo!, pero me siento visto de Ti. Tú solo ves... Ves en los desiertos solitarios, las simas de los abismos, el fondo de los mares y el fondo del espacio donde se estrellan las estrellas fugaces... Tú ves... Tú sabes lo que sucedió hace millones de siglos, y lo que sucederá después, dentro de otros millones de siglos... Pero sobre todo, Tú ves el corazón del hombre.

Tú ves claramente sus intenciones. Donde hay un aparente rasgo de amistad, Tú descubres tal vez el odio, el egoísmo. Tú ves lo que hay detrás de los rostros... detrás de las actitudes, detrás de las figuras... A Ti no se te engaña...

Cuando una cosa es verdad, es porque esté hecha delante de Ti, a tu luz, a tu mirada. Tu mirada es la verdad de los seres. Ellos son, delante de Ti, muy distintos de lo que son delante de

---

<sup>29</sup> Ver: "Palabras a Dios"

los hombres. Todo está mirado por Ti, en su totalidad y en sus partes... en su interior y en su exterior; en sus motivos y en su desarrollo... en su principio y en su continuación....

Tú eres el que ve... Tu mirar abraza toda la criatura. Tú ves mis posibilidades y ves mi bien. Ves mi mal y lo mides. Tú ves el pecado y lo juzgas. Tu juicio va hasta lo hondo. Tú me ves con todas mis vacilaciones ante el bien. Con todos mis rechazos. Con toda mi rebeldía ante Ti... Ante la opción de hacer el bien, que se me presenta a cada momento...

Pero tu mirar es también amor y es compasión y es redención. Tu mirada me juzga y, al mismo tiempo, me da mi aspecto verdadero. Yo soy el que Tú ves...

Qué angustiadora es tu mirada y, al mismo tiempo, qué pacificante, Dios mío... Tú me ves en mi realidad, en mi posibilidad, en mi maldad, en mi falta de sinceridad... Yo soy mirado por Ti... Lo siento. Tus ojos sumergen su luz hasta las profundidades de mi ser, esas que yo mismo no conozco... ¡Tú has visto mis años, y mi vida! Has visto mi día de hoy.

# ¡ADORAR!<sup>30</sup>

Vuelvo otra vez a Ti, Dios mío, en este día azul y profundo, pero menos profundo y menos claro que Tú. Hoy, como siempre, me he olvidado de Ti. La tentación del olvido, de la fuga de Ti me persigue y me domina, como a todos los hombres. Somos unos perpetuos prófugos de Ti. Las futelezas del mundo, las ocupaciones, las vanidades de la vida me alejan de Ti.

Quisiera no pensar sino en Ti, que eres mi Realidad. Todo lo demás es sombra y sueño: sólo Tú eres, en plenitud, real, concreto.

Te adoro, oh Dios. En tu infinita simplicidad, en tu infinitud, en tu subsistencia. ¡Adorar! Qué magnífica palabra, qué único consuelo para el hombre solo en el mundo, separado de todo, y triste ante su propio misterio y ante su propia soledad.

Adorar... Es decir, doblegar el alma ante Ti. Reconocerte como el supremo Señor, como el Infinito real y viviente. Anonadarse ante tu presencia. Sentir que todo es nada y que sólo Tú eres digno de ser; Tú, el Señor; Tú, el Altísimo.

---

<sup>30</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Temblar ante una realidad que no se ve, que no se siente porque es superior a la luz y al sentido, pero que se vislumbra por la razón y que se intuye a lo lejos por la fe.

¡Dios mío! No eres cuerpo ni eres luz ni eres alma... ¿Qué eres? ¿Quién me lo podrá decir, sin profanarte, sin empedreñerte con palabras y con míseras razones?

Tú eres simplemente Realidad. Realidad, inteligencia omnipotente y viva. Realidad inmóvil, abismo de belleza, de sabiduría y de luz. Tú cuajaste las estrellas e hiciste este azul inquietante del espacio.

¿Cuándo los hombres nos convertiremos a Ti? ¿Cuándo nos lanzaremos a Ti sin desvíos, sin distracciones?

Qué fatalidad la mía de estar encadenado a la distracción, al olvido y a la huída y, por otra parte, estar enfermo de Ti, con ansias de besarte, sin encontrar tu boca; con ansias de abrazarte, sin encontrar tus brazos; con ansias de mirarte, sin encontrar tu luz.

# LEJOS DE TI<sup>31</sup>

Hoy regreso a Ti, Dios mío, después de haber estado lejos de Ti. Lejos, aunque todo está cerca, aunque todo está en Ti.

¡He caminado! He visto desfilar muchas montañas y he dejado atrás muchas ciudades y he mirado las arenas monótonas e iguales de todas las playas. He conocido todo lo que llaman bello en el mundo y he oído a muchos de los que llaman sabios. ¡Y todo es triste, y todo es feo y todos son ignorantes y todo es lo mismo!

Todas las cosas son mudas si no hablan de Ti; sin Ti, no tienen significado, no tienen mensaje, ni tienen objeto.

Estoy triste porque estuve contento de ver las cosas que no son Tú. Estuve tranquilo con la tranquilidad de los inconscientes ante Ti y ante el propio misterio. Y ahora, al querer regresar, hallo el silencio y hallo el vacío. Me encuentro solo al frente de una muralla que es tu impenetrabilidad y tu silencio. Estoy a tus pies, como ante una roca inaccesible.

---

<sup>31</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Te deseo, Dios mío. Deseo sumergirme en Ti, en Ti sólo, abandonando a las criaturas que me han alejado y que me han disipado.

Quiero perder toda relación horizontal, para sólo tender hacia Ti, en el infinito de tu Ser. Perdóname el olvido de Ti. Soy un microbio y un átomo ante Ti, pero un átomo y un microbio anhelantes y enfermos de Ti

Déjame tender hacia Ti. Llévame por el camino de tu Ser, por la ruta de la separación y de la unión.

Abro los brazos para abrazarte desde la Tierra. Más allá de las nubes, más allá de las constelaciones, más allá del infinito, donde terminan los números, donde desfallece tembloroso el pensamiento... dentro de la propia alma.

De Ti todo viene y a Ti va todo. Y, sin embargo, no te veo; y, sin embargo, el alma solloza de no saber casi nada de Ti, fuente de donde proceden y hacia donde regresan las cosas. Por ahora todo está cerrado para el hombre. La huida de Ti tiene el atroz tormento de tu silencio.

¡Ven, Dios mío, y háblame! Rompe tu mudez. No me dejes solo en la soledad del mundo y en mi propia soledad.

Ahora comprendo el nefando tormento del infierno que es no verte y tener ardiendo los ojos por mirarte; que es no amarte y estar agonizando el corazón por tu amor.

Haz que yo sienta menosprecio por todas las criaturas, por todas las vanidades, por todas las ciencias, por todas las bellezas, para estar dispuesto a ser iluminado por Ti, traspasado por tu luz, consumido por tu llama y apaciguado en tu regazo.

# ¡OTRA VEZ TE HE OLVIDADO!<sup>32</sup>

¡Otra vez te he olvidado, Dios mío! Otra vez he vuelto a vivir sin Ti, sin tu pensamiento, sin la preocupación de tu realidad. La vida de siempre, la vida de todos los hombres que vivimos hacia fuera, que somos arrastrados por las cosas exteriores, incapaces de entrar dentro de nosotros mismos y de encontrarnos en tu Misterio y de hallarnos en tu Luz.

Hay tres opciones en la vida: o la negación y el olvido, negándote a Ti, oh Dios, como una realidad; o la distracción y el atolondramiento de la vida extrovertida; o la adoración y el temblor y la angustia calmante y ennoblecadora del que piensa en Ti con toda seriedad y te acepta, con todas las consecuencias que exige la lógica de las realidades y de las cosas concretas.

La mayor parte de las veces no nos atrevemos a la negación explícita, pero vivimos en la distracción, en el olvido, en la lejanía. Prácticamente Tú no existes para nosotros en todas esas épocas de olvido.

¡Regresa a mí, Dios mío! Ven en la plenitud de tu Espíritu, en la iluminación de tu luz, en las posibilidades de tu invitación. Soy una hormiga que trato de mirar el Sol y de entender su misterio.

---

<sup>32</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Muchas veces, ¡ay!, casi la totalidad de nuestra vida, estamos distraídos de Ti, ocupados en las briznas que llevamos para un invierno que es más corto que nuestras reservas, y no pensamos sino en la pequeña cargazón de hojas secas o de cuerpecillos en descomposición. ¿Qué son en realidad, sino cosas insignificantes nuestra civilización, nuestras fábricas, nuestras casas, nuestros empleos, nuestros amores, nuestras esperanzas?

Todo eso nos hace perder de vista la relación que nos une a Ti, el Infinito. Mientras tanto, Tú, Realidad, estás abandonado de nosotros, y estás solo en tu Belleza, y estás mirándonos y estás vivo.

Dios adorado, te contemplo en el infinito, te miro en tu impenetrabilidad, te anhele en tu realidad.

Quién pudiera conocerte, quién pudiera tener una idea exacta, absoluta de Ti. No por analogías, sino por univocidad... Todo me habla de Ti, desde el polvo hasta el lucero y, sin embargo, no sé casi nada de Ti.

Sé que no eres cuerpo ni eres alma, ni eres extenso ni eres limitado. Sólo sé que vives, y lo que tu Hijo me reveló, es decir, que de Ti nace eternamente un Hijo, y que de Ti procede eternamente un Espíritu, y que eres Amor. Pero nada más... Todo está pendiente para la muerte.

Y esta esperanza de morir y saber quién eres... es la inmensa alegría del morir. Contemplarte es la única visión que no tiene nostalgia, que agota el desgarrador anhelo del hombre.

Dios mío: haz que un día te contemplemos en tu infinito y en tu esencia adorable.

# NO VENIMOS DE LA OSCURA NADA<sup>33</sup>

Volvamos otra vez, hermano mío, a hablarle a Dios. Es importante que revivamos ese hondo sentimiento de la presencia de Dios en nuestra vida. Digámosle con toda el alma:

Señor, Dios vivo, Tú eres el Uno y el Único. Nadie está cerca de Ti. Toda la divinidad está en Ti, y lo que no se te entrega es un robo. Por la gracia, Tú has revelado tu nombre y tu esencia.

Nosotros creemos en Ti; guárdanos en esta fe porque sólo en ella estamos preservados. Honrarte es nuestro honor, dejarte ser el Señor es nuestra salvación. Tú has hecho el mundo y nos has colocado en él... El ser y la vida... todo viene de tu omnipotente y amorosa palabra. Nosotros te adoramos.

De Ti venimos. No hemos salido de los ciegos elementos, sino del libre poder de tu inmensa Palabra. No venimos del abismo del mundo, sino de tu resplandeciente Verdad. Por Ti, todas las cosas fueron hechas. El mundo no es producto de la naturaleza, sino que es tu obra; Tú lo has pensado, Tú lo has querido. De Ti tienen las cosas realidad y fuerza de ser.

---

<sup>33</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Nosotros creemos que todo fue hecho por Ti. Enséñanos a comprender esta verdad. Ella es la verdad de las cosas. Si olvidamos que Tú las creaste, nos hundimos en la oscuridad y en el absurdo. Nada tenemos de nosotros mismos, todo ha sido dado por Ti. Todo es un don de Ti. Esta es nuestra verdad y nuestra alegría: continuamente Tú nos miras, y tu mirada es nuestra vida y nuestra salvación.

Enséñanos, en el silencio de tu presencia, a comprender el misterio que somos nosotros. Tú eres el Santo. Nos reconocemos pecadores delante de Ti. Te damos las gracias porque nos lo has revelado, porque esta es la verdad y sólo la verdad puede hacernos comenzar algo nuevo, algo bello, algo menos indigno. Tú eres el Señor, Señor en Ti mismo, por tu eternidad y por tu ser. Tu señorío es el que preserva la libertad de las criaturas, y nos da espacio para querer y para determinarnos.

Haz, oh Dios adorable, que no te olvidemos, que no abusemos de tu magnanimidad, oh santo Dios, oh Señor de nuestro ser, de nuestra vida, de nuestro destino. En tus brazos estamos seguros... Tú nos conduces... En tus manos, podemos cerrar los ojos tranquilos. Hazte presente de continuo en nuestra vida. Y en la vida de los seres que amamos... Y en la vida de todos los hombres. Haz que vivamos por Ti, delante de Ti y con nuestro rumbo enderezado hacia Ti.

# ¡COMO SI ESTUVIÉRAMOS SOLOS!<sup>34</sup>

Hablemos otra vez de Dios, hermano mío... como si estuviéramos los dos solos en el mundo. Yo te tomo de la mano a ti, seas el que seas, tengas la mano encallecida y sudorosa de un obrero o la mano trémula de un enfermo o la mano sucia de un mendigo. Todo da lo mismo ante Dios. Te tomo la mano también a ti, hombre refinado, hombre que acabas de llegar del banco o del negocio o de la oficina. Y contigo le hablo a Dios:

¡Dios!, nosotros te adoramos. Nosotros, los hombres, que creemos en Ti. No te vemos. No tenemos idea clara de tu esencia, de tu ser. Sabemos solamente que eres más radiante que la luz... y más profundo que el mar... y más perfumado que el bosque... y más hondo que la noche... y más bello que todo el universo.

¡Dios! Nosotros no nos imaginamos cómo serás... ¡Pero nos basta saber que eres... que existes y que nos miras en silencio...! ¡Y que nos amas...! ¡Tú nos amas! Tú nos amas... A pesar de que somos lo que somos: unos mendigos, unos enfermos, unos pecadores... ¡A pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestros

---

<sup>34</sup> Ver: "Palabras a Dios"

olvidos...! Nosotros somos pecadores. Lo sabemos muy bien, sabemos que el pecado nos ha penetrado, nos ha manchado y nos puede manchar otra vez. ¡Sin embargo, Tú nos amas...!

En el mundo, se oyen los mil ruidos de los hombres y de las cosas. Pasan los automóviles, marchan los estudiantes a sus colegios, se siente el ruido de los vestidos de seda de las mujeres, se venden los periódicos que anuncian las pequeñas cosas de los hombres, y que nunca se preocupan por Ti. Por todas partes se oyen a esta hora las palabras, los quejidos, las risas de hombres... Pero tú, hermano mío, y yo... como si estuviéramos solos en el mundo, estamos mirando a Dios...

De Ti, oh Dios, no sabemos casi nada. Solamente sabemos una cosa, inmensamente consoladora: ¡Que Tú nos amas...! ¡Nos amas! En la profunda realidad de esta palabra, en el abismo que significa tu amor. Y todo lo hiciste por nosotros... por nosotros hiciste el Sol y las flores... los árboles y el agua.

Nos amas... y, sin embargo, siguen pasando desentendidos los hombres... y ríen y lloran y están distraídos... ¡Tú, hermano, a quien te tomo de la mano como si estuviéramos solos en el mundo ante Dios, tú, que sufres... soledad o hambre o enfermedad o desilusión o vejez!: no se te olvide, Dios te ama... Consuélate de tu soledad o de tu dolencia o de tu pobreza o de tu ancianidad... Dios nos ama... y nos llama hacia Él.

¡Tú nos amas...! La prueba es todo el universo, la prueba son las estrellas que brillan en el abismo del cielo... la prueba es nuestra vida. ¡Sin embargo, hoy te hemos olvidado...! ¡Dentro de cinco minutos... te habremos olvidado otra vez!

# ¡GRACIAS POR LA VIDA!<sup>35</sup>

El hombre casi nunca da gracias a Dios por el beneficio inmenso de la existencia. Estamos en la vida... Qué profunda alegría es vivir, “es poder todavía”, es tener aún ocasión de realizar el eterno y maravilloso proyecto de Dios sobre nosotros...

Vivir... Haber sido elegidos, entre millones de seres y de hombres que nunca existirán, para entrar en el mundo y para tener un destino... El destino de ser hijos de Dios y de conocer que Dios existe, el destino de contemplar un día a Dios...

¡Estamos en la vida...! En la vida, que es un misterio y es una gracia... Cuánto podemos hacer... Podemos balbucir con amor el nombre de Dios, podemos merecer contemplarlo, podemos, si es el caso, rectificar nuestra vida... Hacerla bella por el trabajo, hacerla magnífica por la caridad, por el perdón y por la gracia...

Estamos con vida... Tú y yo, hermano que me escuchas. Hemos recibido la gracia más extraordinaria... la de vivir... y la de estar destinados a la felicidad eterna del cielo.

---

<sup>35</sup> Ver: “Palabras a Dios”

No importa que vivamos pobres... No importa que nos acos-temos con hambre... No importa que nos hallemos enfermos... o que estemos sin amor... Todo eso es adjetivo... Poseemos la alegría de vivir, de haber sido amados por Dios y escogidos para realizar el misterio de la existencia. La grandeza y la responsabilidad de la existencia. Qué destinación tan mag-nífica la nuestra.

No nos quedamos en la nada oscura... No fuimos piedras frías ni árboles mudos, ni estrellas en silencio ni animales sin preocupaciones. Fuimos el prodigio y el destino y el misterio de un hombre... y estamos todavía en vida... Hoy han muerto muchos... y ya cesaron de obrar. Nosotros vivimos todavía... Podemos amar, podemos realizar nuestro proyecto auténtico, que es ser lo que Dios quiere...

Dios mío, te damos las gracias... por la vida... por nuestro destino... Porque todavía tenemos tiempo de rezarte a Ti... y de amarte, y todavía tenemos esperanza....

Aceptamos alegres nuestra existencia con tal de haber visto la luz y con tal de poder ver tu rostro un día... ¡Basta!, ¡basta...! Todo lo demás es pequeño... Pobreza, dolor, soledad, desengaños, todo eso es pequeño... Lo grande es que vivimos y que podemos aún conocerte y podemos amarte y podemos gozarte... Oh Dios vivo, en quien creemos... Gracias por nuestra vida...

# TÚ NO ERES UN DIOS SOLITARIO<sup>36</sup>

¡Dios mío! Hasta ahora en mis palabras te he considerado como si fueras solitario. Pero solamente el hombre está solo... implacablemente limitado por los linderos de su propia individualidad, y rodeado de misterios.

Tú no eres un Dios solitario. Y ésta es la más espléndida revelación que ha sido hecha al mundo. ¿Cómo fue posible que Tú nos lo revelaras, a nosotros, los míseros humanos, perdidos en el polvo del universo?

En medio de billonadas de estrellas que marchan hacia términos desconocidos, buscaste la obscura Tierra y en el momento fijado eternamente por tu benevolencia, ¡nos revelaste que no estás solo...! Nos contaste tu secreto inefable. ¿Por qué no lo guardaste para Ti solo, que eres el único digno de saberlo...? ¿Por qué tuviste ese aprecio inconcebible por nosotros, a tal punto de mostrarnos tu intimidad?

---

<sup>36</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Nos descubriste, oh Adorable, que Tú te dices eternamente una Palabra, que Tú no guardas silenciosamente la plenitud de tu ser, de tu riqueza, de tu inteligencia, de tu beatitud. Sino que todo eso lo expresas en una Palabra y que esa Palabra te la diriges a Ti mismo.

Es una Palabra distinta de nuestras frágiles palabras... es una Palabra perfecta. En Ella te lo dices todo, oh Dios. Te dices tu esencia con su infinitud y dices la verdad de toda la creación y de todo lo posible.

Ella es la fuente de tu verdad y de la verdad del mundo. En Ella se encuentra el fundamento de todos los seres, ahí están todas las esencias y la prefiguración de todos los destinos. Todo el inextricable camino de los hombres y de las cosas, con todas sus posibilidades, se halla en tu Palabra personal, substancial, inmanente.

¡Esa Palabra perfecta y personal te hace compañía, oh Dios! Ese es tu Verbo, el que se llama Hijo, “porque el que lo pronuncia se llama Padre”.

Dios mío... ¡Tú tienes un Hijo...! No rechazaste, como dijo alguno de nosotros, el nombre y la dignidad de Padre. Ella no es indigna de Ti. Más aún, de tu Paternidad procede toda paternidad.

Este adorable misterio de tu fecundidad no lo podíamos saber los hombres por ninguna clase de razonamientos... Conocíamos que eres, por la sola razón, pero no podíamos saber que

tienes un Hijo, y que ese Hijo es tu Pensamiento adorable. Tu obra exterior, el universo, es obra toda de tu esencia... y no podíamos sospechar un Hijo.

*A Dios nadie ha visto jamás. El Hijo unigénito, que vive en su seno, ha hablado de Él... (cf Jn 1, 18). Nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; y quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Luc 10, 22).*

Déjame, oh Dios, en esta honda noche, perderme en el abismo del espacio y adorarte en tu nombre de Padre, en tu realidad de Padre, en tu persona de Padre.

# MISTERIO Y PRIVILEGIO DE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA<sup>37</sup>

¿Qué somos nosotros ante Ti, Dios mío? ¿Cómo nos ves desde tu infinitud, desde tu eternidad, desde tu Ser inaccesible, desde tu abismo inmensurable? ¿Cómo nos ves desde tu infinita claridad, desde tu santidad, desde tu omnipotencia, desde tu perfecta verdad, desde tu colmada belleza?

¿Cómo nos miras a nosotros, frágiles, a nosotros los brevísimos, a nosotros, llenos de imperfecciones? ¿Cómo es tu mirada, desde tu infinita grandeza, hacia nuestra casi infinita pequeñez?

¿Cómo puede brotar en Ti el amor hacia nosotros? ¿Cómo puede brotar interés en nuestro destino, interés por nuestros pequeños problemas de amor y de dolor, de soledad, de angustia y de destino?

Este es el misterio y el privilegio de la espiritualidad cristiana: haber descubierto a un Dios infinitamente amoroso del hombre, que franquea las distancias de su abismo de lo eterno y del infinito, hacia la pequeñez del hombre, que vive en el lejano planeta Tierra.

---

<sup>37</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Jesucristo nos enseñó a acercarnos confiados a Ti, oh Dios, a decirte: Padre nuestro, que estás en los cielos. ¡Padre mío! A tender los brazos hacia tu inmenso y pavoroso silencio; a sentirnos filiales en el aterrador misterio, con lo indescriptible, con lo impensable, con lo abrumador que eres Tú, ¡oh Dios!

Aquí estoy ante Ti. Quiero adorarte como eres: infinito, eterno, incomprendible, omnipotente, inaccesible, inalcanzable, impensable, desde cualquier aspecto desde donde te contemple.

Así te adoro, así te quiero. A pesar de que cada día veo más grandioso y ofuscante tu misterio. Quiero vivir abrumado ante Ti. Quiero ser consciente de tu grandeza y no olvidarla y no decirte nunca: “Mi Diosito”, ni faltarle al respeto a tu divino Hijo, diciéndole “mi muchachito”.

Quiero acercarme a los serafines que tiemblan ante Ti de adoración y de amor. Quiero descubrir estos espíritus puros, esos querubines que se caldean, que se abrasan, que se consumen en tu cercanía. Quisiera sentir lejanamente lo que ellos sienten ante Ti: un sentimiento de abismo, de abrumación, de aniquilamiento, de anonadamiento.

Oh Dios, nada sabemos de Ti. Toda idea sobre Ti es casi nula; toda verdad nos abruma, nos consume. Nosotros, los hombres, tenemos la desgracia de vivir distraídos. Los hombres no sabemos levantar los ojos ni sabemos hundirlos en Ti. Los hombres estamos, desde el Principio, hace muchos años, tratando de acercarnos al Universo, que es tu obra, pero nos olvidamos de Ti, su gran Autor.

Posiblemente ninguno de mis lectores ha sentido el temblor que producen tu grandeza y el contenido de tu Nombre. Cualquier grito que demos nunca alcanza al Infinito que Tú eres. Cualquier llanto, cualquier sollozo, cualquier desesperación se queda en la lejanía.

Sin embargo, Tú nos llamas y nos invitas a una extraña unificación contigo. Tú nos llamas a lo imposible, a penetrar la inmensa barrera que nos separa de Ti, a hundirnos en tu esencia, a sumirnos en tu infinita luz.

Tú nos llamas a ese horno en donde se hunden los ángeles, los arcángeles, los serafines, los querubines. A ese horno adorable de amor y de belleza que eres Tú. Nos llamas al éxtasis, a ahogarnos en Ti. No queda, ante Ti, sino el: ¡Oh! Oh Eternidad, oh Sabiduría, oh Inmensidad, oh Belleza, oh infinito Amor, oh infinito Poder, oh Trinidad que yo adoro.

No quedará el hombre sino con algunas palabras entrecortadas, precedidas por el “oh”, que la Iglesia, abrumada ante la encarnación, coloca en las antífonas de la Navidad.

Y pasados unos minutos, el hombre vuelve a su gran distracción. El hombre vuelve a su gran olvido, a su gran evasión, a su gran absurdo. El hombre calcula los inmensos años luz del universo; calculó las inmensidades que le rodean, las calcula, y está resuelto a conocerlas y a transitarlas en los próximos decenios; pero tiene poco interés en sondear la infinita Belleza.

Oh Dios. Oh Creador. Oh Padre. Oh Dios que enviaste a Tu Hijo unigénito para que todo aquel que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna (cf Jn 3, 15-16).

## ¡SI YO CREYERA EN TI!<sup>38</sup>

¡Si yo creyera en Ti, Dios mío! Si estuviera plenamente convencido de que existes infinitamente, de que el universo y el mundo y todo lo que me rodea fue hecho por Ti. Si yo creyera que mi vida está dirigida por Ti. Que todos los trazos, que toda la urdimbre de mi existencia depende de Ti.

Si yo creyera que todos los hombres que me rodean, Tú me los enviaste para que yo les sirva, yo les ayude y yo los ame... Si yo creyera realmente en Ti como una infinita fuerza amorosa, que rodea y penetra y sostiene mi ser.

¡Si yo creyera en Ti, Dios mío, realmente! Si fuera cierta mi fe. Si yo no pasara mi vida más o menos incrédula, más o menos indiferente.

Si yo te amara. Si un efluvio de amor brotara continuamente de mí hacia Ti. Si yo me solazara en tu existencia y te rindiera todo mi amor. Si brotara de mi ser un afecto profundo hacia Ti, que se convirtiera en ternura y en adoración.

---

<sup>38</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Si yo me abrumara, me subyugara con tu presencia, con tu belleza, con tu bondad. Si yo organizara mi vida como dependiendo de Ti en todo, como queriendo agradarte, como queriendo expresarte todo mi amor.

Si yo me propusiera seguir seriamente tus inspiraciones, caminar por tu sendero, cumplir estrictamente tu divina voluntad... Si yo creyera en Ti, Dios mío. Si yo te amara, si yo organizara mi vida solamente de acuerdo con tu voluntad.

¡Dios, Dios mío! Desde la Tierra te grito: quiero ser una humilde voz del universo que te alabe, que te adore, que te reconozca. Quiero hacerlo a nombre de los que no tienen voz, ni tienen corazón para amarte, ni tienen mirada para mirar hacia el Infinito en silencio de adoración.

# ORACIÓN Y SILENCIO<sup>39</sup>

Debemos tener todos los días un momento de profunda oración y de silencio. Un momento en que nos sumerjamos en Dios, como en un océano de amor y de bondad.

En un mundo que no tolera el silencio, en un mundo que teme encontrarse con el Infinito, en un mundo que inventa audífonos para hacer que los hombres se distraigan a cada momento, nosotros debemos buscar el silencio, tener ratos de oración.

La oración es estar unidos al Infinito, a lo trascendente, a lo espiritual, al infinito universo, a Dios; es estar unidos a Él y descubrir nuestra propia belleza y nuestro propio misterio. Tengamos un lugar donde nos encontremos en el silencio absoluto, y donde descubramos lo invisible y las voces lejanas.

Oremos diariamente un rato. Tratemos de penetrar el Infinito, tratemos de adorar, de creer profundamente. Hallemos un momento diario para escuchar la voz que apagamos muchas veces y que es la inmensa voz del amor y de la verdad.

---

<sup>39</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Busquemos, de vez en cuando, un camino solitario, unas rocas silenciosas, la orilla de un río, la playa de un mar, el silencio de las estrellas, un lugar del bosque, un rincón de la capilla, un lugarcito de nuestro propio rancho... busquemos, todos los días, un lugar para hundirnos en la oración pura con Dios y en contemplación con el misterio que nos rodea.

Aprendamos a decir: “Dios mío, creo en Ti. Dios mío, te amo y espero”. Aprendamos a quedarnos mirando lejanamente las estrellas; eso es oración. Aprendamos a quedarnos mirando unas flores; eso es oración. Aprendamos a mirar profundamente al hombre, y a descubrir su misterio, su destino y su soledad. Pero, sobre todo, aprendamos a sumergirnos en el misterio de Dios en silencio.

No se deje usted arrebatarse el silencio. No se deje borrar el misterio que constituye la característica del hombre. Apague usted muchas veces la televisión, apague la radio. No lea periódicos ni revistas en ciertos momentos y esté en silencio. Aprenda las lecciones de lo Invisible. Allá brotará la profundidad de la vida, allí encontrará la verdad, hallará la esperanza. Descubrirá parte de lo Infinito que lo rodea y que va a ser su patria para siempre.

Ore usted muchas veces. El verdadero cristiano ora continuamente. Que su palabra, que su gesto, que su mirada tengan el eco del silencio y de la profundidad, donde usted frecuentemente se sumerge.

Acostúmbrese a amar la soledad, a amar el silencio absoluto, a amar la mirada fija en lo invisible, a escuchar la voz esquiva que viene de muy lejos, que viene de la infinita realidad de Dios.

# PERDÓNAME, SEÑOR<sup>40</sup>

Hagamos un acto de contrición, ante Dios, de nuestros propios pecados.

Perdóname, Señor, porque no te amo... Porque este inmenso cielo, lleno de estrellas y de misteriosas lejanías, no me habla de Ti, no me doblega, no me anonada ante tu poder y ante tu inmensidad.

Perdóname porque vivo tranquilo en un mundo donde hay tanta razón para vivir en agonía. En agonía de adoración, de pasmo, de agradecimiento, y agonía también ante el inmenso problema de los pobres.

Perdóname porque no te doy las gracias por la existencia, por este maravilloso mundo, el mejor de todos, en el que me hiciste existir. Por esta historia del hombre, complicada y magnífica, que se iluminó con tu presencia. Porque no te doy las gracias por tener la oportunidad de trabajar a favor del mundo, la oportunidad de dejar el mundo mejor de lo que lo encontré. No te doy las gracias, por puro egoísmo, de lo que hacen los otros hombres; por las obras magníficas que realizan otros hombres, que son mejores que yo.

---

<sup>40</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Te pido perdón, Señor, porque a la mayoría de los prójimos no cobija mi amor. Los veo indiferente, los miro como a desconocidos. El maravilloso hombre, con su propio destino, con sus íntimos problemas, con todo ese mundo apasionante de belleza y de misterio. Nuestro pecado siempre es el no amor, el que no amamos, el que nos replegamos solamente en nosotros mismos, en nuestro estrecho círculo, y no pensamos en el maravilloso hombre desconocido.

Te pido perdón, si soy acomodado, porque nunca he querido aceptar la invitación a la generosidad; no por falta de dinero, sino simplemente porque busco pretextos para excusarme. Yo sé que con mi dinero puedo hacerme presente en la revolución del amor, no de la violencia. La revolución que verdaderamente necesitan Colombia y América Latina.

Te pido perdón por hallarme contento en mi soledad, por buscar alejarme de los hombres, por creer que la santidad consiste en la lejanía, en no tener tentaciones, ni ocasiones.

Te pido perdón por no leer diariamente tu Carta, la carta que me dejaste escrita para que la leyera diariamente. La carta de tu ternura, de tu norma y de tu gracia. Esa carta es la sagrada Biblia. Te pido, Señor, perdón, por todas mis dimisiones, por lo que no he hecho, por lo que no he amado, por lo que no me he comprometido.

# ME CONSUELAS TÚ<sup>41</sup>

Diariamente debemos levantar el corazón hacia Dios con toda sinceridad, con toda la fuerza de nuestro espíritu para expresar nuestra fe y nuestra adoración. Decirle una y mil veces: Dios mío, yo creo en Ti. Yo me confío en Ti. Tú existes. Lo sé absolutamente. El mismo hecho de tu inmenso silencio me lleva a aceptarte. Nadie me habla de Ti. Todos parecen querer distraerme de Ti. Todo el mundo moderno. Pero eso mismo me lleva a desearte y a abrirme a Ti.

Yo creo en tu inmensidad. Creo en tu eternidad. Creo en tu paternidad. Yo, que soy nada de nada, me sumerjo en tu infinito ser. Yo sé la historia: nos creaste para Ti, para ser felices en la Tierra y pasar luego a tu regazo. Nosotros quebrantamos tu plan primitivo y Tú trazaste otro plan, el plan de la redención con la muerte de tu Hijo.

Yo creo. En ciertos momentos del día me asomo al abismo. Veo que la vida humana está rodeada de un misterio inmensurable. Todo me parece incomprensible. Lo único que me consuela es que me perpetuaré en Ti, que me eternizaré en el océano de tu luz. No puedo aceptar el mito moderno de que nos perpetuamos en las generaciones futuras. Que por el hecho de trabajar por

---

<sup>41</sup> Ver: "Palabras a Dios"

un mundo mejor, dentro de miles de años, la humanidad habrá resuelto todos los problemas y que, con ese hecho, puede estar tranquila y feliz y perpetuarse en los que han de venir.

Esto no me consuela. Lo que le va a pasar a la humanidad en el futuro no me consuela definitivamente. Me consuelas Tú, que Tú existes, que marchó hacia Ti a jornadas precipitadas. Que un día será el despertar en la inmensidad y en el misterio. Todo lo demás no me basta; no me basta el amor humano, no me basta la riqueza, no me bastan los viajes, no me bastan los libros, menos me basta una fiesta en una noche.

Soy un individuo inalienable. No me puedo perder en la mesa del futuro. Yo estoy solo con mi anhelo infinito, con mi esperanza, con mi temor, con mi insatisfacción por todo lo temporal.

Yo sé que Tú existes, que camino hacia Ti. Todos marchamos hacia Ti por distintos caminos. Los creyentes, católicos, judíos, protestantes, aun los ateos de buena voluntad, todos marchamos hacia Ti. Marchar hacia Ti. Lo demás es insignificante.

Nosotros creemos en Ti, Señor. En Ti, Dios eterno. Dios de los filósofos, Dios de Abraham, Dios Padre, Dios de Jesucristo. Creemos en Ti, Cristo, que viniste al mundo a restaurar el plan primitivo de Dios por medio de la redención. Nosotros creemos en Ti, ser vivo. Estamos temblando ante Ti. Sabemos que eres el abismo paternal. No nos puede satisfacer nada, sino pensar que Tú existes, que Tú nos amas, que Tú nos esperas.

# QUEREMOS TENDER HACIA TI<sup>42</sup>

Siento necesidad absoluta de pensar en Ti, ¡oh Dios infinito!, que me rodeas, que me cubres, que me envuelves. Mi alma no puede tolerar la perpetua distracción de Ti; no puedo aceptar estar alejado siempre de Ti. Me siento inmensamente solo en el mundo. Yo sé que el misterio tremendo rastrea toda la existencia del hombre. Que Tú estuviste al principio, que Tú estarás en el fin de cada hombre, y que Tú eres el absoluto del hombre.

¡Dios adorable...! ¡Dios infinito...! ¡Dios incomprensible...! ¡Nadie sabe nada de Ti: ni los poetas ni los profetas ni los sabios ni los místicos...! Nadie sabe quién eres Tú... Solamente Cristo nos dijo la verdad de Ti.

Queremos tender hacia Ti. Queremos no dejarnos ahogar por lo visible, por lo transitorio, por lo efímero, por lo superficial, por lo insatisfactorio que nos rodea, que nos envuelve, que nos asfixia... Queremos tender hacia Ti, ¡oh Dios infinito! Acepta nuestra humilde tendencia. Haz que nuestra vida no sea totalmente esclava de lo visible, de lo tocable, sino que sea afectada por tu realidad, por tu belleza, por tu inmensidad...

---

<sup>42</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Yo sé que te hemos de ver con nuestros propios ojos. Yo sé que hemos de ver tu luz, tu invisibilidad, tu inmensidad, tu realidad. Yo sé que vendrá un momento impensable en el cual nos encontraremos en tu infinita realidad. Yo quiero vivir de acuerdo con tu verdad; yo sé que Tú me amas con un infinito amor.

Este es el gozo de mi vida. Yo sé que la vida del hombre es misteriosa: no consiste sólo en lo visible ni en lo inmediato, sino consiste principalmente en el abismo que la envuelve, que lo espera. ¡Dios Infinito...! ¡Dios santísimo...!

Quiero que mi vida sea una expresión de mi fe en Ti. Tengo confianza en Ti. Sé que todo va a ser feliz, porque Tú me amas. Te pido perdón porque vivo olvidado de Ti. Porque sólo me preocupo de las cosas visibles. ¡Dios infinito! ¡Dios amante! ¡Dios cercanísimo! ¡Dios penetrante! ¡Dios trascendente! ¡Dios Padre! ¡Dios amor! ¡Dios..., Dios! ¿Qué puede hacer el hombre ante Ti, sino sollozar, sino confiar, sino llenarse de alegría...?

# SÓLO TÚ PUEDES CALMAR AL HOMBRE<sup>43</sup>

¡Señor! Estoy fatigado de andar. He caminado por todas partes, he ido a todos los montes, a todos los mares; he pasado por los desiertos, he subido a los nevados, he ido a las ciudades. Fui a Cartagena, me he sentado en sus murallas, mirando el mar y la historia.

Fui a París, me quedé mirando su bella catedral secular, el museo de su rey, y estuve mirando su río. He ido a Roma y he estado mirando sus ruinas, su río inmóvil y su Papa. He ido por todas partes y todo es fatigante y todo es insatisfactorio y todo es triste y nada me calma: ni los hombres ni los ríos ni los silencios ni los ruidos ni los ensueños ni los propósitos.

Yo sé que sólo Tú puedes calmar al hombre; sólo tu infinito ser personal, sólo tu misterio personal, sólo tu adorable amor personal, sólo tu belleza personal, sólo momentos de tu cercanía, ¡oh Dios! Sólo el misterio, sólo lo oscuro, sólo lo luminoso.

---

<sup>43</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Sólo perderme en tu recuerdo y en la seguridad de que Tú me amas. Sólo recordar que la sangre de tu Hijo me ha perdonado; sólo recordar que un día Tú irrumpirás en mi vida y en el mundo. Que un día nos sumergiremos en Ti, y no en la nada, no en la ceniza, no en el olvido de todo.

Me calma recordar que un día desaparecerá el gran engaño, la gran mentira del mundo; desaparecerán las voces falsas, desaparecerá todo lo transitorio, todo lo que tiene por duración un día, nada más que un día y después se hunde en lo que no volverá. Sólo me consuela que vendrá tu Ser, abrumador y bello, en el cual me sumiré y te sumirás tú, que me lees distraído.

Oh anhelo del hombre, oh inconsolable hombre, oh siempre hombre insatisfecho, haz silencio, mira al Infinito que se acerca, mira que va llegar la hora grave. Vuelve a creer. Fatígate, al fin, del gran engaño, de la gran mentira que está alimentando tu vida. Sólo te queda amar, sólo te queda volver a creer y a esperar, a pesar del silencio.

# TODO NOS HABLA DE TI<sup>44</sup>

Levantemos los ojos a Dios, nuestro Padre, nuestro infinito amor, ese Ser que nos rodea con su mirada penetrante, hasta la raíz de nuestra existencia y con una extraña e infinita ternura. Todo lo que es verdadero, todo lo que es bello, todo lo que es amable en tus criaturas debe hacernos recordar de Ti, oh nuestro Creador.

Las mil voces que percibimos en el silencio de la creación nos hablan de Ti, nos hacen envolvernos en tu recuerdo y en tu amor. Haz que continuamente recordemos todos tus regalos. Todos ellos, aún los más pequeños, deben alegrarnos y deben conducirnos hacia Ti. Haz que no nos olvidemos de que todo lo bello y todo lo amable en tu creación es como un preámbulo de lo que vamos a poseer y a contemplar en la eternidad.

Oh Padre Celestial, danos diariamente un poco de alegría. Danos diariamente una breve sonrisa, dada y recibida, una palabra alentadora, unos ojos limpios en los cuales extasiarnos. Haz que nos venga una carta esperada. Haz que nos recuerden, que nos aman. Haz que, por tu amor, sea curado un amigo enfermo. Haz que un mal entendimiento que tenemos sea aclarado.

---

<sup>44</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Muéstranos diariamente algo bello. Déjanos mirar una flor perfumada, una rosa entreabierta. Haz que sepamos escuchar diariamente un pájaro que trina, en un árbol cercano. Haznos tener contacto con un hombre profundo. Permítenos apretar una mano caliente o amada.

Danos la posibilidad de una buena acción. Danos la posibilidad de una alegría íntima. Danos la ocasión de un silencio diario, que nos conduzca a un contacto con lo Infinito, con lo eterno, con esa persona amada sobre todo amor, que se llama Jesucristo.

## YO CREO EN TI<sup>45</sup>

Todos hemos experimentado, en ciertos momentos de silencio y de reconcentración, un deseo profundo de Dios, de amarlo, de creer en Él, de rendirnos totalmente a Cristo, de vivir una vida ejemplar a los ojos de Él y de los hombres. Pero también hemos experimentado los momentos turbios de la vida cristiana. Los momentos en que el demonio nos ataca, en que nos sentimos impuros, nos sentimos orgullosos, nos sentimos mediocres, nos sentimos manchados y pecadores.

En esos momentos de turbación, produzcamos un acto puro de fe y digamos, desde el fondo de nuestro ser: Yo creo en Ti, Dios Padre infinito, creador del cielo y de la Tierra. Yo creo en Ti, Cristo, mi salvador único. Yo no pongo mi confianza en ningún hombre de la Tierra, ni en mí mismo, ni en ningún poder ni en ningún arte ni en ninguna ciencia, ni en ninguna bondad ni en ninguna piedad que yo pudiera tener.

No pongo mi confianza en ninguna criatura. Yo pongo mi confianza sólo, únicamente, en Ti, Dios invisible, Dios incomprendible, el que hizo el cielo y la Tierra, el que está por encima de toda criatura.

---

<sup>45</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Yo creo firmemente en Ti, Dios. No creo menos en Ti, si los hombres me abandonan y me persiguen o si me denigran. Yo no creo menos en Ti, Dios, si estoy pobre, enfermo, incomprendido, despreciado, rechazado. Yo no creo menos en Ti, Dios, si el demonio me derriba y me hace experimentar mi miseria.

Mi fe está por encima de todo pecado y de toda virtud. De todo lo que no es el simple y puro y adorable Dios. De todo lo que no es el que Tú enviaste, Jesucristo. Pongo mi confianza en Él, y no condiciono mi fe ni al tiempo ni al espacio ni al modo. Todo lo pongo en manos de tu adorable voluntad.

No dudo en lo más mínimo del amor de Dios, del infinito amor de Cristo para mí. Sé que, a pesar de ser pecador, soy hijo de Dios, soy siervo de Dios y soy heredero del cielo eterno y sé que contemplaré a Aquél en quien creo.

Pongo toda mi confianza en Dios, a pesar de que se me cierren todos los horizontes, a pesar de que se me borren todos los caminos, a pesar de que se pierdan todas las esperanzas.

# CRISTO-TROPÍA<sup>46</sup>

Todos los hombres, en ciertos momentos de nuestra vida, tenemos un deseo intenso de Dios. Se nos presenta la realidad de Dios con una fuerza especial, con un llamado particular. Este fenómeno, en algunos hombres, ha tomado características inmensas. Uno de los ejemplos más extraordinarios de esta situación humana es Pascal.

Pascal, el genio matemático, el maravilloso solitario de Port Royal, tuvo una noche de 1654, un lunes a las diez y media de la noche, la sensación de abismo ante Dios. Y escribió unas frases entrecortadas, como sollozos, que quiero citarles. Sus palabras, que son la página grave más bella quizá de la literatura religiosa francesa, están palpitantes de la inmensidad.

Era toda el alma cristiana que encontraba la fe en Dios por Jesucristo, que superaba la tentación del mal, superaba la tentación de la incredulidad, que no trataba de explicarse nada, sino de aceptar al infinito Dios y al infinito Cristo. Dios no ha venido a dar explicaciones, ha venido a llenarnos con su presencia.

---

<sup>46</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Pascal escribió a las diez y media de la noche, en la oscuridad de la capilla de Port Royal, estas palabras entrecortadas como gritos del abismo humano:

Fuego. Dios de Abraham. Dios de Isaac,  
Dios de Jacob.

No de los filósofos ni de los sabios.

Certidumbre... Certidumbre.

Sentimiento. Alegría. Paz. Dios de Jesucristo.

Tu Dios será mi Dios.

Olvido del mundo. De todo. Aparte de Dios.

No se encuentra sino en los caminos enseñados  
por el Evangelio.

Grandeza del alma humana.

*Padre justo, El mundo no te ha conocido, pero  
yo te conozco (Jn 17, 25).*

Alegría. Alegría. Alegría.

Lágrimas de alegría.

Yo me separé. Dios mío, ¿me abandonarás?

Que no me separe de Ti para siempre.

¡Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti,  
*solo Dios verdadero, y al que enviaste,*

*Jesucristo! (Jn 17, 3).*

Jesucristo, Jesucristo.

Me he separado, he huido, he renunciado,  
he crucificado.

Que nunca me separe para siempre.

No se conoce, sino por los caminos  
enseñados por el Evangelio.

Renunciación total y dulce.  
Sumisión total a Jesucristo y a mi director.  
Eternamente en alegría, por pasar un día de  
ejercicio en la Tierra.

Estas palabras escritas a la media noche, extendido todo el cuerpo tembloroso en tierra en la capilla de Port Royal, nos dan la idea de lo que es la actitud de un hombre, en el mundo, ante Dios y ante Jesucristo. “Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos ni de los sabios. Certidumbre. Certidumbre, sentimiento. Alegría, paz. Dios de Jesucristo”.

# ACTO DE FE EN DIOS VIVO<sup>47</sup>

Invitamos a todos a participar en ese magno acontecimiento espiritual, que llama a la conversión y la renovación interior. Lo estoy invitando a usted a hacer hoy un acto de fe en Dios vivo, como nunca o casi nunca lo ha hecho. Un acto de fe en Dios amoroso, que cubre todo el universo, que nos conoce con nuestro propio nombre, que formó hace muchos siglos las raíces extrañas de nuestro ser, que entretejió la trama de nuestra vida.

Diga usted: Creo en Ti, Dios infinito; creo en Ti, sin conocerte; creo, sin sospechar la inmensidad, la belleza, el abismo de amor y de ternura que Tú eres. Creo que me conoces, que me amas, que me cuidas. ¡Creo que el universo fue hecho por tu amor y por tu sabiduría!

¡Creo que me enviaste a tu Hijo eterno, tu hijo perfecto, Jesucristo! Creo que Él resucitó y me resucitará y me llevará un día a la contemplación adorable del paraíso, de la perfecta belleza de tu Ser, de tu inmensidad, oh Dios. Creo que estoy

---

<sup>47</sup> Ver: "Palabras a Dios"

salvo en la sangre de Cristo. Creo que no hay pecado en mi vida, por más grave que haya sido, que no se perdona en la sangre del Salvador.

Creo en el hombre; creo que ese hombre que pasa a mi lado, a quien yo no entiendo, te pertenece a Ti, oh Dios. Tú lo hiciste, tú lo dejaste tal como es. Aunque no lo hayas querido exactamente así, si Tú lo soportas, yo también debo soportarlo. Si Tú lo amas, yo también debo amarlo, a pesar de sus limitaciones. Creo que mi vida no puede reducirse a la monotonía sin amor, sin destino, sin ilusión, sin servicio, sin perdón, sin ayudar a nadie, sin abrazar a nadie.

Creo en Ti, oh Dios, mi adorable. Mi invisible, mi cercano. El que penetra en mi existencia. ¡Creo en Ti, Cristo, mi salvador, mi maestro, mi camino, mi Señor! Creo en ti, hombre, hombre a quien no conozco, que pasas a mi lado, a quien debo apreciar, a quien debo perdonar, a quien debo abrazar.

# ¡SANTÍSIMA TRINIDAD!<sup>48</sup>

Meditemos un instante en este infinito misterio que será el objeto de nuestra eterna contemplación: la inefable Trinidad. Desde aquí, desde la pequeñez de la Tierra y desde la cortedad de nuestra vida, tendamos sobrecogidos la mirada hacia el infinito misterio de la vida íntima de Dios.

En Jesucristo se nos manifestó la profundidad de esa vida interior de Dios. Cristo nos reveló que no existe un Dios solitario. El Dios que nos reveló Jesucristo, el único Dios verdadero, es Uno en sustancia, pero Trino en personas.

Su ser, su palabra y sus obras están llenos de la realidad de lo sacrosanto. Por Cristo conocimos al Padre poderoso y bueno, al Hijo en su verdad y en su amor redentor y al Espíritu Santo, el creador, el iluminador, el cercano... Este es un misterio que todo lo sobrepasa y que suscita un gran peligro de escándalo...

Pero, por otra parte, no queremos a un Dios que se amolde a los límites de nuestra inteligencia y de nuestras figuras. Queremos a un Dios real, y sabemos que eso debe superar nuestro pensamiento. ¡Por eso creemos, oh Dios, en tu misterio! Cristo, que no puede engañarnos, Él nos lo enseñó.

---

<sup>48</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Cuando nosotros deseamos la intimidad, vamos a un amigo; pero, por más íntima que sea la amistad, quedamos siempre dos. No es así en Dios: Él encuentra su Tú, su amigo, en sí mismo. En su infinita profundidad, pronuncia su eterna Palabra... En su propia opulencia, se realiza el perpetuo dar y el perpetuo recibir del amor.

Creemos en tu vida trinitaria, oh Dios. Somos tus hijos, oh Padre... Somos tus hermanos y tus hermanas, oh Hijo de Dios, Jesucristo. Y Tú, Espíritu Santo, eres nuestro amigo y nuestro consuelo.

Tú eres, oh Dios, la vida eterna que nos está prometida. Hacia ella va nuestra esperanza. Concédenos que su luz, que aparece como muy lejana y muy santa, ilumine nuestra vida.

Padre eterno, te adoramos como a nuestro Padre; Tú nos miras a nosotros, polvo, pecado y lágrimas, como a tus hijos. Verbo Eterno, te adoramos como a nuestro Redentor. Viniste en forma de siervo para rescatarnos. Espíritu Divino, te adoramos como a nuestro Santificador. Tú estás viniendo continuamente al abismo de nuestra miseria para derramar en nosotros tu santidad y tu consuelo.

¡Oh santísima Trinidad, que nosotros adoramos! ¡Concédenos que un día contemplemos tu misterio, y nos saciemos de Ti y nos perdamos en Ti!

# AL PADRE, AL HIJO Y AL ESPÍRITU SANTO<sup>49</sup>

Debemos orar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo con plegaria intensa. Hay mucho por qué orar. Hay muchas necesidades en el mundo, muchas ruinas, muchas lágrimas, demasiada sangre. En nuestro hogar, quizás hay enfermos, quizás hay separaciones, tal vez hay frialdad. Quizás esté quebrantado algo precioso e invisible: el amor... la intimidad. Quizás personalmente estemos en soledad de Dios... Buscando a Dios y no lo hallamos... Anhelando su amor, sin poseerlo.

Oremos un instante: ¡Eterno Padre: ¡todo viene de Ti, todo va a Ti! Padre: invítame hacia Ti, a tu altura, desde mi bajeza... A tu eternidad, desde mi tiempo. En Ti está la luz, la plenitud de la vida y la plenitud del mundo. Padre: todo está en tus manos. En Ti confío. En tu providencia coloco mis inquietudes y todo lo mío. Que tu voluntad sea hecha... que tu reino se amplíe por mí... que en lo que haga, yo te glorifique...

Oremos también al Hijo: Oh Cristo Jesús, viniste al mundo para conducir a los hombres a tu imitación. Yo sé tan poca cosa de Ti... Dirige mi alma... abre mis ojos para que vean quién eres Tú. Despierta mis oídos para oír tu palabra... Llama a mi corazón para que se abra a Ti. Deseo marchar contigo y trabajar por Ti...

---

<sup>49</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Oremos también al Espíritu Santo: ¡Espíritu de Dios! Luz y Fuerza... y Gozo. Tú hiciste en Pentecostés a los primeros cristianos... En tu fuerza, ellos vencieron al mundo. Ven a mí. Haz mi conciencia clara y fuerte para realizar la obra de Dios. Enséñame la verdad de Dios. Concédeme la gracia. Indícame la voluntad de Dios.

Oh Trinidad: Tú eres sobre todo pensamiento e idea. Eres la plenitud de la verdad... la fuente del amor... la belleza infinita. ¡Eres la vida, la compañía, oh santa Trinidad! Me doblego ante Ti... Te adoro... Tuyo es el poder y la gloria y el honor. Amén.

# VUÉLVASE AMANTE DE DIOS<sup>50</sup>

Sienta usted, en este momento, la infinita presencia de Dios. Sienta la infinita presencia de Dios que lo cubre, de Dios que lo penetra, de Dios que lo ama, de Dios que lo mira, de Dios que lo espera. Renueve usted, en este momento, su fe absoluta en Él, en ese adorable Ser que es el infinito amor, que es la infinita sabiduría, que es el infinito poder, que es el infinito secreto.

Si usted está en un lugar donde se ven las estrellas, contémpelas en silencio y recuerde que toda esa inmensidad del universo, que toda esa belleza inimaginable e inmensa brotó de Él, en un acto de amor hacia usted, como si usted estuviera solo en el mundo.

Vuelva usted su pensamiento a Dios, el gran olvidado, al que todos los hombres buscamos sin decirlo, al que todos los hombres necesitamos. El que es la única explicación de la belleza que nos rodea, y de nuestra circunstancia.

---

<sup>50</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Vuélvase usted amante de Dios, adorador de Dios, agradecido con Dios, dependiente de Dios, obediente estrictamente a su voluntad. Vea los hombres, vea los árboles, vea los bosques, vea las flores, vea el misterio y sumérgase en Dios. No pase usted la vida como un ateo, como un hombre que nunca percibió el perfume de Dios, como un hombre que nunca oyó la voz suave y adorable de Dios.

Vuélvase usted admirador de Dios, en todos los detalles del universo. No sea usted un absurdo, un distraído, un atolondrado que pasó por el mundo sin fijarse en nada, y mucho menos en las manos amorosas y sabias que todo lo hicieron.

Diga usted, de vez en cuando: Dios mío, Dios mío. Bello Dios, adorable Dios, amoroso Dios. Desde aquí, desde este lejano punto del universo, me doblego y te adoro y te doy gracias; y te pido perdón, por todos mis olvidos y por todos mis pecados. Sé Tú mi guía continuamente. Sé el orientador de mi vida. Dios bello, Dios santo, a quien no conozco, a quien no imagino, a quien descubro en todo, a quien quiero amar, a quien deseo amar con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas.

# NO ME ENTIENDO SIN TI<sup>51</sup>

Ahora, cuando se afirma la muerte de Dios, nosotros humildemente debemos proclamar que Dios es un Dios vivo, que es el Dios de nuestra vida. Qué maravilloso es escribir a ustedes, católicos, protestantes y judíos que comprenden este lenguaje y lo aceptan, porque en esto no tenemos ninguna diferencia.

Dios mío, Tú eres el Dios de mi existencia, el Dios sin el cual no se comprende la vida y sin el cual se vuelve monótona e intolerable. Yo no me entiendo a mí mismo sin Ti. Todos somos un misterio impenetrable. Parte de mi misterio consiste en que no soy sino un instante. En nuestro ser no hay sino pasado irreversible, irrepitable. Mi presente añade cada instante y se hunde en el pasado inmediatamente.

Tú eres, Dios mío, aquel sin el cual no se entiende la existencia. Yo renuevo mi fe en Ti, Infinito vivo. Ahora que el hombre ha llegado a la cima de su triunfo, se atreve a decir que Tú estás muerto, y busca instalarse en el mundo sin Ti y organizarlo todo sin Ti. Trata de encontrarse bien, lejos de Ti. Sin Ti, todo se reduce a casi nada, a todo se le quita la dimensión inmensa.

---

<sup>51</sup> Ver: "Palabras a Dios"

No se puede hablar sino de lo que nos hablan los reporteros de la prensa; de los informes sobre las lluvias, de la política y un poco de arte; pero hay que reprimir todos los demás temas. El tema del origen, el tema del fin, el tema de la soledad.

Tú eres, Dios mío, el que nos permites hablar de temas diferentes. Tú eres el fin del camino, la consagración de mis actos, la alegría de mis horas alegres. Permites hablar a la orilla del mar y a la orilla del bosque, casi en silencio. Tú le das aplicación a la belleza del universo; Tú eres la base del optimismo del mundo; eres la inmensidad que nos aguarda.

La vida es maravillosa porque en ella podemos amar, pero el amor es hermano del infinito y el Infinito eres Tú. No se pueden unir dos manos sin Ti, no se pueden acercar dos bocas sin Ti, no se puede entregar un hombre al servicio del hombre si no lo acompaña Tú; aunque él no lo sepa, aunque él lo rechace, Tú estás al lado del hombre que se entrega al hombre.

Sólo contigo puedo huir de mi estrechez, de mi egoísmo, de mi pobreza, de mi vacío. Tú eres el eterno secreto de mi vida. Tú me llamaste al problema de la existencia. Tú me preparaste las situaciones de mi destino, Tú me rodeaste de estos seres que amo y con los cuales se urde y se envuelve mi vida. Tú me hiciste vivir y luchar en este tiempo.

Es maravilloso creer que Tú existes y que eres el Dios vivo. En todas partes me siento incómodo, y tengo que mirar el reloj. Sólo Tú eres el lugar donde me siento bien, y no vuelvo a pensar en el tiempo... ni nada me espera más... En Ti, a tu sombra, quisiera encontrarme con todos los hombres y quisiera hallarme con mi secreto.

# UN ACTO DE PURO AMOR<sup>52</sup>

Haga usted conmigo un acto puro de amor a Dios; usted quizá nunca lo ha hecho en la vida. Es posible que haya vivido envuelto en el trabajo, en la distracción, y nunca haya proferido un acto explícito de amor a Dios, de amor a Cristo.

Posiblemente le ha parecido que hablar de Jesús, expresar su amor es algo reservado sólo a los místicos y que sólo aparece en algunas páginas de devoción. Sin embargo, hacer actos de amor a Cristo debe ser nuestra ocupación frecuente, nuestra actividad varias veces en el día.

El Espíritu Santo, que habita en usted, lo lleva a producir este acto de afecto, de rendimiento total, de adhesión absoluta a la persona de Cristo.

Diga conmigo: ¡Mi Jesucristo, mi redentor, mi amor, mi deseo, Dios de Dios, óyeme, Te invoco! Clamo a Ti desde esta Tierra; ven a mi alma, entra en ella, adhiere mi alma a Ti. Toma posesión de mi existencia. Cámbiame, santifícame. Soy un vaso manchado que quiere ser limpio por Ti. Llenarme de amor hacia Ti. Te declaro que soy un hombre que nunca te ha amado seriamente.

---

<sup>52</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

Oh Jesucristo benigno, poderoso, deseable, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, más blanco que la nieve, más precioso que todos los tesoros, más valioso que toda criatura, más valioso que todo el universo. Tú eres mi única esperanza, Tú eres mi dulzura.

Quiero que Tú seas el amor y el deseo de mi corazón. La suavidad de la mente, la inflación del pecho, la luz y la claridad de los ojos. Mi alma, mi vida, las entrañas de mi corazón, mi exultación.

Oh Jesucristo, siempre deseado y nunca alcanzado. Oh Hombre-Dios, cercano, perpetuo, único camino, única verdad, única vida para el hombre que está en la Tierra.

Quién pudiera alabarte dignamente. A Ti, que eres inefable; a Ti, que eres la sabiduría del Padre. No hay palabra de hombre para alabarte ni para elogiarte. Los hombres pasamos la vida al margen tuyo, sin ningún amor hacia Ti, y nos parece extraño e inusitado que alguien nos hable de Ti.

Oh Cristo, te estoy hablando a nombre de los que queremos estar envueltos en tu amor. Concédeme que comience una vida de profundo amor hacia Ti, que rompa con el pecado que me mancha y que me ahoga. Concédeme que exprese algo de lo que te debo. Que yo te recuerde constantemente.

Concede que se formen grupos de cristianos amantes de tu Persona, que sientan palpitar el corazón hacia Ti. Que aparezcan multitud de grupos inspirados por tu Espíritu Santo, cuya característica sea un profundo amor, un sincero amor, un amor transformado de la vida. Amantes de Ti, Jesucristo.

Que podamos hablar de Ti naturalmente, sin que nos sean extraños tu Palabra y tu nombre. Que nos intereses Tú más que los deportes, más que la política, más que la cultura, más que las noticias, más que los negocios.

Concede que se formen familias nuevas en el mundo, cuyo centro sea Jesucristo, descubierto por la luz y por la fuerza del Espíritu Santo; familias donde Tú seas el centro de inspiración y de alegría y de solución de los problemas y de estabilidad.

Concédenos que la Renovación Carismática desencadene en el mundo una oleada de amor a Ti, que penetre la ciudad, que la conmueva, que la transforme totalmente, de acuerdo con el proyecto eterno de Dios, nunca realizado en la Tierra. Que se formen en todas partes grupos de universitarios y de jóvenes que te tengan a Ti como a la Persona más perfecta, más atractiva, más amable y que tengan seguridad absoluta de que al lado tuyo todo palidece, todo es mediocre, todo insignificante.

Clame usted a Jesucristo: póstrese en tierra, solloce, obtenga a cualquier precio el amor de Cristo. Despréndase de cualquier cosa para comprar el amor. Esta es la perla preciosa que se encuentra en lo más auténtico de la Renovación Carismática.

¡Tú, Jesucristo; el bello, el verdadero Redentor, el adorable, el para siempre, el incomparable Tú, Jesucristo!

# ¡DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO!<sup>53</sup>

En la santa Biblia hay unas palabras eternas, que expresan la inmensidad de lo que pasó el primer viernes santo, hace veinte siglos. En san Juan leemos estas palabras memorables: *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no perezca, mas tenga vida eterna (Jn 3, 16).*

Y en la epístola a los Romanos dice: *Dios muestra su amor por nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom 5, 7).*

Y en Filipenses encontramos: *Jesucristo, estando en condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, por lo cual Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre sobre todo nombre (Filp 2, 8).* Y en la epístola a los Gálatas leemos: *Cristo me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gál 2, 20).*

La muerte de Jesucristo cura nuestra muerte y consuela nuestra agonía. Cuando estemos muriendo, acordémonos de la muerte de Cristo y seremos salvos. Jesucristo subió al Calvario por nosotros.

---

<sup>53</sup> Ver: “Tú sabes que te amo”

Jesucristo, que nos amó gratuitamente. Jesucristo, que tomó sobre sí el pecado de los hombres. Jesucristo, que hizo la infinita redención y reconciliación del hombre con Dios. Jesucristo, que subió a la cumbre más alta del universo, como sacerdote eterno de Dios, que ofrece una vez para siempre, en nombre de la creación, un sacrificio condigno de la Divinidad.

Jesucristo, el bello y el justo ultrajado. El príncipe perfecto, hecho como un gusano que se retuerce. El inocente, hecho culpable de todos los pecados de los hombres. ¿Cuándo será que nos daremos cuenta de la inmensidad sagrada de Jesucristo, y de la absurda vida que estamos llevando lejos de Él? ¿No será ahora la oportunidad para hacernos cercanos por la sangre de Cristo, como dice Pablo en la carta a los Efesios? (cf Ef 2,13).

Cuándo acontecerá el momento, deseable y definitivo, de la vida, en que digamos: Jesucristo, Tú eres el Señor. Yo acepto tu redención. Yo quiero purificarme totalmente con tu Sangre. Yo te confieso como mi único Salvador, ahora que estoy libre y consciente, y a la hora de mi muerte. Cuando todo desaparezca y solamente Tú aparecerás ante mí.

Jesucristo, vivo para siempre, y muerto y resucitado; siento una impotencia radical para amarte debidamente, para rendirte el homenaje supremo que te debo. Siento la exigencia gravísima de un rendimiento total a Ti, mi Señor, y al mismo tiempo las limitaciones de mi condición humana y pecadora.

# ¡ME AMÓ Y SE ENTREGÓ POR MÍ!<sup>54</sup>

Tan maravilloso Jesucristo, que murió por usted y por mí. Tan incomprensible el Salvador, que aceptó el horror de la cruz por un hombre que vive brevemente en el mundo. Que no comprende nada, que vive distraído, que no se pregunta nada acerca de la incógnita que constituye el núcleo de su existencia. ¡Jesucristo!, el inmenso, el profetizado por todo el Antiguo Testamento.

El Mesías amado y esperado, y no aceptado. Jesucristo, el que quiso, por voluntad divina, venir a la Tierra, lejana, oscura y manchada. No nos queda sino rendirnos a Él, orientar nuestra vida con su Palabra, dedicar nuestras existencias a reparar el desamor, el olvido.

Dedicar el tiempo que nos queda a adorarlo, a proclamarlo, a amar al hombre, al que es distinto de nuestra propia familia. Lo que no puede seguir aconteciendo en mi vida, en la tuya, es la distancia, la lejanía, el olvido y el pecado.

---

<sup>54</sup> Ver: “Tú sabes que te amo”

*Jesucristo me amó y se entregó a sí mismo por mí, dice Pablo (Gál 2, 20). Nos amó y nos lavó de nuestros pecados en su sangre (Ap 1, 5).*

Jesucristo subió lentamente al Calvario por mí; lentamente se dejó enclavar y crucificar; lentamente, gota a gota, bebió el vinagre y apuró la muerte; todo fue lentamente, por mí, que vivo en la injusticia, en el egoísmo, que he logrado establecerme lejos de Dios. Como el hijo pródigo, que prácticamente estoy aceptando vivir una vida sin Dios.

Jesucristo, Tú tan incomprendible, que persistes en amar al hombre, a pesar de que conoces lo que hay dentro del hombre, como dice Juan (cf Jn 2, 25). Yo te rindo el homenaje de mi fe; yo no te he visto nunca, yo no tengo pruebas personales de tu eternidad ni del mundo invisible que espero; sin embargo, estoy seguro de él. Tú lo dijiste, esto me basta, voy como viendo lo Invisible (cf Heb 11, 27).

Este es el único y humilde homenaje que te rindo: creer, con fe absoluta, lo inmenso, lo incomprendible, lo inaudito. Que Tú eres verdad, que Tú hiciste el universo, que Tú vas a venir, que Tú estás vivo. Ayúdame a apartarme del pecado que me abruma, del egoísmo que me encadena. Ayúdame a adherirme a Ti totalmente.

# JESUCRISTO, DÉJAME DECIRTE<sup>55</sup>

Es absolutamente necesario introducir, en la cristiandad, el amor explícito, ardiente, aun delirante hacia la persona de Jesucristo. Decirle hoy, decirle frecuentemente, como decía David: *Mi alma tiene sed de Ti, como tierra desierta, sin agua, calcinada. Así tiene sed mi alma de Ti* (Sal 63, 2).

Hemos llegado a la cumbre de las ciencias y al fondo de todas las experiencias y hemos encontrado vacío el corazón. Tú cubres el Infinito. Los hombres no quieren saber nada del Infinito, ni de lo inmenso, pero el Infinito los rodea, y éste es el auténtico ambiente del hombre. Por todas partes estás Tú, en el abismo turbulento y pavoroso de estrellas, de constelaciones que se precipitan sin tocarse.

Tú por todas partes, contemplando e iluminando y descifrando el misterio de la creación que es el amor, y consolando a los hombres lejanos, que viven en la lejanía del universo y se preguntan, como nosotros, por su principio, y que están descubriendo tu infinita belleza, Cristo Hombre, Cristo Infinito, Cercanía y Lejanía, Inmensidad, Omnipotencia, Belleza cósmica, entrañable hasta las lágrimas y separación inaccesible.

---

<sup>55</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

Oh Jesucristo, mi Cristo, te he buscado y te he hallado en todas partes y nunca he podido llegar a tu intimidad; te he hallado más allá de la última estrella, te he hallado en el sublime hombre de la Tierra.

Oh Jesucristo, déjame decirte, déjame gritarte: *A Ti grito, Señor; Tú eres mi refugio* (Sal 142, 6). Estoy subido en la cumbre del universo, donde ya no hay estrellas, donde se dejaron atrás todas las constelaciones, todas las nebulosas, todas las Cruces del Sur, todas las estrellas polares, más allá de todas ellas, donde solo queda la oscuridad de la nada. Quedaron atrás todos los planetas y todas las civilizaciones extraterrestres. ¿A dónde iré, lejos de tu Espíritu? ¿A dónde huiré de tu presencia? (Sal 139, 7).

Oh Jesucristo, déjame decirte que te he encontrado en el universo tan grande como el infinito y tan pequeño como un hombre. He visto tus ojos y tus manos y tu boca, aquí lejos de la Tierra. Lo mismo que allá en la Tierra, en la ternura de tu humildad y en el amor de tu cruz.

Por todas partes Tú, Cristo; Tú adelante, Tú atrás, Tú afuera y Tú dentro. Tú en la luz y Tú en la inmensa oscuridad. Tú en la lejanía y Tú en la entrañable cercanía. Tú en la tremenda cascada de estrellas y Tú en el océano de la nada, donde sólo hay nada. Por todas partes Tú, Cristo; tan débil como una espiga hecha hostia, y tan fuerte y tan grande como el infinito.

Hasta aquí llega tu sangre, hasta aquí llega tu salvación, oh Jesucristo. Tus ojos, tu amor, cubren el universo. He visto que no te quedaste en la sola Tierra, sino que llenaste toda la creación.

Nos acercamos a Ti; nos postramos, en lo más hondo de la Tierra, ante Ti. Nos levantamos, te cubrimos de besos los pies y nos ensangrentamos la cara en tu sangre. Pero Tú por todas partes te extiendes, blanco y adorable.

Penetras con tu fuerza, con tu amor, la creación, oh Jesucristo. Por todas partes, Tú; en el silencio aterrador que me rodea, en este abismo del espacio y en el murmullo de los arroyos, de los bosques lejanos de la Tierra. Por todas partes, Tú, llamando a la fe, llamando al amor, llamando a los gritos, llamando al sollozo, llamando al silencio.

Ante Ti, quedo temblando, quedo sollozando, quedo esperando. Seguro de lo que va a suceder cuando me sumerja en Ti. ¡Quedo triste, porque no acabo de tenerte, no acabo de abrazarte, ni acabo de amarte!

## EL SÍ DE DIOS<sup>56</sup>

En la segunda epístola de san Pablo a los Corintios, leemos lo siguiente: “Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que entre ustedes ha sido predicado por nosotros, no ha sido sí y no: en Él no hubo más que sí. Pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en Él; y por eso decimos por Él ‘amén’, para la gloria de Dios. Y es Dios el que nos conforta juntamente con ustedes en Cristo, y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello, y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones” (2 Cor 1, 19-22).

Jesucristo no ha sido en nosotros sí y no, sino sí y amén. Él es el sí en el amor, en el perdón, en la redención. Él es el sí, en la plenitud grandiosa de esta palabra.

Nosotros contestamos siempre con ambigüedades. Nunca decimos un sí total y absoluto. Sólo Jesucristo es el sí de Dios. Jesucristo es el que nos unge en Dios; Él es el que nos unta el perdón y la plenitud de Dios en nuestra vida.

Él es el que nos da las arras del Espíritu Santo. Este deseo que tenemos de Dios, esta búsqueda interior, esta inquietud, esta seguridad de salvación, esta felicidad comunicativa son las arras del Espíritu Santo. Es la presencia del que va a venir. Algo increíble va a venir: Dios totalmente penetrando la existencia.

---

<sup>56</sup> Ver: “Señor mío y Dios mío”.

Jesucristo nos da las arras del Espíritu Santo. Jesucristo nos hace pregonar la belleza de Dios, la inmensidad del ser de Dios.

Señores: ¿será posible que suceda esta grandiosidad de situación interior de una entrega total a Jesucristo? ¿Será posible esta renovación íntima, este anclaje total en Jesucristo?

¿Será posible que empecemos a vivir enteramente por Él? ¿Será posible despertar totalmente a Jesucristo?

“Despiértate tú que duermes y te iluminará Jesucristo” (Ef 5, 14). Así cantaban los cristianos de la primitiva Iglesia. San Pedro dice: “El fin de todas las cosas se acerca; sean, pues, sobrios y velen en oración” (1 Ped 4, 7).

¿Será posible que hagamos una gran revolución silenciosa en la intimidad de las almas, en que suceda lo inmenso, lo grandioso, lo incomparable en la vida, a saber: entregarnos intensamente a Jesucristo?

# LA PACIENCIA DE DIOS TIENE UN LÍMITE<sup>57</sup>

Hablemos de la paciencia de Dios. Digamos todos en primera persona: ¿Cuánto tiempo me ha aguardado el Señor? Él me preparó la existencia través de innumerables generaciones. Mis padres, mis abuelos, mis antepasados. Él me preparó el ambiente. El hogar, la raza, el pueblo, aun el paisaje, el colegio, las circunstancias.

La paciencia de Cristo para conmigo sobrepasa toda medida, me ha perdonado más de setenta veces siete. Ha oído mis propósitos y previsto mis desfallecimientos. Ha visto mis infidelidades, ha conocido mis inconstancias. Sólo he sido constante en huir de Él. Dios ha sido testigo de a qué consagraba yo mi tiempo, mis capacidades: a todo, menos a Él, el infinitamente importante.

La paciencia de Señor tiene un límite. No termino de pensarlo. El límite es cuando Dios juzga que es suficiente, que basta. ¡Dios me ha tenido una larga paciencia! Siglos, generaciones pasadas estuvo a mi espera; y todos estos años que llevo vividos, me ha aguardado y sólo ha recibido el rechazo, el olvido, la huida.

---

<sup>57</sup> Ver: "Palabras a Dios"

¿Será tarde, Señor, para que me esperes todavía? ¿Será tarde para realizar lo que aguardaste tantos siglos, y lo que preparaste a través de generaciones, que se debía realizar por mí y en mí? ¿Será tarde, Señor, para que se cumpla lo que tu larga, tu paternal paciencia ha esperado de mí?

Con todo lo que me precedió y me rodeó en mi raza, en mi medio, en mis circunstancias, Dios me estuvo esperando y preparando pacientemente.

Esta es una idea que todos ustedes deben pensar personalmente. ¿Será tarde para reparar la inútil y defraudada espera de Dios sobre mí?

# PECADOR Y AMANTE TUYO<sup>58</sup>

Aquí estoy, ante Ti, ¡Oh Cristo! Lo reconozco. Soy un pecador. Oye la triste lista de mis pecados: soy violento, soy desordenado, soy perdedor de tiempo, soy avaro, estoy lleno de envidias, soy ambicioso, soy supersticioso, debiera orar mucho más, soy injusto, soy adúltero, soy un orgulloso sin causa, he cometido todos los pecados que cometen los hombres. Posiblemente no exceptúo ninguno.

Pero estoy muerto de deseos de Ti. Deseo complacerte, deseo amarte, deseo servirte, deseo seguir estrictamente tu evangelio. Quisiera ser lleno del Espíritu Santo. Deseo ayudar a los pobres, deseo compartir con ellos lo que tengo. Deseo mirarlos, quiero acompañarlos; deseo cambiarles su choza por una buena casita y sus harapos, por un buen vestido. Deseo compartir con ellos mi pan; deseo predicarte, oh Cristo, hacerte conocer. Deseo verte, deseo beber de tu sangre divina, deseo comer de tu cuerpo sagrado. Deseo consolarte.

Aquí estoy, Señor; me siento pecador y amante tuyo; me siento impuro, pero con deseos de perfecta pureza. Aquí estoy, Señor.

---

<sup>58</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

Aquí estamos todos los pecadores. Estamos tristes de no corresponderte y estamos alegres de estarnos acercando a Ti.

Aquí estamos, Señor, esperando ansiosos tu gracia para volvernos totalmente unidos a Ti. Todos somos más o menos lo mismo. Aquí estamos, en Colombia y en México y en Venezuela y en Argentina y en Chile y en Estados Unidos. En todos estos países que quisiéramos se volvieran cristianos, que no tuvieran hogares abandonados; que no tuvieran ningún violento, ningún quebrantador de la ley, ninguna casa de prostitución, ninguna violación de la Ley ni ninguna taberna de embriagueces; ningún ateo, ningún escéptico, ningún olvidado de Ti.

Aquí estamos, entre el amor y el desamor; entre la frialdad y el fervor; entre la esperanza y la duda. Aquí estamos, Señor, amándote y olvidándote; sirviéndote y alejándonos de Ti. ¡Aquí estamos, oh bello Jesucristo! ¡Oh divino Cristo eterno! ¡Oh Cristo cercano! ¡Oh divino Cristo! Mira lo que es el hombre, que Tú creaste; el hombre, con su buena voluntad y con sus debilidades. Con su implacable tendencia hacia Ti y con sus alejamientos.

Aquí estamos los hombres, tu obra maestra de la creación, más bella que un lucero, más bella que un joyel de estrellas, más bella que todo lo visible. Te pedimos, Señor, que nos recibas como somos. No nos pidas más de lo que podemos ser: hombres de carne y de espíritu; hombres de buenas intenciones y de oscuras realizaciones, hombres que Tú quisiste que fuéramos así. Que no nos hiciste ángeles, pero nos hiciste soñadores de santidad.

## PALABRA EFICAZ<sup>59</sup>

Me pregunto qué puedo decirte a ti, hermano mío, que me escuchas día por día y que deseas la palabra eficaz y penetrante que te ilumine y transforme. Qué puedo decirte yo, que me siento débil e incapaz, que me siento impotente ante el proyecto acariciado de vivir y de hacer vivir el Evangelio, de ensayarlo como código temporal que resuelva el problema social. Si yo, personalmente, no lo practico en toda su profundidad; si yo también vivo huyendo de Él como de un llamado, como de algo que haría arder mi vida. Sin embargo, tenemos que hablar. Pensemos en Cristo.

A pesar de que nunca lo hemos amado, seriamente empecemos a amarlo como se ama a un ser vivo, como se ama a media noche una luz prendida, como se ama en un principio por donde rodamos sin soporte hallado, como se ama a un leño flotante, en medio de un gran naufragio.

Amemos a Jesucristo. Jesucristo es lo único en el universo que no fatiga, que no hastía, que no es desesperante, intolerable. Ni mujeres ni libros ni campos ni viajes pueden aplacar la nostalgia de un hombre inteligente en el mundo, sino sólo Jesucristo. Y para que nuestro amor a Jesucristo no sea un mito

---

<sup>59</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

y un engaño, debemos practicar personalmente en nuestra vida íntima y en nuestra vida social el divino Evangelio, cuya maravillosa revolución estamos en mora de hacer estallar.

¡Quién pudiera amarte, oh divino Cristo, quién pudiera amarte de veras! Quién pudiera vivir sin ofenderte en lo más mínimo, sin ningún pecado, sin ninguna infidelidad. Quién pudiera estar fijo en tu santísima humanidad y estar pegado a tu pecho y pegado a tus brazos y pegado a tus pies sangrantes. Quién pudiera temblar de amor, quién pudiera estar a tu lado, en el misterio de penetración íntima que tendremos en el cielo.

Quién pudiera no hablar sino de Ti. No pensar sino en Ti. Quién pudiera recibir gotas de tu sangre, gotas de tu sudor. Quién pudiera sentir que Tú nos llevas al misterio de la Trinidad. Quién pudiera experimentar lo que han experimentado tus grandes amantes, san Bernardo, san Juan Eudes, santa Isabel de la Trinidad. Quién pudiera vivir suspirando por Ti y, de vez en cuando, sentir tu presencia. Nos vamos a morir sin Ti, nos vamos a morir distraídos y envueltos en todo lo demás.

Jóvenes, vengan a Jesucristo; jóvenes aventureros, escalen la montaña adorable de Cristo. Díganle a la gente que ame, díganle a la gente que atienda. Vuélvanse, todos los que leen este mensaje, amantes; vuélvanse enamorados, vuélvanse puros, vuélvanse sollozantes. El mundo necesita el sollozo de amor, el mundo necesita los abrazos del amor divino.

Este universo espléndido que tenemos, que conocemos muy poco, que sabemos que fue creado por Jesucristo, este universo no puede quedar desierto y sin el eco de los gritos que damos, sin los extraños y desconocidos ósculos que los nuevos hombres den a nuestro Salvador antes de que Él venga a juzgarnos.

# ¿QUÉ HAREMOS POR JESUCRISTO?<sup>60</sup>

Ante la realidad de Jesucristo Hijo de Dios, presente en el mundo, vivo en la historia actual, nos brota inmediatamente una pregunta. ¿Qué debemos hacer nosotros, los hombres, por Jesucristo? ¿Cuál debe ser nuestra respuesta al hecho histórico de que Jesucristo nos redimió en su Sangre Preciosa?

La respuesta es que debemos vivir en la gracia de Cristo. Gracia significa regalo, en ese ambiente de donación, trascendental e infinito que Jesucristo nos ofreció.

Vivir en gracia significa vivir en el Espíritu de Cristo.

Por tu Espíritu oh Cristo, nosotros estamos en Ti y Tú estás en nosotros.

Tú nos diste tu Espíritu en el bautismo; o en el amor al prójimo, si no estamos bautizados. Tú has superado nuestro pecado con la gracia. Tú has aumentado y ampliado la finalidad de nuestra vida por tu gracia, y nos hiciste entrar en el proyecto infinito de tu Padre. Hemos llegado a ser, por tu gracia y por tu espíritu, más grandes de lo que podemos pensar. Somos más por la gracia que por cualquier experiencia humana, que por cualquier situación, la más brillante que se pueda pensar.

---

<sup>60</sup> Ver: "Señor mío y Dios mío". Colección Obras Completas No. 31, Bogotá, 2014.

Hemos sido ungidos en tu Espíritu, santificados por tu gracia, nacidos de nuevo a una vida de Dios, con el título de Hijos de Dios y partícipes de la Naturaleza Divina.

Tenemos tu Espíritu divino, oh Cristo, por la gracia. Tu Espíritu es el óleo y el sello eterno, que se imprime en la más honda intimidad de nuestro ser. Tu Espíritu es la plenitud de nuestras profundidades íntimas. El es la vida a través de la cual superamos la muerte. Es la felicidad sin límite que seca la fuente de todas nuestras lágrimas.

Por tu Espíritu, oh Cristo, nosotros estamos en Ti y Tú estás en nosotros... Tu Espíritu es Dios que vive en nosotros, es la santidad del corazón, es la fortaleza, es la nueva visión del mundo. Tu Espíritu nos da fe para mirar en la oscuridad, nos da esperanza para comprender el mensaje de la existencia. Tu Espíritu es el amor que ama en nosotros, que nos hace generosos, exultantes, a pesar del frío y de la estrechez del corazón humano. Tu Espíritu es la juventud eterna, en medio del ambiente senil de un mundo que se desespera. Tu Espíritu, que es tu gracia, nos hace aceptar todos los misterios, el misterio y el sacramento de la muerte, el sacramento de tu silencio, todos los sacramentos y los misterios que nos rodean.

Ante Ti, Jesucristo, solo hay una solución: vivir en gracia, es decir, aceptando tu donación, vivir en tu Espíritu que se recibe en el bautismo, o se recibe, si no somos cristianos, en el misterio del amor al prójimo.

Jesucristo, Jesucristo, estamos comenzando a temblar ante Ti, pensando muchas cosas.

# HAY UN MOMENTO<sup>61</sup>

Cristo debe ser la forma substancial de nuestra existencia, el centro de nuestra vida, de nuestra atención, el eje sobre el cual debe girar la rueda complicada de nuestro diario acaecer.

Esto lo sabemos. Lo sabemos por el Evangelio de Juan, por la Epístola de Pablo, por todo el cristianismo, pero nos falta comprometernos, trasladar esta teoría maravillosa a nuestro existir diario.

Este es el problema inmenso de un hombre cristiano en el mundo.

Esta es toda la tarea cristiana, hacer de Jesucristo la forma substancial de nuestra existencia. Esto requiere, amigos míos, una entrega total, un paso decisivo, lo que se llama un nuevo nacimiento. Esto implica, empeño, que comprometa todos los pasos de nuestro día y de nuestra noche.

Se requiere entrar en una situación de amor y, en parte, de heroísmo. Hacer de Jesucristo la forma substancial de nuestra vida. Es lo mismo que renacer, como dijo el Señor a Nicodemo. Es lo que se llama recibir a Jesús como nuestro Redentor, como nuestro mediador.

---

<sup>61</sup> Ver: "Señor mío y Dios mío".

Hay un momento en que debemos decirle a Cristo: Cristo yo te recibo, te acepto quiero empezar, sé que debo cambiar esto y aquello, sé que debo rechazar esto...; sé que mi vida va a cambiar de apacible, a luchadora; de tranquila en mi riqueza, a generosa; de tranquila en mi amor, a intranquila por la purificación de mi amor.

Yo sé que vas a introducir la guerra en mi vida. Tu lo dijiste: "No vine a traer la paz". Yo hasta ahora estaba tranquilo, tu presencia va a hacer cambiar el fundamento de mi existencia. Lo que parecía seguro se va a desplomar como una casa vieja desnivelada. Había construido un andamio ya equivocado, donde todo eran apariencias sin ninguna profundidad.

Ahora Tú vas a ser la forma substancial. Esto sucederá entre los dos solamente, nadie lo sabrá; quizás extrañarán algo mi actitud los pobres y me verán más generoso con ellos, quizás extrañarán mi actitud los hijos y la mujer que me van a ver más paternal y más tierno con ellos, pero todo sucederá en el secreto, del corazón, donde tú haces la transformación, donde tú cambias hasta la raíz del alma, hasta los cimientos de un edificio.

Ahora quiero pasar a la realidad de ser cristiano. Ahora quiero hacerte la forma substancial de mi vida.

## UN SOLLOZO DE AMOR<sup>62</sup>

¡Amor nunca amado, Jesucristo! Inmensidad, absoluto, belleza, ternura, cercanía, único camino. Amor nunca amado, Salvador, alegría del hombre. Seguridad para nuestra gran incertidumbre.

¡Llenura del alma, agonía, pacificación íntima! Jesucristo, el único, el eterno, la única respuesta. El inaccesible, el presente, el penetrante, el absoluto.

Jesucristo, el único consuelo, la única solución, ante quien no hay palabras, ante quien solo el silencio es digno, ante quien hay que gritar y hay que clamar y hay que callar.

Jesucristo, de quien, estamos seguros, nunca hablaremos suficientemente. El único que el mundo necesita. El que va a durar para siempre, el que estará a nuestro lado a la hora mortal.

Jesucristo, el único que puede resolver el problema del mundo, el problema del desamor, el problema de la injusticia, el problema de la melancolía, el problema de la soledad. Jesucristo, a quien el mundo moderno no ha descubierto, lo perdió de vista y cayó en el abismo y cayó en la oscuridad.

---

<sup>62</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

Jesucristo, cuyo amor plasmó las mejores almas de la historia. Jesucristo, cuya ausencia entristeció a muchos hombres. Jesucristo, cuya negación produjo el caos actual, produjo la guerra, produjo los odios, produjo a los grandes ricos y a los grandes pobres.

Jesucristo, amor nunca amado suficientemente. La obra del Espíritu en el alma es descubrirte, es encender el amor hacia Ti, es paralizar al hombre, abrazándote; paralizarlo al pecado y al mal y al odio, y encenderlo en todo amor y en todo entusiasmo.

Qué obra tan extraordinaria haría la Renovación Carismática si prendiera en muchos una devoción rendida y abrasadora hacia Cristo. Qué acción histórica, incomparable, haría la Renovación Carismática actual si, con la fuerza del Espíritu Santo, envolviera a millones de adherentes en un fervorosísimo amor al Salvador. Que todos ellos sintieran la presencia del Espíritu abrasándolos, tomándolos y reuniéndolos en un indecible abrazo alrededor de la persona de Jesús.

Jesucristo, amor nunca amado, a Ti te amé y fui salvo. Cristo, a quien no hemos visto y amamos inmensamente; en quien creemos sin verte, en Ti nos regocijamos con gozo inefable y radiante (cf 1 Pe 1, 8).

Jesucristo, que causas exultación, éxtasis, nostalgia, arrepentimiento y esperanza. Jesucristo, el supremo Hombre del universo, el inefable Verbo, el gran Hijo, el Hijo de Dios y el Hijo de María. Jesucristo, el que te acunaste en el regazo palpitante y virginal de María.

Cristo, que nos dejas tristes a los hombres por no amarte, y que nos dejas consolados con la seguridad de que nos sumiremos en Ti.

Jesucristo, en quien creemos absolutamente, a pesar de que el mundo duda; y de quien hablamos sin cansarnos, a pesar de que el mundo ha decidido callar de Ti.

Jesucristo, que haces al hombre llorar entrañablemente de alegría. Toda palabra muere, toda palabra es inepta, toda palabra se vuelve sollozo ante Ti.

## NUNCA ES TARDE<sup>63</sup>

La mejor oración, la más segura que podemos hacer a Dios infinito, absoluto, es a través de Jesucristo. Él es el mediador universal, el Hijo de Dios vivo. Oremos a Cristo con todo fervor. Y digámosle:

Oh Cristo, yo creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que viniste a este mundo (cf Jn 11, 27). Aumenta nuestra fe (cf Luc 17, 5-6).

Tú eres mi Señor y mi Dios (cf Jn 20, 28). Enséñame a orar (cf Luc 11, 11). Oh Cristo, yo quisiera decirte al mismo tiempo: “Apártate de mí, que soy un pecador” (Luc 5, 8) y decirte también: “¿A quien iré, si sólo Tú tienes palabra de vida?” (Jn 6, 68). “Hijo de David, ten compasión de mí” (Luc 18, 38). “No soy digno de que Tú entres bajo mi techo” (Luc 7, 6). Me siento indigno de Ti, indigno de haber sido redimido por Ti.

En pecado me concibió mi madre (cf Sal 51 [50], 5), toda mi vida se ha tejido de infidelidad hacia Ti; pero, ¡Tú no viniste a salvar a los justos sino a los pecadores! (cf Luc 5, 32). No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos (cf Luc 5, 31).

---

<sup>63</sup> Ver: “Señor mío y Dios mío”

Tú eres el infinito Cristo. Tú, que te levantas desde la Tierra hasta el inmenso universo. Tú superas las estrellas, Tú te sumerges en el misterio de Dios. ¡Tú pisaste la Tierra! ¡Es increíble, pero es así!

Fuera de Ti, no hay nada realmente interesante en el mundo, todo causa cansancio y fatiga. ¿Qué debo hacer para obtener la vida eterna? (cf Luc 18, 18).

¡Jesucristo! Tú, el eterno vivo, el eterno hermano de los hombres. Hemos pasado la vida sin pensar en Ti, o hemos pensado de un modo distraído, como pensamos en personajes ordinarios de la historia.

Pero Tú eres el Hijo de Dios viviente. Tú eres hoy, ayer y mañana (cf Heb 13, 8). Hacia Ti convergen todos los arroyos del mundo. El mundo debe organizarse siguiendo tu Palabra; y nuestra vida diaria, desde lo más insignificante hasta lo más importante, debe estar orientada por tu Evangelio.

Nosotros hemos vivido distraídos de Ti. Tú eres nuestro Redentor. En tu sangre se expían todos nuestros pecados (cf Ef 1, 7). Tú eres nuestro Salvador; en tu fe y en tu esperanza seremos salvos.

Tú eres mi camino, el único camino que conduce hacia el Dios Verdadero; Tú eres camino y, al mismo tiempo, término del camino. Tú eres la Verdad; todo lo que debe saberse en el mundo y en la vida brota de Ti y está en Ti. Tú eres la Vida (cf Jn 14, 6). La verdadera vida consiste en conocerte y conocer a tu Padre (cf Jn 17, 3).

Todo está por hacer en el mundo. Todo está por ser informado de Ti. El mundo no cree en Ti, oh Cristo. Sin embargo, Tú eres el adorable Dios, que nació en Belén, y que se extiende y se hunde a todo lo largo y ancho del universo.

No hemos empezado a amarte ni a conocerte, pero nunca es tarde para empezar.

# TARDE TE AMÉ, JESUCRISTO<sup>64</sup>

La brevísima vida del hombre en el mundo, sin amor a Jesucristo, sin adoración, sin alabanza, sin fe, sin compromiso, es una vida desierta, una vida entristecida, que está continuamente salpicándose de lo vulgar y de lo triste, aunque aparentemente haya fiestas e intereses materiales.

Jesucristo, el magnífico; Jesucristo, el bellissimo; Jesucristo, el autor de este inmenso universo, que apenas estamos conociendo, con pequeños viajes a la Luna, a Marte y pronto a Neptuno; Jesucristo, el infinito; Jesucristo, el Hijo adorable del eterno Dios; Luz de luz, Dios de Dios. Jesucristo, el Hijo virginal de María, la Virgen; Jesucristo, el milagroso; Jesucristo, el predicador de la palabra inaudita. Jesucristo, el taumaturgo; Jesucristo, el único sacerdote de Dios, el que ofreció la infinita misa del universo.

Todo al lado tuyo, Jesucristo, es pequeño; pequeños y efímeros nuestros esfuerzos; pequeños nosotros, los hombres; pequeñas nuestras ciudades; todos nosotros, sin excepción, somos pequeños al lado tuyo. El hombre valioso es el que rinde su vida a Ti y se compromete con el hombre.

---

<sup>64</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

“Tarde te amé, Jesucristo; tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva”. No podemos calmarnos mientras la ciudad no se entregue a Ti totalmente y arda de amor hacia Ti y organice su vida de acuerdo con tu Evangelio, de acuerdo con tu justicia, de acuerdo con tu exigencia tremenda de igualdad y de fraternidad.

Pierdo el tiempo cuando te pierdo de vista y no estoy intencionalmente contigo. Y estoy en lo radical y estoy en lo útil y estoy en lo cierto y estoy en lo perenne, cuando estoy relacionado contigo.

La ciudad debe convertirse al Señor; los hogares, en la intimidad de la casa, deben volverse templos de adoración hacia Ti, llenos de paz y de amor y de respeto. Cada hombre debe tenerte a Ti como el anhelo más íntimo, como la nostalgia más honda, como la única esperanza.

Jesucristo, haz que entremos en agonía por Ti, que estemos inquietos hasta que descansen en Ti. Haz que veamos los nuevos rumbos de la historia, que están concentrándose exclusivamente hacia Ti.

Todos los sabios, todos los técnicos están empezando a estar enfermos de infinito y el Infinito eres Tú. Todos los hombres, sin excepción, desde el mayor hasta el último, debemos volver a la adoración, a la alabanza, a la súplica, a la fe y al amor hacia Ti. *Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, Padre, y al que enviaste, Jesucristo* (Juan 17, 3).

# SI LLEGÁRAMOS A AMARTE<sup>65</sup>

Seamos absolutamente legales. No quebrantemos conscientemente ninguna ley: ni la ley del tráfico ni la ley de la justicia ni la ley de la honradez. Si tú y yo llegáramos a conocer a Jesucristo, si tú y yo llegáramos a descubrir ese hombre maravilloso, a ese Hombre-Dios que brotó del abismo y penetra en el universo, y es el Verbo de Dios y es el Hijo de Dios y es el Creador universal...

Si tú y yo llegáramos a sentir el calor de sus manos. Si llegáramos a sentir la palpitación de su Corazón; si llegáramos a sentir la profunda mirada de sus ojos; si tú y yo llegáramos a descubrir a Jesucristo y entendiéramos que Él es el único, el exclusivo, el verdaderamente importante, el definitivo, el eterno, el que va a venir un día a examinar nuestra vida...

Si tú y yo llegáramos a amarlo y a descubrir que nuestra existencia debe estar conducida por Él, penetrada totalmente por Él y a su pleno servicio... entonces empezaría nuestra vida cristiana. Antes de esa nueva relación entrañable con Él, antes de sentirlo, antes de entregarnos totalmente a Él, nuestra vida

---

<sup>65</sup> Ver: Tú sabes que te amo

estará en el mundo de la mediocridad espiritual, del mundo de los que nunca se atrevieron a decirle sí a la plena Verdad, al gran llamado de Dios sobre nosotros.

¡Si llegáramos a amarte, oh Cristo! ¡Si llegáramos a entender que todo clama por Ti, que hay mil voces interiores que nos llaman a la absoluta fe, al absoluto amor! Pero nuestro corazón está frío y nuestros oídos están cerrados. Estamos totalmente engeuecidos por la vanidad del mundo, por los ruidos sordos de nuestras pasiones y de nuestras esclavitudes interiores.

Si llegáramos a amarte, ¡oh Cristo! Si llegáramos a conocerte, sería linda nuestra vida. Sería honrada, sería pura, sería una belleza en la historia invisible del mundo y aun del universo. Un hombre que llega a amar a Cristo de veras se destaca en la inmensidad universal. Es algo realmente precioso, es algo digno de que todas las criaturas miren, agradezcan y lo bendigan. Ese es el hombre que cree en verdad y que ama en verdad al divino Cristo.

Quédese usted un rato pensando. Le estoy diciendo la pura verdad. Todo lo demás son verdades a medias, pero esto es purísima verdad. Venga usted, amigo, y penetre en el abismo de Cristo. Conozca y lea sus palabras en el Evangelio. Vuélvase cristófilo, amante de Cristo. Aparte de su vida todo lo que lo separa de Él: el odio, en primer lugar. La injusticia, la impiedad, la ilegalidad en su conducta... y entre en el camino precioso de los que tuvieron el privilegio de descubrirlo antes de morir.

# ¿QUÉ HAGO YO POR TI, CRISTO?<sup>66</sup>

En nuestros ratos solitarios de concentración,  
debe brotar en nosotros esta palabra elemental:  
¿Qué hago yo por ti, Cristo? ¿Qué debo hacer?

Cuando miro las cosas que me rodean, cuando recuerdo mi propia historia, cuando considero la multitud inverosímil de seres y de realidades que me atañen, todas ellas portentosas y todas creadas para el hombre...

Cuando contemplo esta tremenda, pavorosa y dulce realidad de tu amor hacia mí, Cristo... y yo, solo en el mundo, buscando siempre una respuesta vacilante ante ti.

Yo, capaz de olvidarte, de negarte el amor.

Cuando me veo en esta extraña situación de ser capaz de traicionarte y de profanar, con mi actitud, todas las maravillosas pruebas que me das de que me piensas desde siempre.

Cuando recapacito en todo esto, no puedo menos de caer en el estupor de ser así.

---

<sup>66</sup> Ver: "Señor mío y Dios mío"

Esta agonía es una actitud natural del cristiano, del hombre consciente.

Cuando pensamos intensamente en lo que debiéramos ser y no somos,  
en lo que debemos ser los hombres creados por Dios y redimidos por Cristo,  
dan ganas de gritar, ganas de romper el equilibrio de toda una estructura brotada y modelada en la negación de Dios y en la distracción de Él.

Casi todo lo que vemos a nuestro alrededor, todo lo que leemos, todo lo que se nos anuncia, lo que nos atrae, casi todo es producto del olvido de Dios, o de la total abstracción de la realidad divina.

¿Qué hago yo por ti, Cristo?

¿Qué hago yo por ti, oh Dios,

que me has rodeado hasta lo insospechable con tu amor y con tu ternura?

# AL PADRE, AL HIJO Y AL ESPÍRITU SANTO<sup>67</sup>

Debemos orar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo con plegaria intensa. Hay mucho por qué orar. Hay muchas necesidades en el mundo, muchas ruinas, muchas lágrimas, demasiada sangre. En nuestro hogar, quizás hay enfermos, quizás hay separaciones, tal vez hay frialdad. Quizás esté quebrantado algo precioso e invisible: el amor... la intimidad. Quizás personalmente estemos en soledad de Dios... Buscando a Dios y no lo hallamos... Anhelando su amor, sin poseerlo.

Oremos un instante: ¡Eterno Padre: todo viene de Ti, todo va a Ti! Padre: invítame hacia Ti, a tu altura, desde mi bajeza... A tu eternidad, desde mi tiempo. En Ti está la luz, la plenitud de la vida y la plenitud del mundo.

Padre: todo está en tus manos. En Ti confío. En tu providencia coloco mis inquietudes y todo lo mío. Que tu voluntad sea hecha... que tu reino se amplíe por mí... que lo que haga yo te glorifique...

---

<sup>67</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Oremos también al Hijo: Oh Cristo Jesús, viniste al mundo para conducir a los hombres a tu imitación. Yo sé tan poca cosa de Ti... Dirige mi alma... abre mis ojos para que vean quién eres Tú. Despierta mis oídos para oír tu palabra... Llama a mi corazón para que se abra a Ti. Deseo marchar contigo y trabajar por Ti...

Oremos también al Espíritu Santo: ¡Espíritu de Dios! Luz y Fuerza... y Gozo. Tú hiciste en Pentecostés a los primeros cristianos... En tu fuerza ellos vencieron al mundo. Ven a mí. Haz mi conciencia clara y fuerte para realizar la obra de Dios. Enséñame la verdad de Dios. Concédeme la gracia. Indícame la voluntad de Dios.

Oh Trinidad: Tú eres sobre todo pensamiento e idea. Eres la plenitud de la verdad... la fuente del amor... la belleza infinita. ¡Eres la vida, la compañía, oh Santa Trinidad!

Me doblego ante Ti... Te adoro... Tuyo es el poder y la gloria y el honor. Amén.

## OREMOS UN MOMENTO<sup>68</sup>

Oremos un momento. Hace días que no tenemos una mirada interior fija, un silencio íntimo, un momento de tendencia solamente hacia Dios.

Digamos: Tú, mi Dios, tienes pleno derecho sobre mí.

Yo soy totalmente tuyo, tú eres mi Creador, yo soy tu obra, la obra de tus manos.

Yo soy absolutamente tu propiedad, y mi único deber es servirte. Tú me creaste, Tú me has amado, Tú me has llamado, Tú me has señalado.

Tú me has puesto en mi lugar. Donde estoy, ahí es donde Tú me quieres, no en otra parte, porque donde estoy es ahí donde Tú me quieres.

Debo cumplir tu mandato, soy tu instrumento, soy el instrumento de tus manos.

Dirígeme en todo momento, quiero obedecerte. Estoy en mi puesto, en el cual sólo yo quedo bien, puesto que Tú lo preparaste para mí, oh Señor.

Yo sé que el camino de la verdadera libertad es decir “sí” a la existencia que Tú me has señalado.

---

<sup>68</sup> Ver: “Palabras a Dios”

Debo reconocer lo que Tú quieres que yo sea, y cómo Tú quieres que sea. Quiero decir sí a lo que Tú me has determinado, a lo que soy, a mi forma de cuerpo, a las fuerzas de mi espíritu, a mis limitaciones y también a mis posibilidades, a mi salud, a mis dolencias.

Quiero decir sí a mi entorno social, a mis circunstancias de cada día, a mi cruz y a mi anhelo, a mi vocación, a la historia de mi vida, a todo quiero dar aceptación consciente.

Todo lo que significa la voluntad de Dios sobre mí quiero aceptarlo. Quiero separarme de todo lo que me separa de la voluntad de Dios, del pecado, del capricho, de una falsa ilusión nacida de mi orgullo.

Quiero alabar a Dios y a mi Señor en mi propio rostro, en mi propio aspecto, en las modalidades de mi vida que han ido apareciendo, no por mi pecado.

Quiero rechazar la amargura ante mi propia historia, ante mi propia vocación, ante mis propias circunstancias.

Quiero descubrir y aceptar la voluntad de Dios en mi diaria vida. Quiero tener un momento de suma alegría, al considerar todo el conjunto de circunstancias con que Dios me ha permitido existir y que han configurado mi vida.

No quiero ser un hombre que rechaza su propia situación y las modalidades de su existencia.

Quiero reconocer que todo en la tela de mi vida, en última instancia, ha sido tejido por las manos paternas y tiernas de Dios, que me ama; y sé que todo, bajo tu divino amparo, va a terminar bien.

# UN LLAMAMIENTO ESPECÍFICO<sup>69</sup>

El Señor le hace a todo hombre un llamamiento específico. Un llamamiento particular. Amoldado a sus posibilidades. Amoldado a su ambiente, amoldado a sus circunstancias. ¿Cuál será el llamamiento que el Señor le hace a usted? ¿Cuál es la voz eterna, la voz adorable, la voz lejana y cercana con que Dios lo invita? ¿Cuál debe ser su camino? ¿Cuál debe ser su sendero? ¿Su sendero, que significa autenticidad de su vida?

El Señor le pide a usted que sea cristiano, cristiano no solamente de nombre, sino de una gran realidad. El Señor le pide que lo tenga en cuenta a Él, que usted no sea un olvidado de Él, que usted no esté despreocupado de su Creador ni de su amigo, que va a venir. El Señor quiere que reavive usted su fe en Él.

El Señor quiere que usted tenga oración, pero no simplemente una oración de padrenuestros y avemarías, sino una oración de intimidad, de silencio ante Él, de sumergirse en Él como si fuera un abismo de amor, de ternura y de bien. El Señor quiere que usted piense en Él, que no lo olvide. Que usted lo descubra en todo. Que todo le hable de Él. Que aprenda a mirar

---

<sup>69</sup> Ver: "Palabras a Dios"

las cosas con atención y que en una flor descubra usted a Dios. Que, en un pobre, usted descubra a Dios. Que en su hijo, usted descubra a Dios; y aunque quiera darle problemas, que usted descubra en su mujer o en su esposo a Dios adorable.

Dios quiere que usted sea perfectamente honrado; que si es comerciante, no engañe en los precios; que si es ganadero, comparta con su obrero. Dios quiere que usted sea legal; que no quebrante las leyes: ni las leyes del tránsito ni las leyes de aduana ni las leyes de la fidelidad al hogar ni las leyes paternales. Ninguna ley.

Usted, amigo, se va a volver un nuevo cristiano, con la gracia de Dios. Va a empezar el gran cambio en su vida: “Lo viejo pasó; he aquí que todo lo hago nuevo” (Is 43, 18-19; cf Ap 21, 4-5).

Oremos: Señor, aquí estamos tus hijos; queremos ser fieles a tu divina voluntad. Queremos ser honrados, nos lo vamos a proponer. Queremos tener oración contigo. Queremos perdonar. Danos la gracia de saber perdonar. Queremos introducir en la sociedad un nuevo estilo de cristiano. El cristiano humilde, el cristiano que ora, el cristiano que no quebranta ninguna ley. Ven, Señor Jesús, ven a mi vida; estamos todos suplicando tu venida.

## RODEADOS DE SU AMOR<sup>70</sup>

Debemos con frecuencia hacer actos de amor a Dios a través de Jesucristo. Nuestros pecados no los compensa sino el amor; se te perdonan muchos porque has amado mucho (cf Luc 7, 37-47). Jesucristo es nuestra propiciación (cf Rom 3, 23-25), nuestro sacrificio puro e inmaculado ante Dios (cf Heb 10, 12).

Debemos decir a Jesucristo: Yo te amo Jesucristo. Tú me amaste primero y te entregaste por mí. Yo te amo, Señor, a pesar de mis pecados, a pesar de mi olvido, a pesar de mi infidelidad. Hace tiempo lucho contigo. Pongo todas las talanqueras a mi puerta para que Tú no entres. Yo te siento golpear a mi alcoba y me escudo y me niego, y trato de asegurarme en mi alcoba cerrada y egoísta.

Yo necesito amarte. Todo el universo, desde la flor hasta la esencia crepitante de las estrellas, todo me habla de tu amor por mí, y yo vivo estúpidamente en la Tierra sin tu amor. Mi luz debe prender otra luz, no puede seguir siendo una sombra que aumenta la noche del mundo y de los hombres. ¿A quién he iluminado? ¡A nadie! ¿A quién he amado? ¡A nadie!

---

<sup>70</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

Todo ha sido egoísmo y vanidad. Estoy rodeado de tu amor, siento el golpe de tu mano a la puerta. “Mañana le abriremos”, me digo. ¡Pero mañana respondo lo mismo! Tú nos has escogido antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha, delante de Ti, en amor (cf Ef 1, 4). ¿Qué nombre, qué sentido, qué objeto puede tener una vida en la Tierra, en la cual no entra para nada el amor de Dios, a través del amor de Jesucristo?

# ¡ADORAR!<sup>71</sup>

Vuelvo otra vez a Ti, Dios mío, en este día azul y profundo, pero menos profundo y menos claro que Tú.

Hoy, como siempre, me he olvidado de Ti. La tentación del olvido, de la fuga de Ti, me persigue y me domina, como a todos los hombres. Somos unos perpetuos prófugos de Ti.

Las futilidades del mundo, las ocupaciones, las vanidades de la vida me alejan de Ti.

Quisiera no pensar sino en Ti, que eres mi Realidad. Todo lo demás es sombra y sueño: solo Tú eres, en plenitud, real, concreto.

Te adoro, oh Dios. En tu infinita simplicidad, en tu infinitud, en tu subsistencia.

¡Adorar! Qué magnífica palabra, qué único consuelo para el hombre solo en el mundo, separado de todo, y triste ante su propio misterio y ante su propia soledad.

---

<sup>71</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Adorar... Es decir, doblegar el alma ante Ti. Reconocerte como el supremo Señor, como el Infinito Real y Viviente. Anonadarse ante tu presencia. Sentir que todo es nada y que sólo Tú eres digno de ser, Tú el Señor, Tú el Altísimo.

Temblar ante una realidad que no se ve, que no se siente porque es superior a la luz y al sentido, pero que se vislumbra por la razón y que se intuye a lo lejos por la fe.

¡Dios mío! No eres cuerpo, ni eres luz, ni eres alma... ¿Qué eres? ¿Quién me lo podrá decir, sin profanarte, sin empequeñecerte con palabras y con míseras razones?

Tú eres simplemente Realidad. Realidad, inteligencia omnipotente y viva. Realidad inmóvil, abismo de belleza, de sabiduría y de luz. Tú cuajaste las estrellas e hiciste este azul inquietante del espacio.

¿Cuándo los hombres nos convertiremos a Ti? ¿Cuándo nos lanzaremos a Ti sin desvíos, sin distracciones?

Qué fatalidad la mía de estar encadenado a la distracción, al olvido y a la huída, y por otra parte estar enfermo de Ti, con ansias de besarte sin encontrar tu boca, con ansias de abrazarte sin encontrar tus brazos, con ansias de mirarte sin encontrar tu luz.

# NO VENIMOS DE LA OSCURA NADA<sup>72</sup>

Volvamos otra vez, hermano mío, a hablarle a Dios. Es importante que revivamos ese hondo sentimiento de la presencia de Dios en nuestra vida. Digámosle con toda el alma:

Señor, Dios vivo, tú eres el Uno y el Único. Nadie está cerca de Ti. Toda la divinidad está en Ti, y lo que no se te entrega, es un robo. Por la gracia Tú has revelado tu nombre y tu esencia. Nosotros creemos en Ti, guárdanos en esta fe porque sólo en ella estamos preservados. Honrarte es nuestro honor, dejarte ser el Señor, es nuestra salvación. Tú has hecho el mundo y nos has colocado en él... El ser, y la vida, todo viene de tu omnipotente y amorosa palabra. Nosotros te adoramos.

De Ti venimos. No hemos salido de los ciegos elementos, sino del libre poder de tu inmensa palabra. No venimos del abismo del mundo sino de tu resplandeciente Verdad. Por Ti todas las cosas fueron hechas. El mundo no es producto de la naturaleza, sino que es tu obra, Tú lo has pensado, Tú lo has querido. De Ti tienen las cosas realidad y fuerza de ser. Nosotros creemos que todo fue hecho por Ti. Enséñanos a comprender esta verdad.

---

<sup>72</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Ella es la verdad de las cosas. Si olvidamos que Tú las creaste, nos hundimos en la oscuridad y en el absurdo. Nada tenemos de nosotros mismos, todo ha sido dado por Ti. Todo es un don de Ti. Esta es nuestra verdad y nuestra alegría: continuamente tú nos miras, y tu mirada es nuestra vida, y nuestra salvación.

Enséñanos, en el silencio de tu presencia, a comprender el misterio que somos nosotros. Tú eres el Santo. Nos reconocemos pecadores delante de Ti. Te damos las gracias porque nos lo has revelado, porque esta es la verdad y sólo la verdad puede hacernos comenzar algo nuevo, algo bello, algo menos indigno. Tú eres el Señor, Señor en Ti mismo, por tu eternidad y por tu ser. Tu señorío es el que preserva la libertad de las criaturas, y nos da espacio para querer y para determinarnos.

Haz, oh Dios adorable, que no te olvidemos, que no abusemos de tu magnanimidad oh Santo Dios, oh Señor de nuestro ser, de nuestra vida, de nuestro destino. En tus brazos estamos seguros... Tú nos conduces... en tus manos podemos cerrar los ojos tranquilos. Hazte presente de continuo en nuestra vida. Y en la vida de los seres que amamos... Y en la vida de todos los hombres. Haz que vivamos por Ti, delante de Ti y con nuestro rumbo enderezado hacia Ti.

# ¡VEN, SEÑOR JESÚS!

Dos gritos deben salir frecuentemente del fondo de nuestra alma cristiana: “¡Ven, Señor Jesús!” y “¡Ven, Espíritu Santo!”.

“¡Ven, Señor Jesús!” es la última palabra del Nuevo Testamento, como una expectativa, como una esperanza de la última venida; y “¡Ven, Espíritu Santo!” es el grito atávico del alma que busca la unión con Dios y que sabe que el único camino es la presencia en ella del Espíritu Santo.

Digamos frecuentemente: “¡Ven, Jesucristo! ¡Ven a mi vida! ¡Ven, Señor Jesús!”. Sintamos la presencia de Cristo cerca de nosotros. Sintamos su belleza, sintamos su calor, sintamos su mirada, sintamos su ternura; sintamos, si es posible, el abrazo de Cristo.

¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven al mundo, oh Cristo! Apresura tu llegada esperada al mundo. Vuelve, como Tú lo dijiste; vuelve y llena de plenitud a toda la cristiandad que te espera. Queremos tu llegada, para que se desplome el reino del mal y del pecado. Para que triunfe la verdad y triunfen la justicia y triunfe la bondad y la belleza verdadera.

¡Ven, Cristo, al mundo, que te estamos esperando desde tu ascensión al cielo! Todo el Apocalipsis es la expectativa de tu retorno, y su última palabra es ésta: “¡Ven, Señor Jesús!”.

Los cristianos entrevemos tu llegada, cuando se derrumbarán el pecado y el misterio de Satanás y el misterio del dragón y de la bestia y el misterio de la iniquidad y el aparente triunfo del mal, de la infidelidad, de la injusticia y de los siete pecados. Oye nuestra súplica presente: ¡Ven, Señor Jesús!

Y a esta súplica, unimos el grito milenarico de: ¡Ven, Espíritu Santo! Ven, Espíritu, y consuélanos; ven y fortalécenos, ven y danos la verdad y danos la santidad y danos el amor que necesitamos.

Ven, Espíritu Santo, renueva la faz de la Tierra, enciende a tu Iglesia en amor. ¡Haz que los cristianos se conviertan a Cristo! Haz que nos apartemos del pecado. ¡Haz que se implante la época del Espíritu Santo!, la época de la alabanza, de la adoración, de la gran fraternidad entre los hombres.

¡Haz que se acelere el milenio de Cristo!, el milenio de la paz, el milenio del amor, de la profunda fe; el milenio que es el preámbulo de la presencia definitiva de Cristo en la historia y en el universo. ¡Maranatha!

# ¿QUIÉN PUDIERA AMARTE?<sup>73</sup>

En este momento de lectura en que estamos reunidos en oración, en que oímos atentos la voz interior, oremos a Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, el Hijo indecible de María, la Virgen.

Acompáñeme en la oración: Jesucristo, quién pudiera amarte como Tú mereces. Quién pudiera estar vinculado profundamente a Ti y para siempre. Quién pudiera esperar tu esperanza, sin la menor duda, la promesa que Tú nos hiciste. Quién pudiera esperar en la realidad del cielo, en la realidad de la supervivencia. Quién pudiera creer, sin la menor vacilación, el mensaje íntegro que Tú nos dejaste.

Nosotros, desde la Tierra, tu pequeño planeta preferido, que navega solitario en el universo; nosotros, rodeados de lo pasmoso, de lo incomprensible, de lo abrumador que es el universo, que es el más allá, que es el invisible.

¡Quién pudiera seguir tu Evangelio al pie de la letra! ¡Quién pudiera construir la justicia en el mundo; quién pudiera amar al hombre, sin el peso abrumador del egoísmo, de la avaricia, del rencor, de la envidia, del propio interés!

---

<sup>73</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

¡Cuándo podremos construir el mundo ideal que Tú nos propusiste! ¡Cuándo pensaremos en el misterio de la eternidad que nos amenaza! ¡Cuándo descubriremos que todo lo material y lo visible tienen un valor relativo y secundario!

¡Cuándo perteneceremos realmente a tu Iglesia, la embelleceremos, la purificaremos y la haremos, por nuestra conducta, santa y sin arruga, como tu esposa preferida! ¡Cuándo ensayaremos el mundo que Tú ideaste, que Tú propusiste, sin diferencias sociales tan agobiadoras como las que existen ahora!

Jesucristo, perdónanos la perpetua distracción que de Ti tenemos; nuestro olvido de lo trascendental y de lo eterno; nuestra infidelidad para contigo, nuestro desamor, nuestra ineluctable tendencia al pecado y al mal.

Nosotros somos hombres llenos de misterio, de interrogantes; impenetrables por todas partes, colocados en un mundo pequeño, en una vida breve, contemplando la cercanía de la muerte, siendo conscientes de la proximidad del fin de la historia, cuando Tú llegarás a juzgar al hombre. Enfrentados por todas partes por lo inmenso, por lo infinito, por lo eterno. Sin embargo, distraídos de lo único necesario, que es amarte.

*Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, Padre, y al que enviaste, Jesucristo (Jn 17, 3).* Somos hombres venidos a la Tierra, ante todo, para la adoración, para la alabanza, para el amor, para la fraternidad. Sin embargo, vivimos distraídos, des preocupados del abismo que nos rodea. Olvidados de nuestra vocación sagrada de relacionarnos contigo, oh Jesucristo, y de construir un mundo justo.

Envía tu Espíritu a nosotros para que realice el cambio íntimo, para que nos libre del pecado, para que nos dé superar la pasión, para que nos dé fuerza de seguir la estrecha senda del Evangelio, que es tu esperanza, tu fe, tu amor.

Jesucristo, termino mi oración. Esta es mi condición humana, esclava de lo visible y temerosa de lo invisible y de lo eterno. Apártame de la tentación del olvido, de la tentación de la apostasía.

Haz que seamos personas que adoran, que esperan; haznos el milagro de convertirnos a Ti, de cambiarnos totalmente: de indiferentes y olvidadizos, en conscientes de la grave situación humana.

Descúbrenos la inmensidad que nos aguarda. Haz que sintamos la urgencia de construir el amor, de construir la justicia y que descubramos la seguridad absoluta de lo infinito que se nos está acercando.

Que tu Espíritu Santo nos otorgue el don principal que Él otorga. Más que el don de sabiduría y el don de ciencia y el don de lenguas, es el don de tu Espíritu, que es tu amor, ¡oh Jesucristo! Es el don apetecido: que te amemos, que estemos pensando siempre en Ti, que estemos gozosos de tu realidad y de tu llegada.

# EL MIÉRCOLES DE CENIZA<sup>74</sup>

El Miércoles de Ceniza, la Iglesia nos dice unas palabras profundas. La Iglesia, es decir, esa voz silenciosa, sagrada, que nos habla; esa fuerza invisible que presiona suavemente nuestra existencia. La Iglesia, es decir, todos los creyentes, guiados por el Espíritu Santo y orientados por el representante de Jesús en la Tierra.

El Miércoles de Ceniza, la Iglesia, en el comienzo de la Cuaresma, el alborear de la Pascua, nos dice estas palabras: “Conviértete a Jesucristo y cree en el Evangelio”. Esta es una palabra que nos afecta hasta lo más íntimo de nuestra realidad temporal. Conviértete a Jesucristo. Esta palabra es para mí y para ti, que estamos aquí, de frente, los dos solos.

Convertirse a Jesucristo. Cambiar nuestra vida pecadora, distraída, nuestra vida confusa, en una vida de profunda relación con Cristo. Tenerlo a Él únicamente como salvador, como liberador. Tenerlo a Él por encima de todo, de todos los políticos, de todos los sabios, de todos los líderes, de todos los promeseros, de todos, absolutamente de todos. Jesucristo es el supremo, el maravilloso, el exclusivo, el que está vivo, el que está cerca, el que va a venir pronto.

---

<sup>74</sup> Ver: “Morir y resucitar con Cristo”, Colección Obras Completas No. 12, Bogotá, 2010.

Conviértete a Jesucristo en toda tu vida. Aun en lo más íntimo, en lo más secreto. Apártate del pecado, deja la bebida, abandona la infidelidad, rechaza la envidia, domina la avaricia, supera el rencor, aléjate de la inmundicia.

Conviértete a Jesucristo. Acéptalo a Él como salvador y recíbelo en lo más profundo de tu ser, y siéntete alegre de confiar en Él y de creer en el Evangelio. Ten todo lo demás como basura, al lado del eminente Jesucristo, como dice Pablo (cf Filp 3, 7-8). Comienza a leer el Evangelio en la Cuaresma. Abre el libro. Lee un cuarto de hora, media hora diaria.

En las librerías cristianas, encuentras Biblias de toda clase, a tu disposición. Durante la Cuaresma, que culmina en la Pascua maravillosa, no leas novelas, no leas mentiras: lee el Evangelio. Empieza a aprenderlo de memoria, empieza a citarlo.

¡Oremos! Jesucristo adorable, envía tu Espíritu a nosotros para que te podamos conocer, para que cambie nuestra vida, para que sea bella nuestra existencia, para que seamos totalmente fieles a ti en la Iglesia. Jesucristo: haz brotar en mí una nueva forma cristiana, en una absoluta fidelidad hacia Ti.

Que me aleje de la falsa religiosidad que yo tenía antes, que era mezcla ridícula de pecado y de fe. Que me entregue totalmente a Ti, Jesucristo. ¡Jesucristo! Envía tu Espíritu a mí y a los que me están leyendo, para que en la Cuaresma se dé el encuentro contigo. ¡Quiero convertirme a Ti, adorable Jesucristo! No quiero creer en nadie más, sino en Ti. En lo que Tú me enseñaste. Quiero convertirme a ti y creer en el Evangelio.

## ÉL NOS RECONCILIA<sup>75</sup>

Leemos en la epístola a los Romanos estas palabras: *Dios muestra su amor por nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por Él seremos salvos de la ira; porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más estando reconciliados, seremos salvos por su sangre* (5, 8). La buena nueva que Jesús vino a traer al mundo es que Él nos reconcilia con Dios. Que Él nos perdona, que Él nos salva, con seguridad, a los que creemos en Él.

Todo hombre es pecador. Si alguno dice que no peca, es mentiroso, dice Juan en su primera epístola: *Si decimos que no tenemos pecados, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado lo hacemos a Él mentiroso y su palabra no está en nosotros* (1 Jn 1, 8-10).

Es verdad que debemos rechazar todo pecado, debemos alejarnos de él. La fragilidad del hombre es grande. Este reconocimiento de que somos pecadores, esta realidad dolorosa del mal

---

<sup>75</sup> Ver: “Morir y resucitar con Cristo”,

que existe en nosotros tiene su única respuesta en Jesucristo. Él perdona nuestros pecados. Su sangre adorable, en el Calvario, lava totalmente nuestras iniquidades.

Debemos acercarnos al Calvario y dejarnos bañar íntimamente de la sangre de Cristo. Apropiarnos su gran perdón, su gran reconciliación. Sabemos que en nosotros hay capacidad para el pecado, para todo pecado. Aun el más oscuro. Ese es el hombre. Sin embargo, tenemos un abogado: ¡Jesucristo!

Jesucristo lava nuestros pecados. Debemos sentirnos felices del perdón y seguros de Él. Ya no debemos volver a pensar en los pecados del pasado, porque están sumergidos en la sangre de Cristo Jesús (cf Heb 10, 12-17).

No volver a pensar en ellos. Saber que están perdonados. Llenarnos de alabanza y de alegría porque toda nuestra historia pecaminosa fue lavada por la sangre de Cristo. Es bello tener confianza en Jesucristo. Saber que podemos mirar la eternidad, tranquilos y seguros, fiados en que Jesús nos ha perdonado. Él es propiciación por nuestros pecados (cf Rom 3, 25). Esta es la buena nueva. Esta es la alegre noticia que tenemos: que toda nuestra vida ha sido perdonada por Cristo, que ya no hay condenación, como dice Pablo, para los que están en Cristo Jesús (cf Rom 8, 1).

Oremos. ¡Gracias, Jesucristo, porque me has perdonado mi pecado, todo mi pecado! Mis odios, mis egoísmos, mis fornicaciones. Los oscuros caminos que he transitado. Quiero tener confianza absoluta en la liberación interior que me has otorgado. No quiero volver a pensar en mi pecado antiguo, sino en que Tú moriste por mí.

¡Quiero tener la más absoluta confianza en que Tú, que moriste por mí cuando era pecador, habiendo sido crucificado, me salvarás! *No hay condenación para los que están en Cristo Jesús. Los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu* (Rom 8, 1). Quiero tener la más absoluta confianza en que Tú, que me perdonaste, me salvarás.

*Ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. Los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu* (Rom 8, 1-13). Este es el mensaje de hoy. Estamos perdonados por Jesucristo, totalmente. No volvamos a pecar. Estamos perdonados y seremos salvos por Jesucristo.

# LA VERDAD LA TIENES TÚ<sup>76</sup>

Yo estoy en el mundo. En este pequeño planeta que navega silencioso en la inmensidad. Estoy rodeado de nubes oscuras. Todo es misterioso: mi origen, mi fin, mi sentido.

El mundo me dice que no hay nada más que lo visible. Pero yo quiero caminar como mirando lo invisible. El mundo dice, oh Jesucristo, que Tú eres solamente un hombre, y yo creo con toda mi alma que Tú eres el Hijo de Dios, no sólo un hombre (cf Mt 16, 16).

El mundo me dice que después de la muerte no sigue nada. Y yo creo, con absoluta fe, que sigue la eternidad (cf Jn 11, 25-26).

El mundo me dice que no hay que pensar sino en las realidades visibles. Y yo creo que, detrás de todo, están las realidades invisibles, más poderosas, más bellas, para siempre.

El mundo me dice que no me preocupe de nada, sino de lo que se toca, de lo que se ve, de lo que se palpa. Y Tú, Jesucristo, en tu Evangelio, me dices que me cuide más de lo que no se ve que de lo que se toca (cf Mt 6, 25-34).

---

<sup>76</sup> Ver: "Señor mío y Dios mío"

El mundo me dice que ame solamente al que me ama. Y Tú, Jesucristo, me dices que ame a los que no me aman. Que ame al prójimo, que es el que tiene necesidad de mí (cf Mt 6, 27-35).

Jesucristo: yo quiero seguir tu palabra. Yo quiero marchar con seguridad, pensando en lo eterno.

Yo creo que estoy aquí para devolver a mi alma y a muchos el sentido de Dios y una relación auténtica y vital con Dios; para imprimir a mi vida y a otros una dirección justa, que da sentido y salvación a mi existencia.

Estoy aquí, en el planeta, para abrir los labios y el corazón al coloquio con Dios, a la plegaria.

Es verdad que siento alrededor mío la presión de un mundo que vive sin Dios, un mundo arreligioso, irreligioso, indiferente.

Yo quiero afirmar que Tú estás vivo y que todo depende de tu presencia y de tu amor. No me quiero alejar ni un punto de tu norma. Quiero seguir tu Evangelio. Quiero consagrarme a embellecer el mundo, porque Tú lo quieres.

Jesucristo: yo quiero hacer un acto de fe absoluta en lo invisible, en lo eterno. En todo eso que el mundo moderno niega. El mundo moderno se quedó sólo con la materia, con la técnica, con lo visible, con una vaga cultura.

Jesucristo: yo quiero llenarme de alegría, de paz y de esperanza.

Quiero estar pendiente de Ti: de tu llegada a la hora de mi muerte. De tu llegada cuando vengas a juzgar al mundo y a probar que Tú tenías razón. Que Tú tienes la última palabra.

La verdad no la tenía Nietzsche ni la tiene Sartre ni la tiene Feuerbach. La verdad está en tu evangelio para siempre. La verdad no la tienen los falsos profetas. No la tienen los escritores diletantes que niegan la inmensidad de lo invisible.

La verdad la tienes Tú, Jesucristo. Todos ellos perecerán. Todos ellos caerán inertes como hojas secas, como huesos ennegrecidos. Y Tú, Jesucristo te pasearás por el universo, afirmando que Tú eres la verdad y la vida, y el camino y el amor y la esperanza (cf Jn 14, 6).

Apártame de toda tentación de infidelidad. Haz que yo me sature de Ti. Haz que yo ame a los hombres porque tienen rastro de Ti. Que yo ame las estrellas porque tienen las huellas de tus pisadas creadoras.

En medio de un mundo que todo lo niega, yo quiero hacer un acto de fe profunda en Ti, Jesucristo.

Esta fe compromete mi vida. Compromete mi absoluto rendimiento, mi seguridad, mi alegría.

# SUPLIQUEMOS AL ESPÍRITU<sup>77</sup>

En estos días que nos preparan para Pentecostés, elevemos nuestra mirada y nuestro corazón y nuestra tendencia al Espíritu Santo, y supliquemos humildemente: ¡Oh Espíritu Santo, que inundas de amor al Padre y al Hijo y los unificas con una ternura infinita y sustancial! ¡Oh Espíritu Santo, que me haces experimentar el amor de Jesucristo y me haces participar de la divinidad!

¡Oh Espíritu Santo, que me haces formar con Cristo un solo Cuerpo! ¡Oh Espíritu Santo, que en la tierra transformas el pan en cuerpo de Cristo y transformas al pecador en seguidor de Jesucristo! ¡Oh Espíritu Santo, que ungieste a Cristo, que lo resucitaste y que fecundaste a María con un germen divino! ¡Oh Espíritu Santo, que nos resucitarás el último día! ¡Oh Espíritu Santo, invisible y cercano, penetrante y deificante! ¡Oh Espíritu Santo, causante de todo lo bello, de todo lo puro, de todo lo amoroso, de todo lo tierno, de todo perdón, de toda reconciliación y de toda ternura en el mundo!

---

<sup>77</sup> Boletín “El Mensajero”, Número 559, abril 23 de 1983. Ver: “Palabras del Pastor”, vol. 3. Colección Obras Completas No. 24, Bogotá, 2011.

¡Oh Espíritu Santo, que presides el abrazo de los amantes cristianos, y presides las cunas de los niños! ¡Oh Espíritu Santo, que inspiraste a todos los poetas, a todos los soñadores y a todos los profetas, a todos los santos, a todos los extáticos, y consolaste a los que estaban tristes en el mundo!

¡Oh Espíritu Santo, misterio adorable, inaccesible y en el cual debe sumergirse el hombre para realizar la plena vida cristiana! ¡Oh Espíritu Santo, que das la sabiduría verdadera y la ciencia de Dios, el que das la fe profunda, el que otorgas la paz y das el amor, y das la alegría y el poder de sanar, y el que das la lengua para alabar y la interpretación y la profecía!

¡Oh Espíritu Santo, que das dones imperceptibles y delicados, y nos acompañas en la vida cristiana en todo momento! ¡Oh Espíritu Santo, por quien toda la creación y nosotros con ella estamos sollozando con dolores de parto (cf Rom 8, 22)! ¡Oh Espíritu Santo, que nos rodeas, que nos envuelves, de quien no debe jamás evadirse el verdadero cristiano!

¡Oh Espíritu Santo, el que nos hace falta, cuya irrupción especial necesitamos los sacerdotes, necesitamos los cristianos para cambiar el rostro del mundo!

# SOLO LOS PRIMEROS PASOS<sup>78</sup>

Los sabios verdaderos han llegado siempre a la conclusión de que no saben nada. De que el mundo de la ciencia está apenas corriendo el velo, de que vendrá dentro de los próximos años un progreso increíble en todos los aspectos de la ciencia y de la técnica.

Así como el mundo de la ciencia está apenas empezando a descubrir en sus dilatados horizontes, mucho más es el mundo espiritual, especialmente el mundo de la oración.

No hemos dado sino los primeros pasos para descubrir el poder de la oración. Vamos a leer algunos pasajes de la Escritura, que nos hacen escuchar esa inmensidad desconocida de la oración.

Dice Jesús: “Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho” (Gn.15,7). Si permanecemos en Jesucristo, si nuestra vida está rendida totalmente a Él, si Jesucristo es el primordial en nuestra

---

<sup>78</sup> Ver: “Quiero ser cristiano”. Colección Obras Completas No. 26, Bogotá, 2012.

existencia, el que centraliza toda nuestra atención y todo nuestro amor; si lo aceptamos con plena conciencia como Salvador, podemos pedirle lo que queramos y será hecho. Esta es Palabra de Jesús que no miente.

En otro lugar de la Escritura, Jesús nos dice: “Por tanto os digo que lo que pidieréis orando creed que lo recibiréis y os vendrá” (Mc. 11,24). Es decir, si pedimos con absoluta fe, y pedimos con alabanza, si pedimos con total sumisión a la voluntad de Dios, creamos que lo recibiremos y nos vendrá.

En San Juan también leemos estas palabras inolvidables: “De cierto, de cierto, os digo el que cree en mí las obras que yo hago las hará y aún mayores, porque yo voy al Padre, y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre yo lo haré”. Es palabra de Jesús que no miente.

Este es el inmenso mundo desconocido de la oración. Apenas estamos dando los primeros pasos. Hemos vivido en el ámbito de lo simplemente humano, en el ámbito de lo exclusivo, de la confianza en nosotros mismos; todavía no hemos pasado a tener confianza en Jesucristo.

No hemos entrado en el camino maravilloso de lo desconocido que es la oración. En San Mateo leemos: “Otra vez os digo que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieréis se hará por mi Padre que está en los cielos, porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí yo estoy en medio de ellos”.

Hay todo un mundo de soluciones maravillosas reservadas a la oración, exclusivamente. Hay enfermos que sólo se curarán con la oración. Hay desesperanzas en el hogar, que solamente se resolverán con oración. Una oración al estilo nuevo; una oración con fe absoluta; una oración de alabanza, en que se empieza de este modo: “Yo te alabo por esta situación, oh Jesucristo. Yo te alabo. Tú conoces mi íntimo deseo”.

El Señor que ve en nuestro corazón lo que deseamos, lo resolverá de acuerdo con nuestras necesidades.

Oremos ¡Jesucristo! Descúbrenos el poder de la oración, has que comprendamos que hay muchos problemas en el mundo, en nuestra casa, en nuestra intimidad, que se resolverían con la oración.

Haz que recordemos siempre tu palabra que no engaña: “Si permanecéis en mí y yo en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho”.

# EN EL SILENCIO DE LA CAPILLITA DE LA ADORACIÓN<sup>79</sup>

Esta mañana me preguntaba yo, en el silencio de la capillita de la adoración que tenemos en El Minuto de Dios, de qué debía hablarles. Pensé que debiera hablarles tal vez de Nicaragua, para invitarlos a todos a una gran colaboración en favor de ellos; también pensé obstinadamente en Somalia, el país del hambre actualmente, el país amenazado de muerte y de toda clase de miseria; pensé también en nuestras necesidades, en el Banquete del Millón que tengo que promocionar, en la bellísima Universidad del Minuto de Dios, pues nos falta el último esfuerzo para terminarla y para hacerla un centro de primera calidad cultural, en Colombia.

Pero una voz interior me habló de que les hablara a ustedes de Dios, solamente de Dios y de Jesucristo; que los invitara a la adoración total, que los trasladara mentalmente a aquel lejantisimo momento en que el Verbo de Dios, el eterno y adorable Hijo de Dios creó el universo y superó la nada y superó la tiniebla y echó las semillas de toda vida hasta llegar a nuestra propia existencia... Y quiero que hablemos un instante de esto.

---

<sup>79</sup> Minuto de Dios del 9 de abril de 1992. Ver: "Señor mío y Dios mío"

Hubo, hace millonadas de años, el momento formidable de la creación, el momento en que empezaron a evolucionar todos los seres y el hombre, y empezó nuestra lejanísima historia.

Yo quiero invitarlos a ustedes a adorar, a volverse profundos, a volverse amantísimos de Dios; a volverse, en ciertos momentos, silenciosos; a volverse fraternales con todo el cosmos.

Yo quiero llenarlos a ustedes de amor, de adoración, de agradecimiento a Dios y a su Verbo, por haberlos hecho brotar a la luz, brotar a la vida.

Todo lo demás es secundario, aunque tiene su importancia; Somalia, Nicaragua, la Universidad, el diálogo con los periodistas, la guerrilla, todo es pequeñísimo al lado de la inmensidad que significó la creación del universo por la fuerza adorable del Verbo de Dios, que se llamó Jesucristo.

¡Vamos, pues, a adorarlo! Vamos a estar en silencio, vamos a olvidarlo todo ante la inmensidad de cosas infinitamente más importantes en las cuales estamos sumergidos.

# ¡JESUCRISTO: ESTOY EN EL UNIVERSO!<sup>80</sup>

Jesucristo: estoy en el universo. Me siento una molécula en el infinito. Te siento el creador universal. Creo lo que está escrito en el evangelio. “Por ti fueron hechas todas las cosas y sin ti, nada de lo que ha sido hecho fue hecho”.

Te descubro en la Inmensidad. Me siento pequeño, tembloroso. Estoy rodeado de la belleza del mundo, del arcano, del misterio que rodea el principio de las cosas y del hombre.

Siento que tú eres la luz de este mundo. Veo que tu persona iluminó el origen de las constelaciones, que alumbra con un lampo de luz desde la vía láctea hasta la última estrella donde posiblemente hay hombres como yo que sueñan, que se conturban ante la inmensidad y no entienden, como yo tampoco entiendo.

Soy mínimo, soy fugaz, soy mortal. Estoy esperando la llegada de lo indecible, de lo indescriptible, de la eternidad y también de tu venida.

---

<sup>80</sup> Ver: “Señor mío y Dios mío”

Quiero estar a la expectativa de ti. Quiero orar y velar mientras viene tu día. Quiero estar libre de pecado y esclavo de Dios, como dice Pablo, mientras llega tu hora. Quiero cumplir tu palabra: “Amaos los unos a los otros. En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis. Porque el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”.

Estoy sumergido en la inmensidad. Quiero hacer de mi vida un acto de adoración, de fe y de esperanza. Quisiera que todo el mundo se sumergiera en la alabanza, en la fe, por don del Espíritu Santo.

Me rodea tu amor por todas partes y no sé lo que es el amor. Quisiera ayudar a construir un mundo justo. Yo sé que este mundo está establecido en la injusticia. Yo quiero poner mi humilde contribución para reconstruir la justicia.

El hombre poseído por ti y por el Espíritu Santo, comprende perfectamente y acepta que en América Latina reina la injusticia, el desequilibrio. El hombre iluminado por ti se vuelve justo y busca soluciones a base de amor, y de igualdad. Jesucristo yo quiero participar en la construcción de la justicia.

Debemos hacer un acto de humildad, en silencio, y reconocer que nuestra riqueza posiblemente es injusta. Que a la raíz de nuestra finca, de nuestra hacienda, de nuestro negocio, hay injusticias muy grandes que debemos resarcir. Debemos reconocer con humildad en silencio, que las raíces de nuestra mansión son injustas, delatan una injusticia. Todo lo que nos rodea, casi todo, es injusticia. Es duro reconocerlo, pero es cierto.

Jesucristo: estoy en el universo. Me siento una molécula en el infinito. Estoy angustiado por mi posición de mortal. Quiero hacer algo por el hombre. Quiero expresar mi adoración, mi seguimiento al evangelio.

Todo me presiona para hacer algo en favor del hombre. No lo he hecho. Dame la fuerza del Espíritu Santo para poderlo realizar.

# PENSEMOS EN CRISTO<sup>81</sup>

Pensemos una vez más en Cristo. Tú, Señor, eres nuestro Creador. El que nos diste el tiempo, el que nos otorgaste este don maravilloso, inmerecido, que es vivir... que es poder... ¡que es nuestro destino divino de contemplarte un día!

¡Tú nos escogiste entre millones de seres que hubieran podido nacer y vivir en nuestro lugar y ser mejores! Pero Tú quisiste que fuéramos nosotros los que gozáramos de esta maravilla que es la vida.

Cristo, nosotros te damos gracias desde el fondo del alma. Quisiéramos hacer algo por Tí... Quisiéramos clavarte en la mitad de nuestro corazón, atravesar nuestra existencia con tu realidad. Tú nos conoces... Tú sabes que somos olvido, infidelidad, cobardía, falta de lógica. Tú sabes de qué somos capaces en el camino del mal.

Que no hay pecado que no hayamos cometido, o que no estemos en peligro de cometer; pero a pesar de todo estamos obligados a realizar tu ideal, a cumplir tu proyecto al creamos.

---

<sup>81</sup> Ver: "Señor mío y Dios mío"

Ayúdanos a ser cristianos en el inmenso sentido de esta palabra... Es decir hombres encadenados a tu pensamiento... encadenados a tu voluntad.

Todo lo demás es indignidad y cobardía en un cristiano. Tu doctrina y tu verdad piden la totalidad y la integridad de nuestra vida... Tú no aceptas ni toleras la mediocridad. Después de que Tú nos creaste y nos redimiste no queda otro camino, para el que cree, que entregarse totalmente a ti.

Alguien pudiera pensar: esa es una posición extrema; según eso habría que acabar con muchas cosas. ¡Exactamente! Hay que acabar con muchas cosas para instaurar el reino de Cristo en el mundo. Lo que se nos pide ahora es que cada uno que siente el llamado hacia la plenitud cristiana haga sinceramente lo que pueda y dé los primeros pasos en eso que se llama la sinceridad cristiana, la seriedad, la austeridad del cristianismo.

Hace quince siglos escribía San Patricio las siguientes palabras que tienen una perfecta actualidad para el que toma en serio a Jesucristo: “Cristo conmigo. Cristo al frente mío. Cristo detrás de mí. Cristo en mi camino. Cristo encima de mí. Cristo a mi derecha. Cristo a mi izquierda. Cristo en mi carro. Cristo en mi yelmo... Cristo en el corazón de todo el que piensa en mí. Cristo en la boca de todo el que habla. Cristo en los ojos de todos los que me vean y en el oído de todos los que me oigan”.

Pensemos un poco, hermano mío, pensemos un poco en Jesucristo, y que el Señor nos ilumine sobre las inmensas exigencias que nos acarrea el hecho de ser cristianos y de creer en Él.

## ¡QUÉ BELLO TU NOMBRE!<sup>82</sup>

¡Jesucristo, qué profundos sentimientos inspira tu nombre! El Nombre de Cristo me da la seguridad de ser salvo. *No hay otro nombre bajo los cielos dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos*, como dicen los Hechos de los Apóstoles (Hech 4, 2). *El que invoque el nombre del Señor será salvo*, dice Pablo también (Rom 10, 13).

El nombre de Jesucristo me da la única explicación de mi presencia en el mundo. Este nombre me da la absoluta sensación de ser perdonado. *Recibirán perdón de pecados en tu nombre*, leemos en los Hechos (10, 43). Este Nombre de Jesucristo explica mi vida, mi origen y mi fin. Con el nombre de Jesucristo entiendo las cosas que me rodean, comprendo el origen del universo, me explico por qué estoy aquí en el lejano, prodigioso y excéntrico planeta Tierra.

Qué bello es pronunciar el nombre de Jesucristo. Es más dulce que el nombre de mi dulce madre. Es más consolador, más seguro, más precioso que cualquier nombre que podamos pronunciar en la Tierra. Este es el nombre que debemos tener en nuestros labios temblorosos, a la hora de la muerte.

---

<sup>82</sup> Ver: “Tú sabes que te amo”

No olviden ustedes decir con amor y con seguridad: “Jesucristo”. En ese momento, serán salvos. Él, como dice Pablo: *Es sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra. No solo en este siglo sino en el venidero* (Ef 1, 21).

Este Nombre divino y portentoso, pronunciado con fe y con amor, con rendimiento absoluto, limpia todas nuestras faltas. Debemos proclamar el nombre de Cristo: primero, en nuestro hogar; después, entre nuestros amigos.

En esta época gravísima de apostasía general, usted acepte y proclame el nombre de Jesucristo por todas partes. Nuestro ideal como cristianos es lo que dice el Apocalipsis: *El nombre de Cristo estará en sus frentes* (Ap 22, 4). Todos deben distinguir y deben leer claramente el nombre sagrado de Cristo, indeleblemente escrito en nuestra frente.

# QUIERO OÍRTE, SEÑOR<sup>83</sup>

He estado largo tiempo en la capilla solitaria de El Minuto de Dios. Te he mirado largo tiempo. ¿Por qué este absoluto silencio? ¿Es que no me oyes? ¿Es que no te interesas por mí? ¿Es que no me amas?

Dime, Cristo, ¿por qué este inmenso silencio? Este silencio que viene desde el Calvario hasta hoy. ¿Estamos ansiosos de tu Palabra, y Tú en silencio! Habla todo: hablan los pájaros, hablan los acontecimientos, hablan las mujeres, habla todo, Señor, y Tú en perfecto silencio.

¿Qué te pasa con los hombres? Quisiéramos una sola palabra. ¿Estarás así por millones de años, hasta que se apague el sol, hasta que se suma la tierra en un hueco negro? ¿No habrá ninguna palabra? ¿Estaremos esperando perpetuamente? ¿Moriremos esperándote? ¿No habrá para nadie el consuelo de oírte?

Todo callado. Se oyen ruidos lejanos de aviones, de automóviles, de talleres, de martillos, de bailes, de cohetes interplanetarios; pero Tú, en un impenetrable silencio. ¿Estás oyéndonos? ¿Estás viéndonos?

---

<sup>83</sup> Minuto de Dios de julio 16 de 1992. Ver: "Señor mío y Dios mío"

¿No hay nada que hacer hasta que pase, hasta que se queme el sol, hasta que se caigan las estrellas, hasta que pase todo? ¿Nos dejas solos a los hombres? ¿Tú sabes lo que es estar solo, para un hombre? Nadie lo puede acompañar: ninguna mujer, ningún amigo, ningún libro, ningún paisaje. Nada puede acompañar a un hombre.

¿Tendré que pasar muchas horas a la expectativa de tu Palabra? Yo creo, Señor. Sin embargo, anhelo oír el menor susurro de tu voz.

# OREMOS PARA SER CURADOS<sup>84</sup>

Hay muchos quebrantados de corazón. No hay ninguna indicación evangélica de que la dimensión carismática de la Iglesia estaba reservada para los tiempos primitivos. Debemos abandonarnos en la fe de que Jesús nos salva, a todo el hombre, no solamente el alma, sino también el cuerpo.

Debemos dar los primeros pasos en fe, en este maravilloso panorama del poder de la oración a Jesucristo. A ustedes, que me están leyendo, Jesús quiere curarlos, en su cuerpo y en su alma. Oren, tengan fe.

Oremos: Jesucristo, Jesucristo, Tú que eres el salvador de todo el hombre, no salvador del alma solamente, sino también del cuerpo, haz que los cristianos descubramos el inmenso poder salvador de tu santísimo Nombre. Que oremos para ser curados de nuestros dolores físicos y de nuestro corazón quebrantado.

Cristo Divino, cúranos, estamos enfermos, necesitamos que tú pases tu mano de médico divino sobre nosotros.

---

<sup>84</sup> Ver: "Acuérdate de Jesucristo"

Pon tu mano sobre nuestra cabeza  
y purifica nuestros pensamientos,  
sana nuestras intenciones.

Posa tu mano sobre nuestro corazón  
y sánanos de las pasiones enfermizas  
que brotan continuamente en él.  
sánanos de cualquier enfermedad de nuestro cuerpo,  
tú milagroso, tú poderoso, tú amante del hombre.  
¡Oh, Cristo, te pedimos alivio!

Nosotros creemos en tu infinito poder sanador,  
nosotros los débiles, nosotros los enfermos,  
nosotros los convalecientes,  
nosotros los desalentados.

Ahora acudimos a ti.

Desde la tierra tendemos hacia ti,  
temblando de amor y de esperanza.  
En este momento, te suplicamos,  
haya muchos que reciban salud  
por el infinito poder,  
por el adorable poder que tú tienes  
de sanar al hombre.

¡Cristo infinito! ¡Cristo eterno! ¡Cristo cercano!  
¡Cristo compasivo! ¡Cristo amigo! ¡Sánanos!

## BIENESTAR EN TABLETAS<sup>85</sup>

Hay una propaganda de cierto calmante que se anuncia: “Bienestar en tabletas”... Es profundamente irónica esa propaganda... Como si el bienestar del hombre pudiera venderse en tabletas.

Nada de lo material puede traernos el bienestar: Ni pastillas ni inyecciones ni el alza del sueldo mínimo ni la riqueza ni la salud ni el amor; nada nos puede traer el total bienestar.

Lo único que nos sirve para nuestra dolencia es Dios: ¡Ordinariamente, estamos enfermos de Dios! Es la presencia de Cristo en nuestra vida la que nos cura. Su presencia nos alivia de las hondas dolencias humanas... La dolencia de la muerte, que se nos acerca implacablemente... y la pesadumbre de nuestra íntima soledad.

Debemos buscar anhelosamente a Jesucristo. Debemos suplicarle que entre en nuestra existencia y se traduzca en todos nuestros actos. Esta es la esencia de la vida cristiana... La presencia de Jesucristo en nuestras vidas, llenando nuestra soledad y curándonos del temor de la muerte.

---

<sup>85</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”

¡Ven, Cristo...! Yo te lo digo, en nombre propio y en nombre de todos los que me leen. Ven con tu fuerza, con tu gracia... y penetra en nuestra intimidad, en nuestra persona.

Ven a las vidas de los pobres y continúa en ellos tu pobreza y tus privaciones. Haz que su pobreza no pierda el tesoro de méritos que podría obtener si Tú vives en ellos. Un pobre es un desgraciado si está lejos de Ti... Pero si está cerca de Ti, si Tú lo penetras, es un misterio sagrado y una maravillosa ocasión de méritos y de santidad.

Ven a las vidas de los ricos... Es verdad que para que Tú puedas entrar en la vida de un acaudalado es necesario que él se haga tu limosnero... que él te preste las manos y el dinero para dar... De otro modo, Tú no puedes entrar en la vida de los ricos...

Para que Tú entres en sus vidas, ellos tienen necesariamente que poner en riesgo sus riquezas... Lo demás es una ilusión... Un buen rico es el que empieza a hacerse pobre por Ti.

Ven, Cristo, a mi vida... Haz que sienta el fenómeno de tu presencia... haz que no me sienta solo... Haz que no sienta temor ante la muerte que se acerca... Esto te lo pido para mí... y te lo pido para todos mis lectores... Tú los conoces. Tú conoces la inmensa soledad de muchos de ellos. Una soledad aparentemente acompañada, pero en realidad sin compañía... Ven, Cristo... Penetra en nuestra existencia.

## SEÑOR, OYE MI SÚPLICA<sup>86</sup>

En esta letanía de amor, en esta plegaria diaria que te ofrecemos, oh Jesucristo, como creador, como redentor, como salvador, quiero hoy considerarte como el que cura mis dolencias.

Yo soy un ciego como Bartimeo, el ciego del evangelio, que te grita: “Jesús, hijo de David, compadécete de mí” (Mc 10, 47).

Ciego del alma, estoy a oscuras en el mundo. No entiendo la vida, me abruma el universo, me siento continuamente amenazado por la muerte. No veo, no sé como será la eternidad. No comprendo al hombre. No sé cómo es el alma de un hombre. No sé nada de lo que es verdaderamente importante en la vida. Estoy ciego, sólo tengo ojos para las cosas secundarias y materiales. Abre mis ojos, oh Cristo; haz que yo vea.

Señor: yo estoy también parálítico, como el parálítico que tú curaste. Tengo una gran imposibilidad para andar por tu sendero. Dime, como antiguamente lo hiciste: “Levántate, toma tu lecho y anda” (cf Luc 18, 20-24). Hay algo que me ataja para marchar por tu camino.

---

<sup>86</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”

Yo me reconozco también como un leproso del evangelio. Como los que salían a suplicarte a tu paso y te decían: “Si quieres, puedes limpiarme” (Luc 5, 12-13). Tengo la lepra de la infidelidad hacia Ti, siento la mancha del pecado en mi vida. No tengo la absoluta pureza que Tú exiges a tus seguidores. Oye mi súplica. Si quieres, puedes limpiarme. Contéstame, oh Cristo: “Queda limpio”.

Señor: tenemos también, como cuando tú marchabas por Galilea, la cercanía del demonio. Sentimos una fuerza contraria que nos lleva al mal que no queremos, que nos impide el bien que apetecemos.

Sabemos, por experiencia, que el demonio está libre y vivo en el mundo. Que él no es ninguna fantasía. Di tu palabra poderosa sobre nuestro demonio: “Sal de este hombre, espíritu inmundo” (Luc 4, 33-35).

Señor: la mayoría de los hombres estamos muertos, aunque tenemos nombre de que estamos vivos. Muertos: sin amor, sin fe, sin esperanza. Jesucristo: Tú eres el médico que resucita a los muertos. Tú eres la resurrección y la vida. El que cree en Ti, aunque esté muerto, vivirá (cf Jn 11, 25-26).

Tú curas el cuerpo y el alma. Tu nombre es omnipotente para sanar. Tú nos enseñaste la fórmula que, dicha con absoluta fe, nunca defrauda: “En el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda” (Hech 3, 6).

“Lo que pidan al Padre en mi nombre, se lo haré” (Jn 14, 13-14). “Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y les será hecho” (Jn 15, 7).

“Jesucristo te sana” (Hech 9, 34). Yo quiero dejarles a ustedes la seguridad de salud espiritual y corporal que se obtiene en el nombre de Jesús.

Para sus enfermedades espirituales, no acudan a nadie más, sino a Jesucristo. Para sus enfermedades físicas, acudan al médico en el nombre de Jesús. Jesús guiará la mano del cirujano. Él obrará en el remedio. Jesucristo es nuestro gran médico y nuestro gran cirujano.

Acuérdense ustedes de esta palabra de Pedro; siéntanla en su corazón: Jesucristo te sana.

# SI TÚ TE ACERCAS A NOSOTROS<sup>87</sup>

Meditemos en la resurrección de Lázaro (cf Jn 11, 1-45). Hacía cuatro días que Lázaro había muerto, cuando llegó Jesús a su tumba. Quizá hace más días que nosotros hemos muerto, que estamos en nuestra tumba de rencores o de avaricia o de lujuria o de mentiras. Pero Jesús está cerca; mientras vivamos, Cristo siempre está cerca, Él es la resurrección y la vida. El que cree en Él, aunque haya muerto vivirá (cf Jn 11, 25).

No perdamos la confianza a causa de nuestros pecados. Si creemos en Cristo, no moriremos eternamente. Por más profunda que sea nuestra muerte, por más tremenda que sea nuestra situación, Cristo es ante todo Salvador.

En este evangelio que comentamos, leemos que cuando Cristo se dirigió a la tumba de Lázaro, rompió a llorar (cf Jn 11, 33-36). Si nosotros supiéramos lo que son nuestros pecados ante Dios, si conociéramos lo que es ofender a Dios.

---

<sup>87</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”

Ante la tumba de su amigo, Jesucristo, Señor de la vida y de la muerte, clamó: “¡Lázaro, sal fuera!” (Jn 11, 43). Y el que estaba muerto volvió a la luz. Pidámosle a Cristo que se acerque a nuestro sepulcro, a nuestra tumba de pecado y nos resucite. Él lo puede; Él puede hacernos puros, humildes, caritativos, Él puede curarnos, Él puede resucitarnos.

¡Cristo, ven a mi tumba! El que cree en Ti no morirá eternamente. Tú eres la resurrección y la vida; Tú eres Cristo, el Hijo de Dios que has venido al mundo (cf Jn 11, 27). Mientras tengamos fe en Ti, hay esperanza; mientras clamemos a Ti con confianza, hay perdón. Si Tú te acercas a nosotros, como te acercaste a la tumba de Lázaro, volveremos a la luz.

# SUMERGIRNOS EN EL PENSAMIENTO DE DIOS

Quiero invitarlos a todos en este momento a sumirnos en Dios, a sólo pensar en Él, a apartar de nuestro pensamiento todas las cosas, todos los hombres, y sumergirnos en el pensamiento de Dios. Dios infinito, que cubre y rebasa infinitamente el universo. Dios bellísimo, que deja rastros de su belleza en toda la naturaleza. Dios poderosísimo, que muestra su poder en lo mínimo y en lo máximo, en el minúsculo átomo y en la inmensa constelación. Dios amorosísimo, misterio de amor, que ama al hombre y que ama a toda la creación. Dios, que creó todo lo que existe, lo que conocemos y a quien no conocemos. Lo que hemos descubierto y vemos y lo que todavía no hemos descubierto.

Sumámonos en Él. Ahoguémonos en Él. Apartemos todo lo que lo disgusta, aunque a nosotros nos guste. Orientemos nuestra vida de acuerdo con su divina Voluntad.

Venga usted, amigo que me lee. Venga usted de cualquier parte. Venga del pueblo o de la ciudad. Venga de la orilla de los ríos o de la orilla del mar. Venga usted de su residencia fastuosa o de su rancho pequeño. Venga usted, amigo mío. Tratemos de sumimos en Dios un momento. Sólo un momento.

En este momento desechemos el mal, rechacemos el mal y el pecado que envuelve nuestra vida. Venga usted, amigo. Tomémonos de las manos y hundámonos en el misterio de Dios. No queremos oír nada más. Queremos, en este momento, que calle cualquier otra voz. ¡Sólo Tú, Dios mío! Solo Tú, el Inmenso, el bello, el adorable. Sólo Tú. Sólo tú.

Estoy triste... Estoy melancólico... Estoy tranquilo... Estoy esperanzado... Quiero hundirme en Ti, sin conocerte. Sé que eres infinitamente resplandeciente. Sé que no tienes cuerpo y, sin embargo, te siento como si fueras un cuerpo. Sé que no te comprendo, que no tengo la menor idea de Ti y, sin embargo, estoy hablando contigo como si te tuviera, como si fuéramos iguales.

¡Ven, oh Dios! ¡Ven, oh Espíritu! Ven y orienta nuestro país. Ven y apaga nuestras ansias. Apaga nuestros odios. Apaga nuestro desamor. Enciende nuestro amor. Déjanos estar callados un momento. Déjanos estar silenciosos; que nadie nos interrumpa, que nadie intervenga. Déjanos estar solos contigo, el gran Solitario. Déjanos comenzar a amarte. Nunca lo hemos hecho. Hemos vivido toda la vida sin amor.

No tenemos palabras, no tenemos sentimientos. Todo es imposible. Todo es bello. Todo es inaccesible. Todo es lleno de esperanza.

# EL SILENCIO DE DIOS<sup>88</sup>

Una de las características del tiempo moderno es un misticismo humanístico, un deseo de servir al hombre, una entrega, en algunos casos total, al servicio de la humanidad. Estos tiempos también se caracterizan por la técnica y por la búsqueda de soluciones económicas.

Pero también en esta época presenciamos uno de los fenómenos más inquietantes y abrumadores: es el silencio de Dios. Parece que Dios se haya sumido en el más absoluto mutismo. Parece que Dios se haya sumido en el más absoluto mutismo. Por ninguna parte se le oye. Antiguamente Dios se expresaba. Tenía sus profetas. Se veía el signo de Dios en los acontecimientos. De vez en cuando Dios irrumpía con evidencia. El hombre descubría la presencia de Dios en la historia.

Actualmente parece que Dios se haya tornado taciturno. En el hombre actual la técnica suple la oración y la plegaria, en frente de los problemas de la vida. El hombre moderno sube al avión o al cohete interplanetario, con la absoluta seguridad de que llegará a su término, confiando solo en la técnica. El hombre se somete a la operación quirúrgica seguro de la técnica de

---

<sup>88</sup> Ver: "Vivir, pensar, creer y morir", Colección Obras Completas No. 29, Bogotá, 2012.

los médicos. Por otra parte, los medios de comunicación nos abruma con noticias superficiales, que no nos permiten entrar en la profundidad donde se encuentra Dios. Los periódicos, la radio, la televisión hacen al hombre actual esencialmente frívolo. Se está construyendo una ciudad secular, es decir, la ciudad que no cuenta para nada con Dios, la ciudad indiferente a lo religioso y a lo trascendental. Es una ciudad culta, para vivir bien en esta tierra, para tener todo lo humano y morir en silencio, desconociendo totalmente el más allá. Sin esperanza.

En esta época Dios no habla. En esta época se oyen todas las voces: el ruido de las fábricas, el rodar de los automóviles; el fragor de las guerras, la algarabía de las muchedumbres, el bullicio de los estadios, el hervidero de los teatros, pero Dios no se oye por ninguna parte y es tan abrumador este silencio de Dios, que parece que Dios no existiera y muchos hombres lo creen así.

Todo se llenó de ruido, y no hay campo para el silencio ni para la voz de Dios. Todo lo resuelve la técnica, todo lo soluciona la economía y para calmar el ansia de Infinito, el hombre se entrega al servicio del hombre, sin religión.

Un pavoroso silencio caracteriza a Dios en esta época. Ya David lo decía sollozando: *"Señor, no te estés callado, en silencio, e inmóvil, ¡Dios mío!"* (Salmo 82). En tiempos pasados los profetas hablaban en nombre de Dios, se hacían sus intérpretes. Actualmente todo pasa, como si Dios no existiera. En la misma medida en que la humanidad progresa, Dios se oculta para dejarnos libres de amado o de olvidado.

Sin embargo, nosotros los creyentes, debemos decidir como David: Señor no te estés callado y en silencio. Yo sé que Tú existes, que estás infinitamente vivo, que estás presente, que me estás mirando, que te preocupas por mi vida, que me esperas, que me amas. Yo quiero proclamar tu presencia. Yo no quiero construir una ciudad secular, sino tratar de edificar la ciudad de Dios. Señor, irrumpe de nuevo en la historia. Haznos conscientes de que debemos contar contigo.

¡Tú, Dios mío, existes! ¡Tú existes! Es verdad que no te vemos por ninguna parte. Es verdad que no se pueden seguir tus pisadas. Es verdad que borraste tu rastro para que el hombre sea totalmente libre de amarte o de rechazarte. ¡Pero Tú existes!

¿Señor, por qué estás siempre callado, por qué me das la impresión de que no me oyes, por qué en el mundo habla todo a mi alrededor y Tú estás siempre en silencio? Se oyen las voces de guerras, de pasiones, de ciencias, de estadios, de negocios, de política, de ambiciones, de sufrimientos, pero Tú estás siempre callado. ¿Tu silencio no es acaso la prueba de que no me oyes?

Nos queda la fe, no hay raciocinio. Nos queda la fe que nos dice que Tú existes, que Tú riges el mundo, y que eres el principio y el fin.

Me da miedo tu silencio. Me siento capaz de pensar como los demás que solo existe el ruido, que solo existe la técnica, que solo existe el hombre para amar. ¡Pero Tú existes! Tú eres el inmenso, Tú eres el vivo, el viviente, a quien la tierra no conoce, pero que la riges interiormente. Tú eres el maestro interior, imperecedero.

Tú eres el que vive dentro de mí, aunque yo no te conozco. El que me riges interiormente. Tú eres el que miras sin ser visto, El que oyes sin que nadie te escuche. El que piensas sin que nadie pueda pensar algo profundo de Ti. El que comprendes sin ser comprendido.

Dime, Dios mío, Dios de la lejanía, Dios del anhelo, dime que Tú estás atento a mis palabras. Guardas silencio porque estás atento a mí, y a mis oraciones. Tú esperas que yo acabe de hablar para tomar la palabra. Cuando yo acabe de hablar, cuando se acallen tantas cosas inútiles, tantas cosas imper-  
tinentes, lo que hablamos los hombres: palabras, palabras...  
¡Entonces Tú hablarás!

¿Pero Tú me oyes? ¿Por qué es tu silencio tan aterrador? Tu silencio, Dios mío, es la preparación a tu palabra eterna. Yo sé que no podría soportar una palabra tuya. Nadie puede sobrellevar una palabra de Dios. ¿Acaso puede vivir un hombre sobre el cual Dios ha puesto su mirada?

Yo sé que el mundo perdería su órbita si Tú le hablaras a un hombre. Tú hablas, sin embargo, a través de todo, a través de la flor y del pájaro, de la nube y del bosque, a través de un niño, a través de un anciano.

Tú no hablas nunca directamente. Tú hablas a través de otro hombre. Por ahora Tú me dejas hablar, estás oyendo todas mis palabras. Todo mi existir es una palabra y una voz. Tu abismo las recoge y en Ti tiene eco y Tú esperas para dar luego la respuesta definitiva y eterna.

Nosotros creemos en Ti. Nosotros a pesar de que nadie nos habla de Ti, a pesar de que solo se nos habla de guerra, de política, de negocios, de espectáculos, de modas, de muertos, de atracos, de nacimientos, nosotros creemos en Ti. Creemos que Tú eres el inmenso.

Dios mío, yo tiemblo, y al mismo tiempo estoy seguro de Ti. Sé que eres todo oído a mis voces, a las voces de todos los hombres, sé que un día responderás a mi amor, con tu infinito amor, a mi olvido, con tu intolerable olvido que se llama lejanía, que es lo mismo que infierno.

Yo quiero renovar mi fe en que Tú oyes mi palabra. Tu silencio no es ausencia, sino espera a que yo termine de hablar para responder.

Yo sé que toda mi vida es una palabra, de amor, de desvío, de contradicción a tu divina voluntad. Tiemblo y al mismo tiempo tengo seguridad en Ti, confío en Ti.

Tu silencio no es la expresión de tu olvido, sino la prueba de que quieres que seamos libres en nuestra fe y en nuestro amor.

# EN ESTA SENCILLA ORACIÓN<sup>89</sup>

En esta sencilla oración, quiero decirte, Dios mío, que yo creo en Ti, inmensidad viva, abismo paternal, océano amoroso. También creo en Cristo, creo que Cristo es Dios, que es el Infinito, el Eterno, el adorable pensamiento de Dios, que se hizo hombre para que nosotros supiéramos lo que es un Dios vivo y cercano. Para que no nos perdiéramos en los mitos, en las divagaciones cósmicas, para que supiéramos lo que es un Dios de carne y hueso, el Dios verdadero, que se nos hizo presente a través de Jesucristo.

Nació hace poco relativamente, en Belén, de la raza de Abraham, de Isaac y de David. Un poco antes de Cristóbal Colón, un poco antes de Francisco de Asís, un poco antes de la invasión de los bárbaros; en tiempo de Augusto el Emperador nació Jesús, el Hijo de Dios Vivo.

Actualmente nuestras plegarias deben dirigirse a Dios a través de Cristo, porque Él es el mediador único entre Dios y el hombre. No nos preguntemos las razones para creer. Creamos. No empezamos a desarrollar dialéctica s ni silogismos. Ante

---

<sup>89</sup> Ver: “Señor mío y Dios mío”

la fe no hay silogismos ni hay argumentos que valgan. Creer. Simplemente creer con humildad. Ningún silogismo llevó a nadie a Dios. Ningún argumento convenció a nadie de Dios, solo la humildad, solo la adoración, solo la entrega.

Es inútil tratar de encuadrar argumentos humanos para probar el Infinito, para comunicarnos con el Dios verdadero. Solo Dios da razón de sí mismo. El verdadero Dios vino al mundo, hace poco tiempo, 1.900 años, a través de Jesucristo.

Es posible que continúe, todavía, tres millones de años la duración de la historia, pero la fecha inmensa; es el año uno, cuando vino Cristo a la tierra. Rechacemos las dificultades de la razón para creer. Todo lo hizo Dios a base de lo incomprendible, de lo inesperado, de lo irracional. Todo se hizo para desconcertar la razón: era absurdo que Dios viniera a la tierra, el mínimo planeta del universo.

Era absurdo que naciera de una mujer, María. Sin embargo, sucedió así. Sucedió así. Y desde entonces Belén ilumina el mundo. Ese pueblito vio el nacimiento del Verbo, el pensamiento de Dios; el nacimiento del Hijo de Dios, igual al Padre. Conocer esto es la vida eterna. Si nosotros conocemos esto es por obra del Espíritu Santo, que es la tercera persona de Dios. Si nosotros logramos creer profundamente en Dios, es porque está obrando en nosotros el Espíritu Santo que es el Espíritu de Dios.

Todo esto es lo único que nos puede mover al llanto en el mundo. Da ganas de sollozar. Saber que estamos vivos, que Dios nació en el mundo en la persona de Jesucristo.

# NUESTRA ORACIÓN<sup>90</sup>

En esta época en que el hombre viaja con perfecta precisión a la luna, en que el hombre explora el mundo maravilloso del átomo, y del inconsciente, en que la ciencia ofrece una gran seguridad a la vida, aparentemente corren peligro la oración y la fe. Algunos piensan que ya no hay necesidad de orar, que basta llamar a los técnicos, para resolver todos los problemas. ¡Pero no! Siempre queda el inmenso campo de la intimidad del corazón humano, donde la única solución es nuestra relación íntima con Dios, con el Infinito, con el Eterno.

En todo debemos ser progresistas, menos en nuestra insatisfacción y en nuestros anhelos secretos, en los cuales debemos ser eternos y arcaicos. Cuando se alunizó, cuando se miraron las estepas solitarias de la luna, los astronautas se sintieron vacíos irremediabilmente de Infinito, que es lo único que nos puede calmar, que nos puede saciar.

Nuestra oración seguramente no será una demanda para que Dios satisfaga nuestras necesidades materiales, sino que será más bien una contemplación de Cristo, y colaborar con El en favor del mundo. Será cada día más pura, menos interesada.

---

<sup>90</sup> Ver: "Vivir, pensar, creer y morir"

“Dios mío perdóname, hazme amarte, haz que ame al hombre, haz que reconozca tu rastro en todo el mundo, haz que vea lo prodigioso que es el hombre, lo que yo debo hacer por él. Y lo maravilloso que es vivir bajo tu mirada”. Nuestra oración no será para pedir las cosas que nosotros podemos lograr por nuestro esfuerzo, sino que será de otro modo: más pura, más desinteresada. “¡Dios mío! Te doy gracias por el mundo, por el sol, por la técnica, por la medicina, por la electrónica, por esta maravilla que es el hombre y por poderle amar y servir”.

Debemos suplicarle al Espíritu Santo que venga a nosotros, que se realice para nosotros el Bautismo del Espíritu Santo, que algo maravilloso brote en nuestra vida, que es la presencia personal de Dios en nosotros, y nuestra visión transfigurada de todas las cosas.

Debemos empezar a clamar: *“Ven Espíritu Santo, penetra en mi vida, haz brotar en mí una nueva criatura”*.

Aunque la ciencia progrese inmensamente, aunque lleguen días de inverosímiles adelantos, nosotros quedaremos en nuestra propia soledad interior, y solo la presencia del Espíritu Santo podrá satisfacerlos.

Debemos ser progresistas en todo. Pero hay una cosa en que debemos ser eternos y arcaicos: en nuestra insatisfacción y en nuestros íntimos anhelos.

# NUESTRA ORACIÓN AL CREADOR<sup>91</sup>

No sabemos si este es el único planeta habitado por seres racionales. Si así lo fuera, seríamos en el universo los únicos en elevar una oración colectiva al Creador. Esta pequeña Tierra con todos los continentes debe lanzar saetas luminosas de fe y de adoración al Señor.

Debemos orar por los que se aman y están separados. Por los que no se aman, y están unidos. Por los ricos para que comprendan las exigencias de la fraternidad humana, por los pobres para que hallen el camino hacia la justicia y hacia el mejoramiento. Por los campesinos, para que logren buenas cosechas, para que llegue el progreso a sus ranchos lejanos, para que sientan la necesidad absoluta de cambiar y de mejorar.

Orar para que tengan hambre los que tienen pan, orar para que tengan pan los que tienen hambre. Orar por los hombres que no encuentran la paz interior. Que todo lo tienen menos la paz.

---

<sup>91</sup> Ver: “Vivir, pensar, creer y morir”

Orar por los que han perdido la fe, por los que han perdido la esperanza y el amor. Debemos orar por la Iglesia. Por la Iglesia Católica para que sea amplia y generosa, capaz de la transformación profunda que el Espíritu Santo le exige. Por la iglesia protestante, para que no se crea poseedora absoluta del único camino de salvación y que acepte dialogar y compartir nuestras plegarias, al mismo Dios y al mismo Cristo.

Por los judíos, para que reflexionen seriamente, en el formidable acontecimiento histórico de la venida de Cristo, y piensen y estudien si las profecías no habrán tenido cumplimiento en El.

Debemos orar todos por todos, debemos dedicar unos minutos a decir, sencillamente: “Dios mío yo creo en Ti, creo absolutamente, quiero rechazar toda duda, toda indiferencia, todo desamor. Yo espero en Ti. Espero que te veré un día, que en mi tarde veré al Dios salvador mío. Yo te amo con todo el amor de que soy capaz, con toda mi fuerza interior, con toda mi alma. Te amo como a mi Padre, como a mi Bienhechor, como a mi Salvador. Te doy gracias por mi vida, te doy gracias por el universo, por la belleza de la existencia. Te adoro a nombre de todos los hombres y a nombre de todos los seres que posiblemente existan en otros planetas. Proclamo que es maravilloso existir. Proclamo que Tú eres el que nos diste la existencia, la alegría y el amor”.

Por primera vez desde el principio de la historia tenemos los elementos para construir un mundo de fraternidad y de gozo. No hay lugares demasiado lejanos. No hay gente a la cual no podamos alcanzar. Hemos llegado a la luna. Nos esforzaremos por llegar a los planetas. Todos estamos cerca. Todos necesitamos orar porque dependemos de Dios en la integridad

de nuestro ser, en el aliento de nuestra respiración, en el más leve palpitar de nuestro corazón. Si oramos unidos podremos caminar juntos por la senda que Cristo nos trazó con su vida, con sus enseñanzas, con sus sacrificios y su resurrección. Podremos crecer unidos en Cristo hacia nuevas metas de fraternidad y de amor. Oremos por los demás. Oremos por nosotros mismos. Dedicemos un cuarto de hora, diez minutos, un minuto, a orar, pero con toda la fe. Estaremos unidos con miles y miles de hombres que también orarán por nosotros. Elevemos una plegaria en este mundo que ve tantas cosas contrarias a la oración.

Se va a levantar del mundo el humo blanco de nuestras súplicas. El paisaje de la tierra sería distinto, si lo pudiéramos contemplar con ojos espirituales.

De todas partes debe subir el perfume divino de la plegaria. De esta tierra que exhala el olor del desamor, del odio, de la avaricia y de la sangre debe brotar el fragante olor de la plegaria. Oremos los católicos, los protestantes, los judíos, todos levantemos una plegaria al Señor. Que también oren los que nunca oran, los que siempre olvidan su relación vertical con su Padre Dios. Oremos para que Dios bendiga a los hombres. A este hombre que lucha, que marcha, que cae, que sangra, que sube, que sueña, y que termina quedándose en silencio mirando las estrellas.

Unámonos en la oración, invisiblemente estaremos tomados de las manos, creyendo y adorando la misma infinita realidad de Dios Amor. Hermano, ora, aunque sea sólo un minuto, pero hazlo con fe.

## DOS GRITOS DEL ALMA<sup>92</sup>

Dos gritos deben salir frecuentemente del fondo de nuestra alma cristiana: “¡Ven, Señor Jesús!”. Y: “Ven, Espíritu Santo”. “Ven, Señor Jesús” es la última palabra del Nuevo Testamento, como una expectativa, como una esperanza de la última venida; y “Ven, Espíritu Santo” es el grito atávico del alma que busca la unión con Dios y que sabe que el único camino es la presencia, en ella, del Espíritu Santo.

Digamos frecuentemente: ¡Ven, Jesucristo, ven a mi vida!; ¡ven, Señor Jesús! Sintamos la presencia de Cristo cerca de nosotros. Sintamos su belleza, sintamos su calor, sintamos su mirada, sintamos su ternura; sintamos, si es posible, el abrazo de Cristo.

¡Ven, Señor Jesús!, ¡ven al mundo, oh Cristo! Apresura tu llegada, esperada, al mundo. Vuelve, como Tú lo dijiste; vuelve y llena de plenitud a toda la cristiandad, que te espera. Queremos tu llegada, para que se desplome el reino del mal y del pecado, para que triunfe la verdad y triunfe la justicia y triunfen la bondad y la belleza verdaderas.

---

<sup>92</sup> Boletín “El Mensajero”, Número 566, julio 2 de 1983. Ver: “Palabras del pastor”, vol. 3.

Ven, Cristo, al mundo, que te estamos esperando desde tu ascensión al cielo. Todo el Apocalipsis es la expectativa de tu retorno y su última palabra es ésta: “¡Ven, Señor Jesús!”.

Los cristianos anhelamos tu llegada, cuando se derrumbará el pecado y el misterio de Satanás y el misterio del dragón y de la bestia y el misterio de iniquidad y el aparente triunfo del mal, de la infidelidad, de la injusticia y de los siete pecados.

Oye nuestra súplica presente: ¡Ven, Señor Jesús! Y a esta súplica unimos el grito milenario: Ven, Espíritu Santo. Ven Espíritu; ven y consuélanos, ven y fortalécenos, ven y danos la verdad y danos la santidad y danos el amor que necesitamos. Ven, Espíritu Santo, renueva la faz de la tierra, enciende a tu Iglesia en amor.

Haz que los cristianos se conviertan a Cristo, haz que nos apartemos del pecado; haz que se implante la época del Espíritu Santo, la época de la alabanza, de la adoración, de la gran fraternidad entre los hombres. Haz que se acelere el milenio de Cristo, el milenio de la paz, el milenio de la profunda fe, el milenio que es el preámbulo de la presencia definitiva de Cristo en la historia y en el universo.

# QUIERO DARTE GRACIAS<sup>93</sup>

Frecuentemente debemos dar gracias a Dios por sus numerosos, incontables y continuos beneficios. Digamos ahora, desde aquí, desde lejos:

Te doy gracias, Señor, por tu belleza, por este mundo tan precioso que hiciste, por este planeta increíble, lleno de sorpresas, donde nos hiciste nacer. Por este maravilloso universo agobiador, insondable, posiblemente el más bello, que nos preguntamos si es infinito o es limitado. Por este espléndido sol, que da luz y sentido a todo. Por esta noche, que nos envuelve en sombras y ensueños.

Te doy gracias por el increíble hombre, por su cuerpo y por su alma, por sus ensueños y sus tristezas, por su capacidad de crear; por sus manos milagrosas, que son instrumento glorioso, con las cuales talla, acaricia, saca armerías de todas partes, escribe.

Te doy gracias porque estamos vivos. Es precioso estar vivo, poder reír, poder llorar. Es embriagante la vida.

Te doy gracias por el hombre y la mujer que están a mi lado, por sus cualidades, por sus posibilidades, por sus defectos, por sus deseos, sus alegrías y sus secretos.

---

<sup>93</sup> Ver: Vivir, pensar, creer y morir

Te doy gracias, sobre todo, porque te he conocido, oh Dios; porque sé con seguridad que nos amas. Te doy gracias inmensas porque enviaste a Jesucristo al mundo para salvarnos; te doy gracias inmensas porque me enviaste al Espíritu Santo, que me consuela en los momentos inevitables de tristeza, y porque me da alegría, y porque me descubre la belleza inmensa de Jesucristo. Porque me da anhelo de proclamar que Jesús me salva, que Jesús va a venir; porque me da ansias de besar los pies de Cristo y de gritar por todas partes que Él es mi Salvador.

Te doy gracias, Señor, por la Iglesia, en que me hiciste renacer. Te doy gracias por María, la excepcional, y por todos aquellos que buscan tu rostro.

Te doy gracias, porque tengo seguridad de que después de haber estado en este preciosísimo planeta, pasaré al cielo que nos reservas, que nos has prometido, donde te veré para siempre.

Qué maravilloso es existir. Sentir la belleza de la vida. Estar comprometido con el hombre. Poder admirar la belleza del universo. Poder sumirnos en pasmo, en admiración ante todo lo que nos rodea, desde la última estrella hasta la última flor.

Yo quiero hacer una pausa en mi vida para darte gracias. Señor, gracias por la existencia, gracias por mi circunstancia, gracias por mi ciudad, por mi pueblo, gracias por Colombia.

Nunca agradeceremos suficientemente a Dios el hecho fabuloso de estar vivos en el mundo y de poder contemplar, admirados, el universo y la tierra florecida que nos sostiene.

# ABISMO Y MISTERIO<sup>94</sup>

El ciclo de la liturgia católica alcanza un punto culminante en la fiesta de la adorable Trinidad. Hablemos, pues, desde esta lejanía del mundo, desde la pequeñez de la Tierra, del inmenso Dios, de Dios infinito, de Dios realidad.

Tú eres mi Dios. No sé nada de Ti. Solo sé que existes. Sólo sé que eres misterio de Unidad y de Trinidad, y nada más.

¿Dónde estás Dios? ¿Cómo eres Tú? Dame una lejana idea de Ti. Qué impenetrable arcano el tuyo y qué pequeñez la mía. ¡Tender hacia Ti con toda el alma y no conocerte! Buscarte con ansiedad, estar sediento de Ti y no saber nada, sino sollozar, y no poder nada, sino mirar a la lejanía y no ver nada.

¡Ven, Dios mío! Estoy feliz, plenamente, de que Tú existas. Esto me basta en la vida: Tú existes; Tú, el Infinito. Tú, ante cuya inmensidad, nada son las millonadas de años luz del universo, y ante cuya duración, nada es el abismo del tiempo. Tú me creaste y me amas. Tú piensas en mí. Tú eres la inmensa realidad.

---

<sup>94</sup> Ver: Vivir, pensar, creer y morir

Nos hemos acostumbrado tristemente a pensar en Ti, sólo como una palabra, como y símbolo sin contenido. No nos damos cuenta de lo que significa para nosotros tu existencia, Dios. Que Tú existes.

Éste es el consuelo más hondo en todas las penas, en todos los desencantos, en todas las tribulaciones. Esta es la fuente de alegría en la vida, que supera toda tristeza y que disipa todo pesar.

Qué gozo está contenido en estas dos palabras: Dios Existe. Tú existes, Dios mío. ¡Tú, inmenso! Tú, hermosura. Tú, belleza perfecta. Tú existes, feliz y adorable. Todo lo demás es pequeño e insignificante.

Lo único que estremece hasta lo más hondo del alma es saber que Tú eres. Todos los paisajes, todas las cosas que han sucedido desde la misteriosa creación, desde el átomo inicial, desde la aparición de la primera estrella, desde la célula germinal hasta la última galaxia... todo es pequeño, en comparación de esta realidad maravillosa: Tú existes, Dios.

Pero no quisiste existir solo, sino que yo también existiera. Yo, un hombre, para participar en tu vida, junto con toda la creación.

El hombre es el único que se da cuenta de que existe. ¡Estoy pasmado de esto! ¡Los árboles y las piedras y los pájaros no saben que viven, y no pueden gozar del pasmo que causa la vida y de la alegría que produce el saber que Tú existes, oh Dios!

Ahora te pregunto a ti, lector: ¿Has sentido alguna vez el gozo de saber que Dios existe? ¿Te has sentido alguna vez sumergido en la soledad, mirando a Dios como a Alguien vivo? Si nunca lo has experimentado, quiere decir que has estado siempre lejos. Que nunca has entrado en el misterio de tu propia existencia, que no conoces la mayor felicidad que puede haber en el mundo: saber que Dios existe, y que nosotros existimos, contemplados por Él.

El hombre actual rechaza y rehúsa las preguntas profundas. Se ha desvinculado de su raíz primigenia y sublime, y vive preocupado sólo por las realidades inmediatas. No volvió a pensar en el abismo y en el misterio que rodea su existencia.

Éste es un abismo paternal y amoroso. Es una fuerza infinita, llena de ternura y de sabiduría; se llama Dios.

## PROBLEMATIZAR A DIOS<sup>95</sup>

En esta época en que la historia marcha aceleradamente, en que saltó el parámetro ordinario que traía y comenzó a seguir una extraña curva de progreso desbocado, de avance en todos los campos, que raya en lo inverosímil, el hombre queda íngrimo en el mundo y amenazado por la soledad.

Surge ante él la idea de lo Absoluto, la idea de Dios. Pero no puede ser un Dios que se confunde con el hombre, ni un Dios que sería solo la dimensión del hombre, su posibilidad, la seriedad de su vida, la generosidad de su amor.

Actualmente, una crítica trata de empobrecer totalmente el sentido de Dios y de transformarlo simplemente en el ensueño del hombre, en todos sus anhelos de infinito, pero sin ninguna consistencia personal. No es así. El verdadero Dios es personal y es trascendente. Esta época se presenta con graves teorías en contra de Dios. Nosotros, humildemente, debemos afirmarnos cada día más en la fe en la existencia de Dios.

Es verdad que de Dios no podemos decir sino sólo que existe. No sabemos cómo es ni qué es. Nos expresamos de Él con balbuceos, diciendo que es invisible, inefable, inexplicable,

---

<sup>95</sup> Ver: Vivir, pensar, creer y morir

inaccesible. Todo, negaciones. Pero no sabemos nada de lo que Dios es. Sólo sabemos algo maravilloso que nos reveló Jesucristo y es que Dios es nuestro Padre.

Hablemos a Dios. Digámosle: Yo sé que Tú existes, Dios mío; yo sé que Tú no has muerto, que Tú eres real, que Tú eres distinto de las cosas y de mí mismo. Que Tú no eres mi ensueño de grandeza, ni mi anhelo de belleza y de eternidad.

Tú eres el infinitamente bello, grande y eterno; concretamente, Tú eres el que nos ama, el que nos conoce hasta los últimos repliegues. Yo lo sé en lo más profundo de mi ser. El mundo sería incomprensible sin Ti; desde el primer átomo hasta la célula del cerebro del sabio sería incomprensible. Desde la gota de rocío hasta la fórmula matemática.

Yo sé que Tú existes; lo creo firmemente. A pesar de que se dice que no, yo lo sé y yo lo creo. Yo leo libros modernos, donde se dice que Tú no existes; sin embargo, es desolador pensarlo. Habría que volver desierto el universo, habría que acallar todas las voces, habría que hacer un erial de todos los jardines.

Yo sé que el mundo anda acelerado, que pronto llegará un momento culminante que será o la destrucción universal o el principio de la edad de oro. Pero, pase lo que pase, Tú eres nuestro Dios. Tú eres nuestro Padre. Hacia Ti vamos.

Vivir consiste en vivir a tu luz, bajo tu mirada. Lo otro es palpar en el absurdo.

Queremos rechazar todas las tentaciones modernas de abandonarte. Nosotros sabemos que en esta época el hombre está inventando la teoría de la muerte de Dios; que lo está presentando simplemente como la síntesis de todos nuestros anhelos, de todas nuestras esperanzas irrealizables.

Yo creo en Ti; creo que existes, vivo, verdadero y eterno. Tú existes, Tú nos amas, Tú nos esperas. Tú eres nuestro punto final y nuestro punto primero. Tú eres nuestra explicación.

Sé que te verán mis ojos; que no tendré la sorpresa, después de la muerte, de hallarme sin nada. ¡Sé que hay algo que nos aguarda y que es la infinita Vida, el infinito Viviente, el infinito Bello, la infinita Plenitud y eso eres Tú!

Yo sé que existes para amar y para perdonar. Yo sé que tu perdón viene sobre nosotros, los hombres; que nuestro pecado se sumerge en tu amor y en tu paternidad.

Por todas partes veo tus rastros y por todas partes hallo tu misterio impenetrable. No sabemos nada de Ti; sin embargo, se oye por todos los ámbitos de las nebulosas y de las galaxias el clamor universal de que Tú existes, de que Tú eres nuestro Padre, de que Tú eres nuestro hermano, de que Tú eres nuestro Señor.

Los hombres ahora no hablan de Ti. Los periódicos no dicen una palabra de Ti; ellos hablan de realidades materiales, ellos dicen que Tú no eres objeto de la ciencia ni de la experiencia. Sin embargo, todos -ellos mismos incluso- te adoramos y no podemos aceptar nada sin Ti.

Tú no eres una hipótesis de trabajo, Tú eres la exigencia más absoluta de nuestro corazón.

Estoy triste porque no sé nada de Ti, porque no te puedo imaginar, porque no te puedo pensar, porque no puedo tener la sensación de tu presencia y, sin embargo, eres la necesidad más absoluta del universo.

Tú eres más que la materia, más que la vida, más que una idea. Tú eres el infinito Padre. En esto consiste tu misterio: en ser lo necesario y, al mismo tiempo, el ser oculto, escondido, indispensable.

Yo quiero rechazar con todas mis fuerzas la tremenda tentación que me solicita, en esta época, decir que Tú has muerto. Tú no estás muerto ni estás enfermo. Tú eres el infinito Viviente, el que penetras con tu mirada y con tu amor nuestra existencia.

Todos los hombres estamos en las escalinatas, en silencio; estamos tristes de no verte, estamos en silencio ante tu silencio. Sin embargo, sabemos que Tú estás ahí, que de un momento a otro irrumpirás en la historia y todos seremos felices en tu realidad adorable.

Queremos renovar nuestra fe. Católicos, protestantes, hebreos y aun ateos, todos estamos aguardando Tu presencia. Estamos en silencio, desolados; pero sabemos que Tú vendrás, que Tú aparecerás ante la faz del universo.

# MIS HORAS Y MI TIEMPO<sup>96</sup>

¡Señor! Tú me has dado la vida, Tú me has dado los años, los meses y las horas. Mi tiempo está delante de Ti y delante de mí y detrás de mí. Mi tiempo pasado fue mío, tengo pesadumbre de que perdí mucha parte de él. Mi tiempo por venir es mío, es lo más precioso que me das. Te doy gracias, Señor, por todos mis días.

No te pido que me des más tiempo del que me has designado, pero sí que me des la posibilidad de llenar todas mis horas con el tictac del amor, con las pulsaciones de la fe, con las pulsaciones de la adoración, del servicio y del intenso trabajo.

Te ruego que mi tiempo esté lleno del cumplimiento estricto de tus mandamientos y del cumplimiento de mi deber. Te ruego que mi tiempo tenga campo para el silencio, tenga campo para el amor verdadero, tenga campo para la oración y para consolar al hombre.

Que en mi tiempo, yo sienta la alegría de trabajar, la alegría de traer mejoramiento al mundo, mejoramiento para el hombre, mejoramiento a la tierra.

---

<sup>96</sup> Ver: "Vivir, pensar, creer y morir"

Te pido que mis horas sean creadoras de alegría y creadoras de progreso. Que yo no pierda el tiempo, que no lo disipe, que yo no lo profane con el odio, con la infidelidad, con el pecado.

Que yo recuerde continuamente que con mi tiempo puedo construir el mérito y el valor de mi vida. Puedo construir una situación de belleza de mi propia persona, que sea agradable a Ti, que te dé gusto, que te dé satisfacción, ¡oh mi Señor!

Haz que mi vida, haz que mi tiempo se ocupe en la adoración, en la fe, en el servicio y en el conocimiento del mundo. Que yo no tenga por perdidos los tiempos que dedico a la oración, a la contemplación del universo, a mirar en silencio las estrellas, a mirar las flores y a contemplar al hombre, admirándolo.

Que yo tenga una grave inquietud de perder el tiempo. Dame el valor de no perder el tiempo en el pecado, de no perderlo en el odio, de no perderlo en el desamor. Sobre todo, que yo no profane el tiempo en la violencia.

Te doy gracias, Señor, por mi tiempo, por la belleza de vida que das al hombre, porque tengo todavía tiempo para alegrarme, para alegrar a otras personas. Porque tengo tiempo para consolar, tengo tiempo para trabajar, tengo tiempo para abrazar, tengo tiempo para admirar el universo, y tengo tiempo para amar, ¡oh Dios de mi corazón!

# QUIERO CONOCERTE Y AMARTE<sup>97</sup>

En la primera epístola a los Corintios, leemos esta palabra: *Me propuse no saber entre ustedes cosa alguna, sino a Jesucristo y a éste crucificado* (1 Cor 2, 2). Qué bella palabra de Pablo, como todas las suyas; no saber sino de Jesucristo; gustar más de Cristo que de todo lo demás. Saber que hay Alguien adorable, que hay Alguien superior a todos, que es nuestro salvador, a quien debemos conocer.

Me propuse no saber otra cosa, sino de Jesús. Saber las cosas humanas y bellas; saber lo que hicieron los hombres, saber lo que hacen y lo que piensan actualmente. Saber la poesía que han hecho los hombres, saber los caminos de la ciencia, saber el proyecto que tienen los hombres y colaborar con él para restaurar la justicia y la felicidad en el mundo.

Saber todo eso es bello, pero inmensamente más bello es proponernos saber quién es Cristo, quién es esa persona adorable que vino a la Tierra y amó a los hombres hasta el extremo de morir por ellos; y los miró y los mira con una

---

<sup>97</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

mirada entrañable... Saber a Cristo, conocerlo, tenerlo muy en cuenta en todos los momentos del día. Eso es comenzar a ser cristiano.

Propongámonos no saber cosa alguna más que Jesucristo, porque nadie, como dice Pablo, nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo (cf 1 Cor 3, 11). No se puede poner fundamento ni de oro ni de plata ni de piedras preciosas ni de madera ni de heno ni de hojarasca. El verdadero fundamento para el hombre es Jesucristo (cf 1 Cor 3, 12-14).

Usted, amigo que lee, caiga de hinojos ante Cristo y quédese besándole espiritualmente los pies y las manos y el corazón. Vuélvase totalmente fervoroso de su Salvador. Diga usted: Cristo, quiero conocerte, quiero amarte, quiero librarme del mal y de cualquier cosa que me separe de Ti. ¿Quién me podrá separar de Ti? No voy a permitir que ninguna creatura me separe de Ti. Ni la creatura más bella ni la creatura más simpática; nadie me va a separar de Ti, Jesucristo (cf Rom 8, 35-39).

Voy a organizar mi vida exactamente como Tú lo quieres. Quiero ordenar mi casa, donde nada sea adverso, donde nada sea opuesto a tu mandato; nada, absolutamente nada. Y quiero organizar mi vida de modo que en ella nada sea contrario a tu deseo. Tú, Jesucristo, el bellísimo, el hermoso sobre toda hermosura, el bueno sobre toda bondad, el eterno, el silencioso, que sin embargo eres una infinita Palabra.

Todos los lectores de este libro van a volverse un poco silenciosos, con un silencio que no es mutismo, sino el silencio del que habla interiormente. Sea que comamos, sea que bebamos,

sea que hagamos cualquier otra cosa, hagámoslo todo para la gloria de Dios, como expresiones pequeñas de este amor a Él (cf 1 Cor 10, 31).

El Minuto de Dios pretende invitarlos a todos ustedes a una fe, a un rendimiento total al Señor. Pretende volver a todos sus oyentes, amantes del Señor; amantes de Cristo, con sus consecuencias, que son: construirlo todo en Jesucristo, construir la verdad, construir la alegría. Con el tiempo vamos a volvernos la ciudad cordial. Una ciudad creyente.

Digamos para terminar: Oh Señor Jesucristo, ábreme las puertas que han estado siempre cerradas para mí, las puertas de la fe, las puertas del amor. Ábreme las puertas de la paz interior. Ábreme el secreto de la alegría que no tengo. Aplaca en mí el mal que me afecta. Hazme comenzar una nueva vida, la vida nueva que Tú prometes con la fuerza de tu Espíritu, la vida feliz, la vida preciosa del que está adherido a Ti, extrañamente abrazado a tus brazos.

# SEÑOR, QUIERO AMARTE<sup>98</sup>

Quiero volverles a hablar ustedes, con insistencia, de Cristo, Jesús. Del divino Señor; del amoroso amigo del hombre. De Cristo, a quien ustedes posiblemente no conocen bien. De quien ustedes posiblemente tienen un recuerdo lejano, que se borró desde la primera comunión; pero que ahora quiere ser el centro de sus vidas, quiere ser el principal en su preocupación y en su amor.

Yo quiero hablarles todos los días de Él, para que al fin lo lleguen a conocer; para que al fin lo lleguen a amar mucho; para que al fin se rijan exclusivamente por su norma, por su ley, por su voluntad. Y se realizará lo que está dicho en el Apocalipsis: *He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en él y cenaré con él, y él conmigo* (Ap 3, 20).

De un momento a otro, le vamos a abrir las puertas a nuestro Redentor. De un momento a otro, va a venir el acontecimiento más importante de nuestra vida: ¡la llegada de Cristo!, el cambio total. Acontecerá para usted el nuevo nacimiento. Usted, hasta ahora, es un simple hombre, una simple mujer. Va a venir la hora, se acerca ya, en que usted será cristiano. Hasta ahora

---

<sup>98</sup> Ver: "Tú sabes que te amo"

no lo es plenamente. ¡Reconózcalo!, por ahora es un simple pecador, por ahora es un simple humano, un simple racional. Pero va a venir un momento en que lo inunde Dios, en que lo inunde un extraño calor en su corazón. El calor que sienten los amantes de Cristo. El calor que sienten los que están bendecidos continuamente por el Espíritu.

Prepárese para lo mejor de su vida. Prepárese para un momento bello que le espera cuando usted le diga con toda verdad a Cristo: “Sí, Cristo, mi Cristo adorado, mi Cristo santo, mi Cristo infinito. Sí Cristo, yo te acepto ahora como el rector y director de todos los actos de mi vida”.

En este momento, guarde usted absoluto silencio y mire interiormente la cara de Cristo, la persona de Cristo, y empiece a decirle: “Señor, yo quiero amarte. Yo quiero darte la dirección absoluta de mi vida”.

No crea ni un momento que esto es misticismo antiguo. Crea sólo que éstos son los primeros pasos para ser verdadero cristiano. Que el Señor los bendiga.

# JESUCRISTO NOS LLAMA<sup>99</sup>

En san Juan, leemos estas palabras: “Las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. También el Padre, que me envió, ha dado testimonio de mí. Nunca han oído su voz ni han visto su aspecto ni tienen su palabra morando en ustedes, porque a quien Él envió ustedes no le creen... Y no quieren venir a mí, para que tengan vida” (Jn 5, 36-40). Hasta aquí las palabras personales de Cristo.

El Señor nos dice que no hemos escuchado su voz, que no hemos querido ver su aspecto, que no tenemos su palabra morando en nosotros. Y nos dice una palabra inmensa: que no queremos venir a Él para tener vida. Si Él nos lo dice, es cierto. ¿Para nosotros estará la Palabra de Dios viviendo y morando en nuestro corazón? ¿Será viva y eficaz la Palabra de Dios en nuestra vida?

Recordemos nuestros egoísmos, nuestras impurezas, nuestras infidelidades, nuestro desamor, nuestras murmuraciones, nuestros rencores, nuestros desintereses por los hombres.

---

<sup>99</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”

Hermanos: Parece que se aplique esta palabra, que Jesús dirigía a los fariseos, también a nosotros: no queremos venir a Él para tener vida.

Nosotros no queremos ir a Ti, Cristo. Ponemos todos los obstáculos, caminamos por todos los caminos desviados. Estamos siempre evadiéndonos de Ti, que tienes palabras de vida. Estamos amaños en nuestra vieja covacha, llena de melancolía y de desamor; sabemos que tener la vida divina nos sacaría de nuestra mediocridad, nos sacaría de nuestros apegos, de nuestros amaños, de nuestros cachivaches.

El Señor nos dice: “No quieren venir a mí, para que tengan vida”. Jesucristo: ¡Te queremos decir que sí queremos ir a Ti, que sí queremos escuchar tu voz, que sí queremos mirar tu rostro y que tu Palabra more en nosotros! Esa palabra tuya explosiva, transformadora y creadora.

En este día, recordemos a Jesucristo a lo largo de la jornada. ¿Por qué será que actualmente Jesucristo nos está llamando con una intensidad mayor que nunca? ¿Lo estamos escuchando? ¿No lo sienten también ustedes?

Hay algo en el ambiente, como un inmenso llamado de Cristo a nuestra vida, algo se avecina, cuando Él está llamando tan intensamente.

# MI RELIGIÓN ERES TÚ, JESUCRISTO<sup>100</sup>

En el evangelio de san Juan, hay una palabra sublime de Jesús, que la pronunció posiblemente una tarde, cuando resplandecía el templo de Jerusalén con los fulgores del sol y parecía una arena de oro. “Subió Jesús a un alto estrado de piedra y allí, en el último y gran día de la fiesta, alzó la voz y dijo: Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba el que cree en Mí; como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto lo dijo del Espíritu, que habían de recibir todos los creyentes en Él” (Jn 7, 37-39).

La persona de Jesús se nos ofrece para siempre, hasta el fin del mundo, con una atracción, con una fuerza, con una suavidad, con una ternura, con una seguridad que es increíblemente mayor a la de cualquier personaje de la historia antigua o presente.

Yo quiero invitarlo a usted, a usted que está fatigado del trabajo del día, a usted que tiene diversos oficios, que puede ser un artífice o puede ser un político o puede ser un profeta o puede ser un trabajador o puede ser un agricultor o puede ser un

---

<sup>100</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”

padre de familia o puede ser un anciano o puede estar sano o puede estar enfermo; a usted que me lee, en todo Colombia, y que está silencioso; yo quiero invitarlo hoy, a pesar de que haya tenido dudas, quiero invitarlo hoy a hacer un acto de fe en Jesucristo.

Diga usted conmigo, silenciosamente: yo creo en Ti, Jesucristo; yo creo que estás vivo, creo que eres el lucero del universo, creo que vas a venir a juzgarme y a juzgar al mundo; creo que me salvas, que perdonas todo mi pecado, creo en tu Palabra en el evangelio, creo en tu vida portentosa, en tu vida excepcional; pero, sobre todo, ¡yo creo en Ti, Jesucristo!

Yo quiero difundir la fe, quiero promover la fe; estoy convencido de que todo lo demás es basura; que todo esto que nos agita, que todo lo que nos inquieta intensamente en estos días es secundario, al lado tuyo, mi Jesucristo perfecto, santo y presente.

Difunde el Espíritu Santo en nosotros para creerte con absoluta fe. Creo en Ti más que en cualquier nombre de todos los que actualmente se mencionan en Colombia y en el mundo. Recuerdo tu superioridad infinita; mi religión eres Tú, Jesucristo, y lo que me ayuda a conocerte y amarte. Quiero estar en comunicación contigo, quiero recibirte en comunión.

Haré lo posible, oh Jesucristo por difundir tu nombre antes de morir. Quiero ver una conversación extraña, en Colombia, por Ti y por tu nombre.

Quiero ayudarte plenamente a conmovir el país por Ti, empezando por mi casa, por mi cuadra, empezando por mi pueblo.

# LA ASCENSIÓN GLORIOSA<sup>101</sup>

Celebramos en la Iglesia el triunfo de Jesucristo penetrando en el misterio adorable de Dios. Los Hechos de los Apóstoles cuentan este acontecimiento: *Habiendo dicho estas cosas y viéndolo ellos, fue alzado y le recibió una nube que lo ocultó de sus ojos. Y estando con los ojos puestos en el cielo en tanto que Él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: “Varones galileos, ¿por qué están mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de nosotros al cielo, así vendrá como lo han visto ir al cielo”* (Hech 1, 10).

Jesucristo penetra en el misterio de Dios, en el abismo de la divinidad; penetra en cuerpo y alma glorificados. Esta es nuestra fe cristiana. Desde entonces está vivo. Tal era la enseñanza de la primitiva Iglesia y tal es el convencimiento, por fe, que tenemos nosotros de que Él está vivo.

---

<sup>101</sup> Ver: “Morir y resucitar con Cristo”, Colección Obras Completas No. 12, Bogotá, 2010.

En los Hechos Apostólicos, se cuenta la acusación principal a los primeros cristianos: que creían en un cierto Jesús, ya muerto y del cual afirmaban que está vivo (cf Hech 25, 19). Y en la epístola a los Hebreos, se dice de Jesús esta palabra: Él es el Uno, de quien se da testimonio que vive (Heb 7, 8).

El gran anuncio que Pedro hizo después de la resurrección del Señor dice: *Así que Jesús, exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que ustedes ven y oyen. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios le ha hecho Señor y Cristo* (Hech 2, 36).

Nuestra profunda fe es que Jesús está vivo y, como Pablo, estamos listos a morir por este Cristo vivo (cf Filp 1, 21; 2 Cor 4, 10-12). No miramos tanto el pasado; nuestro Cristo no es únicamente un Cristo histórico, es un Cristo actual. Vivo.

Oremos: ¡Jesucristo! Creemos profundamente que Tú estás vivo, que Tú resucitaste y entraste en el abismo de Dios. Estamos absolutamente seguros de tu realidad viviente y divina. Vivimos tranquilos ante nuestra muerte porque Tú estás vivo. Tenemos seguridad de nuestra propia resurrección, porque Tú estás vivo. Creemos que estamos salvos por la fe de que Tú estás y porque seguimos tu doctrina.

Aumenta en nosotros la absoluta seguridad de tu realidad como persona viva, como que eres el Señor y el Cristo, el Salvador de los hombres. Queremos pensar más en tu realidad viviente actual, que en tu historia pasada de Belén y de Jerusalén.

Queremos sentirte actual. Queremos ordenar nuestra vida, en su totalidad, hacia esta realidad. Tú, Jesucristo estás vivo y vas a venir pronto. Tú nos amas. Tú nos salvas.

¡Jesucristo! Ya el pecado pasó. Ya la vida mundana queda superada ante la inmensa realidad de que Tú estás vivo y de que Tú nos invitas y nos das las fuerzas para un nuevo nacimiento, para una nueva vida totalmente distinta de la que estábamos llevando: la vida en la esperanza. ¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? (Luc 24, 5).

## NO TEMAS<sup>102</sup>

Vamos a meditar brevemente unos versículos del capítulo 43 de Isaías, que tienen un gran consuelo para nosotros, los hombres: *Así dice Dios, creador tuyo, oh Jacob, y formador tuyo, oh Israel: no temas porque Yo te redimí, te puse nombre, mío eres tú* (Is 43, 1). Veán qué bello nos dice el Señor: *No temas, te puse nombre, mío eres tú*. Dios nos dice que nosotros somos de Él.

Y continúa: *Cuando pases por las aguas, Yo estaré contigo. Y si por los ríos, no te anegarán, porque Yo, el Señor, Dios tuyo, el santo de Israel, soy tu salvador. Porque a mis ojos fuiste de gran estima, fuiste honorable, y Yo te amé. No temas porque Yo estoy contigo* (Is 43, 2-5).

Dios nos dice: *Yo te amé*. Qué belleza de palabra, qué incomprendible que nos ame Dios, que nos asegure Dios que nos ama. Él, el que todo lo puede; Él, el que todo lo sabe, nos dice: *Yo te amé, yo te amo, a mis ojos eres de gran estima*. Estas palabras las debiéramos leer por todas partes, en el inmenso universo que nos rodea. *Yo te amé*.

Tus palabras son ciertas, Señor. Tú no dices mentiras y Tú me afirmas que me amas, que me has amado. ¿Qué haré para responderte? ¿Cómo debe ser mi vida para responder a tu amor?

---

<sup>102</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Estoy mirando el bosque, estoy mirando los árboles florecidos, estoy mirando las lejanas estrellas. Todo tiene la misma voz. *Yo te amé. Oh hombre, yo te amo.* Aunque parezca totalmente inconcebible, totalmente desproporcionado, aunque perezca imposible que Dios perfectísimo, que Dios sublimísimo te ame, así es.

*Yo te amé.* En un átomo está escrita, en miniatura, esa palabra; y en una roca, y en una estrella. Todo nos debe recordar esta divina palabra llena de ternura que nos dice: *Yo te amo, Yo te amé.* Cuando oigamos el trino de un pajarito, cuando veamos a un hijo, cuando veamos a un hombre, cuando veamos cualquier cosa linda, de las que hay en el mundo, y todas son bellas, aprendamos a leer el pequeño escrito de Dios: *Yo te amé.*

Esa es la situación del hombre en el mundo: estar rodeado, por todas partes, del amor de Dios. Tome usted en su mano una pequeña flor y vea toda su belleza y lea ahí, en letras pequeñísimas y divinas, lo que está escrito en Isaías: *Yo te amé.*

Vuélvase usted adorador de Dios. Vuélvase usted profundamente respetuoso de los hombres. Vuélvase usted un poco divino, admirador de todo. Envuélvase usted en la adoración inmensa que tributa todo el universo. Ante Dios somos nada, somos mínimos.

Pero antes de terminar nuestro paso por la Tierra, unámonos al inmenso grito silencioso de adoración que tributa el universo a su Creador, como respuesta de esa palabra escrita en Isaías y puesta en los labios invisibles de Dios: *Yo te amé.*

# ¡OH SILENCIO ETERNO!<sup>103</sup>

¡Oh silencio eterno,  
oh calladez absoluta,  
oh expectación infinita!  
¡Oh Jesucristo!

¡Oh nada absoluta,  
oh silencio total,  
oh sollozo universal!  
¡Oh Jesucristo!

¡Oh momento adorable,  
oh aparecer de una fuerza  
infinita, oh sentirte un grito  
infinito de alumbramiento,  
oh sentirte un poder infinito,  
oh sentirte la llegada  
agobiadora del Verbo!  
¡Oh Jesucristo!

¡Oh aparecer primero,  
oh huir la nada vencida,  
oh aparecer de una fuerza

infinita y temblorosa!  
¡Oh Verbo de Dios!

¡Oh temblor horrendo,  
oh hundirse la nada en la  
nada! ¡Oh Verbo de Dios!

¡Oh llanto inmenso del  
universo, oh gemido,  
oh aparición del primer  
átomo, de la primera  
molécula!

¡Oh Verbo de Dios!  
¡Oh lo incognoscible,  
oh lo adorable,  
oh lo anhelado eternamente!  
¡Oh Verbo de Dios!

¡Millones de años...!  
Billones de años...  
Parecía que no hubiera  
esperanza;

---

<sup>103</sup> Ver: "Vivir, pensar, creer y morir"

sin embargo, por todas  
partes  
aparece la materia  
reverberante,  
por todas partes una fuerza  
inmensa,  
el Sello de Dios  
¡por todas partes tu lejana  
presencia!

¡Los pasos distinguidos del  
Infinito!:  
¡Del eterno, del bello,  
del adorable Verbo de Dios!

¡Cristo adorado...!  
En el silencio, Tú, Jesucristo.  
En las constelaciones,  
en el pasado,  
en el futuro, ¡Tú, Jesucristo!

Verbo Eterno, Hijo de Dios,  
Luz fulgurante,  
Luz ensangrentada,  
Luz sollozante.

¡Oh Jesucristo!,  
no sé qué hacer.  
Oh Cristo,  
cualquier amor es vano,  
cualquier fe es vana,  
cualquier abrazo es vano.

Oh Jesucristo,  
oh Verbo de Dios.  
No hay nada que hacer...  
No hay nada que gritar...  
No hay nada que sollozar...  
¡Oh Verbo, oh Jesucristo!

Hombres que pasáis,  
hombres que os preguntáis,  
hombres que no tenéis  
respuesta,  
seguid en el silencio.  
Seguid en el silencio,  
llorando.  
No hay nada que hacer.  
Estar en el silencio y  
empezar.  
Empezar a sollozar de amor  
toda la vida...

# ¡OH VERBO DE DIOS!<sup>104</sup>

¡Oh Verbo Divino,  
oh Verbo de Dios.  
Oh Verbo Eterno,  
Oh Verbo Creador,  
no saber nada de Ti!

Sin embargo,  
todo lo atribuyo a TI,  
todo lo creaste Tú,  
fue un momento bellísimo.

Fue hace veinte mil,  
cien mil millones de años.  
No sé nada.  
Tú venciste la inmensa  
oscuridad,  
el inmenso silencio,  
la inmensa expectación.

Sin embargo,  
hiciste que apareciera el  
tiempo,

hiciste que apareciera el ser  
y la materia primigenia.  
Oh Verbo Divinísimo,  
no saber nada de TI.

Sin embargo,  
todo proviene de Ti,  
proviene de tu infinita  
palabra,  
proviene de tu infinita  
fuerza,  
de tu infinito amor.

¿Cómo fue que sucedió?  
¿Sabremos algún día algo  
de Ti?

Estrellas, constelaciones,  
nebulosas, hoyos negros,  
millonadas de siglos,  
millonadas de misterios,  
posiblemente millones de

---

<sup>104</sup> Escrito en mayo 6, 1992. Ver: "Vivir, pensar, creer y morir"

planetas habitados.

Nadie sabe nada.  
Nadie sabe cómo fue el  
origen.

Yo no te puedo imaginar,  
pero yo te amo,  
pero yo te adoro.

Adoro al Infinitamente  
Desconocido.  
Adoro al Infinitamente Bello:  
sin cuerpo, sin cerebro...

Quisiera decirles a los  
hombres  
que adoremos, que vivamos  
en adoración, en amor,  
al frente del Infinito Arcano.

Quisiera sumergirme en el  
abismo  
para poderte adorar.

Quisiera invitar a todos los  
hombres  
del pasado, del presente y  
del futuro a adorarte.

Quisiera decirle lo mismo a  
los que viven

en los pueblos lejanos y  
planetas  
que tampoco saben nada de  
TI.

Oh Verbo Divino,  
inmovilízame delante de TI,  
esclavízame delante de Ti,  
que yo no pueda volver la  
mirada sino hacia Ti  
Déjame vivir de hinojos ante  
TI,  
anonadándome ante Ti,  
uniéndome a tu Infinito  
Arcano.

Fuera de TI no hay nada que  
permanezca:  
no hay nada que sea objeto  
del inmenso amor,  
de la inmensa veneración,  
del inmenso silencio.

Oh hombre, oh hombre,  
despierta, despierta de tu  
olvido,  
de tu gran distracción,  
está atento al regreso de  
Cristo,  
está atento a la irrupción del  
Verbo,  
no fijas tu mirada sólo en el

cine,  
ni sólo en la televisión,  
ni sólo en las noticias del  
periódico.

Vamos en silencio...  
caminemos hacia el

inmenso silencio  
y dejémosnos penetrar por él,  
por el Hijo,  
por el Creador,  
por el Verbo,  
por el Aterrador Silencioso.

# EMPIEZA MI HUMILDE ORACIÓN AL VERBO ANTES DE MORIR<sup>105</sup>

Oh Verbo de Dios, ven a mí.  
Oh Palabra,  
oh Abismo,  
oh Océano,  
oh Piélago,  
dime... Dime algo:  
respóndeme.

Yo, mísero hombre que paso,  
que miro y que lloro.  
Cierro los ojos...  
Quiero tener absoluta  
seguridad.

Veo el sol que entra en la  
capilla.  
Siento un avión que pasa.  
Oigo los carros...

Oigo a lo lejos gritar unos  
niños.  
Ellos no saben nada.  
Todos distraídos...

¡Oh Verbo Infinito!

Veo sacerdotes... Van  
tranquilos.  
Veo monjas... Van también  
tranquilas.  
Pasan los Hare Krishnas...  
También van tranquilos.  
Veo obispos muy ocupados,  
organizando la pastoral de  
conjunto  
y haciendo análisis de la  
realidad.  
Veo inquietos por otras

---

<sup>105</sup> Ver: "Vivir, pensar, creer y morir"

cosas,  
pero no por Ti.

¡Ven, oh Verbo de Dios!,  
preséntateme;  
¡que yo sienta de algún  
modo  
tu presencia universal!

¡Oh Dios, oh Verbo,  
oh Infinito ser!  
Océano a donde llegaremos.  
Que yo te sienta de algún  
modo,  
que yo de algún modo te  
experimente.

Estoy solo.  
No hay nada.  
No hay nadie.

Oh Verbo, oh Semilla de todo  
el universo.  
Oh Verbo Infinito de Dios,  
que se identificó con  
Jesucristo  
y cuya voluntad cumplía  
Jesús estrictamente.

Oh Verbo Infinito,  
desde esta capilla silenciosa  
rodeada de árboles y de

universo.  
Desde esta pequeña capilla  
yo te adoro..., antes de morir.  
Me sumerjo en Ti.

Estoy solo.  
Todo es silencio.  
Todo es quietud.

Oh Verbo, Tú eres la Infinita  
Palabra.  
Te hiciste hombre y te llamas  
Jesucristo.  
Oh Verbo, adoro tu Ser.  
Adoro la servidumbre  
que Cristo tenía para Ti.

Perdóname mi impureza.  
Perdóname mi gran olvido.

Quisiera verte.  
Quisiera descubrir algo de  
Ti.  
Tu inmensidad.  
Tu cercanía.  
Tu penetración.

Soy un hombre sin amor.  
Un hombre desesperado por  
amarte.

Todo me habla de Ti,

pero Tú estás infinitamente  
mudo.  
Todo me clama que te ame.

Oh Verbo. Oh Segunda  
Persona de la Divinidad,  
todo está callado,  
todo está silencioso:  
los árboles...  
las estrellas...  
todo lo que tú creaste.

¡Oh Verbo!, haz irrupción en  
mi ser,  
que yo muera de amor por  
Ti.  
¡Quiero estar temblando de  
amor,  
y abrumado de Ti!

Quiero ser puro.  
Quiero ser ardiente.  
Quiero ser la respuesta  
del universo que Tú creaste  
ante Ti.  
Oh Verbo incomprensible,  
inaccesible.  
Oh Verbo Divino,  
Oh Eterno engendrado del  
Padre.  
Oh Idea infinita que  
contiene todo el universo,

todos los designios  
y todo lo posible  
y todo lo real.

Oh Verbo, por medio del  
cual  
todo fue hecho  
y sin Ti nada existe de lo que  
existe.

Oh Palabra incomprensible,  
que llegas hasta el extremo  
inmenso del universo,  
que no eres extenso ni  
grande  
ni pequeño ni imaginable.  
Tú eres el Infinito  
eternamente  
concebido por el Padre.

Oh mi Vida,  
¿En quién encontraré mi  
verdad?  
Oh Verbo, en quien está la  
verdad de todo;  
de las estrellas, de las  
células,  
de los átomos, de los  
hombres.

Déjame buscarte...  
Déjame saber y solazarme

de que nunca  
te podré hallar plenamente.  
Nadie te ha hallado.  
Sin embargo, estás Tú.

Oh Verbo formidable,  
que te hiciste hombre en  
Cristo.

Estás presente en todo lo  
que existe.  
No sé cómo entraré en Ti,  
pero estoy seguro que allá  
llegaré.

¿Cómo tomaré parte un día  
en tu dimensión divina?  
Cuando yo esté en Ti,  
cuando estemos en Ti todos  
los predestinados,  
estará completo e íntegro el  
Hijo de Dios.

Oh Verbo,  
Oh ser infinito que lo  
penetras todo,  
que todo lo haces existir.  
Sin Ti nada existe.  
Sin Ti nadie existe.  
Sin Ti no hay verdad ni hay  
luz,  
no hay sombras ni noche,  
no hay absolutamente nada.

Oh Verbo que creaste el  
mundo  
sin salir del Padre,  
que inundaste todos los  
instantes  
inmensos del universo.

Oh Verbo Infinito,  
que cuando todo era una  
infinita nada,  
que cuando todo era una  
infinita oscuridad,  
irrupiste en el caos,  
como una infinita Luz,  
como una infinita Fuerza  
e hiciste que brotara la  
materia,  
la estofa inicial que después  
en el Big-bang,  
hace catorce mil millones de  
años,  
se expandió en el universo  
y desde entonces comenzó la  
evolución,  
comenzaron las  
constelaciones,  
los árboles, las aves  
y los hombres.

Oh Verbo,  
que penetraste y estuviste

viviendo  
nueve meses en el seno de  
María.  
Ella tampoco te comprendía;  
Ella no sabía cómo amarte.

Oh Verbo,  
me ahogo en Ti...  
quiero verte en todo:  
en el silencio del universo,  
en el silencio de las plantas,  
en el llanto de los hombres,  
en la pesadumbre de la  
melancolía,  
en el inmenso espacio de los  
astros.

Oh Verbo, no te imagino,  
pero sé que eres el único  
necesario en el cosmos.

Oh Verbo, no puedo pedirte  
que me ames,  
no soy digno, pero déjame  
amarte.

Tú, sólo silencio;  
Tú, sólo inmensidad;  
Tú, sólo palpitar de Ser  
infinito.  
Déjame vivir desesperado,  
aspirado por Ti, y vivir feliz,

sabiendo que me hundiré  
en Ti.

Me estoy acercando a Ti.  
No sé cómo será nuestro  
encuentro.  
No sé cómo será mi  
sumergirme en Ti.  
Quisiera que todos te  
adoraran,  
que todos quedaran mudos  
ante Ti.

Oh Verbo callado,  
Oh Verbo palpitante,  
quisiera amarte,  
quisiera no pecar,  
quisiera temblar,  
quisiera abismarme  
continuamente en Ti.

Quisiera que el Papa y el  
presidente  
y los obispos y los no  
creyentes  
y los sabios y los ignorantes  
y los santos y los pecadores...  
que todos se sumergieran  
en Ti,  
antes de morir.  
Que todos calláramos ante  
Ti.

Que todos tembláramos ante  
Ti.

Que estemos en una perfecta  
servidumbre ante Ti,  
como lo hicieron unos  
hombres iluminados.  
Pero ellos murieron y  
no dejaron herederos.  
Se llamaban Eudes,  
se llamaban Bérulle,  
se llamaban Condren,  
se llamaban Crespel,  
Se llamaban Olier,  
también se llamaban  
Agustín y Bernardo...  
Eran muy pocos y  
todos murieron  
con los ojos ardientes.

Haz que no pongamos  
atención en nada  
fuera de Ti, oh Verbo;  
ni en los libros, ni en las  
estrellas,  
ni en los amores, ni en los  
viajes al espacio.

Nadie sabe nada de Ti, sólo  
el Padre.  
Yo no sé nada.  
Sólo sollozo, sólo grito.

Sólo quiero decirte a Ti,  
hermano que lees este  
mensaje,  
que pasas por el camino:  
que ames sin saber nada,  
que adores sin saber nada,  
que no preguntes,  
que tengas confianza  
en las palabras de Cristo.

Multitudes que marcháis a  
los estadios,  
multitudes que marcháis a  
la guerra,  
multitudes que vais a los  
clubes,  
que estáis en las fábricas  
y en las universidades,  
que estáis en la playa...  
callad.

¡Que todos adoréis,  
que todos sollocéis,  
que todos lleguéis a temblar  
de amor  
antes de morir!

Oh Verbo mío,  
oh Verbo infinito,  
que serás el fin del hombre,  
que serás mi fin

y el del mundo que creaste;  
que eres el objetivo final  
de toda la formidable  
historia del universo.

En Ti llegará el final de la  
evolución,  
y serás verdaderamente el  
Alfa y el Omega,

el inmenso origen,  
la inmensa síntesis.

Oh Verbo,  
oh Verbo, a quien yo adoro,  
tengo seguridad que no me  
dejarás  
caer en el vacío...

# DIME: ¿VIVIRÉ ETERNAMENTE?<sup>106</sup>

Estoy en esta capilla blanca, silenciosa,  
misteriosa de El Minuto de Dios.

Todo es piedra: piedras las flores, piedra el sagrario,  
piedra blanca las paredes, piedra indestructible,  
piedra silenciosa, piedra que superará mi vida.

Estoy aquí, oh divino Silencioso.

Quisiera que estuvieran muchos  
y que me escucharan en este sollozo que voy a dictar.

Estas piedras, que me rodean por todas partes,  
subsistirán para siempre después de mi muerte.

Yo quiero preguntarte, oh gran Silencioso.

Yo sé que nos dijiste que Tú dabas inmortalidad a los que  
creyeran en Ti,

a los que comieran de tu pan.

Pero necesito que me vuelvas a repetir.

---

<sup>106</sup> Ver: "Vivir, pensar, creer y morir"

¡Cuéntame! ¿Hay resurrección?

El mundo se agita, el mundo está inquieto.

Hay mucho silencio, hay muchos gritos,  
hay mucha sequía, hay mucha lluvia, no sé qué creer.

¿Habrà resurrección?

Estoy hablándote con toda sinceridad.

Con la sinceridad de las preguntas que a todos nos atañen,  
aunque no las hagamos, aunque las callemos.

¿Habrà resurrección?

Dime, ¡oh infinito Silencioso! Dime y consuélame.

Yo sé que los hombres conversan sencillamente “sí” o  
sencillamente “no”.

Pero en su interior viven ahogados ante la gran pregunta.

Ninguno oyó tu voz. Ninguno tuvo la perfecta seguridad.

Todos nos refugiamos en la fe.

Pero quedó un inmenso vacío y un inmenso silencio.

¡Dime, oh infinito Silencioso!,

¿viviré?, ¿se acabará todo para mí en un hueco?

Yo quisiera tener la infinita seguridad y yo digo que la tengo.

Es que no quiero desmoralizar a nadie,

pero necesito tu seguridad,

necesito tu presencia subyugadora, doblegadora.

Quisiera decirme que sí, que soy eterno

más que la piedra, más que las rosas de piedra que existen en  
esta capilla.

Quisiera consolar a los hombres,  
asegurar a los hombres, no dejarles ninguna ambigüedad.

Quisiera consolar al Presidente y a los ministros  
y a los alcaldes y a los soldados  
y a los comerciantes y a los hacendados  
y a los amantes y a los entristecidos.

Quisiera tener una sensación absoluta de que sí es cierto,  
de que puedo estar alegre,  
de que puedo estar confiado,  
de que no habrá ningún hoyo que ataje mi vida,  
que quebrante mi vida.

Quisiera que Tú me hicieras saber, de un modo especial,  
que somos inmortales.

No quiero ser heredero de las bellas estatuas griegas  
que son todo melancólico,  
porque sus artistas sabían que iban a morir.  
No quiero ser esculturas tristes de San Agustín,  
que todas demuestran una implacable tristeza.

Quiero estar seguro,  
quiero comunicar mi seguridad,  
quiero quitar la tristeza del mundo,  
quiero introducir la alegría en la vida del hombre.

Cuando Tú me lo digas, cuando Tú me lo confirmes,  
cuando Tú me digas que sí, que puedo consolarme,  
que puedo vivir tranquilo,  
que puedo reír, que puedo amar tranquilo.

Cuando Tú me lo digas,  
no sabré cómo darte las gracias,  
no sabré cómo llorar de gozo,  
no sabré cómo abrazar a los hombres,  
comunicándoles la gran nueva de la inmortalidad.

¡Mientras tanto, tolérame Señor!  
Perdóname todas las tristezas incontrolables que me  
angustian  
y que angustian a todos los demás que piensan.

# ¡DÉJAME AMARTE HASTA MORIR!<sup>107</sup>

Una mañana, muy temprano, estaba yo en una capillita solitaria del Minuto de Dios. Apenas se oían algunos pájaros que entonaban su primer trino matinal; y en esa soledad absoluta en que estaba, pregunté yo, al que me responde siempre, de qué debía escribir hoy.

Y la voz interior, auténtica, me dijo que no hablara de nada material, que no hablara de la recolecta que estamos haciendo del Día al Minuto, que ese vendría por sí mismo. Que no mencionara el gran proyecto del Fondo Nacional Social para hacer obras de servicio, que todo vendría por sí mismo; que hablara sólo de Él.

Que hablara de Dios. Es verdad que yo no soy nada para hablar de Dios. Soy un polvo que piensa y que pasa, soy una brizna que ama un momento y desaparece. Sin embargo, voy a hablarles una Palabra de Dios. ¡Acompáñenme!

Dios, el adorabilísimo Ser infinito del universo, el Creador universal, el amante universal, el que creó desde antiguo la inmensidad del cosmos.

---

<sup>107</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Hablar de Dios. Postrémonos espiritualmente de hinojos, extendamos los brazos en el suelo y digamos humildemente: Dios mío, inefable; Dios mío, bendito; Dios mío, amoroso; Dios mío, no tengo palabras para decir algo de Ti.

Déjame decirte que, a pesar de mis pecados, te amo; que a pesar de mi gran distracción, te amo; que a pesar de mi gran infidelidad, te amo. Déjame decirte que todo me habla de Ti, que en todo oigo tu grito, que en todo oigo tu llamado.

Quiero invitar a todos los colombianos a amar a Dios, a amar a Cristo. Despierten ustedes; rechacen el pecado, por más atractivo que sea, y sumérjanse en Dios. Traten de adorarlo, traten de amarlo, traten de llorar y de empaparlo en lágrimas.

Hagan un inmenso acto de fe en Dios real. Aléjense del mal. Hagamos una nueva Patria, llena de fe, llena de santidad; no manchemos el país ni con sangre ni con pecado.

Esta palabra se me inspiró esta mañana en el silencio absoluto de una capillita donde no se oía nada, sino el lejano murmullo de un pájaro que despertaba. Digamos todos: ¡Dios mío! Déjame amarte hasta morir.

# CÓMO DESCUBRIR EL TESORO<sup>108</sup>

Debemos descubrir, como quien descubre un tesoro, el amor de Dios en nuestra vida espiritual. Nuestra vida cristiana no debe consistir solamente en una misa los domingos, oída distraídamente. En nuestra vida cristiana, es urgente que implantemos como punto fundamental el amor a Dios.

El amor, que vemos por todas partes, que descubrimos en la mínima brizna de yerba y en la inmensa constelación, debe ser nuestra doctrina, debe ser nuestro libro, debe ser nuestra ciencia, debe alimentar nuestros pensamientos y nuestras palabras.

No es leyendo libros como me volveré lo que Tú quieres, oh Dios, como me volveré amante de Ti. Es descubriéndote en todas partes, inundándome y penetrándome del aroma que dejaste de Ti en el universo. Todo es instrumento de tu gracia. Todo es instrumento de tu amor.

Debemos rescatar el amor de Dios en nuestra vida íntima. Debemos implantarlo en cada uno de nosotros y tener momentos en el día de un absoluto rendimiento al amor de Dios.

---

<sup>108</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Debemos unificarnos con todo el universo, con todos los hombres, para poder rendir a Dios el tributo menos indigno de su belleza.

Debemos aprender a sentir la cercanía de Dios, que nos penetra, que nos inunda y que quiere llevarnos a una inefable identidad. Salir de nuestra devoción semanal, es decir, de cada semana un ratito; y pasar a la belleza del amor a Dios, casi continuo.

Que todas nuestras aspiraciones sean actos de amor, y que en el último momento de nuestra vida, tengamos un acto consciente de amor. Para esto es necesario aniquilar en nosotros todo lo que sea pecado, todo lo que sea extravío, todo lo que no sea amor verdadero.

Este es el gran misterio del hombre. Estar inmersos en Dios, envueltos en Él, deseándolo y, sin embargo, tener en todo nuestro ser como una coraza que nos impide que penetre el flujo de Dios, la presencia de Dios hasta lo más radical de nuestra vida.

Estoy invitándolos a la belleza de una vida nueva, una vida que se caracterice por la presencia, casi continua, de un grande y purificante amor a Dios.

# ALGO ÍNTIMO Y MISTERIOSO<sup>109</sup>

A veces siento una gran duda al escribirles porque tengo la sensación de que lo que quiero decir es tan delicado, tan íntimo, tan misterioso, que no se puede entender si no se tienen experiencias personales, vivencias en el ámbito de Pentecostés.

¿Qué es lo que les quiero decir? Quiero presentarles el antiguo mensaje cristiano que informó el cristianismo primitivo, que precede a todo, que es el origen y el principio de todo lo bueno en el mundo, sin el cual todo el progreso y los cambios sociales terminan en la nostalgia, en el hastío y en la desesperación, como está sucediendo a los países altamente desarrollados.

Este mensaje, este secreto consiste en que hay Alguien poderoso y suave a la vez, penetrante y respetuoso, abrumador y dulce. Ese Alguien se llama el Espíritu Santo. Él es el primero que debe llegar al cristiano y al judío que quieren tener experiencia de Dios.

---

<sup>109</sup> Ver: "El Espíritu Santo", Colección Obras Completas No. 3, Bogotá, 2010.

Éste es un misterio difícil de hablar en público porque es absolutamente personal. Para que el Espíritu de Dios llegue es necesario tener una preparación, de meditación y de plegaria, de arrepentimiento y de íntima docilidad. El libro más útil para prepararnos es el de los Hechos Apostólicos.

Después de que el Espíritu venga, Él nos enseñará todo lo que debemos hacer, Él nos explicará el modo adecuado de cambiar lo social. Es verdad que hay un mundo y todo un ámbito por transformar. Es cierto que debemos borrar la miseria de Colombia, que debemos crear muchas nuevas industrias. Es verdad que la reforma agraria debe acelerarse y multiplicarse.

Pero hay Alguien inmenso y fuerte detrás de todo, que debe estar presente en los cambios y debe estar, sobre todo, presente en las personas: es el Espíritu Santo. Él está acercándose a la Iglesia ahora.

El trabajo horizontal, es decir, sólo en favor de lo social, no basta, no consuela, no satisface, si no está iluminado por una relación vertical que nos une con lo divino; y esa relación se llama el Espíritu de Dios. Sin Él, nuestras palabras son vanas y nuestras obras son insuficientes.

Los quiero invitar a que oremos personalmente, con toda la fuerza de nuestra alma, implorando que venga a nosotros el Espíritu Santo. Si Él viene, sucederá lo increíble, lo maravilloso.

# ELOGIO DEL ESPÍRITU<sup>110</sup>

Quiero escribirles a ustedes sobre Alguien misterioso, invisible, real, operante, imprescindible, cercano, poderosísimo, definitivo en nuestra vida: es el Espíritu Santo. ¡Quién pudiera hacer el elogio del Espíritu Santo en la vida del hombre, en la vida del santo, en la vida del cristiano, en la vida del amor que ha sucedido en el mundo!

Todo lo que ha sido obra de amor, todo lo que respira amor tiene la huella del Espíritu Santo.

Él es la infinita unión que existe entre el Padre y el Hijo, y la ternura del Padre hacia el Hijo. Él se diferencia en todo el universo. Por todas partes su obra, por todas partes su presencia, por todas partes su amor, su alegría, su paz.

¡Cómo sería el hombre si dejara obrar al Espíritu Santo en él! ¡Qué preciosa sería la relación de hombre a hombre, de patrono a obrero, de gerente a subalterno, si el Espíritu Santo fuera libre de obrar en el corazón de los hombres!

Nosotros tan lejanos, nosotros tan pequeños en este planeta solitario, perdido entre millones de otros planetas, somos objeto de la presencia del infinito Espíritu Santo.

---

<sup>110</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

¿Cuándo seremos poseídos del Espíritu? ¿Cuándo podremos decir: ven, Espíritu Santo? ¿Cuándo será la llegada abrasadora del Espíritu a nuestra vida? ¡Cuántos dones, cuántos frutos, cuántos regalos nos traerá el Espíritu Santo a nosotros!

¡Cómo cesaría el odio en el mundo, cómo cesaría la sangre, cómo cesarían los pecados, los quebrantamientos de la ley civil y de la ley divina, si tuviéramos al Espíritu Santo rigiendo a los hombres!

En este momento, digamos la más bella palabra que puede decir un hombre desde la lejana Tierra: ven, Espíritu Santo; ven, Espíritu Santo, llénanos, ilumínanos, caliéntanos, consuélanos, alúmbranos.

Haz que sintamos la realidad de tu presencia; haz que muchos de mis lectores, en las lejanas veredas, en los pueblitos monótonos o en la ciudad agitada, sientan esa extraña, esa misteriosa presencia, esa real presencia tuya inundando al hombre, cambiándolo totalmente de su situación simplemente humana, temporal, carnal y pecadora, a una situación espiritual, sobrenatural y divina.

Te vamos a decir, Espíritu Santo, la más bella palabra, la más poderosa: ¡Ven, Espíritu Santo!

# ¡TRANSFORMARNOS!<sup>111</sup>

Anualmente se ilumina la liturgia católica con la adorable fuerza de Pentecostés, que ha de ser la divina fiesta de nuestra transformación, de nuestra iluminación, como lo fue para los apóstoles. Pentecostés es la única transformación posible para un hombre y para una vida.

No hay otro modo de cambiar si no es por medio del Espíritu Santo. No pensemos que con sólo esfuerzos humanos podremos transformarnos, transformar el hogar, hallar la paz, la alegría, darle sentido a nuestra existencia.

Sólo es posible por medio del Espíritu Santo, que es Dios cercano, que es la única realidad, la exclusiva vía hacia Dios. Sin el Espíritu Santo, por más que lo queramos, por más que tengamos la ilusión de que vamos a cambiar, por más que tomemos la resolución, siempre quedaremos los mismos.

Hay tantas familias, tantas vidas, tantos hogares que necesitan cambiar... que desean cambiar, que no pueden seguir así como van, porque van sin amor y el amor es el único que puede hacer aceptable la vida. Vivir así es triste, es desesperante.

---

<sup>111</sup> Publicado inicialmente en el librito “El Minuto de Dios”, Bogotá, 1955. Ver: Rafael García Herreros, “El Espíritu Santo”, colección Obras Completas No. 3, Bogotá, 2010.

Si quisiéramos aceptar al Espíritu Santo, ¡cómo sería de distinta nuestra vida! Tendríamos una nueva concepción de todo, todo se iluminaría por nuevos valores. Tendríamos nuevas fuerzas, las únicas capaces de transformarnos: los dones y las inspiraciones del Espíritu Santo. Vendría una nueva existencia para nosotros, una alegría inquebrantable y un profundo amor, y un gusto inmenso de vivir, encontrándole sentido y finalidad a la vida.

Supliquémosle al Espíritu Santo que venga, que no pase sin entrar; que nos transforme, que transforme nuestro hogar, que lo embellezca, que no lo deje marchitar, que le dé la paz y la alegría...

Si viniera el Espíritu Santo, si nosotros le dejáramos entrar... Si Él nos poseyera... Él, que es la cercanía de Dios. Él, que es amor de Dios hecho persona.

# ELOGIO DEL ESPÍRITU<sup>112</sup>

Quiero escribirles a ustedes sobre Alguien misterioso, invisible, real, operante, imprescindible, cercano, poderosísimo, definitivo en nuestra vida: es el Espíritu Santo. ¡Quién pudiera hacer el elogio del Espíritu Santo en la vida del hombre, en la vida del santo, en la vida del cristiano, en la vida del amor que ha sucedido en el mundo!

Todo lo que ha sido obra de amor, todo lo que respira amor tiene la huella del Espíritu Santo.

Él es la infinita unión que existe entre el Padre y el Hijo, y la ternura del Padre hacia el Hijo. Él se diferencia en todo el universo. Por todas partes su obra, por todas partes su presencia, por todas partes su amor, su alegría, su paz.

¡Cómo sería el hombre si dejara obrar al Espíritu Santo en él! ¡Qué preciosa sería la relación de hombre a hombre, de patrono a obrero, de gerente a subalterno, si el Espíritu Santo fuera libre de obrar en el corazón de los hombres!

---

<sup>112</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

Nosotros tan lejanos, nosotros tan pequeños en este planeta solitario, perdido entre millones de otros planetas, somos objeto de la presencia del infinito Espíritu Santo.

¿Cuándo seremos poseídos del Espíritu? ¿Cuándo podremos decir: ven, Espíritu Santo? ¿Cuándo será la llegada abrasadora del Espíritu a nuestra vida? ¡Cuántos dones, cuántos frutos, cuántos regalos nos traerá el Espíritu Santo a nosotros!

¡Cómo cesaría el odio en el mundo, cómo cesaría la sangre, cómo cesarían los pecados, los quebrantamientos de la ley civil y de la ley divina, si tuviéramos al Espíritu Santo rigiendo a los hombres!

En este momento, digamos la más bella palabra que puede decir un hombre desde la lejana Tierra: ven, Espíritu Santo; ven, Espíritu Santo, llénanos, ilumínanos, caliéntanos, consuélanos, alúmbranos.

Haz que sintamos la realidad de tu presencia; haz que muchos de mis lectores, en las lejanas veredas, en los pueblitos monótonos o en la ciudad agitada, sientan esa extraña, esa misteriosa presencia, esa real presencia tuya inundando al hombre, cambiándolo totalmente de su situación simplemente humana, temporal, carnal y pecadora, a una situación espiritual, sobrenatural y divina.

Te vamos a decir, Espíritu Santo, la más bella palabra, la más poderosa: ¡Ven, Espíritu Santo!

# NOS FALTA EL ESPÍRITU<sup>113</sup>

En sus viajes misioneros en Asia Menor, llegó Pablo a Éfeso, una ciudad bellísima en aquella época. Allí había un grupo de cristianos; Pablo los miró y conversó con ellos y vio que eran fríos, muy imperfectos, y les hizo esta pregunta: ¿Han recibido ustedes el Espíritu Santo después de que creyeron? Y ellos le dijeron: Nosotros no hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo (Hech 19, 1-2).

Esto sucedía más o menos veinte años después de Pentecostés. A los cristianos de Colombia, Pablo también les podría preguntar: “¿Han recibido ustedes el Espíritu Santo después de que creyeron?”. La tibieza general se ha implantado. La falta de fervor religioso, la falta de amor, las enemistades que brotan por todas partes, la violencia, los adulterios que cubren la ciudad... todo eso indica que no hemos recibido el Espíritu Santo.

Se ve muy poca transformación personal en los cristianos. *El que está en Cristo, nueva creatura es. Las cosas viejas pasaron. He aquí, todas son nuevas* (2 Cor 5, 17).

---

<sup>113</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

Necesitamos recibir el Espíritu Santo, necesitamos un fenómeno de Pentecostés en nuestra vida; una fuerza que nos inunde, que nos cambie, que haga morar a Cristo en nosotros, que haga brotar en nosotros una nueva vida cristiana, totalmente distinta de la vida de indiferencia religiosa en que nos hallamos.

Los cristianos, los católicos colombianos necesitamos una presencia del Espíritu Santo, que cambie totalmente nuestra vida. Somos violentos, somos injustos, hemos aceptado la obscenidad moderna. Hemos aceptado como cosa natural la pornografía actual, estamos jugando con el matrimonio. Hemos abandonado totalmente la lectura de la Palabra divina, o tal vez nunca la hemos practicado.

A la Iglesia Católica de Colombia le hace falta una efusión del Espíritu Santo. Una fuerza nueva de vida en el Espíritu Santo, que nos acerque y nos ponga en el camino de la santidad. No hay ningún otro modo de cambiar el país. No hay ninguna otra posibilidad de hacer un país justo, donde no se practique el dolo, el soborno, la injusticia, el atesoramiento de dineros, la infidelidad de los hogares, el odio, etc., si no es a través de una divina efusión del Espíritu Santo para la mayoría de los cristianos.

Pentecostés es la gran fecha propicia para que venga el Espíritu Santo a nosotros, como vino a los apóstoles. Pentecostés es la época en que hay posibilidades de nuestro cambio íntimo; cambio hacia el amor, cambio hacia la paz, cambio hacia el bien.

Preparémonos para Pentecostés. Reunámonos con otras personas para suplicar la efusión del Espíritu Santo; la presencia de Él. Que todos ustedes digan constantemente:

Ven, Espíritu Santo; estoy desprovisto de alegría, desprovisto de fuerza, desprovisto de amor, desprovisto de reconciliación, desprovisto de santidad. Ven, Espíritu Santo y dame lo que Tú sabes dar, dame la presencia de Cristo en mi vida, dame un acercamiento definitivo a Cristo. Desde ahora en adelante, que sea mi compañero de viaje; más aún, que Él esté dentro de mí y yo en Él, como Él nos lo mandó en el evangelio: *Permanezcan en mí y yo en ustedes* (Jn 15, 4).

# RESPUESTA A LA BÚSQUEDA<sup>114</sup>

Los hombres hemos estado siempre buscando ansiosamente a Dios. Desde el hombre primitivo, desde aquel ser antiquísimo, misterioso y doliente, que bajó de los árboles, que por primera vez tuvo conciencia de la vida y del abismo que lo rodeaba y del gran interrogante, siempre hemos querido, hemos buscado a ese Ser adorable, lejanísimo e inmensamente cercano.

Jesucristo, en un momento adorable de su vida, nos lo reveló plenamente. *El Consolador, el Espíritu, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que Yo les he dicho... (Jn 14, 26). Cuando venga el Espíritu de Verdad, Él les enseñará toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oye y les hará saber las cosas que habrán de venir (Jn 16, 13).*

Con el Espíritu Santo se calma el anhelo del hombre de cercanía, de intimidad con Dios. No podemos ir solos en medio de la vida. No podemos quedarnos siempre sin ninguna respuesta. No podemos estar sin ningún consuelo; no podemos clamar sin ningún eco.

---

<sup>114</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

El Espíritu Santo es el regalo de Cristo a los hombres. Él es el que viene cuando nosotros suplicamos: “Ven, oh Espíritu Santo, ¡ven, Espíritu Santo!”. Él es el que consuela cuando nosotros estamos llorando. Él es el que ilumina cuando todo es noche y todo es tiniebla.

Ven, Espíritu Santo, a mi vida. Tú eres el Dios que se acerca, el Dios que llega al hombre, después de que Jesucristo subió al cielo. Ven, Espíritu Santo, y dame la verdadera alegría, la alegría que debe tener un hombre antes de morir.

Ven, Espíritu Santo, y dame la seguridad, la seguridad de la esperanza. Ven, Espíritu Santo, y siembra en mi vida el amor. Tráeme la inconvencible fe. Ven, Espíritu Santo, y hazme comprender cómo fue posible la belleza del mundo, cómo fue posible la belleza del universo.

Ven, Espíritu Santo, y hazme llenar de alegría de sentirme envuelto en la inmensidad. Ven, Espíritu Santo, y hazme descubrir definitivamente la belleza inaudita de Cristo. Ven, Espíritu Santo, y haz que comprenda la belleza de la Virgen, la belleza de lo que Tú obraste en ella; la belleza de la encarnación. La belleza de un amor renovado hacia Jesucristo.

Hazme comprender la belleza de lo que Tú obraste en los santos. Que yo comprenda a la Iglesia, que entienda que Tú la diriges y la encaminas hasta el encuentro definitivo contigo. Que entienda su santidad y sus pecados.

Ven, Espíritu Santo, y enséñame a orar. Entonces mi oración será divina y se hará a través de tu voz y a través de tus palabras.

Ven, Espíritu Santo, y sáname de mis pecados. Sáname de mi impureza, sáname de mi orgullo. Haz que yo difunda alegría y seguridad. Haz que los hombres cristianos aprendan a amarte y descubran que Tú eres la infinita cercanía de Dios, el único camino hacia Dios, el único secreto de alegría y de felicidad.

Jesucristo nos dijo que Tú eres el Consolador y que Tú vendrías, y en verdad Tú has venido, estás viniendo a los hombres. Se está sintiendo tu presencia en el mundo y en la Iglesia. También estás obrando en nuestros hermanos lejanos, en los habitantes de los lejanísimos astros, habitados por seres semejantes a los hombres, que quizás se han abierto mucho más a tu operación, en quienes quizás estás obrando bellezas.

En todas partes Tú, Espíritu Santo, obras, no sólo en la Tierra, sino en el inmenso universo, desconocido hasta ahora, pero que pronto se nos abrirá y con el que compartiremos todos nuestros secretos y nuestras revelaciones espirituales.

Ven, Espíritu Santo; me envuelvo en Ti, quiero ser penetrado por Ti, quiero ser conducido y transformado por Ti. Quiero difundir, quiero darle la buena nueva, a muchos, de que Tú consuelas al hombre, de que Tú nos amas y nos enseñas a amar, y de que Tú nos conduces hacia la infinita realidad de la Santísima Trinidad.

## EL AGUA VIVA<sup>115</sup>

Nos estamos acercando a una fuente maravillosa de gracia y de bendiciones que pueden transformar nuestra vida: al Agua Viva de que habló Jesús (cf Jn 4, 7-15; 7, 37-38). Aunque es posible, también, que pasemos adelante, sin pararnos a beber, como un grupo de hombres sedientos en un desierto, que encontraran una fuente pura y fresca, y siguieran jadeantes sin llevar a los labios un cuéncano de agua.

Para recibir el regalo que Dios nos reserva, es absolutamente necesario tener sed de Dios. Es necesario anhelarlo. Si no tenemos ninguna sed de Dios, si Dios no nos interesa, puede salir Dios mismo en persona y nos dejará totalmente impasibles.

Es necesario también orar mucho. La oración es básica para obtener el Don de Dios. Es necesario suplicarle. Es necesario llamar. Nos dice el Señor: *Pidan y se les dará, busquen y hallarán. Llamen y se les abrirá. Pues si ustedes, siendo malos, saben dar buenas dádivas a sus hijos, tanto más su Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan* (Luc 11, 9-13).

También es necesario un profundo arrepentimiento y purificación de nuestros pecados. Si nuestro corazón está lleno de arena, de tierra o de lodo, no puede recibir ni ser lleno con

---

<sup>115</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

el agua pura y viva del Espíritu Santo. Tenemos que vaciar el corazón y purificarlo primero, para que el Espíritu Santo venga a nosotros.

Pedro dijo a los primeros aspirantes a recibir al Espíritu Santo: *Arrepiéntanse, y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo, para perdón de los pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo* (Hech 2, 38).

Y, por último, debemos creer profundamente que Dios quiere acercarse a nosotros a través del Espíritu. Debemos creer que es cierta la promesa de Cristo: *Les enviaré el Espíritu Santo. Yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador para que esté con ustedes para siempre* (Jn 14, 16). Debemos creer que hay algo sorprendente e inaudito en el mundo católico, y es el Nuevo Pentecostés, de que habló Juan XXIII.

Esto no es una ilusión religiosa, esto no es ningún embeleco. Esta es una realidad seria que se aproxima, que se acerca. Es una realidad que va a vigorizar al mundo católico, a este mundo católico que se halla en una gran crisis, pero al mismo tiempo en vísperas de algo maravilloso.

Ya sabemos que los intentos humanos religiosos no sirvieron de casi nada. Ni las organizaciones ni las directivas ni las advertencias ni la planificación ni las romerías ni la propaganda ni las imágenes ni las procesiones ni las semanas santas pintorescas ni las novenas ni las cofradías. Nada de eso sirvió para casi nada.

Todo eso ha probado su ineficacia y su incapacidad. Pero está apareciendo la fuerza adorable de Dios mismo, prometida en los Hechos Apostólicos. Ésta se llama Pentecostés.

# LA EXPERIENCIA PENTECOSTAL<sup>116</sup>

Lo más extraordinario que nos puede suceder es la venida del Espíritu Santo. Es el nuevo nacimiento de que habla Jesús (cf Jn 3, 3-5). Es el bautismo con el Espíritu Santo. Este es un acontecimiento que debiera ser normal para los que creen en Jesucristo.

Los primeros cristianos recibían habitualmente, de un modo especialísimo, al Espíritu Santo. Hablaban en lenguas, tenían el don de curación, el don de profecía, el don de la paz, el don de la alegría. Actualmente está sucediendo en algunas iglesias protestantes y en algunas comunidades católicas experiencias pentecostales.

Es verdad que nuestra formación a base de ideas, de definiciones y de tesis ha sido un tradicional obstáculo a la libertad interior, a la apertura del corazón, al sentimiento profundo, requeridos para recibir los dones especiales del Espíritu Santo. No niego que los católicos tengamos al Espíritu Santo. Todo

---

<sup>116</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

el que es bautizado y vive en gracia de Dios posee el Espíritu Santo. Pero esa experiencia pentecostal que actualmente se está dando en comunidades protestantes y en algunos países católicos es algo inusitado.

Yo creo que nosotros, los católicos, debemos pedir con todo fervor la venida del Espíritu Santo. Debemos reunirnos en pequeños grupos, leer el santo Evangelio y suplicar que venga a nosotros el Espíritu Santo. ¿Por qué nuestros jóvenes están desertando de la Iglesia? Porque ellos no sienten, no experimentan la viva presencia del Espíritu Santo que se da en la oración y en la lectura, con fe, de la Sagrada Escritura.

Los quiero invitar a reunirse en pequeños grupos, con el santo Evangelio, en una plegaria fervorosa, implorando la venida y la presencia del Espíritu Santo. Implorando el nuevo nacimiento, el nuevo bautismo, la presencia viva del Huésped divino.

Los católicos nos estamos volviendo demasiado sociales; se lo digo yo, que estoy construyendo casas desde hace años y destruyendo ranchos, y estamos olvidando al Espíritu Santo. No nos preocupa su presencia, el nuevo nacimiento, Pentecostés.

En el Catatumbo, a la orilla del río, a las nueve de la noche, vi familias protestantes leyendo su santa Biblia a la luz de un cabo de vela, implorando el Espíritu Santo, llamándose hermanos, ayudando a su prójimo y siendo modelos. No tenían ninguna alienación. Es verdad que el rancho era pobre y que la vida era dura, pero el Espíritu Santo estaba presente y había paz y había alegría y había curaciones y había felicidad.

Nosotros, los católicos, nos hemos vuelto ideólogos y sociales, pero desconocemos las maravillosas experiencias pentecostales.

Es necesario volver a la Iglesia primitiva. Es necesario aprender de nuestros hermanos este maravilloso movimiento moderno, pentecostal, que se está haciendo presente en los tiempos actuales, como una maravillosa reacción a la oleada materialista que nos está inundando.

# HACE FALTA UNA PRESENCIA<sup>117</sup>

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia; es el que nos da la fuerza para ser cristianos. Él es el que nos envía todas las buenas inspiraciones, todos los anhelos, toda la energía para cumplir nuestra misión en el mundo y todo el consuelo que necesitamos para vivir.

Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos para nosotros. Sin el Espíritu Santo, nunca podríamos aceptar a Jesucristo como a nuestro Salvador (cf 1 Cor 12, 3). Sin el Espíritu Santo, Cristo es un personaje histórico lejano, y el Evangelio es letra muerta; y la Iglesia, una simple organización humana; y la misión, una simple propaganda; y los ministerios, una burocracia. El culto, sin el Espíritu Santo, se vuelve superstición; y toda nuestra vida se vuelve una monotonía sin sentido, insostenible.

Pero cuando se acerca el Espíritu Santo, el mundo y el hombre se subliman, y gimen con dolores de parto, hasta que aparece la plenitud de la presencia de Dios en nuestra vida (cf Rom 8, 23).

---

<sup>117</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Debemos decir frecuentemente ese grito antiguo: “Ven, Espíritu Santo”. El que dice: “Ven, Espíritu Santo” debe estar preparado para dejarse perturbar por Él, afectar en lo que debe ser afectado y quebrantado. Ven, Espíritu Santo. Ven, Espíritu Santo, en este Pentecostés, y haz que aparezca en nosotros un nuevo corazón, una nueva Iglesia y un nuevo mundo, inspirados por Ti.

Quiero hablar de Ti, oh Espíritu Santo. De Ti, de quien nadie puede hablar nada. De Ti, de quien no sabemos sino que eres, pero no qué eres. Que llenaste totalmente a Jesucristo, que lo hiciste hablar, que lo hiciste predicar, que lo hiciste orar, que lo hiciste sollozar de amor, que lo hiciste alabar a Dios. Que lo hiciste crear el universo.

Quiero hablar de Ti, oh Espíritu Santo. Yo no sé nada de Ti. Nadie sabe; ni el Papa ni los doctores ni los maestros. Tú eres la esencia de la Iglesia. Tú eres el inspirador de todo. Tú obras en la Virgen y en los santos y en la última viejita del templo silencioso y solitario del pueblo, que pasa largos ratos de oración humilde y aparentemente desapercibida.

Quiero hablar de Ti, sin tener nada que decir ni nada que expresar. Tú eres inefable. Tú eres impensable.

# SIEMPRE EL ESPÍRITU<sup>118</sup>

¿Quién es el Espíritu Santo a quien amamos, en quien ponemos toda nuestra expectativa? En el capítulo primero del Génesis, se dice que el Espíritu se movía sobre las aguas del abismo inicial, cuando se estaba gestando el universo (cf Gén 1, 2).

El Espíritu Santo se presenta a lo largo de la Biblia inspirando a todos los hombres, en su camino hacia Dios, aunque hayan estado lejos del pueblo de Israel. El Espíritu Santo iluminó a todos los profetas, a Isaías, a Jeremías, a Ezequiel, a David, a Salomón.

El Espíritu Santo estuvo presente, sobre todo, en el nacimiento de Juan Bautista. *Isabel fue llena del Espíritu Santo* (Luc 1, 41) y *Zacarías, padre de Juan, fue lleno del Espíritu Santo y profetizó* (Lc 1, 67).

Pero sobre todo el Espíritu Santo presidió el nacimiento de Jesucristo. En san Mateo se dice: *Antes de que se juntasen, ya ella había concebido por obra del Espíritu Santo* (Mt 1, 18). *No temas recibir a María, tu mujer, porque lo que en ella es engendrado es del Espíritu Santo* (Mt 1, 20).

---

<sup>118</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

Sobre Jesucristo vino el Espíritu Santo y se cumplió la profecía de Isaías: *Sobre Él reposará el Espíritu de Dios, espíritu de sabiduría, de inteligencia, de consejo, de poder, de conocimiento y de temor de Dios* (Is 11, 2).

Luego fue bautizado en el Espíritu Santo y *descendió el Espíritu Santo sobre Él en forma corporal como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi hijo amado, en Ti tengo complacencia* (Luc 3, 21-22; cf Jn 1, 28-33). En cierto momento, Jesús exultaba con la presencia del Espíritu y gritaba: *Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra...* (Luc 10, 21).

El Espíritu Santo lo empujó al desierto y lo acompañó en una plenitud absoluta durante toda la vida (cf Luc 4, 1.18). Jesús, antes de partir, prometió a los hombres el Espíritu Santo. *Yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador que esté con ustedes para siempre* (Juan 14, 16). Este Espíritu Santo que resucitó a Jesús nos resucitará también a nosotros, como dice san Pablo (Rom 8, 11).

Este Espíritu Santo que amamos, esta esperanza que es el alma de la Iglesia Católica, puede reavivar nuestros huesos muertos (cf Ez 37), puede reavivar todo el cuerpo de la Iglesia. Usted, hombre, hermano mío, que se siente lejos de Dios, que por distintas circunstancias se alejó de la Iglesia, hoy tiene a su disposición la fuerza viva del Espíritu Santo, está a su mano, está a su alcance.

Abra los brazos al universo y diga con profunda fe: Ven, Espíritu Santo; ven a mi vida fría, oscura y entristecida, sin amor, sin objetivo. Tú eres el amor infinito de Dios; Tú eres el único camino hacia la santidad, hacia la renovación. Ven, Espíritu Santo, estoy suplicándote, no me dejes aguardándote.

# EL INFINITO AMOR<sup>119</sup>

Pentecostés es la fiesta del Espíritu Santo. La fiesta o el día en que Él se hizo presente de un modo extraordinario en la Iglesia y en el mundo.

El Espíritu Santo es la cercanía de Dios, la proximidad poderosa de Dios para el hombre. Cuando usted sienta la presencia de Dios en su vida, cuando usted sienta un buen deseo, cuando usted sienta una inspiración de amor, es el Espíritu Santo el que obra en usted; cuando usted sienta el deseo de orar, cuando usted sienta tristeza por su pecado, cuando usted sienta deseos de hacer el bien, cuando usted ame, cuando usted restaure el amor en su hogar, es el Espíritu Santo que está obrando en usted.

Él es el infinito amor del Padre y el Hijo. Y todo lo que es amor en el mundo, amor legítimo, proviene del Espíritu Santo. Cuando usted oye de guerras, oye de venganzas, oye de crímenes, oye de desórdenes, oye de separaciones de hogar... es, sin duda alguna, la ausencia del Espíritu Santo.

Oremos mucho para que venga el Espíritu Santo a nuestra vida, para que nos traiga el amor, para que nos renueve la fe, para que nos traiga el fervor religioso.

---

<sup>119</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Colombia necesita un Pentecostés, lo necesita la Iglesia. Colombia necesita muchos católicos llenos del fervor del Espíritu Santo, que escuchen y obedezcan las voces interiores, las exigencias del Espíritu Santo hacia la santidad. La catolicidad colombiana no puede seguir constituida de una monotonía de mediocres, de una monotonía de tibios, de personas que nunca reciben el impulso hacia la santidad que proviene del Espíritu Santo.

La catolicidad colombiana necesita un gran avivamiento. Jóvenes entusiastas llenos del fervor del Espíritu Santo, que se sientan comprometidos a llevar el mensaje de Cristo. Necesita la catolicidad colombiana multitud de hombres que salgan de sus vicios tradicionales, que salgan de su adulterio, que salgan de su continua embriaguez, de sus odios, de sus avaricias, de su falta de justicia, de su deshonestidad.

Pentecostés es la fiesta del Espíritu Santo, la fiesta que nos da la verdadera solución en todos los sentidos. En el sentido social y en el sentido espiritual. Ayude a organizar en su parroquia una gran vigilia, en que todos sus amigos y los parroquianos estén suplicando al Señor que envíe el Espíritu Santo. Invite a su párroco, invite a la gente piadosa. Que Colombia sienta una presencia misteriosa del divino Espíritu.

Oremos. ¡Ven, Espíritu Santo! Ven a muchas partes de Colombia. Ven a nuestras parroquias, Ven a nuestras familias. Ven a mí, personalmente. Que yo, por la fuerza de tu gracia y de tu carisma, salga del pecado en que estoy envuelto. Ven, Espíritu Santo, no nos dejes esperando.

# LA UNIVERSAL PRESENCIA DE DIOS<sup>120</sup>

La fiesta de Pentecostés es la fiesta de Dios cercano, es la fiesta de la presencia de Dios en el mundo, en la historia y en el hombre. Es la celebración de un mundo futuro e ideal en el cual todo, sin excepción, estará consagrado a Dios. Por eso la Iglesia nos invita a implorar: Ven, Espíritu Creador; Tú puedes informar todos los huesos ennegrecidos y las estructuras impotentes del mundo actual.

Es un anhelo radical del cristianismo, desde el principio, crear un mundo nuevo, animado por el Espíritu Santo. Informar todo el horizonte del hombre, su corazón, su casa, sus industrias, la sociedad, las relaciones internacionales, las distracciones, la cultura, las alegrías, la tristeza; iluminarlo todo con la presencia de Dios que, cuando abre caminos de unión, se llama Espíritu Santo.

Todos debemos abrir nuestro ámbito a la presencia y al influjo de Dios. Todos debemos hacer que lo divino penetre en nuestro medio; empezando por nuestra propia vida, que debe ser iluminada por Dios, hasta lo más secreto; luego el hogar, luego el trabajo, luego la alegría, la dicha, el reposo y la muerte.

---

<sup>120</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Todo penetrado, transido de Dios. Este es un ideal para ti y para mí. Nadie está exento, ninguno puede decir que no le obliga. Desde el momento en que entró en el círculo implacable y maravilloso del existir, no le queda más dilema que éste: o penetrarlo todo de Dios, o ser una rueda descentrada, que chirría a cada vuelta porque no gira sobre su perno auténtico.

Nuestro programa de vida, y me refiero a todos, es dejarnos penetrar del Espíritu Santo, a quien se atribuye todo amor y todo consuelo.

Y si tú dices: “Yo no creo en el Espíritu Santo. En nuestra religión no existe el Espíritu Santo”. Yo te respondo: ¡Pero sí crees en Dios! En un Dios infinitamente inteligente, que piensa. Pues lo que Dios piensa es lo que los cristianos llaman Hijo de Dios. Pensamiento de Dios. ¡Palabra de Dios, Cristo! Y es una Persona divina. Crees en un Dios que ama; pues el infinito amor substancial de Dios es lo que los cristianos llamamos Espíritu Santo. Y es una Persona divina. ¡Cree y verás!

¡Cuánto me consuela tener, oh Espíritu Santo, un consolador como Tú, que eres todo amor, todo consuelo, todo regalo! Por Ti se aman el Padre y el Hijo. Tú procedes de ambos eternamente. Tú eres y Tú das tranquilidad infinita, eres paz, eres unión. Tú eres el padre de los pobres, la luz de los corazones, el dador de las gracias, el suave refugio. Tú hiciste que el Padre nos diese a su Hijo. Tú obraste la encarnación del Verbo y santificaste a María.

Tú eres nuestro único santificador. Por ti participamos de la naturaleza divina y somos elevados sobre lo creado. Por ti somos prohijados de Dios. Tú nos haces templos de la Santísima

Trinidad. Tú gimes con gemidos inenarrables en nosotros y haces que deseemos lo eterno y lo divino. Ven, Espíritu Santo, a nosotros y haznos hombres nuevos, un pueblo nuevo, penetrado por Ti, conducido por Ti, consolado por Ti. Haz que tu venida nos halle silenciosos y atentos.

¡Queremos cambiar! Y para el hombre no existe ningún cambio profundo y estable si no es el cambio producido por Ti. Fuera de Ti, todo en el mundo es melancólico, es monótono y triste. ¡Tú sólo, oh Espíritu Santo, consuelas, iluminas y alegras!

# CRISTIANOS NORMALES<sup>121</sup>

Debemos estar suplicantes para que venga a nosotros la gran cercanía de Dios, que es el efecto primordial del Espíritu Santo. Nuestra palabra íntima debe ser ésta: ¡Ven, Espíritu Santo! Consuélame, ilumíname, fortaléceme; estoy en una gran lucha íntima, en la lucha entre el bien y el mal, la lucha entre la santidad y el placer.

Jesús, Tú dijiste, en el evangelio de san Juan, esta palabra: *Yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador para que esté con ustedes para siempre. El Espíritu de Verdad al cual el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; pero ustedes le conocen porque mora con ustedes y estará en ustedes* (Jn 14, 16-17).

Los invito a volvernos plenamente cristianos, cristianos que buscan la santidad, porque el cristiano normal es el que busca la santidad. El cristiano anormal es aquel al que no le interesa para nada el mandato de Cristo.

Los invito a que, con la fuerza del Espíritu Santo, se vuelvan ustedes cristianos normales, sin odios, sin rencores, sin embriagueces, sin adulterios, sin injusticias. Ese es el cristiano que estamos planeando.

---

<sup>121</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

El Espíritu Santo puede llenar de santidad a todos los creyentes, puede llenarlos de alegría, puede cambiar totalmente la faz de Colombia. De una Colombia violenta con innumerable número de muertos que no debían haber muerto, que debían estar trabajando en sus campos, pescando en sus ríos, amando en sus casitas, sembrando sus agriculturas; que debían estar todavía respirando el aire de Colombia y comiendo de sus frutas. De esa Colombia brutal debemos pasar a una Colombia cristiana, a una Colombia del amor, del progreso, a una Colombia de la paz y de la esperanza. Eso lo puede obrar el Espíritu Santo.

Preparémonos mucho para recibir el anhelado regalo del Espíritu Santo, llenando nuestra vida e inspirándonos un nuevo estilo de existir de acuerdo al divino, al bello, al alegre programa que tiene Dios trazado para nosotros.

¡Ven, Espíritu Santo! ¡Ven, Espíritu Santo!

# RESTAURA EL ÁNFORA ROTA<sup>122</sup>

Pentecostés es la fiesta del Espíritu Santo, es decir, la fiesta que ofrece la ocasión extraordinaria de nuestra conversión, de acercarnos a Dios, de nuestra resurrección. El Espíritu Santo, que es esencialmente la infinita cercanía, hecha Persona divina, del Padre y del Hijo, es a quien se le atribuye toda cercanía de un hombre con Dios.

Para llegar a Dios no existe camino intelectual ni caminos naturales; sólo el sendero sobrenatural, el camino de la gracia, es decir, del Espíritu Santo. Todas las pretensiones humanas para alcanzar a Dios, aparte del único medio, Pentecostés, terminaron siempre encontrando el mito, pero no a Dios vivo. Del mismo modo que todo intento de acercarnos al hombre, que no esté alumbrado por la lengua de fuego del Espíritu Santo, termina siempre en la dispersión de la torre de Babel.

“¡Ven, oh Espíritu Santo!, y envía desde el cielo un rayo de tu luz; ven, Padre de los pobres”. Ante Dios, todos somos pobres, y debemos reconocer nuestra pobreza. Pobreza es no tener

---

<sup>122</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

alegría. Pobreza es no tener qué dar: ni una palabra ni un consuelo ni un afecto. Pobreza espantosa es no tener fe o no tener esperanza. Pobreza es carecer de confianza de que Dios nos ha perdonado, de que Dios es misericordioso. Pobreza es ignorar que Dios nos ama.

“Ven, Padre de los pobres”. Pobres somos los pecadores, los que anhelamos el bien y no lo logramos. Pobres somos los débiles, los que soñamos santidad, caridad, plenitud, y despertamos siempre pecadores, duros y vacíos.

Pentecostés es la única ocasión de alcanzar lo que perpetuamente hemos soñado. Digámosle al Espíritu Santo, con la Iglesia: “Ven, Espíritu Santo; sana lo que está enfermo, limpia lo que está manchado, riega lo que está seco, restaura lo que está roto”. Hay roturas que sólo la infinita fuerza creadora de Dios puede soldar; y hay desiertos tan secos y hay momentos tan infecundos, en nuestra vida, que creemos que ningún torrente nos puede regar. Pero el Espíritu Santo siempre puede fecundar una vida y siempre restaurar cualquier ánfora rota.

# FUEGO ABRASADOR<sup>123</sup>

Estoy pensando en Ti, Espíritu Santo, como en un fuego abrasador, que viene a consumir el pecado y a abrigar al mundo y al hombre. Ven, Espíritu Santo, a consumir el mal en todas sus formas.

El que dice “Ven, Espíritu Santo” debe estar preparado para dejarse perturbar por Ti, afectar en lo que debe ser afectado y quebrantado.

Estoy pensando en Ti, Espíritu Santo, como en una gran luz que debe hacernos ver el gran error en que nos hallamos, por no haber reconocido a Dios como al infinito origen del mundo y del hombre, y como a su inmenso y sublime y gravísimo fin.

Estoy pensando en Ti, Espíritu Santo, como en la gran fuerza que le falta a la cristiandad. Los cristianos, una gran mayoría, hemos apostatado de la fe viva y del amor, y estamos totalmente fríos y afectados por los postulados del mundo.

Estoy pensando en Ti, Espíritu Santo, la infinita Verdad, el infinito Amor, las dos cosas que le hacen falta al mundo moderno: verdad y amor.

---

<sup>123</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

Estoy pensando en Ti, Espíritu Santo, para que vengas a renovar a tu Iglesia, a tus obispos, a tus sacerdotes, y a darnos un gran poder para renovar a los creyentes, para hacerlos “nacer de nuevo” (cf Jn 3, 3), para hacer que en ellos aparezcan el amor, la justicia y la alegría.

En Colombia, la mayoría de los creyentes están viviendo en la infidelidad, en el pecado, en el adulterio, en el temor, en la agresión, en la violencia, en la gran pobreza y en la gran riqueza. A todos nos hace falta tu presencia.

Estoy pensando en Ti, Espíritu Santo, y he orado para que vengas a implantar un gobierno justo, un régimen de perfecta justicia, donde se supere la miseria, se acaben los tugurios y haya solución para los hambrientos, los sin trabajo, los sin estudio.

Solamente una maravillosa irrupción tuya, Espíritu Santo, podría cambiar el país, podría cambiar este pecado feo que es nuestra sociedad latinoamericana, dividida en dos grandes extremos: el extremo de los afortunados, de los que tienen acceso a las universidades, a los restaurantes, a las playas, y los que no tienen acceso a nada, sino a la tristeza y a la desesperación.

Estoy pensando en Ti como en un Fuego que consume todo lo malo, todo lo mediocre: el temor, la duda, la separación, la violencia, el mutismo pecaminoso, el mutismo que no permite hablar nunca de Ti, oh Dios. Estoy pensando en Ti como en un Fuego que consuma todos los pecados. Todo lo que nos aparta de Ti y de Cristo.

Ven, Espíritu Santo, y quema mi egoísmo, mi fanatismo, mi desamor. Aleja mis temores, apaga mi tristeza y haz que aparezcan la alegría, el poder y la paz, que aparezca el amor en todas sus expresiones. Quema todo lo que hace indigna mi vida, lo que la hace estrecha, lo que la esclaviza. Oh Espíritu Santo, el gran Dador, trae al mundo la libertad, el derecho y la paz para todos los hombres.

## AVIVAR EL FUEGO<sup>124</sup>

Debemos avivar en nosotros el fuego del don de Dios, que está en nosotros por imposición de las manos (cf 1 Tim 4, 14). Desde que nos bautizaron, desde que recibimos la confirmación, hay en nosotros un fuego abrasador, cubierto por muchas capas que no lo dejan salir afuera. Hay un poder inmenso, hay un amor, hay un dominio propio que está encadenado y que debemos desatar. Esta es la época en que el Espíritu Santo quiere que desatemos, desencadenemos el fuego del don de Dios, recibido en el bautismo y en la confirmación.

Es necesario que oremos mucho, es necesario que supliquemos, con llanto y con plegaria, para que ese don brote a la superficie de nuestra vida, y lo sintamos, y nos estremezcamos con él. El don del Espíritu Santo.

Pablo dice: *Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti, por la imposición de mis manos* (1 Tim 4, 14). En ti, hermano mío, hay un fuego maravilloso de poder y de amor que está encadenado, y que necesita salir a flor de piel, a flor de vida. Es el fuego del Espíritu Santo.

---

<sup>124</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Debemos clamar con mucha frecuencia: Desencadénate, Espíritu Santo, en mí. No estés encadenado, no estés atado. Quiero dejarte libre para obrar el poder y el amor, para obrar la alegría, para darme la palabra que tú puedes darme.

Y dice Pablo: *No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor* (2 Tim 1, 8). Esta es una bella expresión. No te avergüences de dar testimonio de Jesucristo. Da testimonio de Jesucristo en tu casa, con tu esposa, con tus hijos, con tus compañeros de trabajo, con el compañero de bus, con el compañero de restaurante. Da testimonio de Jesucristo.

Dime, hermano mío, si yo te pregunto: ¿Alguna vez en tu vida has hablado de Jesucristo? Es posible que nunca en tu vida te hayas atrevido a hablar de Jesucristo. Sin embargo, ahí está la palabra de Pablo: *No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor*.

# FOGATAS DE ORACIÓN<sup>125</sup>

Cuando yo les hablo a ustedes casi todas las noches, me siento profundamente relacionado con ustedes, aun cuando sea lejano. Pienso que estoy llegando a todos los pueblos y a todas las veredas y a todas las ciudades y a todas las capitales de Colombia.

Me imagino que me están escuchando en Támesis y en San Pedro y en Antioquia, en Entrerriós y en Don Matías y en Santa Rosa, y me siento profundamente emocionado y comprometido. ¿Y qué quisiera decirles a ustedes? Quisiera, en este breve tiempo, lo que ofrece la Iglesia Católica: ofrece a Jesucristo y al Espíritu Santo, ofrece a María.

Jesucristo prometió el Espíritu Santo. Él decía: *Rogaré al Padre que esté con ustedes para siempre el Espíritu de Verdad, el cual el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce, pero ustedes lo conocen porque mora en ustedes y estará con ustedes... El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que les he dicho... Cuando venga el Consolador, a quien yo les enviaré del Padre, el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de Mí* (Jn 14, 16-17.26; 15, 26).

---

<sup>125</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Yo no sé si usted, mi amigo, ha tenido la experiencia del Espíritu Santo. La mayoría de los colombianos son cristianos, pero no saben nada de Jesucristo, no han tenido experiencia de Jesucristo en su propia vida, ni mucho menos del Espíritu Santo. Yo quisiera que usted la tuviera, que usted sintiera la belleza del amor a Jesucristo, que usted sintiera los dones del Espíritu Santo.

¿Usted sabe cuáles son? Los dones del Espíritu los enumera san Pablo en la primera epístola a los Corintios, capítulo 12; son los siguientes: sabiduría, ciencia, una gran fe, un don de sanidad, don de hacer milagros; don de profecía, don de discernimiento de espíritus, don de interpretación de lenguas (cf 1 Cor 12, 1-11); y, al mismo tiempo, en Gálatas nos cuenta los frutos del Espíritu, que son: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, todo un conjunto de fuerzas interiores para vivir alegre y eficazmente en el mundo (cf Gál 5, 22-23).

En ellos descubriremos el mundo del Espíritu Santo. Únase usted con los suyos a orar; desencadene usted en Colombia un torrente precioso, maravilloso de oración, de fe, que conlleve honradez, trabajo y alegría.

Qué deseo tan grande tengo yo de que usted experimente, de que usted tenga experiencia del Espíritu Santo. Empiece a orar con su esposa; usted nunca lo ha hecho. Ore con sus hijos, convierta su hogar en algo precioso, cristiano. Qué bello sería que en todas partes de Colombia aparecieran en la noche fogatas de oración en sus hogares.

# INTIMIDAD DEL ESPÍRITU SANTO<sup>126</sup>

Voy a hablarles del Espíritu Santo, que es el anhelo infinito, que es la única ilusión verdaderamente real que podemos alimentar los hombres en la Tierra, en nuestro camino hacia lo infinito. ¿Quién es este Espíritu Santo, a quien buscamos, a quien amamos, a quien tendemos? El Espíritu Santo es el vínculo que une al Padre y al Hijo. Él es el necesario para que no haya dos dioses, el Padre y el Hijo, sino un solo Dios verdadero.

Permítanme ustedes que los invite al abismo de Dios. Hay un Padre infinito, un Padre de donde viene toda paternidad; un Padre y un Hijo infinito, que es el Verbo, Jesucristo. Hay un Padre eterno e inconmensurable, abismal, de donde brotó eternamente un Hijo, un Verbo, una Palabra que está unida infinitamente a su Padre, con una unión perfecta, que se llama Espíritu Santo.

¿Quién es este Espíritu Santo, indefinible y cercanísimo, leve como un susurro y arrasador como una tempestad, callado como el silencio y que es la voz del Infinito? Él es, como les decía, la intimidad del Padre y del Hijo; Él es el infinito amor

---

<sup>126</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

del Padre y el Hijo. San Bernardo dice esta bellísima palabra, comentando el Cantar de los Cantares: “Bésame con el beso de tu boca”. Si el Padre es el que besa y el Hijo es el besado, sigue como consecuencia que el Espíritu Santo es el beso del Padre y del Hijo; Él es la imperturbable paz, es el indivisible amor, la unidad y el vínculo indisoluble de la Trinidad.

El Padre y el Hijo se aman y nos aman en el Espíritu Santo. San Agustín dice que el Espíritu Santo es aquella persona en la cual el Hijo ama a su Padre y a su vez el Padre ama a su Hijo. Todo lo que es amor en Dios procede del Espíritu Santo. Todo lo que es amor verdadero en el universo procede también del Espíritu Santo.

Nosotros no podemos sospechar lo que es esa santísima Persona de Dios, eterna y adorable, coeterna con el Padre y con el Hijo, sin principio como Él, sin límites como Él, infinita como el Padre y el Hijo. Nosotros no podemos sospechar este inmenso, este divino e inefable misterio. Nosotros, los hombres efímeros, los hombres limitados, los hombres pecadores, no podemos rastrear lo que se realiza eternamente en la adorable Trinidad, esa intimidad, esa unión, ese secreto lazo que se llama Espíritu Santo.

Como un eco, como una sombra luminosa de ese infinito Amor trascendente y adorable del Padre y del Hijo, que se llama Espíritu Santo, todo lo que ha habido de amor entre los hombres es causado por el Espíritu Santo. Todo lo que es amor, todo lo que es alegría, todo lo que es éxtasis proviene del Espíritu Santo. Todo lo que es tendencia hacia Dios, todo lo que es adoración, todo lo que es santidad, todo lo que es contemplación proviene del Espíritu Santo.

Piensen ustedes también en la ternura de los que se aman, de los esposos, de las madres, de los amigos... cuando una persona da la mano con amor a otra persona... esa es una lejana influencia del Espíritu.

Por eso la Renovación Carismática es tan importante y tan oportuna en este momento actual del mundo, cuando hace falta el amor, cuando hace falta la alegría. La llegada del Espíritu va a inundar de amor y de alegría al mundo.

El Espíritu Santo es la promesa del Padre, como dicen los Hechos de los Apóstoles: *Estando juntos les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas ustedes serán bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días* (Hech 1, 4-5).

El Espíritu Santo es la promesa del Padre: *He aquí que Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre ustedes, pero quédense en Jerusalén hasta que sean investidos de poder de Dios* (Luc 24, 49). *Porque para ustedes es la promesa y para los que sufren, para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llame* (Hech 2, 39). El Espíritu Santo fue lo que el Padre nos prometió. No podía prometer cosa mayor. Y el Espíritu Santo no fue sólo promesa, sino cumplimiento, en Pentecostés.

*Yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador para que esté con ustedes para siempre. El Espíritu de verdad, el cual el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce, pero ustedes le conocen porque mora con ustedes y estará con ustedes* (Jn 14, 16-17).

Tan pequeño el mundo; sin embargo, ha sido escenario de la encarnación de Jesucristo en Belén, de la venida del Espíritu Santo en el cenáculo de Jerusalén. Qué pudo ver el Padre en la Tierra, qué pudo ver el Padre en el hombre para enviarnos sus dos tesoros: el Hijo y el Consolador.

Caigamos nosotros de hinojos ante el misterio de las misiones de Dios, el Hijo infinito y perfecto y el Consolador, el Abogado, el Huésped, el Iluminador. Toda lengua debe callar, todo corazón debe adorar, toda vida debe entregarse a la oración, al amor y a comunicar lo que el Espíritu habla en el corazón de los creyentes.

El grupo de Renovación Carismática debe ser un grupo de cristianos totalmente empapados por el amor infinito de Dios, que se llama Espíritu Santo. No podemos respirar sino amor, no podemos exhalar sino amor, perdón, cordialidad, ante un mundo donde no hay sino egoísmo, donde no hay sino materialismo. Nosotros debemos imponer el amor y la alegría.

Dos cosas importantes nos transmite el Espíritu Santo: amor y alegría. Amor inmenso y abrazador a Dios Padre, que nos lleve a las playas del éxtasis; y amor al hombre, amor que nos lleve a construir un sistema distinto del imperante, que es individualista, impiadoso, implacable, sin rastro de amor verdadero. Es verdad que nosotros no podemos hacer cosas muy grandes ni importantes, pero sí podemos hacer multitud de cosas pequeñas llenas de amor, magníficas, que embellezcan el mundo.

Nosotros, que estamos envueltos en la alegría del Espíritu Santo, participando del gozo y del amor infinito, debemos proponernos humildemente crear alegría y crear amor en

el mundo; rechazar todo lo que sea desamor, todo lo que sea odio, todo lo que sea indiferencia, todo lo que sea rigidez y frialdad y evasión.

La Renovación Carismática lleva a los hombres a la alegría y al amor. Debemos construir nosotros el pueblo que ama, el pueblo que participa, el pueblo que comparte, que rompe el hielo de la indiferencia y del separatismo.

Oremos: oh Padre, que te uniste a tu Hijo en unidad infinita por medio del amor del Espíritu Santo; oh Padre, que besas a tu Hijo con un beso adorable que se llama Espíritu Santo; oh Padre, que hiciste al hombre una promesa de enviar al Espíritu; oh Padre, que en tu amor tuviste dos misiones para el hombre y para el universo: tu Hijo y tu Espíritu; oh Padre, que a través de tu Espíritu nos das la posibilidad del amor y de la alegría, te pedimos nosotros, los pequeños, los transitorios, que nos inundes en la vida de alegría y que nos hagas creadores del amor.

## CUATRO DONES<sup>127</sup>

La vida nueva en el Espíritu Santo, en que estamos empeñados, que estamos deseando, exige y otorga cuatro dones importantísimos: una gran fe, una absoluta integridad, mucha oración y una gran audacia.

En primer lugar, debemos vivir de la fe. La vida se nos da para aprender a creer. Todo en nuestra existencia debe estar relacionado con la fe; debemos creer que hemos sido creados con un destino sagrado. Creer absolutamente que Jesús es nuestro Salvador, creer que estamos en el mundo para realizar un proyecto de amor, de bien, de paz y de alegría.

Creer en la Iglesia, que es el ámbito en que Jesús quiere que nosotros encontremos la plenitud. Creer que estamos destinados a algo maravilloso, que se llama esperanza, que se llama posesión de una vida interminable y feliz, como promesa de Cristo. Creer en el misterio de la redención, creer que estamos salvos en Jesús. La vida se nos da para aprender a creer.

En segundo lugar, la vida en el Espíritu nos otorga integridad. Íntegros, es decir comprometidos. Totalmente de acuerdo, con nuestro modo de creer, con nuestro modo de vivir. Eso se

---

<sup>127</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

llama integridad. Esto comporta un seguimiento estricto del Evangelio hasta en lo más mínimo, en lo más exigente, en lo que nos atañe íntimamente. Esta integridad, este amoldamiento al Evangelio es obra gratuita del Espíritu Santo en el corazón que se le entrega.

El tercer punto es el don de oración. La oración es la expresión de nuestra fe. Orar es vivir una relación con Dios, cuyo sentido y cuyo alcance se nos revelan a la luz de la fe. El seguidor de Jesucristo, el que está en el camino del Espíritu Santo, es un hombre de oración y de alabanza. Dedicar largo tiempo a la oración, tanto en familia como en grupos de amigos. Obtiene en ella la fuerza y el poder para existir de un modo distinto y maravilloso.

La oración en que se alaba a Dios, en que se le glorifica por todo. En que uno se siente como si fuera la voz del universo para adorar y para proclamar las bondades de Dios y las bellezas de Jesucristo.

Y, por último, el poseído del Espíritu Santo tiene audacia. Es un don de Dios. La audacia nos lleva a hablar de Jesucristo, y nos hace apóstoles y misioneros de la Buena Nueva de la salvación en todas las circunstancias de la vida.

La audacia nos hace descubrir que estamos en un mundo católico que se debe convertir de nuevo a Jesucristo y al Evangelio; y que nosotros, personalmente, debemos tomar parte en esta empresa apasionante de renovación y de rejuvenecimiento de la Iglesia de los últimos tiempos. Como dijo Pablo VI, en el discurso a los carismáticos en Pentecostés de 1975.

Nos toca a nosotros, a todos, a todo el que ha recibido el Don de Dios, a todo el que se ha renovado en el Espíritu Santo, nos toca una tarea audaz de proclamar el Evangelio.

Cuatro son, pues, los presupuestos y los dones de la vida en el Espíritu Santo: una fe profunda, que unifica toda la vida; una integridad, es decir un seguimiento estricto del Evangelio. Nueva oración: nosotros debemos ser el pueblo de la alabanza, el pueblo de la adoración. Y, por último, audacia para proclamar la Buena nueva.

Esto es para usted, amigo que me está leyendo y que quiere entrar en el maravilloso ámbito de una Iglesia renovada en el Espíritu. Este es el regalo que el Espíritu Santo hace a aquellos a quienes Él unge con su bautismo misterioso.

# SER CARISMÁTICOS<sup>128</sup>

Quiero que hablemos sobre qué es ser carismáticos. Para ser carismáticos se necesita, ante todo, un gran fervor religioso. El fervor es un estado de ánimo, es un empeño constante por tender a la perfección. Ser fervoroso quiere decir vivir con ardor intenso la propia vida de amor a Dios y al prójimo; quiere decir aceptar en alegría la voluntad divina en cualquier forma que pueda presentarse.

En la oración se mantiene y se desarrolla el fervor. No sólo como petición, sino como adoración y glorificación de Dios, como un acercamiento a Dios, en que entendemos y escuchamos su voluntad. Se necesita poseer el don maravilloso del fervor. Fervor significa gusto por lo divino; paladear todo lo santo, todo lo que nos habla de Dios, todo lo que es eco y Palabra de Dios.

El carismático es esencialmente un fervoroso. Uno que siente el calor de Dios, el hervor de Dios en su corazón no puede ser un indiferente ni un tibio. El carismático, el fervoroso lee con gusto todo lo que le hable de Dios, comenzando por la santa Palabra. Tiene en alto aprecio los libros santos, las biografías de los santos y los escritos de los maestros espirituales.

---

<sup>128</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

El carismático, además, es una persona profundamente humilde. No se siente superior a nadie. Sabe apreciar a todos y sabe escucharlos a todos y sabe dialogar con todos. Evita cualquier palabra que hiera o que signifique una humillación para el prójimo. Su diálogo fundamentalmente es de cosas divinas.

El carismático se siente impulsado a comunicar a otros lo que ha aprendido del Señor en su intimidad, y sabe de su irremplazable lugar en la evangelización del mundo. De él se puede decir, como se decía de santo Domingo de Guzmán: o hablaba con Dios o hablaba de Dios.

El verdadero carismático es una persona profundamente pura. Evita cualquier impureza; evita cualquier conversación, cualquier acción que opaque su perfecta limpieza interior. Tiene en gran aprecio la pureza como elemento fundamental de su unión mística con Dios.

El verdadero carismático es profundamente amoroso y tierno con el ser humano. No guarda ningún rencor. Es capaz de perdonar aun lo imperdonable. Es capaz de reconciliarse. Está siempre empeñado en tener abierto el corazón a todos los demás. El verdadero carismático tiene el carisma del amor al hombre, del amor a su hermano. No se satisface solamente con su relación personal con Dios. Necesita absolutamente del pobre, del humilde, del abandonado. No gusta de participar en ningún grupo de oración donde no haya una atención especial para los pobres; donde no se les hable, donde no entren ellos, donde no se piense en organizar algo muy bueno para ellos. No quiere pertenecer a un grupo elitista, sólo para ricos o para selectos.

El verdadero carismático es un hombre realmente agradable a los ojos de Dios; es un hombre lleno de alegría, con una alegría nueva, que proviene del Espíritu Santo. Nunca está triste; nunca está despectivo. Nunca abandona su misión temporal de servicio. Nunca se consagra sólo a estar en grupos de oración, olvidando su misión de servicio y de ayuda a los humildes. No pone en su vida sofismas de distracción para alejarse de lo principal, que es el amor a Dios, manifestado a través del amor al hombre.

No diga usted, querido amigo, que es carismático, mientras no esté cumpliendo estrictamente lo que le he dicho: primero, profundo fervor, estar poseído de un profundo fervor religioso; segundo, practicar en todas las circunstancias los postulados severos de la humildad; tercero, practicar interior y exteriormente, con una absoluta sinceridad, la más delicada pureza; cuarto, el verdadero carismático sabe que, antes que todo, está el amor: amar al prójimo con sinceridad, perdonarlo, darle todo lo que podamos; quinto, no caer en la tentación del olvido del pobre, so pretexto de orar.

Ser carismático no es cosa fácil. Es tratar de ser un perfecto cristiano con todo lo que esto incluye de severo, de bello, de exigente, de fraternal.

Los carismáticos verdaderos serían, posiblemente, los más llamados a conformar un grupo de personas capaces, entusiastas, llenas de la fuerza del Espíritu, grupo que fuera el agente primordial para un cambio social en Colombia y en los distintos países de América Latina.

## UNA PAUSA PARA ORAR<sup>129</sup>

En el capítulo 14 de san Juan, leemos esta adorable palabra de nuestro Salvador: *Yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre. El Espíritu de Verdad, al cual el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; pero ustedes le conocen porque mora en ustedes y estará con ustedes* (Jn 14, 16-17).

Estamos preparándonos para la adorable fiesta de Pentecostés, la santísima fiesta que es el centro de la historia cristiana, que es el origen de la santidad y de la alegría del verdadero cristiano.

A la catolicidad le hace falta la presencia del Espíritu Santo; nos hace falta, a todos, su presencia suave, poderosa, definitiva en nuestra vida. Estamos fríos, estamos afectados del mundo, afectados de la corrupción del pecado del mundo porque en nosotros no mora el Espíritu Santo o mora lánguidamente.

No hemos recibido la bendición de Pentecostés. ¿Por qué la disolución de los hogares? Porque no está en ellos el Espíritu Santo. ¿Por qué los crímenes? ¿Por qué los guerrilleros? ¿Por qué los sobornos? ¿Por qué todo ese mundo de desorden en los

---

<sup>129</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

pueblos cristianos? Porque falta el Espíritu, porque no se siente o no se permite al Espíritu obrar en todos nosotros. Jesús nos dice: *Yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre. El Espíritu, al cual el mundo no puede recibir.*

Yo lo invito a usted, amigo mío, a que haga una pausa en su trabajo, a que haga una pausa en sus inquietudes, a que haga una pausa en sus distracciones, y suplique al Espíritu que venga a usted y lo posea y lo llene y lo cambie y le dé la perfecta alegría y le dé la absoluta docilidad hacia Dios y al llamado de Dios.

Diga usted frecuentemente: Ven, Espíritu Santo; ven y lléname. Ven y purifícame, ven y restáurame. Restaura mi hogar, que se está desintegrando; restaura mi vida y acércala totalmente a Cristo, ya que Cristo es el regalo que Tú haces al hombre.

Nuestra Iglesia necesita una efusión nueva del Espíritu Santo. La Iglesia somos nosotros. Únase usted con algunos amigos, únase con el señor cura párroco, únase con algunas personas piadosas y suplique diariamente que venga el Espíritu sobre ustedes, y verán cómo se llenan de Él y obtienen una alegría desconocida en sus vidas.

## ¡VEN! ¡VEN!<sup>130</sup>

La divina fiesta de Pentecostés vivifica a la Iglesia. Esa es la fiesta que consuela al hombre. Debemos entrar en profunda preparación todos los días previos a ella.

Saber que Dios es Espíritu Santo. Espíritu de amor. Saber que Dios es un abismo de ternura que se llama Espíritu Paráclito. Jesús se marchó del mundo, pero nos dejó el Espíritu Santo.

El hombre actual no conoce ni ha experimentado al Espíritu. El Espíritu Santo, cuando penetra en una persona, la hace totalmente distinta del hombre natural. La llena de alegría, de paz, de serenidad, de salvación, de fortaleza, de suavidad, de adoración, de fe, de alabanza; la libra casi totalmente del pecado.

El Espíritu Santo es el tesoro que no hemos descubierto todavía. Él es el que hace al hombre feliz y al hombre espiritual.

Él hizo brotar en el universo la obra maestra que fue Jesucristo, del seno tibio de María, la Virgen. María, Jesucristo son las santas obras del Espíritu Santo. Quién pudiera ser blanda cera en manos del Espíritu. Quién pudiera ser blando barro en manos de este invencible alfarero.

---

<sup>130</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Espíritu Santo, déjame invocarte a favor de todos los hombres. De los humildes, de los cultos, de los que habitan en los pueblecitos donde no hay sacerdotes, y de los que viven en la ciudad. Ven, Espíritu Santo, en Pentecostés; necesitamos tu ternura, tu sabiduría, tu fuerza, tu santidad, tu alegría y tu amor.

¡Espíritu Santo! Yo sé que tu nombre es desconocido, y tu abismo de dones oculto para casi todos. Sé que somos todos pecadores; sin embargo, obra en nosotros como en los apóstoles de Cristo. Que acontezca, como dijo Juan XXIII, un Pentecostés para nosotros, los débiles católicos, los pecadores, pero que no hemos negado nunca el nombre de Cristo.

Desde ahora te llamo con la palabra con que te invoca la Iglesia. Haz que aparezca un extraño fenómeno pentecostal en todos nosotros, los que te esperamos.

# ¡LORE MUCHO USTED!<sup>131</sup>

Yo quiero invitar a todos los lectores a entrar en profunda súplica para que Cristo les envíe el Espíritu Santo. *El Consolador, el Espíritu, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho (Jn 14, 26). Les conviene que yo me vaya, dice Jesús, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a ustedes. Mas si me voy, se lo enviaré (Jn 16, 7).*

La obra de Jesús consistió en redimirnos con su sangre y en enviarnos el Espíritu Santo (cf Jn 3, 16; Hech 1, 4-5). ¿Quién es el Espíritu Santo? ¿Quién es esta persona adorable que está irrumpiendo actualmente como nunca en la humanidad?

Es el amor mutuo del Padre y del Hijo. Es la ternura infinita, vuelta persona. Es un extraño e infinito hálito de amor que rodea al universo y al hombre. Es el único camino de los que buscan a Dios. Es el misterioso responsable de todo lo bueno, de todo lo amoroso y de todo lo santo que hay en el universo. El Dios verdadero es amor. El Espíritu Santo es un abismo de bien que nos rodea y que nosotros no hemos descubierto todavía.

---

<sup>131</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Usted, hombre solitario, hombre entristecido, hombre que se interroga en vano sobre muchas cosas, haga un acto de fe, profundo, en el adorable Espíritu Santo. Reúnase, aunque le parezca insólito, con dos o tres personas y pídale suplicante a Cristo que le envíe el Espíritu. Que lo bautice con el bautismo de Espíritu Santo.

Es posible que suceda, cuando Él llegue a usted, una conmoción íntima, tremenda, parecida a la de Pentecostés, y que reciba temblando, usted, los preciosos dones del Espíritu: sabiduría, ciencia, fe, don de sanidades, don de milagros; un extraño balbuceo de alabanza, que se llama el don de lenguas o glosolalia; profecía e interpretación. Todo este mundo de amor, de paz, de alegría, de fortaleza es el mundo adorable del Espíritu Santo.

Ore usted mucho, lejano amigo mío. Ésta puede ser para usted una adorable semana de Pentecostés, del Espíritu que quiere venir.

# DESCUBRIR EL TESORO<sup>132</sup>

La mayoría de los cristianos no han descubierto en su vida el tesoro del Espíritu Santo. Tampoco han descubierto la belleza de Cristo. Tienen solamente un vago y lejano concepto de todo lo espiritual.

¿Qué es este tesoro del Espíritu Santo? Es el misterio, es la belleza, es la inmensidad viva y santa que rodea la vida del hombre. Es Dios en su ternura, en sus gracias, en sus dones, en sus carismas. Es el regalo de Cristo al mundo, y es su promesa.

Cómo es deseable que usted, que vive posiblemente en un pequeño pueblo o en un barrio humilde o en una residencia triste o lujosa... qué deseable sería que usted tuviera la santa experiencia del Espíritu en su vida. San Pedro, en Hechos 2, 38, enumera tres condiciones para esto: primero, alejarse del pecado, de cualquier pecado. Segundo, una conversión a Jesucristo, aceptado por fe como Mesías y como Señor. Y tercero, orar intensamente en compañía de otros para recibir el don del Espíritu; tener un momento de oración, discernir, leer cada día un trozo de la Biblia.

---

<sup>132</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Láncese usted al mundo del verdadero cristianismo. Al mundo de la adoración, de la fe, de la alabanza. Sólo el Espíritu Santo nos introduce en el mundo de la luz, de la alegría, del amor, que necesita la vida del hombre en la Tierra.

Hay todo un mundo que nos aguarda, desconocido y bellissimo. Distinto de este mundo triste y lleno de hastío. Es el mundo que Cristo quiere traer a la Tierra. Qué precioso sería que usted sintiera arder extrañamente el corazón de amor a Jesucristo.

Ésta sería la prueba de que el Espíritu está cerca de usted porque le está dando su don principal, que es el amor, la entrega y la fe absoluta en Cristo. Desee usted el Espíritu Santo, deséelo con toda el alma y verá cosas sorprendentes en su vida.

# BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU<sup>133</sup>

Es posible que ustedes, mis lectores, no hayan oído nunca o no hayan pensado acerca del bautismo de Cristo. En la Iglesia celebramos el misterio de Cristo bautizado en el Espíritu Santo.

Cristo suplicaba intensamente la venida perfecta, sobre Él, de la plenitud del Espíritu. Humanamente Él crecía, momento tras momento, en intimidad con Dios (cf Luc 2, 40). Pero llegó un momento en el Jordán, cuando fue bautizado. Jesús rogaba con voz poderosa y dulce:

Ven, Espíritu Santo. Ven Tú, por cuya virtud yo fui engendrado en el seno de María, mi Madre. Ven, Espíritu Santo, que me llenaste de unión con Dios desde el principio. Ven Tú, que me iluminaste en mi infancia para descubrir la belleza del mundo y del hombre y el misterio de la creación.

Ven Tú, Espíritu Santo, que me hiciste cumplir los mandatos de la ley con perfección y, sobre todo, el mandamiento del amor a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas, las fuerzas. Ven, Espíritu Santo, clamaba Jesús, y lléname en todo

---

<sup>133</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

mi ámbito humano, en todas mis expresiones de hombre. Ven, Espíritu Santo y hazme sentir la plenitud de la divinidad, y hazme descubrir mi inmenso misterio.

Haz que todo lo humano en mí, hasta lo más mínimo, que todos los movimientos de mi cuerpo, de mi alma y del espíritu... todo esté sometido a la inspiración y al señorío, sobre mí, del Verbo de Dios. Haz que el voto de perfecta servidumbre que hice, al entrar en el mundo, al Verbo de Dios sea cumplido por mí absolutamente y hasta el extremo de mi capacidad humana.

Qué súplica la de Jesús, qué epiclesis sublime cuando penetraba en las aguas del Jordán y se iba abriendo el cielo y aparecía el Espíritu en forma de paloma divina, abrazándolo y penetrándolo (cf Luc 3, 21-22; Jn 1, 28-33).

Usted también, amigo que me lee extrañado: desde cualquier circunstancia en que se halle, vuélvase suplicante y ruegue por la venida del Espíritu adorable a su vida. Sepa que usted, en el bautismo, lo recibió; pero posiblemente lo ha tenido en toda la vida olvidado, rechazado, contrariado, y no le ha permitido obrar plenamente en su existencia.

Únase al sentimiento adorable de Cristo y a su bautismo en el Espíritu Santo. Clame usted, por los caminos desolados del mundo, por donde usted camina, por las calles solitarias de la ciudad donde usted va absolutamente solo, clame usted con Cristo: Ven, Espíritu Santo, a mi vida; lléname en el alma, lléname en el corazón, lléname en el espíritu, lléname en todo lo humano, lléname de Ti. ¡Ven, Espíritu Santo!

# TOTAL ADHESIÓN Y SERVIDUMBRE

El misterioso y sublime camino por el cual es conducida una persona que es ungida y bautizada en el Espíritu Santo lleva a un punto supremo, a un momento excepcional en la vida, que es la absoluta consagración de la existencia a Dios. Esta consagración tiene, guardadas las proporciones, cierta lejana semejanza a la perfecta consagración que hizo la santísima humanidad de Jesús al Verbo de Dios en el seno de María, por obra del Espíritu Santo.

La santísima humanidad de Cristo fue consagrada, fue penetrada, fue asumida, fue transida por el Verbo adorable, de tal modo que ya no obró ni actuó ni tuvo iniciativa, sino llevada siempre por la inspiración, momento tras momento, del Verbo adorable, con el cual entró en perfecta servidumbre y unidad.

Qué inefable, qué santísima esa sumisión absoluta del hombre-Cristo, de la naturaleza humana que hay en Él, al Verbo de Dios. Qué obediencia, qué seguimiento, qué servidumbre de la humanidad adorable de Cristo hacia el Verbo, hacia el Hijo de Dios que la penetraba, la asumía, que la unía en unión hipostática y personal. Y qué apetecible que en nosotros se realizara algo semejante, por obra del Espíritu Santo.

Allá en el seno de María se cumplió inicialmente esta servidumbre, este sometimiento, esta perfecta adhesión de lo humano de Jesús al Verbo de Dios, por obra del Espíritu Santo. Esa es la obra suprema del Espíritu en un corazón fiel y dócil.

Supliquemos mucho, nosotros, humildes criaturas, imperfectas criaturas, distraídas criaturas, al Espíritu, que nos lleve este año a un momento de rendimiento absoluto a la voluntad de Cristo, a la Palabra de Cristo, al Verbo de Dios. De total servidumbre. De adhesión absoluta a Él. Este es el santo programa que deberíamos intentar, por obra del Espíritu Santo, este año, en este tiempo de madurez carismática.

Cuando el Señor nos llame, cuando el Señor nos invite, cuando llegue el momento propicio, con profunda sinceridad, posiblemente en un pequeño grupo de oración, después de una larga plegaria, hagamos el voto de perfecta servidumbre al Verbo de Dios, de todos los momentos de nuestra vida, de todas las acciones, de todas las situaciones.

Esto significa dejar la iniciativa de nuestra actividad absolutamente a Jesucristo. Es dejarnos llevar por su inspiración, por su imitación, por su estricto seguimiento, si posible, momento tras momento.

Esta es la obra de la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida. Entonces estaremos en la verdadera imitación de la naturaleza humana de Jesús, totalmente conducida, llevada, inspirada, poseída por el Verbo de Dios en cada uno de sus instantes, por la fuerza del Espíritu. Este es un proyecto santísimo que yo les ofrezco a ustedes como efecto de la presencia, de la inspiración, de la conducción del Espíritu Santo.

## ¡VEN, ESPÍRITU SANTO!<sup>134</sup>

¡Ven, Espíritu Santo...! Déjame hablarte en nombre de muchos... en nombre de los hombres. De los hombres que estamos en lucha, que estamos en oscuridad, que estamos en soledad. La lucha contra las tentaciones, la lucha de las pasiones... la inmensa y continua lucha de un cristiano en el mundo. Lucha de la juventud, lucha de la edad madura, lucha de la vejez. La lucha contra el amor y la lucha contra el odio; la lucha contra la miseria y la lucha contra la avaricia, contra la tentación de la riqueza; la lucha contra la pusilanimidad y la lucha contra la soberbia.

Tú eres la fortaleza y el consejo. Sin Ti es una mentira el hombre honrado. Cuando se nos dice de alguien que es “un hombre honrado”, que es “un hombre correcto”, que es “un gran caballero”, sin la gracia del Espíritu Santo, sin confesarse y sin comulgar, sabemos que eso no es cierto. Lo que sucede es que oculta sus debilidades, o que es una naturaleza empobrecida que no reacciona ni para el bien ni para el mal.

---

<sup>134</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

Para nuestra lucha es absolutamente necesaria la ayuda del Espíritu Santo. Un hombre con sus propias fuerzas humanas no puede ser siempre bueno, ni ser verdaderamente honrado ni fiel ni justo.

¡Ven, Espíritu Santo...! Ven a los que estamos en oscuridad: la oscuridad del pecado, la oscuridad del error, la oscuridad de la desgracia o del dolor. Tú eres la Luz de Dios, la luz que revela el sentido de todo. Tu luz ilumina el dolor, lo aclara, lo hace aceptable y le da una profunda belleza; sin tu luz, no hay nada en el mundo ni en el hombre que no sea nocivo o peligroso.

Tú solo puedes iluminar al que está en error. No hay palabra ni argumento ni razones que valgan para sacar a un hombre del error, de la herejía, de la apostasía, si no es atraído por el Espíritu Santo. Lo mismo el que está sumergido en la oscuridad del vicio o de las pasiones. A veces no hay ninguna voz humana que sea capaz de arrancar a un hombre de las tinieblas voluntarias: ni la voz del honor ni la voz de la esposa ni la voz de los hijos... sólo la voz y la luz del Espíritu Santo.

Ven, Espíritu Santo, ven a los que están en soledad... Fíjate cómo hay de soledades en el mundo; acércate a los hogares, hay muchos que están abandonados; en unos, falta el hombre, se fue con otra mujer; en otros, falta la mujer, se fue con otro. ¡Rompieron la unidad sacrosanta!, y se fueron por sus caminos, dejando en su casa soledad, y buscando ellos mismos la horrenda soledad del pecado.

Tú sabes mejor que yo cuántas soledades hay en el mundo y en la ciudad. Cuántos abandonados. Pero Tú, que ves, que penetras con tu mirada de Luz, contemplas no sólo la soledad material,

el abandono corporal, sino sobre todo la soledad espiritual de los que están cerca con sus cuerpos, pero lejos con sus almas; que no se comprenden, que no se aman, que se han separado y, sin embargo, nacieron para comprenderse, para amarse, y para estar unidos.

Ven, Espíritu Santo, Tú eres la unidad en Dios, y la unidad en los corazones de los hombres; ven, Espíritu Santo, a los hombres que estamos en lucha, que estamos en oscuridad y que nos hallamos en soledad.

# LÁVANOS Y PURIFÍCANOS<sup>135</sup>

En los días de Pentecostés brota el anhelo entrañable y suplicante, el antiguo ruego del hombre cristiano: ¡Ven, Espíritu Santo! Clamemos todos, desde los distintos lugares donde nos hallemos: ¡Ven, Espíritu! ¡Ven, Consolador único del hombre! ¡Ven, la única fuerza ante la tentación! Tú, el único camino viable hacia Dios. ¡Ven, Tú, el que das seguridad en lo invisible que creemos, en lo inaccesible que esperamos!

Ven, Espíritu Santo. ¡Necesito el amor de Dios, necesito el amor de Cristo, necesito el amor al hombre! ¡Necesito dedicarme a embellecer el mundo, a hacerlo justo y amable y, al mismo tiempo, tener los ojos fijos en el mundo futuro!

En Ezequiel 36, 25, leemos esta palabra: *Los lavaré a ustedes con agua pura, los limpiaré de todas sus impurezas, los purificaré del contacto de los ídolos, pondré en ustedes un corazón y un espíritu nuevos y quitaré de ustedes ese corazón duro como la piedra y les pondré un corazón dócil. Pondré en ustedes mi Espíritu y haré que cumplan mis leyes y decretos.*

---

<sup>135</sup> Ver: “El Espíritu Santo”

¿Quién es el Espíritu Santo? ¿Quién es ese que anhelamos, a quien tendemos, a quien esperamos, a quien necesitamos? Es la infinita y adorable fuerza amorosa que une al Padre y al Hijo. Es el vínculo que une al hombre con Dios. Es el que consuela, que ilumina, que nos hace decir: ¡Padre, Padre! (cf Rom 8, 15); que nos hace llamar a Jesús: ¡Señor! (cf I Cor 12, 3). El único que nos hace decir: Cristo yo te amo. El único que hace estremecer al hombre de fervor religioso, y lo ha hecho siempre, a lo largo de los siglos.

El Espíritu Santo es la infinita cercanía de Dios, que hace viable el camino a lo infinito y a lo imposible (cf Heb 11, 27). Es la infinita fuerza que necesitamos para orar, para leer la Escritura, para perdonar, para estar alegres en medio de la melancolía de la vida, para tratar de establecer la justicia y el amor en el mundo. De Él se dice en el Ezequiel: *He aquí yo infundiré mi Espíritu en ustedes y vivirán* (Ez 37, 14). El Espíritu Santo puede reavivar los huesos secos de nuestra vida y puede hacernos hombres nuevos.

Lávame, oh Espíritu, virtud purificante. Cura mis ojos, a fin de que puedan contemplarte. Oh Espíritu, esplendor inaccesible, haz que un rayo de tu luz eche abajo las escamas de mi antigua ceguera. Quiero sentirte penetrar en mi vida. Oh Espíritu Santo. Oh Persona divina, que puedes realizar lo que anhelamos. Oh Persona divina, que puedes cambiar el mundo cristiano: de frío y tibio, en ardiente y fervoroso. Oh Persona divina, cuya presencia anhela el mundo para prepararse a la última venida de Cristo.

Ven, Espíritu Santo, te clamamos en estos días. Cambia nuestra vida. Haz que sintamos tu cercanía, tu presencia cálida, tu presencia iluminante, tu presencia adorable.

## EL CAMBIO INTERIOR<sup>136</sup>

Yo no sé si ustedes sienten, a veces, un profundo deseo de un cambio interior. De que Alguien poderoso, creador, amigo, delicado, venga y transforme toda nuestra vida íntima. Cuando sentimos eso, estamos recibiendo el deseo del Espíritu Santo. Porque sólo Él puede hacer eso que anhelamos: cambiarnos interiormente, con delicadeza, con poder, con ternura, con una fuerza inmensa. Nuestra vida debe salir de la monotonía, entrar en la novedad que solamente nos puede ofrecer el Espíritu Santo.

No necesitamos cambiar las cosas. Esto quizá es imposible. No necesitamos cambiar el paisaje ni las personas. Lo que necesitamos es cambiar la luz bajo la cual vemos todas las cosas. Y eso precisamente nos lo da la presencia animadora del Espíritu Santo.

Ven, Espíritu Santo y haz ese misterio y ese milagro tan deseado desde la antigüedad, desde que el hombre se conoce a sí mismo y se siente solitario, insatisfecho, desde que el hombre es consciente de que es el único ser de la creación llamado a algo distinto de sí mismo.

---

<sup>136</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Espíritu Santo, todo lo que nos rodea es adverso a Ti, sólo nos habla de realidades oscuras y terrenas. Todo nos habla de la sexualidad, del egoísmo, de violencia. Pero nada es comparable a tu Palabra. Nada es eco de tu fuerza. Ven, adorable Espíritu Santo. Todo lo que me rodea me deja insatisfecho, me deja vacío, me deja triste.

Sólo Tú tienes el secreto de calmar, y de iluminado todo, con una voz nueva, con una luz nueva, llena de significado y de sentido. Tú me revelas la maravilla insondable del hombre, la dignidad del hombre, el destino del hombre. Tú me das la alegría de existir al lado del hombre. Y Tú me revelas a Jesucristo. Tú me descubres la inmensidad de Jesucristo, que vino al mundo y que es mi único Salvador.

A Él debo conocer por medio de la Escritura, a Él debo recibir en la eucaristía, con Él debo entrar en relación horizontal, por medio del hombre. ¡Ay! Espíritu Santo, desde el fondo de mi ser yo te imploro para que vengas a mí y para que vengas a los que están intranquilos, a los insatisfechos. A los que están descontentos, a los que miran a su alrededor y todo les parece vacío si no está impregnado de Ti.

# SERVIR A DIOS EN LIBERTAD<sup>137</sup>

Pensemos una vez más en Dios... Muchas veces las cosas humanas nos separan de Él. Los problemas, las angustias de la vida nos distraen de Él, cuando sólo Él es el que puede remediar todo, y el que lo explica y le da sentido a todo: al sufrimiento, a la muerte, a las injusticias...

Cuando Tú nos hiciste, oh adorable Dios, nos diste el don de la libertad... Todo lo que vive, excepto el hombre, está sujeto a la ley de la naturaleza. Las plantas velan en silencio. Los animales siguen la ciega necesidad de su ser. Sólo a los hombres Tú nos diste el misterio de decidirnos, de resolvernos por nuestra propia voluntad. Nosotros podemos obrar por nuestra propia cuenta... Somos dueños de nuestra propia obra y por nuestra obra somos dueños de nosotros mismos...

Debíamos servirte en libertad... Pero usamos mal de ella y nos rebelamos contra Ti. Desde esa rebeldía inicial, caímos en la esclavitud.

---

<sup>137</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Pero Tú no nos has abandonado a causa de nuestros rechazos... Tú enviaste a tu Hijo al mundo... y Él, Jesucristo, nos anunció una nueva libertad... Cristo nos llama a cada uno de nosotros y nos tiende su mano para que creamos en Él, para que confiemos en Él, para que nos sometamos a Él y nos libremos de la esclavitud.

Dame tu Espíritu Santo, para tender hacia la divina libertad en la cual se nos presenta Cristo... (cf 2 Cor 3, 17). Para anhelar la libertad de los hijos de Dios, que sólo Él puede dar (cf Rom 8, 21).

Nosotros vivimos en el mundo. El mundo nos empuja, nos ciega, nos ata. Estamos rodeados y sumidos por las fuerzas de la naturaleza... Ellas nos doblegan, nos inclinan... Pero el Espíritu Santo nos da la seguridad de que estamos llamados a la libertad, en Ti, Dios. Él puede ayudarnos para superar las necesidades y las luchas de cada hora de nuestra existencia. Para triunfar del mal que nos rodea y que nos solicita.

Tu Espíritu adorable, bajo la forma de amor a los hombres, puede hacernos puros y dar campo a tu santidad en nosotros... Él puede, en nuestra pobreza, en nuestro encadenamiento al pecado, darnos la esperanza de aquel día en el cual caen todos los lazos, y en el que se nos da participar de la libertad de los hijos de Dios.

Dame, oh Dios, tu libertad interior... La que me permite mirar hacia Ti, extasiarme en Ti, amarte a Ti, a pesar de que estoy rodeado de pecado, a pesar de mis ocupaciones, a pesar de mis tentaciones, a pesar de tantas cosas que quisieran encadenarme... Rompe las cadenas que me unen al pecado...

Nadie fuera de Ti es capaz de quebrantarlas. Ni las súplicas ni las consideraciones humanas, ni la palabra ni el honor, ni el solo nombre del deber es suficiente para hacerme libre de mis ataduras, de lo que me encadena... Sólo Tú me puedes librar. Tú, que sabes lo que te estoy diciendo... en nombre de muchos hombres.

## DIÁLOGO ÍNTIMO<sup>138</sup>

Debemos pensar con frecuencia en el hecho inmensamente misterioso y conturbador de que Dios hizo el mundo, y las cosas... Ellas no brotaron de ningún abismo, de ninguna exigencia íntima... sino de la poderosa y adorable mano de Dios... Dios hizo los seres en la verdad y en la fuerza que les corresponden.

Sólo a nosotros, los hombres, nos hiciste, oh adorable Creador, con capacidad para comprender las formas de los seres: con ojos para contemplarlos, con oídos para captar sus mensajes... y con corazón para conmovernos ante el universo...

Entre todas esas cosas sordas, en medio de las fortunas y de la vida, Tú, Dios... enviaste a tu Hijo. En la plenitud del tiempo, Él se hizo hombre y ahora permanece para siempre entre nosotros como la viviente revelación de tu ser... Su conducta, su acción, su palabra y su destino, todo te anuncia a Ti, Dios, de quien el mundo no sabía nada... antes de Cristo.

---

<sup>138</sup> Ver: "El Espíritu Santo"

Por eso nosotros te suplicamos, nosotros los pobres hombres, que nos des ojos para contemplar a Jesucristo... que nos abras los oídos para comprender su Palabra... que nos prepares el corazón para conmovernos ante su Corazón, y que nos enseñes a poner nuestra mano entre sus manos divinas.

Jesucristo es la luz del mundo, pero también es el signo de contradicción... Todos estamos en peligro de escandalizarnos ante Él... De rechazar su ley, de apartarnos de su camino... Sólo tu gracia nos puede hacer aceptar a Jesucristo en la gravedad de su mensaje, en los sacrificios que Él implica... en los desgarramientos humanos, en el esfuerzo doloroso que exige el seguir detrás de sus pisadas.

Enseñanos, oh Dios, por medio de tu gracia, a reconocer y aceptar el misterio del nuevo empezar... ¡Comenzar de nuevo! Hacer tabla rasa de lo humano, de lo que es natural, de lo que aparentemente es obvio y sencillo... para seguir el extraño y divino camino de tu Reino en nuestro corazón...

Cuando pensamos en esto, cada uno de nosotros sabe a qué hace alusión el Espíritu Santo en nuestra alma. Hace alusión a algo íntimo que está impidiendo toda nuestra marcha hacia Cristo... que está destrozando nuestra vida interior, que nos tiene torturada la conciencia, aunque aparentemente siempre tengamos pretexto para defender nuestra indigna conducta y nuestra infidelidad.

Danos, oh Dios, el nuevo empezar por medio de Jesucristo.

# BENDITA TÚ, ENTRE LAS MUJERES<sup>139</sup>

Hablemos sencillamente de María. De la Virgen desposada con un varón que se llamaba José. De la Virgen cuyo nombre era María; de la Virgen a quien el ángel saludó diciéndole: Salve, muy agraciada, salve muy favorecida, ¡salve, llena de Gracia!

De la Virgen que oyó de Gabriel esta palabra: “El Señor es contigo, bendita Tú entre las mujeres”. De la Virgen a quien el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y llamarás su nombre Jesús”.

De María, a quien el ángel tranquilizó diciendo: “No temas, el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. El Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios”. De María, que dijo abrumada de amor: “He aquí la sierva del Señor, hágase conmigo conforme a tu palabra”.

---

<sup>139</sup> Ver: “La Virgen María”, Colección Obras Completas No. 2, Bogotá, 2005.

De María, a quien Elizabeth al verla exclamó con gran voz: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre” (Luc. 1). Vamos a hablar en esta tarde en que yo estoy escribiendo rodeado de unos árboles antiguos y de un absoluto silencio; vamos a hablar sencillamente de María; de María, la escogida por la Santísima Trinidad para ser su morada.

De María, la belleza más grande que apareció en el universo. No hay criatura más linda, más santa y más amante y más humilde y más tierna y más bondadosa y más misericordiosa y más importante y más dotada de atributos que la Virgen María.

María fue la Madre de Cristo, la Madre de Dios. Es impensable su amor hacia la Trinidad. Son inimaginables los coloquios, los éxtasis, la adoración, las plegarias que dirigió María a la Trinidad.

Nadie puede imaginar lo que pasó en el patiecito de la casa de Nazaret, donde María oraba en unión con Jesucristo. Tal vez lo tomaba de la mano para orar juntos. Aquello era sublime, inmenso y silencioso. María con Jesús orando. Orando al Padre, orando al Hijo con la adoración que le enseñaba el Espíritu Santo.

Quién hubiera sido testigo; quién pudiera intuir algo; quién hubiera mirado a los ojos de Jesús, los ojos de María; orando unidos, oraban a Dios, oraban al Verbo, oraban al Espíritu Santo.

Y este Espíritu Santo los inundaba, los bautizaba con fuego divino. Quizá los momentos más admirables, más adorables de la Vida, eran cuando en las mañanas en Nazaret y en las tardes

doradas al frente del mar de Galilea, tomada de la mano de Jesús, oraba en silencio y miraba el atardecer con las estrellas nacientes.

¿Pensaste Tú en mí entonces, María? ¿Pensaste en nosotros? Yo quiero recordar los momentos maravillosos de tu vida; los mejores que pasaste en la tierra.

¡Yo no quiero pedirte nada, María! Yo sólo quiero mirarte arrodillado desde aquí, desde este año lejano, desde esta época, desde este lugar, quiero quedarme mirándoos a los dos, cogidos de la mano y orando a Dios Infinito.

¡Qué momento, María! ¿Te acuerdas de Él? Fue posiblemente lo más bello que pasó en el mundo. La Madre Virgen y el Hijo Virginal.

Yo quiero verte en aquel patio, donde posiblemente multitud de pajaritos extasiados miraban la escena.

Yo quiero aprender a orar solamente mirándoos a vosotros dos, cogidos de la mano, orando al Padre en el Espíritu Santo.

Cuando yo ore también, estaré mirándoos a vosotros dos. Yo no sé nada, María. Yo no sé nada de lo que pasaba en esa adorable soledad. Jesús tenía 18 ó 20 años. Era la belleza del universo. Era el sabio, era el fuerte, era el bondadoso, era el dueño del cosmos; y Tú estabas a su lado, Tú tomando su mano entre tus manos.

Yo no sé lo que pasó ahí. Pasó la gran ternura, la gran intimidad. Yo quiero que todos los que vean este papel os miren también.

Quisiéramos alcanzar a oír algunas palabras de las que vosotros os decíais. Hablabais de lo que puede hablar una criatura ante el Infinito Ser amoroso que es Dios.

Aprendamos los hombres a orar de este modo, unidos, cogidos de las manos. Estemos de rodillas todos vuestros devotos; estemos de rodillas simplemente mirándoos, simplemente contemplándoos, sin decir una palabra. ¡Dios te salve, María, unida de las manos de Jesús! Dios te salve, Jesús, apretando en tus manos fuertes y cálidas la mano virginal y purísima de María.

Vosotros no podíais separaros. Nosotros los hombres tampoco os vamos a separar; a ninguno de los dos os gusta estar separados.

La verdadera devoción a María es siempre con Jesús. La verdadera devoción a Jesucristo es orar a Él, unido a Ella.

Actualmente amamos mucho a Cristo. Por todas partes, grupos de jóvenes católicos expresan su amor con una magnífica conducta y con una gran devoción al Señor.

Por todas partes, pancartas que dicen: Jesús viene, Jesús salva, Jesús sana, Jesús libera. Pero que ninguno se atreva a separar a Jesús de María. Que ninguno se atreva a borrar de su recuerdo aquella escena adorable de Jesús y María, sentados en unas

gradas que había en el patio de la casa, donde por las mañanas, antes de ir al trabajo, y por la tarde, cuando Él regresaba de su labor, los dos se miraban en silencio, como ninguna madre ha mirado a su hijo, como ningún hijo joven se ha quedado extasiado mirando a su madre.

Yo no quiero pedirte, María, nada, ni que me des salud, ni que me des dinero, ni que me des alegría, ni que me des paz, ni honores.

No quiero nada. Sólo quiero mirarte, María, como Jesús te miraba, cogido de tus manos, y nada más. ¡Mirarte, mirarte y esperar la muerte!

## LA PASCUA DE MARÍA<sup>140</sup>

El 15 de agosto celebramos en la Iglesia la fiesta de la Asunción de María. Esta fiesta significa que Nuestra Señora ha pasado en cuerpo y alma al más allá, a la resurrección de la vida eterna y se ha asociado para siempre con Cristo resucitado.

Estas palabras humanamente nos crean grandes interrogantes, se trata de un nuevo estado, de una situación, de la que no tenemos idea exacta, ni la menor imaginación. Es la Virgen vestida de sol, con una irradiación interna de belleza cegadora, es la plenitud de la gloria que Dios reserva a sus elegidos. La luz, la gloria, el éxtasis, la penetración de la divinidad. Todo esto es incomprensible, este es el estado de María transfigurada y asunta. Esta María, Madre de Cristo, que pasó pobre, silenciosa y opaca en el mundo. Ha recibido la transfiguración de la gloria y del paraíso. La asunción de María en el cielo es la proyección más preciosa de la resurrección de Jesús y es base de nuestra esperanza.

Nosotros creemos absolutamente, a pesar del total silencio que rodea el más allá, en nuestra propia resurrección. Creemos que después de la muerte el Santo y el Divino que se llama

---

<sup>140</sup> Ver: "La Virgen María"

Cristo nos resucitará y nos hará penetrar en el inefable mundo del más allá. La perspectiva preciosa que hay para el cristiano es el cielo, donde está Jesús, donde está María, donde están los ángeles. Suenan extrañas estas palabras en el mundo actual rodeado de todas las realidades y de todos los ruidos y de todas las técnicas modernas. Sin embargo todo eso nos deja insatisfechos. Nos deja melancólicos. La perspectiva preciosa que hay para el cristiano es el cielo.

Acordémonos de las palabras de san Pablo: “Nuestra ciudadanía está en el cielo”. Volvamos a nuestra fe de niños que es la verdad. Digamos con humildad: Yo creo, María que estás en el cielo, en cuerpo y alma. Creo que te veré con mis ojos, al lado de Jesucristo, reinando sobre los ángeles. Te veré como un sol en medio de lo más selecto de la humanidad que se llaman los santos. Se por fe que lo más bello, que lo más importante que le acontece a un hombre, está reservado para más allá de la muerte, para más allá de lo visible, para más allá de lo conocido.

Hagamos, con ocasión de la Asunción de María, el más puro acto de fe en la trascendencia, en nuestra inmortalidad, en nuestra vida futura y eterna.

La fiesta de la Asunción de la Virgen María al cielo es la fiesta principal de María, su triunfo, su encuentro para siempre con Jesucristo, su entrada misteriosa al hogar del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que la habían hecho la preferida del universo. Es verdad que el centro de toda nuestra devoción es Jesucristo. Es verdad que estamos buscando ansiosos el camino hacia Él, la sumisión a su evangelio, el seguimiento de sus virtudes, pero no dejamos por esto, a un lado a María.

María es la Madre de Jesús, la escogida, la llena de gracia, la llena del Espíritu Santo, la primera cristiana, la madre de la Iglesia.

En este lejano planeta sumergido en la vía láctea, María fue la que mereció que Jesús se acercara al universo y se encarnara en sus entrañas. Ella es la mujer increíble de la historia.

Algo sucedió en su corazón, algo que no tiene nombre ni medida, y que es inefable, que atrajo al adorable Jesucristo, para que viniera a la tierra.

Nadie sabe qué amor, qué ternura, qué clamor brotó de María para que el adorable Dios la mirara y se hiciera hombre en ella.

Los católicos creemos que María después de morir resucitó en cuerpo glorioso y penetró en la inmensidad de Dios, cerca de su Hijo...

Los católicos creemos que María es nuestro ejemplo, nuestra madre, nuestra intercesora. Es verdad que a cada momento buscamos a Jesucristo. Es verdad que de nuestros labios no se aparta la alabanza al adorable Hijo de Dios hecho hombre, nuestro Salvador, a quien vamos a ver dentro de breve tiempo.

Pero María es la madre de Jesús. Por eso la amamos y le damos un puesto excepcional entre los servidores del Señor.

En el misterio de la Iglesia, ella misma, madre y virgen, la Virgen María ocupa el primer puesto, ella es el modelo en la fe y en el amor.

Ella, que engendró en la tierra al Hijo del Padre, sin conocer hombre, y que fue envuelta del Espíritu Santo en el misterio más indecible que han visto los siglos.

La Iglesia, en persona de la Virgen María, alcanzó la perfección que la hizo sin mancha y sin arruga. Por la Virgen María, la primera cristiana, nuestra Iglesia es santa, virginal, pura y sin mancha.

A nuestros hermanos separados no hay duda de que les hace falta la dimensión maternal de la Virgen María.

Hay algo en sus palabras, aunque sean de amor a Jesucristo, que delata la ausencia de la madre. Con qué gusto la Iglesia verá algún día, no lejano, a todos los que creen en Jesucristo, reunidos en el amor y en la aceptación de María cómo madre y como intercesora.

Nosotros, los católicos, debemos ahondar nuestro amor a Jesucristo, nuestra fidelidad al evangelio, punto a punto, pero nunca abandonemos el seno maternal de la Iglesia en que se encuentra la Virgen María. ¡Oremos! Virgen María, Madre de Jesús. Virgen María, llena del Espíritu Santo. Virgen María, Madre de los hombres, intercede ante Jesús el adorable, el maravilloso, para que nosotros seamos fieles seguidores del evangelio. Intercede para que la venida de Jesús al mundo sea pronto. ¡Ven Señor Jesús!

# MARÍA SANTÍSIMA<sup>141</sup>

Un tesoro muy maravilloso del catolicismo es el de su confianza en María Santísima. Ese poder mirar a la Virgen silenciosamente, seguros de que ella está a nuestro lado. De que ella, por encima de todas nuestras miserias, nos salvará y nos obtendrá el perdón de parte de Cristo.

Saber que María es nuestra Madre, que tenemos acceso a ella. Que ella conoce el barro de que estamos hechos, que sabe lo compleja que es la existencia humana.

Poderle decir a alguien que no se ve, que no se toca, que no se muere, que es la omnipotencia suplicante, poderle decir: “Madre, Madre mía”. Mientras tengamos esta confianza en María, mientras tengamos este recurso interior que se ramifica por todas las arterias de nuestro ser y nos llena de paz, de alegría, de tranquilidad, estamos seguros, aunque hayamos muchas veces rechazado lo divino, aunque hayamos sido infieles a Cristo, aunque hayamos sido débiles. María, Madre, se extiende con una tan poderosa fuerza sobre todo el ámbito de nuestra existencia que siempre nos ofrece el camino de la reconciliación.

---

<sup>141</sup> Ver: “La Virgen María”

Ella, con su Hijo en su regazo, es nuestra salvación. En nuestra inmensa lucha por ser fieles, en nuestro paso vacilante hacia la perfección, lleno de retrocesos y de recomienzos en que muchas veces tenemos la tentación de desesperar de nuestra llegada, la presencia de María Madre nos da un aliento verdaderamente divino. María es el más adorable regalo que Dios ha hecho al universo y a sus pobladores.

Puede muy bien ser que lejanos planetas sean habitados. Puede ser que sus moradores vivan miles de años y sean maravillosamente inteligentes y tengan una cultura fantástica, pero si no conocen a nuestra Madre, María, si no poseen un refugio en sus agonías interiores, seguramente les falta lo más bello de la existencia. Entonces sí vale la pena hacer los viajes interplanetarios para enseñarles el nombre de nuestra Madre, María, y la divina realidad de Jesucristo.

# LA PRESENCIA DE MARÍA<sup>142</sup>

La presencia de la Virgen en nuestra vida es una realidad. A veces la sentimos como una evidencia. Ella es la que nos aleja las tentaciones, la que nos hace hallar el camino de Dios, cuando lo hemos perdido.

Muchas veces sentimos su mano maternal y discreta cerca de nosotros. La reconocemos sin equivocaciones. La vida de un hombre y mucho más la de un cristiano es profundamente compleja y misteriosa y difícil.

Hay momentos en que nos sentimos incapaces de triunfar en nuestras luchas íntimas; en que palpamos que el peso del mal, la atracción casi invencible que ejerce, es superior a nuestras fuerzas.

Llamo mal a la infidelidad a Dios en cualquiera de sus formas, sea cobardía ante un compromiso, cobardía ante un deber, deseo de llevar una vida tranquila y sin problemas. Todo eso es mal. Vivir luchando contra el mal. Mantener perpetuamente un ideal. Saber comprometernos en el bien arduo, con Cristo, sólo nos lo permite la presencia y la ayuda de María Madre.

---

<sup>142</sup> Ver: “La Virgen María”

La presencia de la Virgen María en nuestra vida es de una palpable realidad. Sentimos que alguien nos libra, que alguien nos protege, sentimos que alguien nos da gracias y fuerzas inesperadas.

Cuando pensamos que vamos a sucumbir inesperadamente, llega la ayuda. La Virgen María interviene a todo lo largo de nuestros años. Ella lucha sin tregua en favor de la victoria de Dios sobre nuestro mal. Cada día sentimos más intensamente esa intervención de María.

Escuchemos la voz de nuestra Madre celestial y seamos niños con ella. Con María, nuestra madre, nunca debemos ser mayores, sino sencillos y dóciles como niños. Propongámonos no contristar a la Virgen. Sólo ella puede hacer que seamos fieles a Dios en todo. Sólo ella puede ayudarnos a ser no hombres perpetuamente tranquilos, sino hombres comprometidos al bien.

# MARÍA, PRESENTADA A DIOS<sup>143</sup>

Es muy bello celebrar la fiesta de la Presentación, de la dedicación de la Santísima Virgen a Dios. Es el recuerdo del hecho de que María se consagró totalmente a Dios, en su cuerpo, en su alma, en su tiempo, en todo lo que le pertenece. María, desde que tuvo uso de razón, se entregó, se consagró al servicio de Dios.

Ella es ejemplo para nosotros, criaturas racionales que debemos consagrarnos a Dios. Consagrar todo el complejo de nuestras pertenencias, de nuestras circunstancias y de todos los momentos de nuestra vida.

Uno, como hombre y como cristiano, debe consagrar su cuerpo, su alma, su inteligencia, su voluntad a Dios. Debe divinizar la vida. Nuestro cuerpo consagrado a Dios por el bautismo y por una libre determinación personal.

Nosotros, como cristianos, debemos estar consagrados a Dios en todos nuestros aspectos; no manchar nuestro cuerpo con pecados, no profanar nuestro templo del Espíritu Santo.

---

<sup>143</sup> Ver: “La Virgen María”

Debemos consagrar a Dios nuestra inteligencia y dedicarla al servicio de los hombres, no al mal, no al pecado.

Consagrar nuestra voluntad a Dios. Amarlo con total dedicación. Dedicar nuestra memoria a Dios para recordarlo frecuentemente. Debemos consagrar nuestro tiempo a Dios, nuestros momentos.

Me estoy dirigiendo al grupo de cristianos fervorosos que hay en Colombia. Consagrémonos personalmente, en un acto íntimo, libre, a Dios Infinito, en todas nuestras actividades, como la Virgen María, cuya fiesta de consagración celebramos.

# LA ESCLAVA DEL SEÑOR<sup>144</sup>

María es la mujer excepcional a quien Dios confió el cuidado de la encarnación. La realización histórica del misterio del Verbo Encarnado fue sometida a la libre aceptación de la Virgen María. El éxito de la encarnación y de sus designios fue dejado en las manos de esta doncella, hija de los hombres, para que llegara a ser la maravillosa colaboradora de Dios.

El prodigioso destino de María está ligado al misterio de Cristo. Al misterio del amor de Dios. Dios salva al mundo por medio de Jesucristo, pero todo el misterio humano de Jesucristo depende de María.

Por cualquier aspecto que contemplemos el mundo, Jesucristo está en el fondo de todas las cosas. Pero María tiene un lugar excepcional en la presencia y en la acción de Jesucristo en las cosas. A Ella Dios le confió el cuidado de la encarnación.

“He aquí la esclava del Señor. Hágase en mi según tu palabra”.  
¡Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros!

---

<sup>144</sup> Ver: “La Virgen María”

Y María llegó a ser Madre de Dios. Todo lo que suceda después, todo el misterioso camino de las almas, todo está vinculado a Jesucristo y por tanto a María.

Desde que María es Madre de Jesucristo, todos nuestros destinos espirituales echan raíces en ella. Jesucristo es el centro del universo y de la historia. Y el punto de partida de Jesucristo es María.

Si no hemos de explicar absurdamente las cosas por lo fatal y por el sino, debemos explicarlas por la Providencia, por Jesucristo y por María.

Volvamos hacia Ella nuestra mirada. Digámosle, como si fuéramos niños: Te ruego, Madre mía, que me conduzcas en todos mis caminos. ¡No digas que no puedes: porque todo poder te ha sido dado en el cielo y en la tierra! No digas que no quieres: porque tú eres nuestra madre.

Si no pudieras de veras socorrernos, te excusaríamos diciendo: ¡Es verdad que es nuestra madre, pero la pobrecilla no puede más!

Si no fueras nuestra madre, nos resignaríamos diciendo: ¡Es verdad que es rica para socorrernos, pero, como no es nuestra madre... no nos ama!

Pero ya que eres Madre y ya que eres poderosa no puedes negarte. ¡Ten compasión de nosotros, tus hijos! ¡Líbranos de la tentación! ¡Condúcenos a Cristo! ¡Tú, la mujer maravillosa, a quien Dios confió el cuidado de la encarnación!

# MARÍA Y EL ÁNGEL<sup>145</sup>

En el evangelio de san Lucas leemos el relato emocionante, conmovedor de la anunciación de Jesús (capítulo primero, versículo 26): “En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ‘Salve, llena de gracia. El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres’; mas ella, cuando lo vio, se turbó por sus palabras y pensaba qué salutación sería esta.

“Entonces el ángel le dijo: ‘María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús. Este será grande, y será llamado el Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin’.

“Entonces María dijo al ángel: ‘¿Cómo será esto? Pues no conozco varón’. Respondió el ángel y le dijo: ‘El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo cual también el santo ser que de ti nacerá será llamado

---

<sup>145</sup> Ver: “La Virgen María”

Hijo de Dios'. Entonces María dijo: 'He aquí la sierva del Señor. Hágase conmigo conforme a tu palabra'. Y el ángel se fue de su presencia".

Este es el relato del Anuncio de Jesús, según san Lucas. Esta es María la Virgen. Este fue el silencio de aquel día. Esto fue lo sobrecogedor, lo abrumador que aconteció en la historia del mundo y permanece para siempre.

Nunca adoraremos suficientemente desde entonces, nunca desde entonces agradeceremos debidamente. Nunca nos sumiremos adecuadamente en pasmo, en éxtasis ante este hecho portentoso.

María la Virgen, la soledad y el silencio del planeta.

Este hecho inconmensurable de que el Creador se hospeda nueve meses en el seno de una criatura. El acontecimiento cósmico de la presencia del Verbo de Dios en un pequeño país del mundo, escogido y selecto: Palestina.

# LA DEVOCIÓN DESINTERESADA DE SAN JUAN EUDES A LA SANTÍSIMA VIRGEN<sup>146</sup>

La devoción a la Santísima Virgen, cuyo aroma está perfumando suavemente el país en estos días, ha tenido, a lo largo de los siglos, grandes maestros y doctores: san Cirilo de Constantinopla, san Efrén, san Cirilo de Alejandría, san Bernardo de Claraval.

San Juan Eudes es también uno de esos guías. Pocos han comprendido de un modo tan sublime y tan dogmático esa devoción como él, que fue el revelador del Corazón de María al mundo.

San Juan Eudes fue un discípulo aventajadísimo de aquel maravilloso teólogo que iluminó con los relámpagos brillantísimos de su genio la devoción cristiana del siglo XVII, y de quien hizo el elogio más digno que en lengua francesa se ha hecho de la Madre de Dios. nos referimos al sublime cardenal de Bérulle.

---

<sup>146</sup> Escrito en 1941. Ver: “La Virgen María”

El distintivo de la devoción en Bérulle y en Eudes es la elevación de miras, la lejanía perdida, en que ellos colocan la devoción a la Virgen, de todo egoísmo, de toda enumeración desgarbada e indelicada de nuestras miserias ante María.

Según las normas de la escuela eudística, el orden es absolutamente distinto. Primero la adoración, primero el agradecimiento extático ante los beneficios de que Dios acumuló a nuestra Señora; y después, mucho después de dilatarse por los espacios de la caridad, viene el recitar humilde y tranquilamente la letanía de nuestras penas, de nuestras esperanzas.

Oigamos a san Juan Eudes dándonos las normas de la verdadera devoción mariana:

“Jesús y María están tan estrechamente unidos que quien ama a Jesús ama a María, y quien a Jesús ve, a María ve”.

Estamos entrando a la cámara secreta del método de alabanza y de hiperdulía que rige a los hijos del santo.

“Ya que es un deber nuestro continuar las virtudes y poseer los sentimientos de Jesús, debemos continuar también y poseer sus sentimientos de amor, de piedad, de devoción, por su santísima Madre”.

He aquí el motivo principal para amar a nuestra Señora: porque Jesús la amó... Estamos lejos de cualquier interés propio, de cualquier pensamiento de gajes y de logros. La amamos principalmente porque Cristo la amó.

Pero continuemos escuchando al extático Sacerdote de Normandía... “La amó perfectamente, la honró altamente al escogerla por madre, al darse a ella en calidad de hijo, de ella tomando vida, a ella sometién dose, consultando su parecer para toda su conducta exterior durante su vida de infancia y de retiro.

“Para continuar en la tierra esa piedad y devoción de Jesús para con su Santísima Madre, debemos tener especial devoción hacia ella y honrarla particularmente”.

Continuemos leyendo una página sublime, cuya alteza de miras quizá jamás hemos hallado en centenares de libros que tratan sobre este mismo asunto...

“Debemos mirar y adorar a su Hijo en ella, y a nadie más mirar ni en ella adorar. Así quiere ser honrada. Ella de sí misma nada es, pero Jesús es todo en ella. Su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder, su grandeza.

“Hay que agradecer al Verbo la gloria que se ha dado a sí mismo en ella, y por medio de ella. Démosle gracias a Cristo por la gloria que en María encontró”.

Hasta ahora, en lo que llevamos copiado, no aparece por ninguna parte la lista de nuestras peticiones. Estamos todavía sumidos en la contemplación de su misterio, del misterio de su predestinación, y esa contemplación nos hace olvidar nuestras propias y efímeras penas. Pero aquí viene la petición eudística:

“Pidámosle a Jesús que nos dé a María: que nuestra vida y nuestras acciones le estén consagradas. Pidámosle a María que nos haga partícipes de su amor hacia su divino Hijo. Pidámosle a Jesús que se sirva de nosotros para honrar a su Madre... o, mucho mejor, para honrarse en Ella”.

Talvez habremos leído frases más elegantes, sentimientos más floridos en honor a la Virgen. Pero prosa más densa de sublimidad, en que se camina chapoteando por una masa pesada de dogma, de amor, de nobleza, quizá en todos los manuales marianos no existe.

En uno de sus maravillosos exámenes particulares, san Juan Eudes sintetiza así la devoción a la Santísima Virgen:

“Adoremos a Jesucristo en el grandísimo amor que tuvo y que tendrá perpetuamente a su amabilísima Madre.

“Démosle gracias por los efectos de su amor hacia Ella y por habérnosla dado por Madre... Pidámosle perdón por nuestras ingratitudes, hacia Él y hacia su bondadosa Madre.

“Entreguémonos a Él para entrar en su amor hacia tal madre y en el celo que tuvo por su honor. Pidámosle que nos haga partícipes de ese celo y de ese amor”.

Difícilmente se encuentra una pista de arranque más enmarañada de motivos, cada uno poderosísimo para el amor, ni una oración más teológica, más teocéntrica que ésta.

Otro ejemplo:

“Adoremos a Jesús como hijo único de María, a quien nos dio por Madre. Démosle gracias por haberla escogido para sí y por habérmola dado a nosotros. Pidámosle perdón tanto al Hijo como a la Madre, por nuestras ingratitudes y ofensas.

“Démonos a Jesús, hijo de María, y supliquémosle que nos haga partícipes de su espíritu de hijo para tal madre. Entreguémonos a María y supliquémosle que nos rija y nos gobierne y haga en nosotros vivir y reinar la adorable voluntad de Dios y el espíritu de su divino Hijo”.

Compartamos esta maravillosa concepción de la piedad hacia la santísima Virgen con cualquier otra oración que no pertenezca a esta escuela, y veremos una gran diferencia, la diferencia del éxtasis, del arrobamiento de lo divino a la mirada triste y angustiada sobre nuestras necesidades de un momento.

Todos conocemos de memoria la plegaria de san Bernardo: “Acordaos, o Piadosísima Virgen María, que no se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a Vos, que ninguno de los que han implorado vuestro auxilio, ninguno de los que han suplicado vuestra protección haya sido abandonado.

“Animado con tal confianza, a vos, Madre de las Vírgenes, corro, a vos vengo, ante vuestras plantas, pecador sollozante, me presento... No despreciéis, Madre del Verbo, mis palabras, sino más bien escuchadlas propicia. Amén”.

Este es un ejemplo clásico de dos místicas. La una, de una grandiosidad magnífica, con los ojos mirando sólo a Dios... se olvida de las propias necesidades. La otra, más humana, más triste, abre el fardo de las propias pesadumbres ante la Celestial Señora.

Pero continuemos con otras oraciones. ¿Qué oración más conocida ni más amada de todos que aquella en que Pedro de Compostella sintetizó todos nuestros humanos votos, nuestras temblorosas súplicas a la Virgen? Nos referimos a la “Salve Regina”: Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia... es decir, de compasión para nosotros. (Nuestro interés, legítimo, es verdad, pero humano, insignificante en relación con los intereses divinos y con la adoración a que lleva san Juan Eudes).

“Vida y dulzura y esperanza nuestra... A ti clamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos gimiendo y llorando... Ea, pues, Señora y abogada nuestra, a ti clamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre, o clemente, o piadosa, o dulce siempre Virgen María.

¿Dónde está aquí en esta oración tan popular y por otra parte tan bella, dónde está la adoración al Verbo por haber escogido a María para Madre suya? ¿Dónde la adoración a Cristo como a hijo de María?

Estamos en verdad en un plano humano, muy justificado, es verdad...

Terminemos este corto estudio acerca de la devoción a la Santísima Virgen en san Juan Eudes, comparando la oración que sigue a las letanías lauretanas, obra de un antiguo monje de la edad media, y la oración con que san Juan Eudes termina las letanías al Corazón de María.

Son dos puntos de vista perfectamente distintos de venerar a la Santísima Virgen. La primera dice: “Te suplicamos, oh Señor Dios, que nos concedas, a nosotros tus siervos, gozar de una perpetua salud de cuerpo y de alma, y por la intercesión de María, siempre Virgen, ser libres de la tristeza presente y gozar de la futura alegría”.

Y san Juan Eudes: “(Os adoramos) omnipotente Dios que quisiste que el corazón de María fuera sagrario de la Divinidad, trono de virtudes, tesoro de santidad”.

Todavía no nos hemos acordado de nosotros mismos. Estamos en la adoración silenciosa ante la vocación, ante la predeterminación magnífica de María. “Os suplicamos...” ¿Qué pedirán san Juan Eudes y sus hijos? ¿Acaso su salvación, su salud? ¿Sus despreciables preocupaciones humanas? No: pedirá algo infinitamente más trascendente:

“Os suplicamos, por sus méritos y por sus plegarias, llevar siempre la imagen del Corazón de María en nuestro propio corazón, de modo que...”. ¿De modo que nos salvemos?... Absolutamente: es mucho más alto y desinteresado el deseo: “De modo que por esta imitación, haciendo siempre su voluntad, seamos hechos según tu corazón... eternamente”.

# RETORNAR A MARÍA<sup>147</sup>

Tenemos que retornar a María. Tenemos que saber que ella es la Madre de Jesucristo, la preferida, la relacionada, la santa, la bellísima criatura que acunó a Jesucristo durante nueve meses, en un ambiente inmaculado.

Debemos retornar a María. Nuestro gran amor a Jesucristo nos debe aumentar nuestro amor a María. Nadie ama a Jesucristo si no ama a María también.

El privilegio de ser inmaculada en su concepción, de no haber sido manchada con el pecado original, hace de María la criatura hermosa del universo, después de Jesucristo.

Actualmente se ha despertado un maravilloso amor a Jesucristo en el mundo, por todas partes es Jesucristo el centro del corazón de todos los jóvenes, de muchos adultos. Católicos y protestantes están retornando con un fervor inaudito a Jesucristo. Sin embargo, no podemos olvidar a María; para que nuestro amor a Jesucristo sea auténtico, debe estar unido al amor a María, con una mayor ternura y una delicadeza especial a nuestro amor a Dios.

---

<sup>147</sup> Ver: "La Virgen María"

En esa súplica que todos estamos haciendo para que el Espíritu venga a nosotros, debe estar presente María, como intermediaria, como la mujer maravillosa que está presente en el misterio de nuestra salvación.

Cuando estemos tristes, recordemos a María. Cuando desesperemos, volvamos los ojos a María. Cuando las olas de la tempestad amenacen sumergir la balsa frágil de nuestra vida, acordémonos de María. Miremos a María.

Hagamos de nuestra devoción a Jesucristo el centro de nuestra vida; pero al lado, siempre al lado de donde está María.

# EL VERBO HECHO CARNE<sup>148</sup>

En estos días hay una palabra escrita con inmensas letras de amor, a lo ancho del universo: esa palabra es: “El Verbo se hizo carne”.

Estamos conmemorando la encarnación del Hijo infinito de Dios, del Pensamiento de Dios, del Logos, del Verbo. Algo impensable, algo conmovedor, hasta las lágrimas, hasta la adoración, hasta el abismamiento de toda la creación.

Aconteció en Nazaret. Una virgen llena de gracia, una virgen muy favorecida fue escogida por Dios para que en ella se realizara el misterio de todos los siglos: La encarnación, el infinito Verbo, el infinito Hijo, el infinito Creador asumió la pequeñez y la estrechez de la naturaleza humana en el seno de esa doncella.

Y el Verbo se hizo carne. Nunca tendremos lágrimas, nunca tendremos adoración, nunca tendremos fe ante este portentoso misterio. Bendita tierra que vio la encarnación del Hijo de Dios.

---

<sup>148</sup> Ver: “La Virgen María”

Benditos nosotros que hemos conocido este misterio y lo hemos creído, y estamos profundamente conmovidos ante Él. Estos días son de alegría, pero no de pecado.

Estos días no pueden ser de ateísmo, estos días no pueden ser de distracción, no pueden ser de embriagueces. Yo quiero invitar a todos mis oyentes, a los campesinos, a los habitantes de los pequeños pueblos y de las ciudades medias, y de la capital, a adorar profundamente el misterio de la encarnación de Jesús. A unirse a los actos infinitos que producía el Verbo de Dios, de adoración a su Padre desde el seno de María, estrenando el regazo de María. Tan estrecho, tan adorable.

Quiero invitar a todos los cristianos a unirse a los actos de María, con que adoraba a su Divino Hijo, haciendo los primeros movimientos en su regazo. Todo es silencioso, todo es conmovedor, todo es abrumador.

Piense usted con frecuencia en el infinito Verbo de Dios, sobre todo en las entrañas de María. Piense, adore, apártese del pecado, que no haya desamor en Ud., que no haya odio, que no haya injusticia, que no haya avaricia, que usted comparta lo que tiene, que usted se reconcilie con su esposa, con sus hijos, con sus amigos.

Que usted admire el mundo, que usted sienta la alegría de existir en el universo embellecido, ennoblecido, divinizado con la presencia del Verbo de Dios en una mujer de la tierra: ¡María!

# EN NAZARET<sup>149</sup>

“Y entrando el ángel en donde ella estaba dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres y ahora concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo y llamarás su nombre Jesús”.

Anunciación de María. Encarnación del Verbo de Dios. Estremecimiento del universo por la humanización del Creador.

Ganas de llorar del hombre creyente. Un día como éste, se conmovió el universo, temblaron las estrellas.

Aconteció el suceso más importante de la historia, el más inaudito. Fue en Nazaret. Una virgen, una pura, una humilde, una sencilla, una maravillosa jovencita judía, atrajo la mirada de Dios por su humildad, por su fidelidad, por su inmenso amor, e hizo que el milagro de todos los siglos aconteciera: Dios en el mundo.

Todo sucedió en silencio. Una voz, una luz, un ángel le habla a María. Ella se extraña de que alguien le hable en la intimidad, a ella que quiere permanecer Virgen.

---

<sup>149</sup> Ver: “La Virgen María”

Pero esa luz, esa voz, ese ángel Gabriel le asegura que el Espíritu vendrá sobre ella y el poder del Altísimo la cubrirá con su sombra. Por lo cual el Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios y viene la Palabra de María conmovedora para Dios.

“He aquí la sierva del Señor, hágase conforme a tu palabra”.

Y sucedió lo que debiera emocionarnos durante toda la vida, lo que debiera ser el hito continuo de nuestros pensamientos, lo que debiera ser el blanco de nuestros amores, lo que debiera purificarnos, conmovernos, llevarnos a las lágrimas, llevarnos al amor y al éxtasis, quebrantar las cadenas de nuestra esclavitud al pecado, sucedió la encarnación del Verbo de Dios y del Creador en la tierra.

Hoy es anunciación. Hoy es el misterio de María. Mire usted a María, mire a la Virgen, vuelva usted a la devoción a María, déle gracias a Dios porque hizo nacer a esta princesa virginal y purísima, tan cercana y tan superior a nosotros, tan tierna, tan interesada por nosotros, tan sometida a Dios, tan alta, tan importante en nuestra vida, tan necesaria.

Déle gracias usted a Dios por la Virgen María. Recoja todo el amor de cuando era niño, de cuando rezaba la Salve. No crea que el amor a María le disminuye el amor a Jesucristo. Lo contrario.

El puesto que María tiene en el evangelio de san Mateo, de san Lucas y en el mundo de la salvación del hombre, es primordial. Siéntase usted alegre por la Anunciación de María; siéntase feliz por la encarnación de Jesucristo y porque usted está llamado a contemplarlo todo con sus propios ojos en el cercano cielo.

## ORAR COMO MARÍA<sup>150</sup>

En el adorabilísimo misterio de la encarnación del Hijo de Dios en la tierra hay, al lado de Cristo, una persona absolutamente excepcional que se llama la Virgen María.

En el santo evangelio según san Mateo, capítulo primero, dice así: “El nacimiento de Jesucristo fue así: estando desposada María, su madre, con José, antes de que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo”.

Yo quiero invitar a todos los cristianos piadosos a pensar en María. Ella fue escogida entre todas las criaturas, para ser madre de Jesús, y fue preparada, a lo largo de muchas generaciones, para ser la digna morada del divino Hijo de Dios.

Los invito a meditar en el silencio y en la devoción de María. Ella no hablaba con nadie: guardaba su secreto. Solamente oraba. Vivía en esos meses anteriores al nacimiento de Jesús, en la más absoluta contemplación con Dios, unida íntimamente a Él. Eran horas y horas que pasaba orando.

---

<sup>150</sup> Ver: “La Virgen María”

María nos enseña no sólo a orar, sino a vivir orando. Debemos aprender de esta maravillosa doncella, la Virgen María, aprender a orar. El mundo moderno necesita mucha gente orando. Ante esta efusión de influencia satánica que hay actualmente, nosotros debemos sumirnos en mucha oración. Yo sé que la mayoría de ustedes desconocen la belleza de la oración. Pero si quieren ustedes ser virtuosos, liberarse del mal y ser escuchados de Dios, oren mucho. Imiten a María en profunda oración. María sentía a Jesús en sus entrañas. Sentía que el infinito Hijo de Dios estaba dentro de ella, esperando nacer en Belén. María lo rodeaba de amor, lo rodeaba de plegarias. Es verdad que Jesús nació en una cueva de Belén, pero tuvo el privilegio de sentir el amor de su madre, de María la excepcional, la virginal, la llena de ternura.

Tenemos que introducir en nuestra devoción la oración. No seamos todos cristianos sin la menor oración; cristianos sin ninguna contemplación del misterio que nosotros creemos.

María oraba; María se sumergía en Dios. Era llena del Espíritu Santo en su oración. María adoraba. María daba gracias a Dios por haber privilegiado la tierra con su presencia en su seno.

Pasemos largos ratos en oración. No seamos unos olvidados y desorbitados, que no tienen la menor intimidad con Dios y que nunca oyen la voz interior del Espíritu y que nunca se sienten impulsados a dar gracias y a adorar. Esta doncella de Israel, la hija de Israel, lo mejor de la raza judía de todos los siglos; esta María no hacía sino orar y extasiarse en la cercanía del nacimiento de su Hijo.

Rectifiquemos toda nuestra vida, lejana de la oración; rectifiquemos toda nuestra vida, sin una gota de oración, solamente llena de vacíos y de superficialidades.

No tenemos la menor idea de qué fue aquel éxtasis de María; de aquel arrobó, de aquella ternura, de aquellos besos, de aquellos efluvios íntimos, de aquel silencio lleno de amor de la Virgen María.

# LA EXPECTACIÓN<sup>151</sup>

Quiero invitaros a meditar en la actitud de la Santísima Virgen María en los días anteriores al nacimiento de Jesús. Estas consideraciones no pueden chocar a nadie, ni a los hebreos que me honran con su bondadosa atención; ¡porque María es de ellos! María es la más santa, la más pura, la más virginal judía que ha dado su raza. A su lado son pequeñas todas las demás: Susana y Esther y Judith. Todas son pálidas al compararles con Myriam, la privilegiada Madre de Cristo. Ni tampoco se molestarán los protestantes: porque María es la Madre de nuestro divino y único Salvador.

Meditemos un instante... ¿Qué pasaría en ella? ¿cómo resolvería su situación íntima al sentirse la Madre del Esperado de Israel? ¿Al saber que Ese que estaba en su seno era el Hijo de Dios?

¡Dios, hermanos!, ¡Dios, en su infinita grandeza! ¡Dios en su inmensidad, en toda su realidad!

Cuando, en estos días, próximos a su alumbramiento, la Virgen viajaba hacia Belén por motivo de los censos que había ordenado el Emperador, al mirar las estrellas por la noche María

---

<sup>151</sup> Ver: "La Virgen María"

pensaba en que al Creador de las estrellas y de la noche lo llevaba en su seno; cuando veía el agua y el sol, y cuando miraba los montes y los hombres, pensaba en que todo eso lo había hecho el que estaba en sus entrañas.

¿Qué haría entonces María? Tal vez sollozar. Sollozar de humildad y de amor. Adorar al que se había dignado habitar en su seno.

Con qué cuidado andaría para no lastimarlo. Con qué silencio hablaría para no despertarlo. Con qué deseos de besarlo. Con qué deliquios. Con qué ternuras... Seguramente que José y María hablaban muy poco. No había nada qué decir. ¡Sólo callar y adorar!

Las grandes cosas que Dios hace dentro de sus criaturas producen naturalmente el silencio, el anonadamiento que suprime toda expresión. Los secretos divinos se guardan bajo sello, si Dios no obliga a la lengua para que hable. Las cosas humanas se dicen, las de Dios quieren ser gustadas en la intimidad y en el secreto.

¡El Creador infinito en las entrañas de una Virgen! Así, tal como suena, sin ninguna clase de metáforas, en toda su tremenda realidad.

María, es cierto, estaba preparada por Dios para resistir el peso casi infinito de su emoción. Ella sabía que no había podido merecer esta gracia, que sólo el amor de Dios había obrado cosas grandes en ella, y que Dios había mirado la bajeza de su sierva.

Para darnos cuenta de las dimensiones del misterio debemos saber y creer que este Niño, que nació en Belén, es Dios. ¡Dios en el mundo! ¡Dios Hombre! Lo decimos y no enmudecemos, y no sollozamos, y ¡seguimos tranquilos! Es una desgracia nuestra distracción.

Para que cada Navidad sea fecunda debemos introducir un poco de silencio, de interioridad. ¡Dios se hizo hombre! ¡Dios el infinito! Este pensamiento es suficiente para transformarnos y para hacernos comprender que hay muchas cosas absurdas en nuestra vida.

¿Qué debemos hacer a imitación de María? ¿Disiparnos o adorar? ¿Ir a un baile profanador, o, más bien, a una capilla silenciosa y quedarnos pensando en silencio?

# ESPERANDO AL DIOS ENCARNADO<sup>152</sup>

Yo desearía que Dios los conmoviera a ustedes profundamente en los días próximos a la navidad y les infundiera el espíritu de la perfecta seriedad cristiana: de adoración, de agonía, ante el acontecimiento más conmovedor de toda la historia del universo: la encarnación del Hijo de Dios en este planeta tierra. El mundo, todo lo ha profanado. Lo volvió licores, bailes, regalos, distracción, turismo. Pero lo que ha sucedido es “el Infinito” viniendo a la tierra.

Hay un personaje excepcional en este misterio y es María. Ella fue la única criatura que estuvo a la altura del misterio inmenso.

Ella se sintió conmovida hasta el alma. Ella representó dignamente el universo ante la llegada del Hijo de Dios a la tierra. María Purísima, María amante, María llena de humildad, llena de lágrimas. Fue la única consciente del misterio increíble de la llegada del infinito ser al mundo. María oraba: estaba sometida

---

<sup>152</sup> Ver: “La Virgen María” Ver: “La Virgen María”

a la voluntad de Dios. María sentía el abismo de Dios llegando a su vida y a la vida de los hombres. Unámonos a ella en el acto más puro y más abrumador que ha existido en toda la historia.

El Verbo inefable tomó carne en la Inmaculada Virgen. Hizo de ella una morada de la divinidad. Y María fue iluminada por la luz del Espíritu Santo. Yo quiero invitarlo a usted a pasar una navidad sin embriagueces. Sin pecado. Pero sobre todo sin escepticismo, sin apostasía, sin ningún odio. Sin ninguna duda. Sin ningún olvido del Hijo que vino a la tierra.

Usted que me lee en cualquier montaña de Colombia, en cualquier ciudad o pueblo, lea usted los primeros capítulos de Mateo, de Lucas, de Juan. Y caiga de hinojos, adorando y sollozando ante el infinito Jesucristo nacido en Belén, de una mujer judía, santa, humilde, temblorosa.

Ante lo desconcertante del Creador que nace en Belén, al efímero hombre en la tierra no le queda sino el sollozo, el grito, el silencio, la adoración y el amor.

## EN BELÉN DE JUDEA<sup>153</sup>

Meditamos en el nacimiento del Hijo de Dios, del Verbo humanado en las entrañas de una mujer judía que se llamaba María. Sucedió esto en un pueblo de la tierra, en Belén de Judea. En un humilde establo caliente con el calor de dos animales, testigos del misterio.

Sucedió lo infinito, lo abrumador, lo que no se puede expresar con palabras humanas, que sobrepasa cualquier pensamiento del hombre; sucedió que el Eterno, que el Adorable, que el Perfecto; el que no tiene principio y es principio de todo, el Creador del universo, el origen de todo, vino a la tierra y se encarnó en las entrañas de la Virgen María, que temblaba de humildad, de adoración y de alabanza.

Ella fue la única persona que se dio cuenta del infinito misterio y que estuvo a la altura de él. Nunca los hombres, tendremos una palabra de amor, una palabra de ternura, de agradecimiento, condigna del infinito hecho de la encarnación de Cristo en la tierra.

Todo es insuficiente, todo es inepto, todo es profanador para responder al hecho infinito de la encarnación de Jesucristo. usted en estos días vuelva a la adoración, vuelva a la fe, vuelva

---

<sup>153</sup> Ver: "La Virgen María"

a la alabanza. No hay nada que hacer en el mundo sino sollozar de adoración y de fe ante el milagro desbordante de Dios hecho hombre.

Siéntase usted conmovido ante este hecho. Dedique un poco de su tiempo al silencio, a la fe y al amor, a la reconciliación. No crea que es una fiesta de niños.

No crea que es una fiesta de regalos y de árboles de navidad. Nada en la historia es comparable a este acontecimiento. Nada nos compete más, nada nos obliga más. Produzca usted el acto de amor más puro, más sincero, a Dios en estos días, en que recordamos su nacimiento.

Clame, solloce, estremézcase, silénciese, cante, conmuévase, abraza al hombre, bese a su mujer, reconcíliese con su enemigo; haga un obsequio lleno de amor al prójimo. Cambie su vida, llénese de gozo, porque sucedió la encarnación de Dios, del Verbo eterno de Dios en la tierra por amor a nosotros; un amor que los hombres nunca alcanzaremos a comprender.

María superaba en amor y en ternura y en adoración a todos los ángeles y a todos los querubines. Toda la creación estaba pendiente de María, que adoraba, que amaba sublimemente a su divino Hijo virginal.

Acompañemos a María en estos dos santísimos sentimientos que la inundaban en estos días: su inmensa humildad, su inmenso amor. Este fue lo único digno y acogedor que encontró Jesucristo en su llegada al mundo.

Unámonos devotamente a la Virgen María esperando con una ternura, con una pureza y amor casi infinitos el nacimiento del Hijo, nuestro divino Salvador.

# MADRE DE DIOS<sup>154</sup>

La Iglesia Católica ha comprendido la inmensa proyección que tiene esa corta frase que leemos en san Mateo: “María, de la cual nació Jesús”.

Es verdad que el evangelio habla poco de María. La inmensidad de Jesucristo, Hijo de Dios, abarca y llena todas sus páginas. Pero es suficiente que se diga que María es su madre.

De esta madre, Dios es el primero en hablarnos cuando anuncia a Adán la nueva Eva, cuya descendencia aplastaría la cabeza de la serpiente. David en su alabanza profética la saluda con el Rey de los reyes; la Reina está sentada a su derecha vestida con ornamentos de oro.

Salomón nos la pinta bajo los rasgos de la esposa del Cantar de los Cantares: “Mi hermana es un jardín cerrado, mi hermana es el pozo de aguas vivas, es la fuente sellada”. Isaías predice las dos grandes glorias de María: la virginidad fecunda y su maternidad divina: “Casa de David, el Señor mismo os dará un signo: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le llamará Emmanuel”.

Un hombre y una mujer causaron nuestra pérdida en el paraíso; un hombre y una mujer obraron unidos, aunque en distintas proporciones, para nuestra salvación.

---

<sup>154</sup> Ver: “La Virgen María”

La predestinación a la maternidad divina valió a María todos los privilegios de su poder. María es Madre de Cristo: como todas las madres de la tierra dan a las almas que Dios crea el receptáculo carnal que las ha de recibir, así la Virgen María forma en su seno, a su maravillosa semejanza, el cuerpo del Hijo en el cual el Espíritu Santo hará descender la divinidad. ¡Cómo son parecidos!, decían las personas que miraban pasar a Jesús y a su Madre.

No creamos que la devoción a María es algo infantil y débil. La devoción a María es el complemento necesario de la devoción a Jesús.

Es verdad que en ciertos momentos se cierra la noche en nuestra vida y se puede oscurecer la luz de la fe. Sin embargo, a pesar de todo, clamemos en la oscuridad a María. Digámosle en esos instantes que pueden ser muy largos: ¡Madre, no me abandones! Es verdad que no te veo por ninguna parte, es verdad que me siento en la noche, pero yo te advoco, sé que tú estás ahí, y que tú me puedes iluminar. Tú me puedes mostrar el camino, el camino de Cristo, el camino de Dios, el camino de la paz interior.

Si María llega a faltar en nuestra vida, un pesado velo negro se extenderá sobre toda nuestra existencia.

Como el hijo que regresa de un largo viaje no tiene otra palabra ante su madre que está sola: ¡Madrecita mía!, así también hoy digámosle a la Virgen esta sola palabra: ¡Madrecita mía!

Con esto lo hemos dicho todo. Y la noche se aclara y regresa la luz de la fe y de la esperanza.

# MADRE DE LOS HOMBRES<sup>155</sup>

La maternidad divina de la Virgen María y la expresión Madre de Dios fueron objeto de largas discusiones en los siglos cuarto y quinto, y quedaron sancionadas en el Concilio de Éfeso, el año 431.

María es Madre de Dios, no porque hubiera engendrado la naturaleza divina -esto sería absurdo- sino porque engendró a Jesucristo, cuya naturaleza humana estuvo unida desde el primer instante personalmente con el Verbo de Dios. María también es nuestra Madre, porque Jesucristo es nuestra vida verdadera.

El que está en gracia santificante posee a Jesucristo. Este es el punto central del cristianismo. La nueva realidad espiritual de un hombre penetrado hasta las raíces de su ser por Jesucristo en la unidad del Espíritu Santo.

Pues bien, si Jesucristo es nuestra vida verdadera, y María es la que nos da a Jesucristo, María nos da la vida, y es nuestra madre. Quiero repetir: se llama madre la mujer que da la vida.

---

<sup>155</sup> Ver: “La Virgen María”

María nos da a Jesucristo que es nuestra vida verdadera. María es nuestra madre.

Pero no hablemos cosas de María, solamente mirémosla. Tomemos sus blandas manos de madre y digámosle la única palabra que sabe decir el hijo: ¡Madre! Ella adivinará todo lo demás: nuestras luchas, nuestras dificultades, nuestra soledad y nuestras tentaciones.

Mientras en la vida tengamos a María, hay esperanza. Cuando se oculta María en nuestra fe, se oculta también el lejano lucero que aun nos quedaba en la noche.

Cuando decimos que María es la Madre de Dios no decimos que es Madre de la Divinidad. Algunos cristianos separados se escandalizan del título de Madre de Dios. No debemos ser infantiles, ni atribuir a la Iglesia Católica lo que ella nunca ha enseñado, ni pensado.

María es Madre de Dios sencillamente porque es Madre de un Hombre que es Dios. Ella es Madre de la humanidad del Hombre-Dios.

En el lenguaje católico, lleno de matices, se aplica a la Santísima Virgen María esta palabra: omnipotencia suplicante.

María es omnipotente, de un poder soberano pero particular, un poder de súplica, de plegaria ante su Hijo.

No es María la que nos concede los favores, la que nos da la gracia, la que nos salva; sino siempre Cristo, su Hijo, pero Cristo a través de María. Nada regala Jesucristo a los hombres, de su propia mano, sino siempre a través de María.

A lo largo de nuestra vida hemos sido colmados de gracias de Dios. Tanto católicos, como judíos, como protestantes, hemos recibido las gracias a través de María. Todos nuestros bienes nos han llegado perfumados por las manos de María.

Dios así lo quiso. Ella es la Madre universal; todo en el mundo es gracia, y todas las gracias nos vienen y van a través de la Virgen María.

## EL REGAZO DE MARÍA<sup>156</sup>

Conviene contemplar a María la Madre de Cristo y Madre de los hombres. Sabemos que toda la devoción a la Santísima Virgen se funda en estas palabras del Evangelio: “María, de la cual nació Jesús, que se llama el Cristo” Toda la honra, todo el honor de Nuestra Señora proviene de su dignidad de Madre de Jesús.

“La carne de Cristo es carne de María”, decía san Agustín. Todo lo que era humano en Jesús lo tenía de María: la intimidad de su carácter, sus tendencias, su sensibilidad, su capacidad de sufrir, su ternura..., todo lo que pertenecía al misterio de lo humano, era una herencia exclusiva de María, ya que Jesús no había tenido padre carnal.

Y sabemos la influencia definitiva de una madre en su hijo. Por otra parte, ha sido una ley de la Providencia, de la economía divina, que así como Cristo vino al mundo por medio de María, así también cada vez que Cristo brota en un corazón por la fe y por el amor, esto se realiza por medio de la Santísima Virgen.

---

<sup>156</sup> Ver: “La Virgen María”

Debemos volvernos a sentir niños en el regazo maternal de María. Debemos dejar que ella pase su mano blanca y virginal sobre nuestros ojos azorados por la lucha por la vida, siempre abiertos y temerosos y que sólo pueden estar cerrados cuando se duermen en su regazo materno.

Regresemos a María... En nuestras penas, en nuestros peligros, en nuestras preocupaciones, en nuestros proyectos, en nuestras esperanzas, en nuestra soledad y en nuestro amor.

Acuérdate, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a tu protección haya sido abandonado. Acuérdate de los hogares que ha despedazado el crimen, o arruinado la infidelidad, o entristecido la muerte, o visitado el dolor... Acuérdate de los hogares que no tienen techo, que no tienen pan... que no tienen alegría...

Sobre todo, acuérdate de los hogares que no tienen amor... Tú puedes hacer brotar otra vez el amor. Se Madre de todos los huérfanos, de todos los que se sienten solos, de todos los que son víctimas de injusticias... Y que no saben a quien acudir, sino solamente a Ti.

Oh piadosa, oh dulce, siempre Virgen María.

## LA VIRGEN OBEDIENTE<sup>157</sup>

El misterio de la santidad, de la íntima plenitud, de la claridad de nuestra vida, está en nuestra entrega, en nuestro cumplimiento de la adorable Voluntad.

Hay momentos en que es terriblemente difícil cumplir la voluntad de Dios. Por otra parte esta voluntad no nos fuerza, nos invita. Nunca quiere violar nuestra íntima libertad. A pesar de que es lo que el Adorable Creador quiere, no pretende forzar a nadie, sino que se entrega a la libre aceptación de nuestro albedrío.

Este conflicto lo conocemos íntimamente entre el deber y la pasión, entre el rencor y el perdón, entre nuestra avaricia y la caridad, entre la carne y la gracia.

Cada que pensemos en María, digámosle filialmente: Bienaventurada, Tú, María, porque fuiste escogida por Madre de Cristo. Bienaventurado tu regazo virginal porque ahí se aposentó el Creador del universo durante nueve meses; bienaventurada la leche con que alimentaste a tu Hijo y a tu Hacedor. Pero tu bienaventuranza radica en que supiste decir: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

---

<sup>157</sup> Ver: “La Virgen María”

Enséñanos, oh divina maestra, a decir en nuestras penas, en nuestra luchas, en nuestros íntimos conflictos, en las desesperantes situaciones de nuestra vida: hágase en mí según tu voluntad. Este es el secreto para que Cristo entre y se plasme en nuestra vida.

Un día Jesús iba por un camino de Galilea, y una mujer del pueblo, que quizá venía del aljibe trayendo un cántaro de agua, se quedó mirándolo y no pudo menos de exclamar en alta voz: “¡Bienaventurado el vientre que te engendró y el seno que te alimentó!”

Aquella mujer se refería a la Madre de Jesús, María. El Señor, al oír aquella maravillosa palabra, volvió su rostro y encontró los ojos de la judía que acababa de hablar. “¡Dices verdad! Bienaventurado el que cumple la voluntad de mi Padre”.

Toda la gracia, toda la santidad, todo el privilegio de la Virgen, radica en que ella cumplió perfectamente la voluntad de Dios. Esa sumisión a la divina, a la adorable voluntad, fue la que la hizo Madre de Jesús.

Si nos transportamos al momento culminante de la vida de María, al momento adorable que vio el universo pasmado de admiración, hallamos a María cumpliendo la voluntad de Dios. Sólo cuando María dijo: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, sólo entonces “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”.

En ese instante Jesús se encarnó, y empezó a formarse por obra del Espíritu Santo, en el seno virginal de Nuestra Señora. Y desde entonces es regla universal y condición de la venida de Cristo a un corazón el aceptar la voluntad de Dios.

Cuando un hombre dice con toda sinceridad: hágase en mí según tu palabra, según tu querer, en ese momento se hace presente Cristo en su vida y empieza la transformación maravillosa del simplemente humano en cristiano.

Sabemos por san Pablo que toda la vida cristiana consiste en formar a Cristo en nosotros, en que Cristo se prolongue en nuestra existencia, en que Cristo se complete, llegue a su plena edad en nuestra persona, bajo nuestro carácter, dentro de nuestras particulares circunstancias.

Este misterio de la transformación de nuestra vida se realiza siempre en las almas, ¡como se cumplió en María! Sabiendo pronunciar con toda sinceridad esa palabra: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, “hágase en mí según tu voluntad”.

# LA VIRGEN DE LOS DOLORES<sup>158</sup>

La Iglesia Católica, que conoce el corazón del hombre como nadie, tiene una Virgen María para cada circunstancia humana, para cada hora de nuestra vida... y siempre es la misma. La misma Virgen contemplada distintamente; en Nazaret es la alegría serena, y en el Calvario es el inmenso dolor sereno, sin un grito, sin un espasmo.

La estampa dolorosa de María ha consolado al hombre cristiano a través de los siglos. Para las almas que sufren, para ese inmenso piélago que es el dolor de los hombres, siempre resonará un suspiro materno, siempre estará la Virgen llorando al pie de la cruz, siempre estará su corazón atravesado por una espada.

¿Quién será el hombre insensible y sin llanto ante el suplicio de la Madre? María vio a su dulce Hijo muriendo abandonado.

¡Ay, María!, haz que yo sienta la fuerza de tu dolor, para contigo llorar; haz que arda en amor a Cristo para complacerlo; haz que llore con el Crucificado mientras viva, que yo esté contigo cerca de la cruz y te acompañe.

---

<sup>158</sup> Ver: "La Virgen María"

Bella Virgen de las vírgenes, no estés disgustada conmigo:  
hazme llorar contigo, defiéndeme a la hora del juicio, y que no  
arda en las llamas del infierno.

¡Oh Cristo! Cuando yo muera, haz que por medio de tu Madre,  
reciba la palma de la victoria y entre al portón del paraíso.

# LAS LÁGRIMAS DE MARÍA<sup>159</sup>

No podemos dejar una fecha de María sin hablar de ella. Porque sin la Virgen, nuestra vida cristiana se hunde en lo oscuro, o se sumerge en el hielo. Hoy conmemoramos los dolores de Nuestra Señora.

Las lágrimas de María desbordan sobre todos los siglos. Todas las madres, todas las viudas, los enfermos, los heridos, todos los desesperados, todos los oprimidos que llenan los caminos del mundo... no igualan jamás ni en lágrimas ni en dolor a la Virgen María.

Decía Santa Rosa de Lima que las lágrimas nuestras pertenecen a Dios, y que el hombre que las derrama sin pensar en Dios comete un robo de lo que pertenece a Dios sólo. Nuestras lágrimas, nuestros sufrimientos, nuestros dolores deben ser ofrecidos a María, para que hallen consuelo y para que no sean estériles.

La Virgen María es el camino necesario para ir a Jesús. Sin ella encontraremos un Cristo falso, incompleto. Ella es su Madre; de ella proviene todo lo humano de Cristo.

---

<sup>159</sup> Ver: "La Virgen María"

María es el auténtico vestido cristiano... el resto es disfraz o desnudez. María es la pureza cristiana, lo demás es mancha. La Virgen es nuestra fuerza, la fuerza de Cristo llega por sus manos virginales; todo lo demás es debilidad. La Virgen nos enseña la verdadera nobleza, la distinción interior. Sin su ayuda somos invariablemente canallas. Sólo con la fe en Cristo a través de María somos fieles; de otro modo, somos perjuros.

¿Cómo haríamos para amarte, Virgen María? Despierta nuestro amor dormido, nuestro amor violado. Si te amamos, amaremos a Cristo.

Sin amarte, es imposible amar verdaderamente a Jesucristo. Sin tu amor, nuestra vida se sumerge en lo oscuro... nuestra vida se hunde en el hielo.

# HABLÉMOSLE A MARÍA<sup>160</sup>

Hablémosle a la Virgen de los Dolores.

Nosotros sabemos, Señora, que tú eres la Madre de Cristo; sabemos, por el evangelio y por Pablo, que Cristo es nuestra vida; por lo tanto, tú, que nos diste nuestra vida, Cristo, eres nuestra madre.

Por tu mano de madre han pasado todas las gracias que Dios nos ha dispensado y ha dispensado al mundo. Desde que nos regalaste a Cristo, hijo de tus entrañas, todas las gracias vinieron a través de ti.

Todos los beneficios que a lo largo de nuestra existencia nos ha dado Dios fueron escogidos por ti, pasaron por tus manos de tesorera de Dios. Como en Caná de Galilea, siempre el agua fría y salada de las cosas humanas se ha convertido en vino caliente y fervoroso de gracias y de méritos por tu mediación ante Cristo.

Tenemos un solo Redentor ante Dios: es nuestro Salvador. Pero, ante Cristo, ¡te tenemos a ti, Madre! Él ha querido que seas tú la que nos conduzcas hacia Él. En nuestro camino hacia Dios por medio de Cristo, siempre estás tú, Virgen María.

---

<sup>160</sup> Ver: "La Virgen María"

Tú sabes nuestros pecados, nuestras debilidades; tú conoces la implacable tendencia hacia el mal que nos doblega. Ven a nuestra ayuda. Ven a nuestra casa, ven a nuestra patria. Tal vez nos encuentres tan distintos de cuando éramos niños, que no nos reconoces. Quizás hemos perdido la fe, quizás nos hallarás en la terrible situación del que no cree, del que cerró el camino a la luz y por ninguna parte ve el sendero, del que no comprende para qué nació, por qué sufre y hacia dónde va.

Para el que no cree, la vida es un absurdo, no tiene explicación ni tiene sentido. Tú puedes iluminarnos; si te invocamos aun desde nuestras tinieblas, tú rompes la noche, nos traes a Cristo y todo se aclara, y con Él todo descubre su sentido.

Si tú vienes a nuestra casa, encontrarás quizá que no hay vino, que el amor ha hecho crisis, que entró el cansancio, la fatiga en el primer amor, y que se ha vuelto nuestra casa un hotel donde se entra, se come y se duerme, pero ¡donde no se ama!

Sin embargo, una sola palabra tuya puede hacer que Cristo transforme el agua en vino, el agua del egoísmo, el agua del desamor. ¡Una sola palabra tuya al oído de Cristo!

Si tú vienes a nuestra patria, también la encontrarás enferma; encontrarás nuestra falta de cristianismo, nuestros odios injustificados, nuestras venganzas y nuestras injusticias. Sin embargo, tú puedes curarnos, Virgen María de los siete dolores y de las siete espadas.

A pesar de todas nuestras miserias, ¡nunca te hemos negado! Ábrenos las puertas de tu casa, donde encontraremos a Cristo.

Así como los magos, nos dice el evangelio, encontraron a Cristo en las manos de María, así también nosotros lo hemos de hallar contigo.

# NACER DE MARÍA<sup>161</sup>

Estamos hablando de renovación, de cambio, del nuevo empezar que se impone en nuestra vida. Pero sabemos muy bien que el hombre no puede cambiar radicalmente, que humanamente nunca hallaremos el camino para salir del círculo de nuestra propia estrechez humana. Se necesita un nuevo nacimiento, un renacer, una recreación. Esta nos fue prometida por Cristo en el diálogo que sostuvo con Nicodemo: “En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua y del Espíritu Santo, no podrá entrar en el reino de los cielos”.

Nacer del Espíritu Santo, ser hecho de nuevo, ser amasados otra vez y salir de lo simplemente humano para entrar en un campo distinto, infinito, que se amolde con nuestro anhelo.

Pero sólo hay un camino: parecerse totalmente a Cristo, plasmarse como Él, renacer como un nuevo Jesucristo; es decir, según el primer proyecto de la creación.

¿Dónde nacer?, ¿dónde buscar un regazo en que se realice nuestro renacimiento?, ¿dónde hallar un molde en que echemos nuestro ser humano y salgamos parecidos a Cristo?

---

<sup>161</sup> Ver: “La Virgen María”

Hermano mío, no hay sino un solo molde: y es el seno, el regazo de la Santísima Virgen María. Ahí se amasó por obra del Espíritu Santo, la naturaleza humana de Cristo. Solamente ahí se podrá amasar nuestra naturaleza humana, por obra también del Espíritu Santo. Y saldrá semejante a Cristo, ya no simplemente humana; saldrá cristiana, después de una lenta y humilde gestación en el amor y en la oración de la Santísima Virgen María.

Nadie se parece auténticamente a Jesús que no haya sido amasado en el seno de María. Ese es el único troquel, la única horma, que da adecuadamente un parecido con Cristo. Los otros son parecidos falsificados, como las monedas que acuñan los falsificadores.

Por eso nuestros hermanos, los protestantes, a pesar del sincero esfuerzo que hacen, no se parecen auténticamente a Cristo. Carecen de ese rasgo familiar, de ese toque, de ese aire que da la Santísima Virgen al quien busca al Señor. Les ha faltado acuñarse en la Santísima Virgen, ablandados por el Espíritu Santo.

Hermano mío, ¿quieres la renovación? Ama a la Santísima Virgen María. Sumérgete en ella. Entra en su regazo virginal, y déjate plasmar por ella. Entonces sí habrá renovación, saldrás parecido a Cristo; entonces romperás los moldes humanos y te asimilarás a lo divino.

Solo por medio del amor a la Santísima Virgen llegaremos a ser parecidos a Cristo, cristianos en el inmenso sentido de esta palabra. En este esfuerzo sincero que estamos haciendo para realizar plenamente el ideal evangélico en nuestra vida, es necesaria, absolutamente, la actividad de María en nosotros, para que ella dé el tono auténtico de Jesucristo a nuestra existencia.

# EL CORAZÓN DE MARÍA<sup>162</sup>

Me vais a permitir que hablemos de un tema lleno de delicadeza y de piedad: quiero hablaros del Corazón de María, cuya fiesta fue instituida por san Juan Eudes, el fundador de mi comunidad.

El objeto directo de esta devoción es la Santísima Virgen en su amor a Cristo y en su amor a nosotros, los predestinados a creer en Él, a ser redimidos por Él.

Sobre la relación maternal de María hacia Jesús, sobre su ternura hacia Él, el evangelio nos dice una palabra. Parece que quisiera tender un manto delicado de reserva ante lo inefable, ante aquello que no se puede expresar humanamente.

Sólo dice que María todo lo conservaba en su corazón. ¡Todo! Su secreto, su amor, su adoración hacia Aquél que, siendo su Creador, era también su Hijo. Todo eso lo conservaba en su corazón.

La situación de María debió de ser inmensamente difícil: saber y creer que su Hijo era Dios, Creador, y sentirse en los límites que pone al amor nuestra condición humana. Un deseo inmenso de responder con un amor infinito al misterio de predestinación y de elección de que había sido objeto.

---

<sup>162</sup> Ver: “La Virgen María”

Cada día que pasaba, María amaba más a Jesucristo su Hijo. En aquel hogar de Nazaret había largos silencios. Pero no el silencio del frío, del desvío, de la separación interior, sino el silencio que sigue a la plenitud del amor. Así como en lo humano, cuando empieza el amor, terminan las palabras..., mucho más sucede en lo divino. Ante su Hijo Jesús, María no tenía ninguna palabra, sino sólo el silencio del amor y de la adoración.

El amor a Jesús estaba unido en Nuestra Señora al amor a los que íbamos a creer en Cristo a lo largo de la historia del mundo, o mejor: era un solo amor.

El amor de María es lo que se llama Corazón de María.

Para nuestras madres, siempre nosotros seremos niños. Podemos ser personajes famosos en el mundo.... para nuestra madre siempre somos niños. Mientras uno ama a su madre, mientras responde al amor materno, conserva un corazón de niño. Cuando el amor a la madre fenece, el hombre se ha suicidado... Ha creído bastarse a sí mismo y ha cortado su comunicación vital con el origen de su propia vida.

Por eso el amor a María es necesario para entrar en el Reino de los cielos. El catolicismo, que es una religión divina, tiene sin embargo una dimensión cordial. Esa dimensión cordial ¡es María!

La tradición cristiana ha distinguido siempre tres clases de culto: a Dios se le adora; a los santos se les venera; a la Virgen se la ¡ama!

## EL AMOR DE MARÍA<sup>163</sup>

Corazón de María es decir el amor de la Virgen a Dios, y a los hombres. María nos ama. Ella nos ve bajo nuestra verdadera dimensión, la dimensión de hijos de Dios, de redimidos por Cristo. Ella nos contempla como integrantes del gran Cuerpo de Jesucristo, su Cuerpo místico, cuya cabeza es Él y cuya alma es el Espíritu Santo.

Sabemos y sentimos que la Virgen nos ama; todo lo bueno que nos sucede viene a través de ella.

Para nuestra madre somos siempre niños. Lo mismo para María: sus brazos nos llevan, sentimos ciertos momentos el aliento de sus labios, el brillo maternal de sus ojos... ¡Con ella no nos hagamos los bravos, los incrédulos, los burlones! Aunque no creamos ni en el rejo que hala las campanas, creemos en María...

Puede ser que esto sea ilógico... ¡y absurdo! Sí, pero así hay esperanza. Si nos hemos alejado de la Iglesia, no cortemos este puente sagrado del amor de María, porque éste es el único recurso que un día nos puede quedar. Aunque malas lecturas, o malas interpretaciones nos han introducido la

---

<sup>163</sup> Ver: "La Virgen María"

duda y el escepticismo... en lo recóndito de nuestro corazón guardemos el amor a María. Ella nos enseñará una cosa que nos hace humildes: que no sabemos nada; que no sabemos qué es una flor... ni por qué vive una hormiga... ni por qué empezó a moverse una estrella.

La Virgen María, si no cortamos las raíces que con ella nos unen, nos enseñará el principio de la fe, que es la humildad: que nada sabemos, que nada podemos, que nada tenemos fuera de Dios.

Amemos al Corazón de María, acerquémonos a Ella espiritualmente, cuando estemos en nuestro lecho ya para dormir. Digámosle en silencio: "Madre mía, yo te amo... Bendíceme. Puedo estar tranquilo porque tu amor vela sobre mí".

Esto lo podemos decir lo mismo los católicos que los protestantes. Lo mismo los judíos... porque para todos ella es Madre.

# EL LINDERO DE LO HUMANO<sup>164</sup>

San Juan Eudes celebró la fiesta del Corazón de María y quiero hablarles a ustedes de ella, del preciosísimo Corazón de María. ¿Qué es este preciosísimo Corazón de María?

Es su interioridad, es su privilegio, es su inmenso amor a Dios, su profundo secreto, su vida interior llena de fervor, llena de éxtasis, donde se produjo la más excepcional situación de amor verdadero hacia Dios que ha habido en el mundo, y que atrajo al Hijo de Dios a este planeta tierra, en Nazaret, en Belén.

El Corazón de María es la llama encendida incomprensiblemente de amor a Dios, es su ternura para todos los hombres.

Nosotros los católicos no hemos descubierto todavía la belleza, la santidad, la virtud, el fervor religioso, la intimidad con Dios, el misterio de amor que hay en el corazón de María. María conservaba todo en su corazón. Todo su amor hacia Dios, hacia Jesucristo, su divino Hijo. Todo su amor hacia los hombres, hacia nosotros, nombrándonos con nuestro propio nombre.

---

<sup>164</sup> Ver: "La Virgen María"

He leído últimamente un poema bellísimo del siglo V, de un autor griego, se llama *Himnos akathistos*, himno que se dice de pie; y entre algunos de los elogios a la Virgen, dice así: “Salve escalera celestial, por donde descendió Dios. Salve puente que a todos traslada de la tierra al cielo. Salve la que labra al Labrador, amigo del hombre. Salve la madre del Cordero y del Pastor. Salve virginal pastora de muchas ovejas. Salve la restauración de los hombres. Salve la patria de Dios, que no tiene patria”.

Cuando usted quiera dirigirse a Jesucristo, cuando quiera sumirse en éxtasis, cuando quiera llenarse de alabanzas, cuando quiera sentirse consolado, cuando quiera encontrar el camino de salvación, piense en el Corazón de María, descubra el secreto altar donde María ora perpetuamente a Dios y donde brota su amor para los hombres.

Acérquese al Corazón de María, que está en el último lindero antes de lo divino y de lo adorable.

# MARÍA EN PENTECOSTÉS<sup>165</sup>

En espera de Pentecostés, los apóstoles “perseveraban en la oración con María, la madre de Jesús...” (Hechos 1, 14).

También nosotros esperamos la venida del Espíritu Santo en compañía de María, la Madre de Jesús.

Unos de los efectos del maravilloso desencadenamiento del Espíritu en el alma del cristiano es el amor por la Madre de Jesucristo.

Un amor agradecido porque ella fue el cauce querido por Dios para que el Verbo, la Palabra, se hiciera carne entre nosotros.

Un amor de admiración porque ella fue la primera carismática, llena plenamente del poder del Espíritu. En ella hizo maravillas el Todopoderoso.

Un amor de imitación, porque ella fue el modelo humano de todas las virtudes.

---

<sup>165</sup> Ver: “La Virgen María”

En “El Minuto de Dios” se cumple la profecía de Lucas 1, 48: “Bienaventurada me dirán todas las generaciones”. Aquí todos los hogares y todos los corazones la proclaman bienaventurada y la bendicen entre todas las mujeres, porque el fruto de su vientre es Cristo, el Salvador.

Que la Santa Virgen María, primera en recibir la plenitud del Espíritu Santo, disponga nuestras almas para el divino Pentecostés que estamos esperando.

# AMOR A MARÍA<sup>166</sup>

Asunción de la Virgen. Aunque Ella es la purísima y nosotros estemos lejos de ser puros; aunque ella es la humildad y nosotros orgullosos; aunque Ella sea la caridad y nosotros seamos duros como piedras... y egoístas.

¡Quién te amara, Virgen María! Amarte a Ti es encontrar el centro de la vida. Es hallar el filón de la mina y lograr el hilo de oro que conduce a Dios.

No hay más Dios que el que se nos manifestó en Jesucristo... y no hay otro Jesucristo que el que siempre se halla en el regazo de María.

¡Quién te amara, Virgen María! Quién pudiera decir con sinceridad: te amo. Quién pudiera reclinarse en tu regazo y cerrar los ojos... cerrar los ojos a la avaricia, al orgullo, al odio y a la desesperanza. Nosotros creemos, María, que tu fuiste sumergida en el misterio de Dios en cuerpo y alma. Y que allí estás, donde está Jesús, tu Hijo. Lo creemos nosotros... que somos hijos del siglo XX, el siglo del átomo, el siglo de la televisión, el siglo de los vuelos interplanetarios.

---

<sup>166</sup> Ver: "La Virgen María"

En este siglo de realidades que se miden y se pesan; en este siglo del triunfo del hombre en el mundo, nosotros creemos en tu gloriosa ascensión a los cielos, para tener fe en nuestra propia resurrección y en nuestro propio cielo.

Es verdad que el hombre ha triunfado de los elementos. Es verdad que ya no hay límites materiales para sus ambiciones y para sus realizaciones. Pero ahora, más que nunca, el hombre consciente de su poderío te necesita a ti, Virgen María. Necesita saber que hay algo intangible y eterno, y que con la muerte no se acaba todo, sino que todo se transforma.

Virgen María de la Asunción... Quién pudiera amarte de veras. Un día nunca lejano, nosotros estaremos en el misterio de nuestra propia muerte. Muéstranos entonces el camino que tu recorriste hacia Dios vivo. Que nosotros seamos también sorbidos en Dios, como pobres, en el Cielo donde tu entraste como Reina y Señora de todo lo creado.

# SALVE, REINA<sup>167</sup>

Hay una oración que todos nosotros sabemos de memoria, escrita en el siglo XI por un monje desconocido. Es la Salve Regina. Dios te salve, ¡Reina y Madre! ¡Tú eres nuestra Reina, Virgen María! La Reina del mundo.

No hay aldea ni ciudad donde no haya una capilla o una iglesia en tu honor. Y en Colombia no hay quizá una casa, ni una choza donde tú no seas venerada. En el rancho que penetra en las selvas, donde una familia tala el bosque, allí estás tú en una imagen. Lo mismo a la orilla del río o a la orilla del mar... en todas partes tú eres la Reina.

Tu reinado es silencioso y maternal. Eres la reina porque tu Hijo es el Rey. Reina y madre de comprensión, de ternura.

A ti clamamos los desterrados hijos de Eva... Los que nos sentimos en soledad, en lucha y en destierro. Los que sabemos que nunca podremos hacer cambiar plenamente la vida y el mundo. Los que creemos que algo inmenso y desconocido va a venir a nuestra existencia a la hora de la muerte.

---

<sup>167</sup> Ver: "La Virgen María"

A ti suspiramos, Reina, gimiendo y llorando. A ti llegan las lágrimas de todos los hombres, las que se ven, y sobre todo las que no se ven: las lágrimas de los pobres, de los defraudados, de los frustrados, de los desahuciados, de los moribundos. Todo el inmenso dolor de los hombres llega a ti por diversos caminos. Por los caminos de la fe, o por los caminos de las desesperanzas.

Porque tú eres madre de los que creen y de los que no creen. Todos son tus hijos. Son hijos y hermanos tuyos los hebreos, los de tu raza.

Son tus hijos los protestantes, a quienes tú les haces falta, y quienes te hacen falta a ti, para tenernos a todos.

Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstranos a Jesús, pero a Jesús no justiciero, no vengador, no como lo sugieren los jansenistas, sino a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

Oh piadosa, oh dulce Virgen María.

## REINA Y MADRE<sup>168</sup>

Los católicos sabemos que sólo hay una Virgen María, que está en los cielos. Sabemos que a la Virgen no la podemos adorar, sino sólo venerar con un culto especialísimo, lleno de amor y de confianza. Sólo a Dios adoramos.

Pero también sabemos que ella es la reina del universo y que es nuestra madre. Que está por encima de todos los ángeles y de todos los querubines, porque ella es la Madre de Dios-Hombre, Cristo Jesús. Ella nos dio a Jesús y con Jesús nos vino la redención.

Si no hubiera existido María Santísima, puede ser que hubiera habido un redentor, pero éste sería distinto... sus palabras hubieran sido diferentes, su compasión distinta. El sermón de la montaña no se hubiera pronunciado lo mismo... el evangelio sería distinto. Porque, en Cristo, lo humano influyó mucho en toda su vida.

Y todo lo humano en Jesús era de María: su cuerpo, su sangre, su imaginación, sus pasiones, todo eso fue una herencia de María... todo eso fue lo que aportó María a nuestra redención.

Hablemos, pues, un instante a María: Madre, Tú sabes que somos pecadores, Tú sabes que estamos amenazados de debilidades... que todo es tentación para el hombre y todo peligro.

---

<sup>168</sup> Ver: "La Virgen María"

La riqueza nos es un peligro, y una ocasión de pecado. La pobreza nos es otro peligro... ella nos puede traer envidia y amargura. La salud nos es tentación, lo mismo que la enfermedad. En el matrimonio se nos presenta la tentación de la fatiga, de la desilusión, de la infidelidad. Y si somos libres, existe el peligro de la impureza y del egoísmo.

Tú, madre mía, todo lo sabes, hasta lo más secreto. Tú sabes nuestros deseos de bien, nuestros deseos de pureza, nuestro anhelo de caridad.

A ti clamamos los desterrados hijos de Eva. Nos sentimos desterrados... todo en el mundo tiene para nosotros el sabor del exilio. El agua nos sabe amarga... todos los amores tienen un secreto sabor salobre.

A ti suspiramos gimiendo y llorando. Tú conoces todas las lágrimas de los hombres... las lágrimas de los pobres, las lágrimas de los enfermos, las lágrimas de los que no tienen o no reciben amor.

Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos... tus ojos que consuelan, que iluminan, que perdonan, tus ojos que comprenden, que nunca rechazan.

Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre... pero no a Jesús airado, no a Jesús justísimo, no a Jesús Juez de vivos y muertos.... sino a Jesús, fruto bendito de tu vientre. A Jesús que nació de ti y que de ti heredó misericordia y perdón.

Oh clemente, oh piadosa, oh siempre Virgen María.

# LA DEVOCIÓN A MARÍA<sup>169</sup>

La Iglesia Católica siempre ha profesado una devoción especial a nuestra Señora. Es verdad que después del Concilio Vaticano II, que centralizó toda la devoción cristiana en Jesucristo, en el misterio Pascual, la devoción a María ha disminuido un tanto. Pero eso no significa de ninguna manera que se debe borrar de nuestra vida.

La Virgen María está haciendo falta en el mundo. Esto se nota por todas partes. En este mundo que, en lugar de lo espiritual, levantó tres grandes ídolos: el ídolo de la técnica, el ídolo del sexo y el ídolo del humanismo ateo, los tres baales modernos.

Y la Virgen está haciendo falta en el mundo. Su ausencia en la devoción cristiana se manifiesta en todo: en la crisis sacerdotal, en la crisis de vocaciones, en el desvío del cumplimiento del día del Señor.

La Iglesia Católica tiene una advocación mariana para cada circunstancia del hombre. Cuando estamos alegres, nos presenta a la Virgen de la Anunciación y a la Virgen de la Navidad.

---

<sup>169</sup> Ver: "La Virgen María"

Cuando estamos tristes, nos ofrece a la Virgen de los Dolores, a la Virgen de las Angustias. Cuando necesitamos favores, nos presenta a la Virgen de Lourdes o a la Virgen de Fátima.

Cuando estamos en peligro, aparece la Virgen del Carmen. Cuando estamos serenos, es simplemente María. Y cuando necesitamos dones y ayudas y liberación, es la Virgen de las Mercedes, la Patrona de los encadenados: Patrona de los que están atados al pecado, de los que están atados a la amargura y a la tristeza, patrona de los prisioneros. Prisioneros somos todos los hombres.

Pensemos ahora brevemente en María, la maravillosa Madre de Jesucristo. María, la silenciosa, la sollozante, la que no tuvo palabras para adorar el regalo del Espíritu Santo que era Jesucristo, que venía a sus entrañas, y se refugió en el silencio.

María, la mujer que alabó a Dios con una alabanza casi perfecta, segunda después de Jesucristo. María, la que comprendió el amor de Dios y el designio de salvación que tenía sobre el mundo.

María, la Inmaculada; María, la que entendió a Jesucristo en cuanto una criatura podía entenderlo, la que lo amó con un amor indecible; María, la que lo contempló largamente desde niño, desde adolescente, desde joven, desde hombre en plenitud, hasta verlo recostado en su regazo en el Calvario.

María, el regazo donde se reclinó, de niño, el cuerpo, y de viejo, el alma. Donde se reclinó, cuando niño y cuando muerto, Jesucristo. Donde nos reclinamos nosotros durante la vida, y a la hora de la agonía.

María, la Madre de Jesús, la llena del Espíritu Santo como ninguna criatura después de Cristo. María, la que, por misterio y designio de Dios, es madre de los hombres. La que nos acompaña en el momento de absoluta soledad que es la muerte.

María, la joya, la perla preciosísima, propiedad incomparable de la Iglesia Católica, de la Iglesia Cristiana y, por qué no decirlo, de todos los elegidos, de todos los predestinados.

En los hogares, muchos de los cuales se están derrumbando, la ausencia de María se hace sentir por todas partes. No parecía que fuera tan fuerte, tan notable esta ausencia. Es como la ausencia de la luna en una noche oscura.

Debemos regresar a una verdadera devoción a María. No se trata de tener en el mismo templo diez imágenes de la Virgen. Eso está prohibido; por otra parte, no tiene sentido.

No se trata de abandonar a Jesús y preferir a María. Eso no es evangélico. Pero sí debemos mantener la verdadera devoción a nuestra Señora. Ella es la Madre de Jesús, ella es nuestra Madre.

Si regresamos a ella, muchas cosas que parecían insolubles encontrarán solución. Muchas cosas que parecían irremediables encontrarán remedio y curación.

Es posible que algunos no puedan rezar el rosario antiguo. Tal vez no esté de acuerdo con el gusto del hombre moderno, que quiere algo más existencial, menos monótono o menos repetido.

Pero sí, a lo menos, las tres avemarías antes de acostarnos, todos debemos rezarlas con devoción; y por la mañana, al salir, encomendarnos a ella. Que no falte en ninguno de nosotros esta plegaria tan bella y consoladora. Pidámosle a la Virgen María las grandes peticiones: que nos conduzca a Jesucristo, que abra el camino en nuestro corazón para la venida del Espíritu Santo, que nos haga amar la Palabra de Dios.

La devoción a la Virgen María está haciendo falta en el mundo; está haciendo inmensa falta en nuestra vida. Debemos mantener la devoción a la Virgen, como Madre de Jesús y Madre nuestra.

Es verdad que no se nos pide que recemos el Rosario de quince casas, ni siquiera el de cinco decenas, pero sí se nos pide que regresemos todos a las tres avemarías, antes de acostarnos; y por la mañana, al salir, una pequeña oración, por ejemplo: Virgen María, protégeme de todo mal y peligro.

# LA PATRONA DE COLOMBIA<sup>170</sup>

A fines del siglo XVI había cerca de Chiquinquirá un humilde rancho perteneciente a una hacienda. Sacaban a asolear el trigo en un viejo costal. Un día, una humilde mujer, María Ramos, vio en el burdo lienzo algo que parecía una imagen borrosa. Apartó la tela y la puso en algún lugar del rancho. Algunos días más tarde, un indiecito llegó a los patronos con la noticia de que el rancho se estaba incendiando. Todos acudieron a ver lo que pasaba... y vieron el lienzo resplandeciente de la Virgen, tal como lo conocemos, tal como lo honramos en toda Colombia con el nombre de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Esta es la tradición desde fines del siglo XVI.

Esta Virgen María, llámese de Chiquinquirá o del Carmen, o del Perpetuo Socorro, o de Fátima, o de Lourdes, es la misma. No hay sino una, la madre del Hijo de Dios encarnado, la madre de los hombres. La madre de los que nos sentimos solos y tristes en el mundo. La Madre de los pobres, de los enfermos y de los agonizantes.

---

<sup>170</sup> Ver: "La Virgen María"

No hay regazo más tibio que el de la Virgen María. No hay lágrimas que sus manos no sequen. No hay situación, por desesperante que parezca, que ella no ilumine y resuelva.

Si el mundo se salva, será por María. Si Colombia se salva, será por María. Si nosotros logramos superar el naufragio del pecado y del mal, será siempre por María.

Cuan maravillosa es nuestra Iglesia Católica, que tiene en su corazón a la Virgen. Ella es la madre de Cristo, Dios viene al hombre por Cristo, no hay otro modo. Y Cristo viene al mundo y a las almas por María, no hay otro modo. Ella es la única que siempre susurra al oído de Nuestro Señor las palabras de Cana: ¡No tienen vino! El vino de la paz, de la concordia, de la alegría, o del amor.

Bendita esa tierra de Chiquinquirá que nos dio una nueva y propia advocación.

Digamos con fe: Virgen María de Chiquinquirá, Tú eres la misma... La del Evangelio. Salva nuestra tierra, que ahora no parece ser tierra tuya... tierra que asoleó tu lienzo; cuyos campesinos te rezaron mil veces, de generación en generación, haciendo largas jornadas, camino de Chiquinquirá. Salva a nuestra tierra y salva al mundo.

# VIRGEN DE CHIQUINQUIRÁ<sup>171</sup>

Virgen de Chiquinquirá... Virgen que tiene olor a rastrojo, olor a trigo y a manzana... La Virgen que suena a guitarra campesina. Esta es nuestra reina y nuestra madre.

Colombia no tiene otra reina que la Virgen de Chiquinquirá. Las otras son únicamente para distraer la atención inofensivamente, pero ellas no pretenden ni pueden penetrar al espacio interior, donde la única reina es María.

Esta Virgen de Chiquinquirá está obligada a salvar a Colombia, porque siempre ha tenido nuestra confianza. A Chiquinquirá debiera ir una romería, a pedirle a la Señora que nos salve. Deberíamos ir todos con el Presidente a la cabeza, a despertar a la Virgen que se ha dormido sobre nuestra zozobra.

Si la Virgen María se despierta, verá que estamos ensangrentados y vestidos de harapos y de odio. Pero una sola palabra suya todo lo restaura, todo lo sana. Debemos volver a lo primitivo, a lo auténtico, a lo entrañable... Ya sabemos que lo demás no produjo sino frutos amargos de desunión y de muerte. Debemos volver a la romería.

---

<sup>171</sup> Ver: "La Virgen María"

Digámosle hoy a la Virgen: Ay, Virgen de Chiquinquirá, la que hueles a yerbas del bosque, la que sueñas a guitarra campesina, la que hiciste recorrer a los creyentes romeros los largos caminos...

La única que eres nuestra reina, despiértate y apiádate de la patria. Salva a Colombia, guárdala colócala en tu pañolón boyacense, campesino, y cúrala con tu calor.

Tú sabes muy bien que hay heridas que no se curan con plata, sino con una renovación de fe y con un renacer del amor.

En esta época en que nos hallamos, cuando es posible viajar a la luna, y recoger los primeros guijarros del pálido satélite, en esta época de una moral diferente, de una filosofía distinta, de una política en vías de transformación, en esta época conmovida desde sus raíces hasta su copa, debemos regresar humildemente, a la devoción a la Virgen María.

Ya no se habla tanto de ella; sin embargo, ella es para siempre la madre de Jesucristo-Dios.

Mientras el hombre tenga tristeza, tendrá a la Virgen María. Mientras en la vida haya momentos de agonía y de desesperación, necesitamos a la Virgen María.

Mientras para cada hombre haya su última agonía, es necesario invocar a la Virgen. La Virgen es lo permanente en un mundo que fluye, es lo profundo en un ambiente de superficialidad.

Es la pureza en un medio de increíble impureza e infidelidad. María representa todos los valores, porque es la Madre de Jesús.

Hay que volver a tomar el camino de los esforzados peregrinos que volvían llenos de ilusión, alegría y de milagros.

Debemos ir a Chiquinquirá todos y soportar el polvo y soportar la incomodidad en honor de María, porque es como una reacción de nuestra parte a la espiritualidad, en favor de los valores, de la pureza y de la fidelidad.

Debéis organizar vuestro viaje con anterioridad. Si es necesario dormir en carpas, a los alrededores del santuario, o en los pueblos vecinos.

Pero es obligatorio en esta vez viajar hacia Chiquinquirá para honrar a Nuestra Señora, la Madre de Jesús.

Nuestro viaje, nuestra peregrinación a Chiquinquirá, significa nuestra fe en Jesucristo, nuestra fe en el evangelio, nuestra fe en el Espíritu Santo, significa una cosa: que aunque somos de este mundo, aunque estamos emocionados ante el adelanto de esta época, y aceptamos todo lo bueno que se tiene, sin embargo no nos dejamos engañar, no somos superficiales.

Creemos, que más allá de la técnica, está lo espiritual, que más allá del mundo temporal, está el mundo eterno, que más allá del mundo alucinante, deslumbrante y pasmoso, de libros, películas, televisión, hay otro mundo: el mundo de la gracia, el mundo pacífico y eterno de la eucaristía y de la esperanza.

## ¿QUÉ PEDIR A MARÍA?<sup>172</sup>

Los católicos pedimos a Dios, por intercesión de María, tres cosas: tener salud del cuerpo y del alma. Ser libres de la tristeza de la vida presente. Gozar de la alegría eterna.

Los católicos, por medio de María, no pedimos riqueza ni triunfos, sino lo elemental en la vida; salud del cuerpo y del alma. Ni pedimos felicidad en este mundo... pedimos que se nos libre de la tristeza. Podemos estar en dolor sin estar tristes. Podemos ser pobres y no estar tristes. La tristeza no tiene razón de ser para el que cree que va hacia Dios.

Nosotros pedimos alegría, pero para el futuro, para la eternidad: Este es el equilibrio católico que se pide por medio de María.

Y esto es lo que debemos suplicarle a la Virgen de las Mercedes: una vida intensa, plena, fecunda, sin tristezas paganas, sin alegrías mundanas. Y que ella esté a nuestro lado a la hora de nuestra muerte. Que ella nos presente a Jesucristo, para que Él nos juzgue.

---

<sup>172</sup> Ver: "La Virgen María"

Que María esté a nuestro lado a la hora de nuestra muerte, aunque no haya nadie más, aunque no haya coronas, ni automóviles funerales, ni cinco cantores.

Que esté la Santísima Virgen María a nuestro lado, y podemos excusar a todos los demás de venir a nuestro entierro.

Esta es la más estupenda merced de la Virgen de las Mercedes: que ella nos asista a la hora de nuestra muerte. Que cuando se nos desvanezca todo lo humano... nos encontremos con sus ojos de madre, con sus ojos de misericordia.

Colaboradora de Dios

María es la mujer excepcional a quien Dios confió el cuidado de la encarnación. La realización histórica del misterio del Verbo Encarnado fue sometida a la libre aceptación de la Virgen María. El éxito de la encarnación y de sus designios fue dejado a las manos de esta doncella, hija de los hombres, para que llegara a ser la maravillosa colaboradora de Dios.

El prodigioso destino de María está ligado al misterio de Cristo, al misterio del amor de Dios. Dios salva al mundo por medio de Jesucristo. Pero todo el misterio humano de Jesucristo depende de María; por cualquier aspecto que contemplemos el mundo, Jesucristo está en el fondo de todas las cosas, pero María tiene un lugar excepcional en la presencia y en la acción de Jesucristo en ellas. A ella. Dios le confió el cuidado de la encarnación:

He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el Verbo se hizo carne, ¡y habitó entre nosotros! Y María llegó a ser Madre de Dios.

Todo lo que sucede después, todo el misterioso camino de las almas, todo está vinculado a Jesucristo y por tanto a María. Desde que María es Madre de Jesucristo todos nuestros destinos espirituales echan raíces en ella.

Jesucristo es el centro del universo y de la historia, y el punto de partida de Jesucristo es María; si no hemos de explicar absurdamente las cosas, por lo fatal y por el sino, debemos explicarlas por la Providencia, por Jesucristo y por María.

En un trece de mayo apareció la Virgen de Fátima. Volvamos hacia ella nuestra mirada, digámosle, como si fuéramos niños: Te ruego. Madre mía, que me conduzcas en todos mis caminos; no digas que no puedes, ¡porque todo poder te ha sido dado en el cielo y en la tierra!; no digas que no quieres, porque Tú eres nuestra madre; si no pudieras, de veras, socorrernos, te excusaríamos diciendo: es verdad que es nuestra Madre, ¡pero la pobrecilla no puede más!; si no fueras nuestra Madre, nos resignaríamos diciendo: es verdad que es rica para socorrernos, pero como no es nuestra Madre... ¡no nos ama!

Pero, ya que eres madre y ya que eres poderosa, no puedes negarte. Ten compasión de nosotros, tus hijos. Líbranos de la tentación. ¡Conducenos a Cristo! Tú, la Mujer maravillosa, a quien Dios ¡confió el cuidado de la encarnación!

## EL MES DEL ROSARIO<sup>173</sup>

El Rosario, esta plegaria admirable, decía León XIII, compuesta de la salutación angélica, entrecortada con padrenuestros, es, según la tradición cristiana, una excelente súplica y un medio fecundo de obtener la vida eterna.

Rezar el rosario es como un trabajo manual divino, como bordar perlas de avemarías, entrecruzadas con diamantes de padrenuestros.

Cuando se reza todos los días el santo rosario se teje un manto con que se pueden tapar parte de nuestros pecados; un manto de amor que nos defenderá de la mirada severa de Jesucristo cuando venga a juzgarnos.

Mientras se recitan las avemarías el alma se refugia en los misterios de Nuestro Señor: gozosos, dolorosos, gloriosos. Aunque de vez en cuando nos distraigamos durante esta plegaria, aunque de vez en cuando nos quedemos dormidos, la Virgen María sabe que nuestro corazón estuvo vigilante.

---

<sup>173</sup> Ver: “La Virgen María”

Recuerdo que un día un padre de familia, que tenía seis hijos como seis rosas, al preguntarle yo cómo había hecho para lograr formarlos y educarlos tan bien, tan refinadamente, me contestó, sacando el Rosario de su bolsillo: “Con esto, Padre, los he educado, con el rosario divino en mi hogar”.

El santo rosario nos libra de tentaciones o nos da fuerzas para vencerlas. A la hora de la muerte debe ser maravilloso presentarse con una camándula gastada en nuestros dedos de ser desgranada día por día. ¿Quién nos separará de Jesucristo si estamos unidos a su madre por el santo rosario?

Yo os aconsejo este rito para la hora de morir: tener en el pecho el escapulario del Carmen, en las manos un Cristo, y la cadena del rosario que nos amarra a la Virgen. Y, si sois ricos, tener a lo lejos una o dos o tres casas regaladas a los pobres.

# UNIDOS EN LA ORACIÓN<sup>174</sup>

Octubre, mes del rosario. En este mes debemos rezar los cristianos el santo rosario. El rosario es una cadena de oro que nos ata a lo invisible, que nos separa del mal, que afirma la presencia de lo sagrado en nuestra vida.

En el santo rosario el corazón desgrana ante Dios toda la historia de Cristo, sus diversos misterios, Y al mismo tiempo, repite e invoca sin cansarse a María, como ayuda ante Dios, su Hijo.

El santo rosario es un ramillete de rosas, fresco, perfumado y maravilloso a los ojos divinos. Allí está todo el evangelio, todo el cristianismo, en forma de plegaria.

Debemos rezar el Rosario para que Dios nos salve, y para que salve al mundo. Cada mes de octubre, debemos orar los católicos y los cristianos, para que Dios nos una, para que se realice el supremo deseo de Cristo: que seamos una sola

---

<sup>174</sup> Ver: “La Virgen María”

cosa, un solo pastor y un solo rebaño. Como decía un obispo episcopaliano: “Cristo no pudo, ni quiso, fundar 400 sectas, sino una sola Iglesia”.

Mes de octubre, mes del santo rosario. Si queremos la unión de nuestra familia, si queremos la solución de muchos problemas, oremos, recemos el rosario. Es mucho más eficaz la oración que la discusión; una familia, dos esposos que rezan el rosario, siempre terminan poniéndose de acuerdo.

Cuando vemos tantos hogares destrozados, podemos estar seguros de que allí no se rezaba el rosario. Familia que ora unida, permanece unida.

Ante el tremendo misterio que encierra nuestra vida, y ante el arcano impenetrable de nuestra muerte segura, hay algo claro, sencillo e iluminado: el santo rosario, bien rezado, paladeado, con sus misterios, con su advocación, con su padrenuestro, con su credo y con sus avemarías.

El rosario es el hilo de oro que nos va conduciendo a través del oscuro socavón de la vida, hasta encontrar la mina de Dios.

# LA VIRGEN DEL ROSARIO<sup>175</sup>

Yo no sé si vosotros habéis experimentado alguna vez el gozo de rezar el santo rosario.

Quién sabe qué monje antiguo, o si fue Santo Domingo, el que inventó este divino preludio, lleno de ritmo, de fuerza y de dulzura, que es ir recorriendo la camándula mientras se desgranaban avemarías y padrenuestros, unidos con *gloria patris*.

La realidad es que, cuando estamos tristes, nos consolamos al terminar el rosario; que, cuando estamos débiles, somos fuertes al concluirlo, y, cuando no hallamos solución a los íntimos problemas, las últimas avemarías del rosario nos trazan una línea de luz en que apunta la aurora. Siempre encontramos en esta plegaria un refugio tranquilo donde reposar, donde calmar nuestras angustias para regresar con nueva fe a nuestros deberes.

El santo rosario es una oración profundamente humana y al mismo tiempo divina. Humana porque se basa en una ley del amor, que es la repetición: el amor repite y no se cansa de volver a la palabra “Te amo”. Así es el Rosario: repite las

---

<sup>175</sup> Ver: “La Virgen María”

avemarías y los padrenuestros como si fueran expresiones de ternura a Jesucristo y a María; y es una plegaria sagrada porque está sacada del evangelio: en el evangelio se halla gran parte del Avemaría y todo el Padrenuestro. La doxología del Gloria al Padre arranca desde el siglo segundo de la Iglesia.

Cuando la repetición creadora está llena de sentido, es buena y es nueva; solo cuando está vacía es estéril. Los latidos del corazón también son repeticiones y, sin embargo, de ellos depende nuestra existencia material.

Todo lo que vive se realiza en un ritmo, en un vaivén sostenido; este es el sentido del santo rosario, el ritmo del amor. La repetida respiración de la fe, de la confianza en Jesucristo, a través de María.

Haced la experiencia de rezar diariamente, solos o en familia, el santo rosario para que gustéis personalmente el misterio de dulzura, de fuerza, de calma, de equilibrio interior, que nos puede traer esta plegaria.

En este modo de rezar en el regazo de María se despierta en nosotros el misterio de la existencia de Jesucristo. Viene evocado, respira, crece y se desarrolla.

# LA MÁS BELLA ORACIÓN<sup>176</sup>

El rosario es un modo de orar, hecho de la repetición de cincuenta avemarías entrecortadas por padrenuestros y por una doxología a la Santísima Trinidad. Mientras tanto, se meditan los misterios de nuestra redención.

No se diga que es una repetición de palabras a modo de las plegarias tibetanas. El amor siempre repite, el amor nunca se cansa, y le da toda la fuerza a una misma palabra.

La repetición en el santo rosario tiene por fin crear un movimiento interior del alma, cada vez más calmado y más lleno. A Dios podemos y debemos repetirle siempre que lo amamos, que nos perdone, que necesitamos de Él.

Esta es la finalidad del rosario. El latido del corazón siempre se repite como expresión silenciosa de vida: así el rosario. Nuestra existencia depende del ritmo de nuestra respiración; también nuestra vida espiritual.

Todos los días sube el sol y se oculta, repitiendo la monotonía de su camino, que siembra la vida. Todo lo que vive y da vida se realiza en el ritmo y en la repetición. El santo rosario representa una forma particular de vida espiritual.

---

<sup>176</sup> Ver: “La Virgen María”

Empezada y terminada con la sagrada cruz a nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: en la frente, en el corazón y en los hombros, y continuada con la advocación a la Virgen María, y con la oración perfecta enseñada por Cristo, el Padrenuestro, al mismo tiempo esta oración mental y vocal del santo rosario pone en movimiento las manos, que van corriendo las cuentas de la camándula, para que el cuerpo y el alma tomen parte en la oración.

Nada más silencioso y reconfortante que el santo rosario; nada que una más un hogar, nada que equilibre y alegre más nuestro espacio humano.

Familia que ora unida permanece unida. El santo rosario tiene la fuerza suficiente para unir a las familias separadas y a los hombres desunidos.

Retornar al santo rosario en familia parece anacrónico en esta época en que los hijos y las hijas llegan tarde en la noche, en que los teatros ofrecen distracciones radicalmente antagónicas con la plegaria familiar, en que sólo se habla de política temporal o de cohetes interplanetarios.

Sin embargo, por eso mismo, porque todo está disperso y todo desunido, todo inauténtico y todo en peligro, por eso mismo debemos recurrir a los grandes medios y a las grandes fuerzas cristianas: el santo rosario en familia.

El rosario es el contacto de fe y de amor con la Virgen María. La Virgen María es el conducto para llegar a su hijo, Cristo Jesús. Y Cristo, nuestro Salvador, es el único camino hacia Dios Padre.

Todos los otros senderos resultaron fallidos y extraviados. Esta sociedad con hogares desunidos y con amagos de ruina, con una técnica y con una ciencia que resultó terminar en la melancolía, y en la tristeza de lo insuficiente, ha comprendido que hay que retornar a lo eterno, y ha comprendido que el único camino es el del evangelio: María, Cristo, el Padre.

# PLEGARIA A NUESTRA SEÑORA<sup>177</sup>

Mira, Madre mía, nosotros quisiéramos tomarte las manos y hundir en ellas nuestra cabeza, que está llena de polvo de nuestro duro camino. Tú eres mi Madre, porque eres la Madre de Jesús, mi hermano. Tú nos lo has dado todo, al darnos a Cristo. Sin ti, Cristo sería distinto... todo lo humano de nuestro Redentor se te debe a Ti: su amor, su ternura, su sentido del perdón y de la compasión... su sangre y sus lágrimas. Todo eso era tuyo. El universo se hizo para Jesucristo, pero Tú, por obra del Espíritu Santo, regalaste a Jesús.

Virgen María, nosotros te quisiéramos amar. Te lo digo a nombre de todos. Aunque seamos pecadores. Aunque se nos haya disminuido la fe, aunque nos dé vergüenza nuestra vida... sin embargo, nosotros te amamos. Te amamos más que a nuestra propia madre carnal. Porque tú nos diste una vida infinitamente más preciosa que es Jesucristo.

Madre celestial, pon tu mano sobre nuestras cabezas que están húmedas, pasa tus dedos por nuestros ojos y limpia nuestra frente del sudor frío que produce el pecado. Somos pecadores.

---

<sup>177</sup> Ver: "La Virgen María"

Tú lo sabes, somos débiles, tú nos conoces, A ratos nos sentimos horrendamente miserables, pero tú eres nuestra Madre. Tú puedes renovarnos, Tú puedes rehacernos, tú conoces nuestras tentaciones, tú sabes nuestros secretos.

Dios te hizo Dispensadora de todas las gracias, mediadora entre Cristo y nuestra humana flaqueza.

Madre, tú puedes rehacernos, te estamos hablando como si fuéramos unos niños. No te queremos decir nada, nada de nuestras penas: tú las conoces, tú lo sabes todo: tú sabes cuáles son nuestros enfermos queridos; tú sabes las hondas inquietudes de las madres y por qué se nublan los ojos de las esposas.

Pero no queremos decirte nuestras penas... Hoy sólo queremos decirte la palabra, la antigua palabra, que conocen todos los hijos y que siempre es dulce a los oídos de las madres: ¡Que te amamos, Madre y Señora!

# REZAR A LA VIRGEN MADRE<sup>178</sup>

La Virgen María es una persona absolutamente definitiva en nuestra vida, demasiado importante en la Iglesia, e imprescindible para Cristo, necesaria en el universo espiritual. Toda la belleza humana de Jesús, todas sus cualidades, toda su ternura, toda su sensibilidad, toda su compasión, toda su sangre redentora, toda su amabilidad que se revelaba a través de todos sus actos, se las debe a María.

María, la llena de gracia, como dice la Escritura: María con quien estaba el Señor; María la bendita entre las mujeres; María, la que halló gracia delante de Dios, la que concibió en su vientre y dio a luz un hijo que se llamó Jesús. El Espíritu Santo vino sobre ella y el Poder del Altísimo la cubrió con su sombra; María, la mujer excepcional en toda la historia, la mujer distinta, la mujer inmaculada, la Virgen Madre.

Todos tenemos que ver con María, todos los hombres, desde el principio, desde la lejanía del hombre primitivo. Los judíos porque ella es la flor de su raza. Los cristianos porque de ella nació Jesucristo, los paganos porque por los méritos y los ruegos de María, ellos reciben la gracia redentora de Jesús.

---

<sup>178</sup> Ver: "La Virgen María"

La Iglesia Católica está llena de María. El arte occidental, el arte cristiano se ilumina espléndidamente con la figura de María. Nosotros en este siglo ya debemos volvernos ansiosamente a María.

No tendremos a Jesucristo completo, ni Él estará contento con nosotros, si olvidamos a María, aunque leamos la Escritura y lo amemos. Cada día del año volvamos a la devoción a María. Recemos diariamente el avemaría del ángel, no la olvidemos. “Dios te salve María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Jesús”. “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén”. Esta oración debemos rezarla diariamente. En este mundo de pecado, en este mundo amenazado en este mundo que ha sido incapaz de darnos la seguridad, de darnos la alegría, la paz, volvamos a la Santísima Virgen María y pongámonos humildemente bajo su protección, y escuchemos la eterna palabra de Jesús que se refiere a nosotros: “He aquí a tu Madre” (Juan 19,27). Con profunda fe, con amor, reconozcamos en María, nuestra Madre.

Pidamos a María que se acuerde de nosotros: Acuérdate, Virgen María, que nunca se oyó que fuese desoído alguien que a ti clamara. Acuérdate, acuérdate de los pobres. De las familias que se sientan en silencio delante de un fogón apagado, delante de un rancho en ruinas, delante de zapatos rotos, de vestidos húmedos, sin cobijas... sin trabajo... sin nada.

Acuérdate de los muchachos sin estudio, de los enfermos sin remedios, únicamente con fórmulas... de los tristes sin consuelo.

Acuérdate, Virgen María, también de los ricos. De los que no saben qué hacer con el dinero, de los que ya no saben qué comprar, pero que nunca han querido comprar la alegría verdadera de dar, de colaborar, de partir lo superfluo con los demás. Acuérdate de ellos, y sálvalos con la única salvación posible, que es la caridad.

Acuérdate, ¡oh piadosísima Virgen María! Acuérdate del hombre moderno. Del hombre en angustia; del hombre puesto en el absurdo por haber rechazado a tu Hijo Cristo. Del hombre que se cree solo destinado a la muerte, sin ninguna esperanza. Del hombre que abandonó los principios eternos y se halló totalmente en el caos. Del hombre que pretende cambiar el paraíso divino por un paraíso terrenal, utópico... ¡y perdió el divino, sin nunca lograr el terreno!

Acuérdate oh piadosísima Virgen María. Acuérdate de todas nuestras miserias, de toda nuestra pobreza, de todas nuestras angustias. Pero no te acuerdes, como Madre que eres, de nuestros pecados, de nuestras infidelidades, de nuestras transgresiones. Acuérdate de nuestro bien y de nuestra buena voluntad, pero no de nuestro mal.

Y haz que Cristo tampoco se acuerde de nuestros pecados. Acuérdate, oh piadosísima Virgen María.

## A TODA HORA: MARÍA<sup>179</sup>

Cuando nos despertamos, debemos decir: Virgen María, este día lo pasaré bajo tu protección; cuando nos acostamos, debemos decir: Virgen María, guárdame durante la noche; cuando no sabemos cómo educar a los hijos debemos decir: Virgen María, ilumíname, enséñame tú, la maestra de Jesús.

Cuando en nuestra casa no hay cómo pagar el arrendamiento o el colegio, o el pan, acudamos confiados a la Virgen, y digámosle: Virgen María, no hay pan, ni hay techo, ni hay cómo pagar el arriendo; y la Virgen no nos abandonará.

Cuando estemos en tentación acudamos a la Virgen, no nos abandonará: Madre, no nos dejes caer en el peligro. Y, si hemos tenido la desgracia de caer en el pecado, si el demonio nos ha sumergido en la oscura laguna del mal, volvamos sin demora los ojos a la Virgen, y digámosle: Madre, sálvame, retórname a ti, regrésame a la gracia y a la paz.

Si estamos enfermos, la Virgen es la salud de los enfermos y el refugio de los pecadores.

---

<sup>179</sup> Ver: "La Virgen María"

¡Qué tal que no hubiera María en el mundo de la oración! A los que se separaron de la Iglesia les hace falta María.

Y, cuando estemos muriendo, volvamos los ojos a María, y digámosle: Virgen María, no me abandones ahora en esta hora de mi muerte.

Debemos aprender a vivir con María para con ella morir. En la hora de la muerte debemos abrazarnos a la Virgen María. ¿Quién nos separará de Jesucristo si estamos con María? ¿Cómo puede haber condenación para nosotros si estamos con la Virgen María? Digamos con fe: Virgen María, Virgen María, ampáranos, bendícenos.

# MARÍA, DANOS LA PAZ<sup>180</sup>

Si hoy le habláramos a la Virgen, le diríamos; Madrecita, danos la paz, necesitamos la paz, estamos angustiados y tristes. Esta Colombia es tuya. Por todas partes están tus santuarios y por todas partes se hallan tus amantes. Los campesinos silenciosos van a ti y te llevan sus flores y su ternura. Los jóvenes todos de los colegios están este mes de mayo orando ante tu imagen adornada. Todos los hombres de armas son devotos de tu escapulario.

Tú eres el común denominador de los colombianos. Puede ser que algunos, en su entusiasmo irreflexivo, nos griten “abajos” a nosotros los curas y quizá yo les he dado motivo.

Pero a ti nadie te grita un abajo en Colombia. Por eso tú debes darnos la paz. Una paz serena, una paz hecha de comprensión, de perdón, de fraternidad. Tú sabes que desde el paraíso los hermanos muchas veces peleamos, pero son disgustos transitorios. En el hogar no puede haber odios, ni rencor, ni represalias.

---

<sup>180</sup> Ver: “La Virgen María”

Todos somos capaces de un paso en falso. Los colombianos somos sentimentales y naturalmente aventureros, pero todos debemos ser capaces del perdón y de la unión.

Te pedimos, sin pesimismo, por la paz. La paz comienza en todo hombre que se te entrega y que se domina a sí mismo en la sumisión a la ley.

Haz que seamos libres y respetados en nuestros distintos modos de pensar, y que nuestros debates sean con plena lealtad y honestidad. Haz que abandonemos los ídolos y que regresemos arrepentidos a ti. Virgen María, que no eres ídolo, ni amuleto, sino cauce necesario para ir a Jesucristo, el único que nos puede decir hoy y siempre: “Mi paz os dejo, mi paz os doy”.

Virgen María, nosotros confiamos en Ti; confiamos que nos librarás de la tentación.

La tentación de un mal amor que opaque y profane nuestro hogar. La tentación del dinero, que nos haga egoístas y avaros, sin compasión y sin ternura. La tentación de la soberbia o del odio o de la ambición.

Santísima Virgen, Madre de Dios y nuestra Madre, danos fuerzas para no traicionar nuestro ideal; para vencer la implacable tristeza de la vida, para superar el desfallecimiento de ciertas horas en que tenemos la impresión del fracaso en nuestro intento. Haznos comprender que vale más la oración que la acción; que el dolor tiene un precio mayor que la alegría; que dar es más dulce que recibir; que la eternidad es infinitamente más importante que el tiempo.

Haz que nunca desesperemos ante lo difícil del bien. Que nunca renunciemos a conquistar para la verdad un alma que nos haya sido confiada y de la cual tengamos que responder. Haz que la evasión en cualquiera de sus formas no sea nuestro refugio donde esquivemos la sagrada voz del deber.

Virgen María, ¡despiértanos! Haznos descubrir la importancia de la vida, y enséñanos las posibilidades inmensas que nos ofrece la existencia. Quita de nuestro camino el pesimismo o la indiferencia. Haz que sepamos comprometernos ante el bien; que tomemos algún puesto de responsabilidad en la reconstrucción del reino de Dios en la tierra.

Danos la gracia de desear a Dios, de buscarlo ansiosamente y de descubrirlo. Haz que todos los hombres comprendamos que sólo hay un camino para llegar al Dios verdadero, y es Jesucristo. El Mediador, el Divino Salvador.

Y que sólo hay un camino para llegar a Jesucristo, y ese único camino eres tú, Virgen María.

# QUEDA MARÍA<sup>181</sup>

Hay, en el tesoro de la Tradición de la Iglesia Católica, una palabra que me ha impresionado profundamente. Te la quiero entregar a ti, hermano que me escuchas o me lees todas las mañanas y todas las tardes... y a quien amo sinceramente sin conocerte.

Esta palabra es la siguiente: Cuando todo es inútil... ¡queda María! Es decir: cuando se han agotado todos los recursos, cuando ya no hay esperanza humana, cuando ya no hay remedio... ¡queda María!

Cuando en el hogar hay algo que se está arruinando irremediablemente, cuando ves que la felicidad ya no tornará, ¡que la unión íntima de las almas ya no se podrá humanamente reparar!... Entonces, no se te olvide... entonces, precisamente, ¡queda María!...

Si has hecho todo lo posible por educar a tus hijos, por santificarlos, por plasmarlos según el ideal que acariciaste, y ves con tristeza que no se ha obtenido nada de lo que se anhelaba, y que ya parece que no hay esperanza... entonces, precisamente, queda María.

---

<sup>181</sup> Ver: "La Virgen María"

Pero, sobre todo, en nuestras cuitas íntimas... Cuando nos damos cuenta de que no logramos lo que aspirábamos en santidad, en renovación, en belleza interior... Cuando nos sentimos implacablemente encadenados al mal, al pecado, a las miserias humanas, a la monotonía de una vida insignificante, cuando presumimos que el mañana será lo mismo que el ayer, oscuro y turbio... entonces, sin embargo, queda María. Cuando pensamos con dolor que la belleza de la vida, que la utilidad de la existencia no iluminó para nosotros, y que pasó la ocasión y la posibilidad... ¡Queda María!... ¡Queda María!...

Para los pobres, para los mendigos, para los desorientados, para los enfermos, para los desconsolados, para los prisioneros, para los leprosos, para los que padecen cáncer, para los desahuciados... ¡Queda María!

Cuando ya no hay ningún remedio, queda María, ¡queda María!  
Cuando se han agotado todos los recursos humanos, cuando ya no hay esperanza, queda María.

Para ti hermano que me lees... Para ti que ya no tienes ni una ilusión, ni esperanza: queda María, no se te olvide. Queda María.

Para ti hermano, y para mí, ¡siempre queda María!

# LUCHO, EL VOLATINERO<sup>182</sup>

(De una leyenda medieval)

Terminada la clase, el rector bajó al locutorio, todavía con la Summa de santo Tomás bajo el brazo y un tanto congestionado por el esfuerzo mental de la conferencia dada a los teólogos.

Encontró en la sala de recibo a un muchacho de poco más o menos unos diecisiete años... Después del saludo, un tanto seco, del rector y un poco tímido, del mozo, éste le explicó al superior que quería entrar en el seminario a estudiar para sacerdote.

- ¿Cuántos años has cursado?

El muchacho se quedó callado y bajó sus ojos inteligentes.

- ¿Sabes análisis gramatical? ¿Sabes latín?

- No, señor padre, yo no sé nada de eso.

- ¿Qué sabes, pues?

El muchacho levantó su mirada, la clavó rápidamente en los ojos del superior y exclamó:

- ¡Yo sé montar a caballo...!

---

<sup>182</sup> Ver: "Cuentos", vol. 1. Colección Obras Completas No. 16, Bogotá, 2009.

El Rector no pudo contener la risa, una risa que le sentaba muy bien en su rostro adusto.

- ¿Con que sabes montar a caballo? ¿Y tú te has creído que esto es pelotón de caballería?
- Escúcheme un momento, señor padre: afuera tengo el caballo; yo se lo regalaría, con la condición de que me aceptara de seminarista. Es mi bello caballo blanco, llamado Emperador, con el cual me he ganado la vida hasta hoy. Pero hace ocho días se murió mi madre, y ya no deseo sino entregarme a Dios y llegar a ser un sacerdote para poder decir muchas misas por el alma de mi viejecita. ¿Quiere ver a Emperador?

El rector, por descansar un rato de la clase, que le había fatigado, salió con el mozo a la puerta del seminario, donde el aspirante había dejado a Emperador.

- Dime, ¿cómo te llamas tú?
- Me llamo Lucho, señor padre. ¡Venga, Emperador!...

El caballo dejó de pastar y vino.

- Salude al señor padre.

El caballo bajó la cabeza y levantó una mano.

- Si el señor padre quiere, le haré una prueba que sé.

El rector miró el reloj y accedió, por benevolencia. Lucho, con una agilidad extraordinaria, de un brinco estuvo de pie encima del caballo

- A ver, Emperador: Jip, jip...

El animal se paró en dos patas, mientras Lucho permanecía encima de él.

- Emperador, Rak, Rak...

Y el animal empezó a caminar con paso de ganso.

- Emperador, Trot, trot...

Y el bruto empezó a trotar. Después, Lucho se bajó con la misma facilidad con que se había trepado; le dio un beso en la frente a su caballo y lo dejó en libertad para que siguiera pastando...

El pobre saltimbanqui creía que el rector estaba perfectamente entusiasmado con él, y continuó:

- También sé, señor padre, pararme en la cabeza; sé la prueba de la muerte, salto hasta seis metros con garrocha. Sé cantar y acompañarme con guitarra; cuando canto, no hay persona que no llore. Pero ya se acabó para mí la vida, después de que enterré a mi madre. Yo quiero entrar aquí y estudiar para sacerdote. ¿El señor padre, no podría recibirme?

El rector bajó la cabeza, serio. Aquel muchacho le parecía extraordinariamente interesante, pero tenía el gravísimo inconveniente de estar muy atrasado en los estudios.

El rector llamó al prefecto y a su primer asistente, y habló con ellos en una lengua extraña, que el muchacho no entendía.

Después, todos cuatro salieron a ver a Emperador, que estaba ya inquieto por la tardanza de su amo. Se convino en recibir a Lucho “ad experimentum”.

El caballo fue puesto en la pesebrera, y serviría para algunas confesiones que se ofrecieran en el campo. Y el joven fue conducido al aula de primer año, con niños de doce y trece.

Al principio, las cosas marcharon más o menos bien. Lucho estudiaba como un bendito, aunque poco comprendía, por estar muy desacostumbrado a los libros. El profesor le tenía cierta consideración.

Poco a poco, sin embargo, llegó a ser, para la clase, una molestia ir al paso del recién llegado.

En el alma del juglar, que se daba muy bien cuenta de su situación, se iban acumulando lentamente nubes que le hacían ver oscuro el porvenir. A las contradicciones de la clase, se unía la pena del antiguo “clown”, cuando oía a su Emperador relinchando y cuando veía al reverendo padre ecónomo muy sí señor, con los grandes zamarros leonados chalaneando, sin consideración, su finísimo caballo.

El padre era robusto y, sobre todo, ignoraba a fondo el arte de cabalgar. ¡Pobre Lucho!, se ponía pálido, se crispaba de nervios cuando veía pasar al padre a caballo, acercándole las espuelas a su noble animal.

Además, su tragedia íntima aumentaba cuando consideraba a sus compañeros y los veía tan garbosos, leyendo en latín en la capilla, batiendo con toda elegancia los incensarios y cantando

en libros llenos de punticos negros. Él, que amaba tanto a la Virgen, no podía hacer más que callar y sufrir.

Pero un día en que todos sus compañeros habían hecho ofrenda de poesías y habían cantado maravillosamente unas vísperas solemnes a nuestra Señora, Lucho sintió un deseo inmenso de hacer también algo por la santísima Virgen. Tenía aquello, por otra parte, el sentido de una despedida, pues ya el rector le había dicho que la prueba no lo favorecía, que debía salir a aprender latín; que después sí le recibiría.

Lucho resolvió irse al día siguiente en su caballo, por todos los pueblos. Tal vez en las noches de luna, con la gramática latina, bajo algún árbol de los caminos del mundo, estudiaría latín para regresar al año siguiente más preparado.

Esa noche resolvió despedirse de la Virgen: él la quería mucho, aunque no sabía cantar latín, aunque nunca le habían querido poner la sotana roja de los acólitos. A las once de la noche, todos dormían en el seminario. Lucho se levantó, envuelto en una manta, y se dirigió a la capilla. Estaba sola.

Únicamente velaba la lámpara del Santísimo, que gorjeaba como un canario de luz. Lucho hizo una gran genuflexión y extendió la manta al frente del altar de la Virgen María y le dijo el mismo discurso que le dirigía a las gentes, cuando iba de aldea en aldea mostrando sus habilidades de titiritero.

- Permitid, hermosísima Señora, que os distraiga un rato de vuestras tristezas y de vuestras cuitas, con las pruebas más admirables y más peligrosas que jamás hayan visto vuestros ojos.

Y empezó la función:

- Primero, Señora, os voy a hacer el Salto Mortal.

Y Lucho dio una voltereta magnífica...

- Ahora me voy a subir a aquella viga y brincaré, en vuestro honor, tres metros.

Lucho acercó el sillón rectoral y saltó hasta la viga.

- Ahora, Señora, empezaré a caminar en las manos y llegaré hasta el coronamiento del altar. Y como número siguiente, os voy a cantar una canción que se llama: "Sobre las ondas"; es un canto de un antiguo trovador de mi tierra.

Desgraciadamente, cuando Lucho se iba a subir a la viga, el sillón rectoral había perdido el equilibrio y había rodado por el suelo. El ruido había despertado al prefecto, que tenía un sueño ligero. A la luz tenue de la lamparilla del Sagrario, se agrandaba su figura.

El padre vio al seminarista jugando malabares con las vinajeras y velas encendidas del altar. El prefecto, asombrado y escandalizado, fue a llamar al superior para que inmediatamente pusiera remedio definitivo al desorden. Éste se levantó disgustado, se echó encima el sobretodo y se arrebujó una bufanda alrededor del cuello.

Cuando los dos, sigilosamente, llegaron a la capilla, Lucho hacía girar vertiginosamente vinajeras, campanillas y velas

encendidas por el aire. El padre rector estaba para estallar de santa ira, cuando vio que Lucho se despedía gentilmente de la Virgen.

- Y con esta última prueba, doy por terminada la función de esta noche. Ahora, mi Señora, recibid un beso de vuestro pobre payaso, que no sabe latín, pero que os quiere mucho.

Ya entraba el rector, que no alcanzaba a distinguir las palabras de Lucho, a silenciarlo y a decirle que se fuera a las plazas a hacer sus bufonadas, cuando la capilla empezó a iluminarse tenuemente. Lucho había caído de rodillas.

La Virgen bajó del nicho y se acercó a él, que la miraba extático. Cuando llegó hasta el volatinero, se acercó y, sonriendo, le dio un abrazo. La capilla se llenó de luz y el rector cayó de rodillas, con su compañero.

Después, la luz cesó y Lucho se desplomó, sin sentido, en la manta en que había hecho sus pruebas.

Al mucho rato volvió en sí, y en silencio se retiró de la capilla. El rector y el prefecto lo miraron asombrados, sin decirle una palabra.

Al día siguiente, Lucho, el juglar de la Virgen, se despedía del superior con los ojos llenos de lágrimas, resuelto a ir a estudiar el latín por los duros y largos caminos de la tierra...

Pero el rector, abrazando al titiritero como la Virgen, le dijo cariñosamente: "Tú no te vas, Lucho. Yo mismo te explicaré lo que falte, a condición de que tú me enseñes... a jugar malabares delante de Ella".

## SE COMPRAN LÁGRIMAS<sup>183</sup>

Frente a la última casa del pueblo y enmarcando todo lo ancho de la calle, se extendía un paño blanco que, en letras negras, decía: “¡Se compran lágrimas!”.

Aquella casa estaba siempre cerrada y sólo por las tardes se abría esquivamente para dar entrada a un sirviente, hombre de edad, que llevaba a su amo, en dos garrafas, lo que había conseguido, yendo de casa en casa.

Decían unos que para remedio... Que aquel hombre sufría de una enfermedad extraña, que sólo con lágrimas ajenas podíase aliviar.

El sirviente aquel tocaba a cada puerta y preguntaba tristemente: “¿Hay lágrimas para la venta?”. ¡Y en casi todas partes había lágrimas para la venta! Todas se las llevaba a su amo.

Era éste un hombre misterioso, alto y duro de facciones. Parecía pedernal tallado en aristas con lejana forma de hombre. Unos ojos extraños le brillaban a la sombra de sus pestañas con resplandores siniestros, como dos esmeraldas.

---

<sup>183</sup> Ver: “Cuentos”, vol. 1.

Aquel hombre pagaba muy bien el agua amarga que le llevaba su servidor. ¿Para qué las quería? Nadie lo sabía a punto fijo.

Otros suponían que era un sabio que trataba de fabricar, con lágrimas, el elixir de la vida. Y todos opinaban distinto y cada uno iba tejiendo, sobre el solitario y miedoso negociante, una historia sorda y opaca.

Aquel solitario mudo cataba con placer toda clase de lágrimas. En una copa de plata, las paladeaba casi con sensualidad y distinguía toda especie de llantos con la habilidad de un buen conocedor de vinos.

Sabía cuáles venían de ojos de mujer, por lo insípidas y múltiples; distinguía fácilmente las lágrimas del niño, por lo castas y suaves. Pero las que más apreciaba no eran las lágrimas de mujer ni las lágrimas de niño ni las lágrimas de viejo, sino las lágrimas amarguísimas y benéficas de madre. Esas le calmaban su sed misteriosa y le hacían un bien intenso. Le parecía a él que tenían todo el jugo del alma, y eso era lo que él buscaba.

Con aquel extraño y singular comprador, muchos desgraciados en el pueblo estaban mejorando de fortuna: muchas esposas y muchas madres.

Por la puerta del viejo excéntrico pasaban todos los días, camino de la escuela, dos rapaces. Iban siempre rocheleando y retozando por media calle, felices y floridos.

Cuando veían el letrero del comprador, se decían invariablemente: “¿Cuándo tendremos lágrimas para venderlas y comprar frutas?”. Porque cerca de la casa del comprador había

una surtida venta de manzanas. Pero aquello era quimérico. ¡Qué iban a tener ellos ni una lágrima, a los once años, riéndose por todo, haciendo guasa de todo y molestando a todos! Sin embargo, uno de ellos era huérfano.

Y sucede que los dos gamines eran acólitos. En la parroquia se les veía haciendo comedia de todos los rieles y buscándole irremediablemente el canto sonreído a todas las ceremonias.

Contrastaba con ellos el señor cura, muy serio y muy callado. Horas enteras pasaba ante el Santísimo, en el reclinatorio, con la cabeza blanca entre sus manos flacas y secas. Muchas veces, ante el sagrario, consumía horas enteras con un libro en sus manos, cuyas hojas no pasaba.

Uno de los acólitos notó un día, al colocar en su puesto el reclinatorio del cura, que la tabla del antepecho estaba húmeda de lágrimas. Llamó al compañerito y le dijo triunfal:

- ¡Albricias, chico, lágrimas tenemos! Las del señor cura, que se están miserablemente perdiendo.

Al día siguiente el párroco vio, con cierta extrañeza, una almohadilla en la tabla de apoyo del reclinatorio.

La Iglesia estaba desierta. El cura abrió el libro que acostumbraba en la misma página y leyó: “El Verbo se hizo carne y los suyos no lo recibieron”.

¡El Verbo! ¡El Creador!, ¡el Hijo de Dios se hizo carne!, se hizo hombre, se hizo culpable, se hizo varón de dolores y retablo de amarguras y, sin embargo... los suyos no lo recibieron. ¿Dónde

están ahora los suyos?: “¡Bah!, hay mucho que hacer y mucho en qué pensar para pensar en el Verbo de Dios. ¡Eso dejémoslo para la hora de la muerte, si hay tiempo; sobre todo dejémoslo a las monjas!”.

Y el cura, hombre duro, hecho a todas las desgracias, empapaba la almohadilla de su reclinatorio con lágrimas.

Cuando al mucho rato el sacerdote se retiró, los dos mocetes cayeron, ávidos, sobre la almohada húmeda y corrieron donde el negociante de lágrimas.

Se las pagó a precio de oro y exprimió con ansiedad el paño sobre la copa de plata. Y bebió. Había bebido de las lágrimas más exquisitas que se producen en la Tierra; lágrimas tan finas y tan añejas como las lágrimas de las madres dolientes. Era un gran catador.

¡Pero no había comparación! Estas que le habían traído los muchachos eran soberbias. Le causaban, a su alma cruel y dura e insensible, una alegría incalculable. Cuando bebió de ellas, en sus labios se dibujó una sonrisa cínica y en toda la estancia resonó una carcajada seca y fría.

Aquellas lágrimas que bebía eran las mejores para sus labios y para su alma egoísta. Aquel hombre, cruel y malo, tenía un nombre misterioso y lleno de alusiones, llamábase el señor Mundo.

## DOS CURAS EN LA INTIMIDAD<sup>184</sup>

Este joven sacerdote, de tres años de ordenado, vive en una casita blanca, de un barrio de invasión. Ha logrado arreglarla a su gusto: ha llevado allí el viejo Cristo de sus abuelos, tiene un estante de libros modernos, y abriga la frialdad y la soledad de su cuarto con una estera de esparto traída de Güepsa.

Este sacerdote se siente tan feliz en su estado y en su profesión. A su casita blanca, limpia y pobre, acuden los habitantes del barrio a consultarle sus problemas. Él les logró el acueducto con el alcalde; les consiguió la escuela con el secretario de Educación, les obtuvo la luz eléctrica, les está organizando una cooperativa de consumo... pero, sobre todo, los habitantes de aquel barrio pobre acuden a él no tanto en busca de pan ni de agua ni de luz eléctrica, sino en busca de Dios, de paz y de alegría.

Este cura joven, teólogo, se siente feliz con sus vecinos, con los cuales participa de todo. A él lo llaman a jugar balón. A él lo convidan a las reuniones comunales. Lo invitan en todos los bautismos a comer en las casas, lo mismo que en los días de las bodas.

---

<sup>184</sup> Ver: "Cuentos", vol. 2. Colección Obras Completas No. 17, Bogotá, 2009.

Un día de estos, hace poco, llegó a su casa un sacerdote bastante mayor que él. Venía este sacerdote sombrío y angustiado, y comenzó directamente este diálogo:

- Mira, dijo el visitante. Me siento ahogado en la Iglesia. Siento una especie de claustro ideológico que me ahoga. No sé lo que le está pasando a la Iglesia. Algo le pasa, cuando tantos nos estamos queriendo retirar del ministerio.

Yo te veo a ti alegre, te veo feliz en este barrio de miserables, en tu casita pobre y solamente iluminada con tus libros, con tus cacharros viejos. ¿Qué tienes tú, que te hace alegre, cuando yo estoy ahogado en la estrechez de la Iglesia?

El joven sacerdote cogió la pipa y la encendió para poder contestar las preguntas que se le presentaban.

- En primer lugar, te quiero decir que yo creo que la Iglesia no tiene más claustro que el Credo que nos dejó Jesucristo. Este es el claustro ideológico en el cual tenemos que vivir porque, de otro modo, ya no seríamos cristianos. Pero dentro de ese lindero, al sacerdote se le abre el inmenso espacio, el inmenso mundo que está expresado en el evangelio y que tiene un horizonte infinito.

¿Tú sí lees el evangelio? ¿Lo lees? Tendrás campo para caminar sin cansarte todos los días de tu vida, y te sentirás profundamente acompañado. Dime: ¿Tú oras?

Contestó el visitante:

- Te confieso, no tengo casi tiempo. Soy profesor, soy sociólogo, dirijo grupos de teatro, no tengo casi tiempo para orar.

Y el joven sacerdote continuó:

- Es absolutamente necesario que te entregues a Jesucristo, que te lances hacia Él. A los sacerdotes no se nos pide pan, se nos pide que demos a Jesucristo.

Yo estoy aquí, en este barrio de pobres, estoy rodeado de gente que no habla mi propio lenguaje, que no posee mi cultura ni mi tradición. Sin embargo, no me siento ahogado. Jesucristo me abre caminos día por día. La Iglesia se ha liberado actualmente de las escuelas teológicas que había en el pasado.

Actualmente no estamos sometidos, como antes, a santo Tomás, a Suárez y a Scoto. El sacerdote tiene ahora libertad. Estamos sometidos sólo al evangelio, y el evangelio nos hace increíblemente libres.

Pero yo te quiero advertir que el sacerdote, ante todo, debe ser sacerdote. No puede ser primordialmente científico ni literato ni sociólogo ni psicólogo ni promotor de desarrollo ni director artístico de coros. El sacerdote debe ser, ante todo, predicador de Jesucristo. Te quiero decir, el sacerdote debe desencadenar, en sí mismo, lo que recibió en el bautismo, en la confirmación, en la ordenación: el poder del Espíritu Santo.

Esta es la era del Espíritu Santo. El Espíritu está viniendo como nunca antes, después de Pentecostés. Se está sintiendo, se está experimentando un poder, una fuerza, una gracia igual a la que vino al mundo en la época de los apóstoles de la primitiva Iglesia. Hay un misterioso

contraste actualmente. En el preciso tiempo en que el mundo se presenta con un atractivo secular casi irresistible, con una fuerza y una belleza impresionantes, por contraste, está brotando en la Iglesia la inmensa fuerza del Espíritu Santo.

Si tú preguntas qué le pasa a la Iglesia, yo te contesto: lo que le pasa es que está siendo sacudida poderosamente por el Espíritu Santo. Que Él está viniendo como nunca, en vísperas de la llegada de Cristo. Que Jesucristo va a bautizarnos en Espíritu y en fuego, como está prometido. No creas que existe esa prisión espiritual como tú dices; lo que está apareciendo es la formidable libertad del evangelio.

El sacerdote visitante preguntó, con voz de intimidad, al cura joven:

- Cuéntame. ¿Tú te sientes feliz en el sacerdocio? ¿Te sientes feliz sin darte el gusto de un amor humano, de una mujer a tu lado, a quien ames profundamente?

El joven sacerdote encendió la pipa, que se le había apagado, cruzó ampliamente las piernas y contestó:

- Humanamente, no sería capaz de vivir sin una mujer a mi lado. Pero estoy sintiendo últimamente un poder, una gracia extraordinaria que me ha venido del cielo, y que creo que es don del Espíritu.

Te confieso que puedo vivir así, lo he experimentado. Pero tengo que sumergirme diariamente en la oración y tomar mis precauciones.

Óyeme viejo, continuó el joven sacerdote al visitante con voz profunda: el sacerdote tiene que ser diferente. La gente quiere que seamos distintos, la gente no quiere vernos mezclados en lo que no es evangélico. No hay cosa más maravillosa que predicar que Jesús nos ha salvado, que Jesús nos ama, que Jesús vive, que Jesucristo viene.

No hay cosa más bella que transmitir la alegría al mundo. Si estamos en este gran campo, el campo de la adoración, el campo del evangelio, si alguien poderoso nos está dirigiendo continuamente, podemos vivir sin un amor humano, sin una mujer a nuestro lado.

Pero si quieres ser primordialmente otra cosa, si tú quieres ser psicólogo, ante todo, o profesor o músico o escritor, antes que ser sacerdote, entonces no podrás vivir solo, porque sentirás una profunda soledad, tendrás que vivir con una mujer.

Yo te digo francamente: yo no me siento enclaustrado ideológicamente. Me siento totalmente libre por el evangelio. Ni me siento sólo. Siento la alegría de pertenecer a la Iglesia, siento cada día que la Iglesia no es una muralla que me aprisiona, sino un faro que me ilumina.

¿Quieres que oremos ahora, porque ya hemos hablado mucho? ¿Quieres que se desencadene en ti lo que recibiste en el bautismo, en la confirmación y en la ordenación?

En ese momento se oyó, desde la calle sin asfaltar, el pito insistente del carro del cura visitante. En el volante esperaba una muchacha más o menos bonita.

## PROLAHOCAJE<sup>185</sup>

Este joven cristiano estaba profundamente indeciso, interrogándose cuál era la esencia de la santidad y cuál era el verdadero camino que conduce hacia ella. Pensó, en un momento, si sería la más absoluta pobreza, al estilo de los antiguos franciscanos; si sería la más fervorosa oración, como los antiguos benedictinos; si sería una gran penitencia y una gran soledad y silencio, a imitación de los antiguos trapenses; si sería una gran predicación, como era la vocación de los dominicanos.

Este joven se preguntaba qué era lo que Dios quería de él, o si debiera simplemente quedarse en el mundo para ser como todos los demás: buscar una novia, tener unos amigos y reunirse eventualmente cada semana en algún grupo de oración. Se fue a la orilla del mar, porque el mar tiene siempre respuestas. Pero el mar no le dijo nada; siempre su inmensa monotonía, llegando al mismo punto y devolviéndose siempre. Se fue a un bosque; el bosque responde siempre cuando le preguntamos en silencio, pero no hubo respuesta. Los árboles estaban silenciosos.

---

<sup>185</sup> Ver: "Cuentos", vol. 2.

Aquel joven aspirante a la santidad no sabía qué hacer. Un poco decepcionado, marchó por una calle cercana al mercado de la ciudad. Por allí pasaban muchos carros. Había muchas ventas, había muchos apartamentos y había muchas casas dudosas y muchas whiskerías. Toda la calle estaba llena de mujeres alegres, de homosexuales y de ladrones. El joven estaba seguro de que allí no encontraría ninguna respuesta a su pregunta de perfección. Se quedó parado a la puerta de un establecimiento llamado Flor de Loto.

En eso pasó una muchacha linda, de cerca de 17 años; ella se quedó mirándolo y se le acercó y le preguntó: “¿Y tú que haces aquí? Este no es lugar para ti”. Él contestó: “Estoy preguntándome lo que Dios quiere de mí, en dónde querrá que le sirva”.

La muchacha, sonriente y maliciosa, le inquirió:

- ¿Tú eres normal?
- Sí, soy totalmente normal; no pertenezco a ningún equipo.
- Pues entonces, tu perfección está en esta calle, donde yo vengo a trabajar frecuentemente. Aquí yo entro sin miedo y me junto con todo lo que ustedes llaman lo peor de la sociedad, el célebre “lumpen”. Me reúno con ladrones, con reducidos, con marihuaneros, con bazuqueros y con un poco de viejas prostitutas. Yo les hablo del evangelio, les hablo del amor de Cristo, les hablo de dónde se halla la verdadera felicidad. ¿Cómo te parece?

Ven, te invito a una de estas reuniones que tenemos.

No te asustes de lo que vas a escuchar y de lo que vas a oír. Reunidos en cualquier sala mugrienta de esas casas prohibidas, yo les hablo. Tú vas a ver que no tengo pelos en la lengua ni tengo miedo. Estoy totalmente unida a Cristo, recibo diariamente la comunión y la fuerza del Espíritu Santo. Yo empiezo a hablar y Dios me ayuda. Les hablo de lo que yo amo, de lo que ellos no conocen, les hablo de Cristo crucificado. Empiezo a hablarles de la pureza que exige el evangelio; empiezo a hablarles de la belleza de María, y les gusta mucho.

Cuando estamos en estas pláticas, no falta el demonio que llega, no faltan los hombres que vienen en busca de mujeres: “¡Hola, Magaly! ¿Qué estás haciendo ahí? No pierdas tiempo”. “Hola Danny!, no pierdas tiempo... ¿Por qué no estás vendiendo bazuco? ¿Te estás volviendo bobo?”. No falta una mujer que dice: “No vengan ahora a molestar aquí, déjenos rezar, carajo, déjenos rezar un poco”. Ellos dicen: “Lo que está pasando es que esta muchacha, por lo visto, va a dañar esta cuadra”.

Entonces la muchacha linda de 17 años afirma:

- Aquí somos libres, ¡y si queremos rezar, rezamos! Jesucristo no vino a buscar a los santos ni a los sanos, sino a buscar a las prostitutas y a los pecadores, y nosotros somos de esos.

El dueño del negocio le dice:

- Es mentira, usted no es de esas, se le ve en la cara; lo que usted pretende es convertir a mis clientes y dañarme totalmente este negocio.

Uno de los hombres recién llegados dice:

- Y este carajito, ¿qué hace aquí, a qué viene...?
- ¡Estoy aquí también para rezar!

El otro responde malhumorado:

- Aquí lo que se va a formar es un mierdero, porque nosotros no nos aguantamos a estos cristianos, que vienen con intenciones dizque de convertir a las muchachas... Nosotros no permitiremos que se convierta esta casa en un rezanderío.

Una de las muchachas, Magaly, dice:

- Nosotras mandamos en esta residencia y si queremos rezar, rezamos. No todo va a ser para nosotros porquería. Ya estamos hartas de vicio y de tristeza. Se van ustedes de aquí y nosotros vamos a seguir con esta niña y este muchacho rezando.

Se fueron los visitantes y quedaron las muchachas habituales.

- Recemos, dijo la niña linda. Recemos a Dios, que quiere la oración de los pecadores, que somos nosotras.

Era una oración fervorosísima. Todos estaban tomados de las manos. Su oración era una alabanza, que sonaba extrañamente en aquel ambiente.

La muchacha miró con ojos especiales y dulces al joven que buscaba la perfección y le dijo:

- ¿Cómo te parecen mis amigas? ¿No será esta calle de la “Churumbela” y esta casa de Flor de Loto donde encontraremos la perfección y no en el bosque y no en la soledad? Hoy les voy a enseñar a ustedes una frase, una sola, que está en el evangelio de san Juan. La van a aprender de memoria: “De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él crea no perezca, mas tenga vida eterna”.

Mientras la muchacha hablaba, se oyó un ruido en la puerta; era la policía, que tocaba para que les abrieran. Los que se fueron la habían llamado so pretexto de que había desórdenes en la residencia.

- ¿Qué es lo que pasa aquí?, gritó el sargento.
- Aquí nada pasa, dijo el muchacho que buscaba la perfección. Estamos rezando, en vez de estar haciendo cosas oscuras.

El sargento, con el bolillo en la mano, dijo:

- Esta casa no es para rezar; si quieren rezar, vayan a la iglesia. Ustedes lo que están haciendo es preparando algún asalto.

La linda muchacha de 17 años dijo, con toda energía:

- Entonces, ¿no podemos hacer cosas buenas? ¿Para nosotros no está también el camino de la fe y de la piedad? Dios también nos ama y aquí está su Palabra, en el capítulo 4, versículo 8, de la primera carta de Juan, donde leemos:

¡Dios es amor!

Esta es la más linda definición de Dios: Dios es un infinito amor que cubre el universo, que cubre toda la vida del hombre.

Para usted, mi sargento y para ustedes señores agentes, que vinieron a buscar problemas y no los encontraron, porque aquí estamos en paz: Dios es amor y Él envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados, como dice el versículo 10.

- Esto se volvió un despelote, apuntó el sargento con voz gruesa. Se cambió la residencia por una casa de oración. Ustedes señoritas, ¿qué van a hacer entonces?
- Lo que Dios nos diga por boca de la niña. Ella nos sacó de la mierda en que estábamos y ella nos llevará a donde debe llevarnos. Ella sabrá qué hacer con nosotros, ladrones, prostitutas, homosexuales.

La policía se marchó... La niña, después de un corto silencio, dijo:

- Conozco un poco de gente de la Renovación Carismática, que es muy capaz de hacer cosas lindas con nosotros, si cambiamos y si nos organizamos. Nuestra sigla será muy sencilla: "PROLAHOCAJE", "Prostitutas, ladrones, homosexuales convertidos a Jesucristo".

El joven, sin salir de su asombro y entrando de lleno en la organización, dijo:

- Tenemos que sacar la personería jurídica de PROLAHOCAJE.

Y se quedó pensando en esa calle de mala fama que iba a ser el camino de su perfección verdadera. La muchacha se acercó al joven y le dijo:

- Vos, ¿cómo te llamas?
- Me llamo Luis Fernando.
- ¿Y qué vas a hacer?
- Yo quiero estudiar para sacerdote. ¿Y vos?
- Yo me llamo Paula.
- ¿Y qué vas a hacer?
- Como a vos, también me gustaría ser sacerdote, pero la Iglesia hasta ahora es muy machista y no me lo permite. Dios me dirá qué debo hacer. ¡Por ahora, organizar PROLAHOCAJE!

Todos estos son caminos hacia la perfección, donde menos se esperaba. ¡Qué bellos son los caminos del Señor!

# CUANDO TÚ VENGAS, SEÑOR<sup>186</sup>

Cuanto Tú vengas, Señor, a juzgar mi vida... Yo tiemblo, Cristo, ante ese día...

Cuando se ilumine mi existencia, cuando se aclare todo mi sentido... Cuando comprenda plenamente para qué fui creado... para qué nací. Cuando entienda todo lo que puede ser, cuando vea el paisaje misterioso y conturbador de lo que podía... ¡Podía, ante todo, ser... ! No hacer, sino ser...

Podía ser yo mismo, es decir, lo que Dios pensó para mí... y no un egoísta, un envidioso, un inútil, un carnal, un miserable... Hubiera podido ser eso bello y verdadero que Dios deseaba de mí.

La voluntad de Dios es mi santificación. Él quiere que seamos santos... que juzguemos las cosas como Cristo Jesús.

¿Qué soy yo? ¿Qué eres tú, que lees estas páginas? Tal vez cualquier cosa, menos lo que Dios quiere... Dios nos quiere seguramente distintos.

---

<sup>186</sup> Ver: "Acuérdate de Jesucristo"

Cuando vemos los árboles, los encontramos bellos... Así los quería Dios... con sus ramas silenciosas, cargadas de frutos y de hojas... Cuando contemplo los pájaros y los insectos, pienso que así los quería Dios... Llenos de color y de vida... Cuando contemplo las estrellas, entiendo que así las quería Dios: brillantes, lejanas, tristes. Pero cuando me veo a mí mismo, cuando considero mi vida, tengo la seguridad de que Dios no me quería así... Dios no me quería inútil ni ocioso ni impuro ni egoísta ni falto de caridad.

Cristo, ¿qué me dirás cuando vengas a juzgar mi vida? ¿Esto era lo que Tú querías de mí? Cristo, tengo que confesarte que he quebrantado tu plan sobre mí, he llevado una vida indigna de Ti, opuesta a tu querer...

Sin embargo, para Ti no hay nunca un “Demasiado tarde” ...

Si Tú quisieras tomar mi vida y rehacerla... Dame tu gracia para salir de mis planes egoístas y entrar en tu pensamiento, en tu proyecto...

Tú pudiste hacer maravillas en otros, en los que te dejaron obrar. Tú puedes sacar de un carbón, un diamante; de un mísero gusano, una mariposa de luz. ¿No podrás sacar de mí lo que tenías proyectado?

Para Ti no existe el “demasiado tarde” ... No digas que es tarde para comenzar a obrar en mí. ¿Qué dirás Tú cuando vengas a juzgar mi vida...?

# CRISTO, ¿CÓMO TE PARECE MI VIDA?<sup>187</sup>

Supongamos que nosotros nos presentamos ante Cristo, en su infinito ser, en su inmensidad, en su adorable realidad de juez del universo y de contemplador de nuestra conducta... y le dijéramos: “Cristo... ¿cómo te parece mi vida? ¿Cómo te parece mi conducta?”. Cristo seguramente abriría sus ojos eternos y nos miraría hasta el fondo entrañable... ¿Tu vida...? ¿Tu vida íntima...?

Yo lo veo todo, yo todo lo sé... Nada de lo tuyo está oculto para mí... Yo te señalé una medida de santidad, de bien, de belleza interior... esa medida era el objeto de tu nacimiento en el mundo... era la única explicación que tú tenías; llegar a ese punto de santidad era realizar tu destino. No lograrlo era el fracaso profundo, era hacer absurda la existencia. ¿Y qué has hecho? ¿Qué has hecho de tu santidad, de tu bien, de tu belleza interior? Tu bien y tu belleza no es lo que tú pretendes y anhelas en el tiempo, sino lo que yo, tu Dios, he pensado para ti desde la eternidad.

---

<sup>187</sup> Ver: “Acuérdate de Jesucristo”

¿Por qué me preguntas cómo me parece tu vida? Tu vida... Yo sé tu intimidad, yo sé tus infidelidades, yo conozco tu rebeldía interior, tu falta de caridad, tus gravísimas injusticias. Tu vida de hogar... Yo quería que lo hicieras bello, feliz, cristiano en el gravísimo sentido de esta palabra. ¿Y qué es de tu hogar: tus hijos están aprendiendo a ser santos, o están aprendiendo a ser frívolos; a ser unos mediocres sin grandeza, sin fortaleza, sin anhelo, sin ninguna clase de ideal...? ¿Qué ejemplo ven de ti? ¿No estás tú mismo despedazando el hogar, ese hogar que yo te confié? ¿Sientes la alegría de estar realizando una obra bella y santa en tu casa, o sientes la pena y ves con amargura que tu hogar está lejos de lo que yo, tu Dios, soñé... y de lo que tú soñaste...?

¿Por qué me preguntas cómo me parece tu vida... cómo me parece tu hogar...? ¿No te lo dice la conciencia? ¿Tu conciencia no te pide desde hace días un cambio profundo, una renovación fundamental...? ¿Refundirlo todo, rehacerlo todo...? ¿No sientes la necesidad de renovación?

Pero, óyeme: no intentes hacer la reforma de la vida por tu propio esfuerzo; busca la fuerza en mí, en tu Dios. Regresa a Dios, vuelve a empezar con humildad, y confianza, por el principio que es hacerte cristiano verdadero en el inmenso sentido de esta palabra. Sólo el cristiano puede hacer bella la vida, sólo el cristiano verdadero puede mostrarse ante Dios y pedirle a Dios que lo mire... y preguntarle tranquilo a Dios: ¿Cómo te parece mi vida?

# QUÉ SENTIRÁN\*

Yo no sé qué sentirán los aviadores que activan las palancas que dejan caer los misiles y las bombas destructoras de pueblos, de ciudades, de mercados, de colegios, de iglesias, de mezquitas. No sé qué sentirá el aviador cuando impulsa esa palanca; es horrible, es horrendo, no tiene perdón de Dios... Todo por un poco de petróleo.

La belleza del hombre, la belleza de la mujer, del anciano, de los niños... todo lo destruyen las bombas; y nosotros, tranquilos; y el mundo, contemplando el espectáculo miserable y pegado a las noticias... No hacemos nada, no somos capaces de unir en una sola voz a los cristianos, a los mahometanos, a los budistas, a los judíos, a los ricos, a los pobres.

Esos dos hombres, con rostros duros y sonrientes, oyen las noticias, oyen y dan más órdenes de matar, de aniquilar la belleza del hombre, de los niños, la belleza de las Iglesias, de los colegios, y que todo quede en ruinas. ¿Cómo es posible que

Minuto de Dios de febrero 11, 1991. Ver: "Artesanos de paz", Colección Obras Completas No. 18, Bogotá, 2009.

no hagamos nada? ¿Cómo es posible que no nos oigan? ¿Cómo es posible que suceda esto? ¿Por qué no se hace una campaña de oración en todo el mundo, una oración cristiana, judía, mahometana? Dios se conmovirá, Dios nos escuchará.

Que todos, cuando miren los noticieros de televisión por cable, sientan rabia, sientan asco, al contemplar los enormes aviones portadores de muerte; que nadie justifique la guerra, que nadie diga: es que necesitamos petróleo.

Usted, amigo que escucha y que comparte mi horror, mi angustia: ore mucho a Dios, organicemos días de oración; que suspendan el carnaval de Barraquilla, que suspendan el carnaval de Río, mientras están cayendo bombas sobre gente desvalida en Bagdad, en Kuwait, en Israel, en Arabia.

Que todos los periódicos de Colombia nos acompañen en esta campaña de rechazo, y los periódicos del Brasil y todas las radios y todos los canales de televisión. No puede ser que mientras los niños están heridos, nosotros estemos haciendo el papel ridículo de entupidos disfrazados en Barranquilla y de desvergonzadas bailarinas en Río.

Si usted es católico, ore al Dios uno y trino, a Jesucristo; si usted es mahometano, ore a Alá; si usted es judío, ore a Yahvé; si usted no es creyente en nada, ore a la fuerza infinita que creó el universo, pero no se quede callado, no se quede impasible, no apruebe de ningún modo lo que está sucediendo en el planeta, no lo justifique de ningún modo. Unámonos todos los hombres en una gran oración.

Oremos para que cese la guerra, oremos para que se hundan los portaaviones con su carga maldita, oremos para que no funcionen los radares; mientras tanto, están los niños, en África, con hambre, desnutridos, flacuchos; están los niños de América del Sur, aguardando escuelas y colegios; y nosotros, sin poder hacer nada, absolutamente nada. ¿No pudiéramos unirnos?

Muchas veces pienso: si tuviéramos acceso a los dos responsables, Hussein y Bush; pero ¿qué van a oír a un pobre cura colombiano, sin poder y sin armas?

# LA OBLIGACIÓN DE LOS CRISTIANOS<sup>188</sup>

Señor, este mundo tuyo es una simple belleza. Bello al amanecer, bello al medio día, bello al caer la tarde. Bellas las piedras milenarias. Bellos los ríos, y los mares sonoros. Bellos todos los árboles, sin excepción, y todos los animales, desde el mínimo insecto hasta el bellísimo caballo.

Todo es bello, sin excepción. Pero el hombre es tu obra. Tu obra maestra. El hombre, el más bello y, entre ellos, la Virgen María, la preciosa, y Jesucristo, el excepcional.

Quién pudiera alabarte, oh Dios, por tu obra magnífica, con un salmo digno de Ti y de tu universo. Todo lo que existe alaba al Señor. Nosotros, los hombres, no podemos ser unos distraídos, ajenos a la alabanza y a la adoración. Nuestra finalidad en el mundo es embellecerlo, cuidarlo delicadamente y alabarte a Ti, oh Dios, por tu creación. No podemos dañar nada de tu universo: ni un árbol ni un pájaro ni una flor, ni mucho menos un hombre.

---

<sup>188</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Dios nos puso para cuidar su creación. Para mejorarla y para usarla. Nuestra misión es adorar, amar y servir. Estamos todos obligados a embellecer a Colombia, a engrandecerla. Estamos todos los cristianos de Colombia en una obligación urgente de colaborar, de algún modo, para restaurar a Colombia.

Colombia está dando una nota falsa en el mundo y en la cristiandad. Aquí, en Colombia, somos todos cristianos y, sin embargo, diariamente el asesinato horrendo, el crimen mancha nuestra ciudad. Y, sin embargo, no hemos podido organizar un país justo. Mientras subsistan las grandes diferencias sociales, no habrá paz. Mientras haya el abismo de tugurios y grandes residencias, no pretendamos que haya paz. Debiera suscitarse un gran entusiasmo por Colombia. Esta es la gran misión que tenemos. Esto debiéramos enseñarles a los niños y a los jóvenes: nuestra obligación, nuestra misión de servir, de colaborar seriamente por Colombia.

No salgamos de la vida sin haber hecho el bien, sin haber plantado unas cuantas rosas, sin haber sembrado unos cuantos árboles, sin haber hecho el bien a unos cuantos hombres, sin haber dado una gran cuota de servicio. Sintámonos, ahora en que vemos que el país necesita de nuestra colaboración, sintámonos solidarios en él. Hagamos lo imposible para restaurar la sangre que corre; para impedir que siga sangrando Colombia, herida de crímenes y de violencia. Esta es una obligación absoluta, que tenemos como cristianos.

# ESCÚCHENME Y LLOREN CONMIGO<sup>189</sup>

Volvamos hoy a hablar de Dios. Eso alegra a Colombia. Eso pacifica al país, lo equilibra. Venga usted conmigo y arrodillémonos en la playa del océano que es Dios. Bajemos la cabeza hasta la arena.

Oh Dios adorable, oh Dios santo, oh Dios divino, oh Dios bello, oh Dios infinitamente tierno, infinitamente poderoso, oh Dios infinitamente silencioso, oh Dios que te sumerges en la infinita eternidad y en el infinito futuro. Oh Dios, que tuviste un Hijo maravilloso, que se llama el Verbo de Dios. Que se llama Jesucristo.

Ante Ti, todo es pequeño; ante Ti, todo es fugaz; ante Ti, todo es absolutamente efímero. Estoy mirando la belleza del mundo, estoy mirando la belleza de los árboles, tan silenciosos, tan sollozantes. Estoy mirando las rocas milenarias. Estoy mirando el hombre que pasa, tan bello, tan misterioso, tan sabio, tan bueno.

---

<sup>189</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Estoy mirándote hoy, Dios: por todas partes, Tú; por todas partes, tu Nombre; por todas partes, tu presencia; por todas partes, tu rumor. Tú eres una luz sobre toda luz, que no ven los ojos. Tú eres un perfume sobre todo perfume, que no capta el sentido. Tú eres una armonía sobre toda armonía, que no alcanza el oído. Tú no tienes cuerpo, pero has creado todos los cuerpos. Tú no tiene sonido, pero haces resonar a todo el universo, oh Dios.

No tengo la menor idea de Ti. Yo pecador, yo ingrato, yo olvidado, yo sometido a tentaciones. ¡Cómo será cuando yo te vea, cómo será cuando yo me suma en Ti! ¡Hundirme! Hundirme hasta el fondo... en tu adorable Ser.

Oh Dios, quiero sumirme en Ti, quiero temblar de amor hacia Ti. Quiero no separarme en nada de tu designio, quiero sacrificar mi amor humano, quiero sacrificar mi cariño. Quiero sacrificar mi curiosidad y mis deseos íntimos, por Ti, por tu amor.

Oh Colombia, despierta hacia Dios. Oh hombres distraídos de Colombia, despierten hacia Dios, acepten la religión de Dios, no se muevan ustedes ni un centímetro lejos de Dios. Oh ustedes, colombianos, que se alejaron de Dios, por seguir a una intrusa. Oh colombianos que se alejaron de Dios por ganar unos millones; que quebrantaron las leyes de la honradez y de la santidad. Vuelvan a Dios, busquen el camino de los santos.

Hagamos de Colombia un pueblo de adoradores de Dios, de amantes de Dios, de hijos de Dios. Ningún hijo de Dios puede tener hambre. Ningún hijo de Dios puede estar sin techo o puede estar sin vestido o puede ser un ignorante.

Empecemos a reconstruir a Colombia. Venga usted y acepte a Dios y ayude a los hijos de Dios y propóngase dedicar su gran inteligencia al servicio del hombre y a restaurar el mal que posiblemente haya hecho. Venga usted y sumérgase en el amor de Dios. Vengan ustedes, policías de Colombia, y no vulneren a nadie, porque todos son hijos de Dios. A nadie atormenten, a nadie torturen. Vengan ustedes, judíos y adoren al Dios verdadero, que es Uno para todos.

Oh Dios, te amamos. Oh colombianos, escúchenme y lloren conmigo.

## TODOS CULPABLES<sup>190</sup>

¿Ha tenido usted alguna vez la experiencia de estar solo, sumergido en Dios? ¿Se ha sentido alguna vez envuelto en la infinita realidad de Dios? Usted, hombre del mundo; usted, hombre en la Tierra, rodeada de constelaciones, rodeada de estrellas, rodeada de silencios inmensos, rodeada de abismos, rodeada de voces, ¿se ha sentido alguna vez rodeado de Dios? ¿Se ha sentido perdido en la inmensidad de Dios? ¿Se ha sentido sobrecogido, abismado? ¿O nunca ha tenido tiempo para Dios? ¿O nunca ha tenido atención a eso?

La vida del hombre, aparentemente tan limitada, está intervenida por la presencia y por la influencia dulce y poderosa de Dios.

Tenga usted momentos para el silencio íntimo, para las realidades invisibles. Tenga usted momentos para experimentar que hay una infinita Realidad que nos envuelve, que nos ama, que nos conduce, que nos dirige. Esa infinita Realidad es nuestro destino final.

---

<sup>190</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Colombia, entristecida y conmovida por casos graves como los que suelen suceder, debe tener también una gran multitud de personas que compensen el mal que se gesta entre nosotros. Debe haber personas que oran, que adoran, que compensan el mal que sucede entre nosotros. Es época, ésta, de oración, de arrepentimiento común, de conversión.

Dios quiere que el país se convierta, porque hemos llegado a un extremo gravísimo, un extremo en que todos nos sentimos amenazados, en que han aparecido hombres sin ninguna conciencia, capaces de cortar la vida de los mejores ciudadanos.

¿A qué causa podemos responsabilizar? Posiblemente nuestras escuelas, posiblemente nuestros medios de comunicación, que no fomentaron la honradez, la virtud, la honorabilidad; que crearon un ambiente totalmente indiferente a la ley de Dios, despreocupándose de los divinos mandamientos.

Todos hemos sido culpables. No hemos hecho lo que hubiéramos podido hacer para implantar la virtud en Colombia y eso, unido a la ignorancia, unido a la envidia, unido al odio social, unido a las injusticias, unido a las diferencias, está produciendo este horror que estamos viviendo.

Siéntase usted como parte responsable, siéntase entristecido; comparta la tristeza de Colombia y haga usted, dentro de sus posibilidades, las obras virtuosas que pueda para restaurar el país.

# QUISIERA CALLAR<sup>191</sup>

Yo quisiera callar, oh Señor, y esperar en ti. Yo quisiera callar para comprender lo que pasa en el mundo. Yo quisiera callar y estar cerca de Ti, oh Dios; y comprender las razones.

Yo quisiera callar para, en medio de tantos ruidos, reconocerte. Yo quisiera callar y entender que Tú tienes una palabra para mí. Pero yo no soy digno de que Tú vengas.  
Di una Palabra y el alma será sana (cf Mt 8, 8).

Hay momentos en que debemos callar profundamente y sumirnos en Dios, y no aceptar ningún ruido y estar ante Ti, sumergidos.

El hombre moderno necesita silenciarse. Es verdad que está comprometido a mejorar el mundo, pero debe tener largos momentos de contemplación y de silencio, para comprender las cosas. Debemos, en ciertos momentos, dejarnos inundar de Dios.

---

<sup>191</sup> Agosto 14, 1992. Ver: "Colombia para Cristo", Colección Obras Completas No. 27, Bogotá, 2012.

Colombia necesita la presencia de Dios. Los colombianos necesitamos salir de nuestra gran distracción y concentrarnos, silenciosos, en Dios.

Es verdad que tenemos muchas cosas que hacer. Todos lo sabemos. Pero escuchemos la voz de lo alto que nos dice:

¡Ven, ven al silencio!

Trata, trata de estar en la adorable presencia del Maestro. Allí en el silencio, en medio de piedras y de estrellas, Dios te hablará.

## OREMOS UN MOMENTO<sup>192</sup>

Oremos un momento. Hace días que no tenemos una mirada interior fija, un silencio íntimo, un momento de tendencia solamente hacia Dios. Digamos:

Tú, mi Dios, tienes pleno derecho sobre mí. Yo soy totalmente tuyo, Tú eres mi Creador, yo soy tu obra, la obra de tus manos. Yo soy absolutamente tu propiedad, y mi único deber es servirte. Tú me creaste, Tú me has amado, Tú me has llamado, Tú me has señalado.

Tú me has puesto en mi lugar. Donde estoy, ahí es donde Tú me quieres, no en otra parte, porque donde estoy es ahí donde Tú me quieres. Debo cumplir tu mandato, soy tu instrumento, soy el instrumento de tus manos. Dirígeme en todo momento, quiero obedecerte. Estoy en mi puesto, en el cual sólo yo quedo bien, puesto que Tú lo preparaste para mí, oh Señor.

Yo sé que el camino de la verdadera libertad es decir “sí” a la existencia que Tú me has señalado. Debo reconocer lo que Tú quieres que yo sea, y cómo Tú quieres que sea. Quiero decir sí a lo que Tú me has determinado, a lo que soy, a mi forma

---

<sup>192</sup> Ver: “Palabras a Dios”

de cuerpo, a las fuerzas de mi espíritu, a mis limitaciones y también a mis posibilidades, a mi salud, a mis dolencias. Quiero decir sí a mi entorno social, a mis circunstancias de cada día, a mi cruz y a mi anhelo, a mi vocación, a la historia de mi vida, a todo quiero dar aceptación consciente.

Todo lo que significa la voluntad de Dios sobre mí quiero aceptarlo. Quiero separarme de todo lo que me separa de la voluntad de Dios: del pecado, del capricho, de una falsa ilusión nacida de mi orgullo. Quiero alabar a Dios y a mi Señor en mi propio rostro, en mi propio aspecto, en las modalidades de mi vida que han ido apareciendo, no por mi pecado.

Quiero rechazar la amargura ante mi propia historia, ante mi propia vocación, ante mis propias circunstancias. Quiero descubrir y aceptar la voluntad de Dios en mi diaria vida. Quiero tener un momento de suma alegría, al considerar todo el conjunto de circunstancias con que Dios me ha permitido existir y que han configurado mi vida.

No quiero ser un hombre que rechaza su propia situación y las modalidades de su existencia. Quiero reconocer que todo en la tela de mi vida, en última instancia, ha sido tejido por las manos paternales y tiernas de Dios, que me ama; y sé que todo, bajo tu divino amparo, va a terminar bien.

## COMPARTE TU PAN<sup>193</sup>

Al llegar al XIX Banquete del Millón, al cual ustedes han asistido, algunos desde niños, algunos desde jóvenes; en el que muchos de ustedes vienen participando desde hace años, con un esfuerzo para poner al servicio de los demás una parte de lo que ustedes recibieron de Dios y contribuir así a construir la civilización del amor...

Al llegar a los 30 años de haber comenzado el programa del Minuto de Dios por la radio y a los 25 años de estar llevando ese mensaje a los colombianos por medio de la televisión, yo quiero hacer una oración al Señor y deseo pedirles a ustedes que me acompañen a orar, con palabras que son mías y que pueden ser de ustedes; con un anhelo que es mío, pero que deseo compartan todos ustedes, porque es un anhelo en función de Dios, en función de la patria y en función del hombre:

Dios mío, antes de terminar este día, antes de terminar este año y antes de morir, quiero creer en Ti, quiero amarte, quiero adorarte; no quiero morir en la apostasía, no quiero morir en

---

<sup>193</sup> Discurso en el Banquete del Millón de 1979. Ver: "El Banquete del Millón", Colección Obras Completas No. 21, Bogotá, 2010.

la duda; no quiero morir sin haber realizado el amor, sin haber hecho algo serio en favor del hombre. No quiero terminar este día ni este año, ni terminar mi vida sin haber embellecido el mundo.

Antes de morir, permíteme sentirme plenamente seguro de Ti. Permíteme tener la experiencia de Ti; una experiencia extraña, en que yo sienta tu calor divino, en que yo sienta tu cercanía, en que oiga tu voz lejana y cercana.

Antes de terminar este día, antes de terminar este año y de terminar mi vida, quiero sembrar, quiero plantar, quiero alegrar, quiero perdonar, quiero ver, quiero admirar, quiero pasmarme ante lo que me rodea. Pasmarme ante la estrella, pasmarme ante la hormiga, pasmarme ante la flor, ante la fuente. Quiero gozar de las pequeñas cosas que tejen la vida; no permitas que viva distraído en la belleza que me rodea.

No quiero crear la tristeza, ni aceptar la nostalgia, ni aumentar la pesadumbre. Antes de morir, déjame conocer al hombre, conocer el prodigio de ese ser complejo y bello que se me acerca y me conversa y que se aleja y que se me hace inseparable.

Haz que no me burle de ninguno; haz que no desprecie a ninguno; haz que no odie a ninguno; que no hiera a nadie.

Déjame cumplir mi tarea de amor, de fraternidad y de alegría. Haz que no introduzca yo la tristeza, haz que no siembre yo el odio ni la miseria; haz que no marchite ninguna flor, que no tronche ningún gajo, que no quebrante a ningún hombre.

Antes de morir, haz que yo cumpla la bella tarea que me pusiste al nacer. Que mi tarea no sea hecha de borrones, de rayas, de líneas torcidas, de palabras malignas.

Haz que viva intensamente mis horas y mis días. Que viva con tal intensidad, que me acerque al éxtasis, al arrobamiento de la alegría de existir, de la alegría de amar, de la alegría de creer, de la alegría de esperarte, ¡Dios mío!

Quiero pedirte, Señor, yo, indigno de existir, por estos mis hermanos, que desde hace muchos años me están escuchando, por los que desde hace mucho tiempo me están ayudando a construir la obra del Minuto de Dios.

Quiero pedirte, Dios mío, por Colombia, mi patria, y suplicarte que en ella se pueda edificar la civilización del amor, basada en la justicia, en el respeto a los derechos de todos, en la verdad y en la libertad.

Quiero que nos bendigas a todos, Señor, y que a todos nosotros y a todos los hijos de Colombia nos concedas un día verte y habitar contigo en la definitiva casa de tu Reino.

# HERMANO DE TODOS<sup>194</sup>

¡Te grito, Oh Dios! Desde aquí; desde la mínima Tierra, desde la bella Tierra, desde este planeta incomparable que se desprendió de un astro gigante y siguió su marcha de evolución por millones de años e hizo aparecer, bajo tu inspiración, árboles y aves, hasta llegar a la belleza de un hombre. De un hombre, rudimentario sí, pero que tenía un lampo de eternidad en su mirada, que tenía un brillo de melancolía en su rostro y tenía un anhelo infinito.

Grito hacia Ti, ¡Oh Dios!, que rodeas el mundo y el universo con tu infinito amor, con tu infinita sabiduría. Te quiero amar. Te quiero alabar. Te quiero agradecer. Mi vida quiere ser absolutamente sumisa a tu voluntad. No quiero estar ausente de Ti. No quiero estar ausente ni lejano de las cosas. Me siento hermano de todo; hermano de las piedras, hermano de las flores, hermano de los animales, hermano íntimo de todos los hombres.

Me siento responsable de todo. Me siento unido con los africanos que tienen muchas limitaciones en su vida. Me siento íntimamente unido con los indios Motilones que están en sus bohíos, durmiendo en sus hamacas o en sus esteras, con sus mujeres y con sus hijos.

---

<sup>194</sup> Ver: "Palabras a Dios"

Me siento fraternal con todos los hombres: los intelectuales, que se han acomodado al ateísmo. Así se criaron y ya no se preguntan nada ni se inquietan por nada de lo trascendental y de lo eterno. Me siento fraternal con la gente de París, que tiene una concepción profunda, displicente y burlesca de la vida. Me siento fraternal con todos, sin excluir a nadie: con las prostitutas, que viven tristes y que no encuentran amor; con los homosexuales, que viven una inmensa angustia; con los guerrilleros, que comprenden su gran equivocación y no saben cómo salir de ahí, y van perdiendo su noble esperanza de cambiar, por la fuerza de las armas, el país. Me siento fraternal con los mendigos, que están sintiendo frío y hambre, y que no tienen nada, porque nosotros guardamos con avaricia lo que nos sobra.

No quiero excluir a nadie de mi intimidad, de mi unión. Estoy, en mi pensamiento, con el campesino que llega cansado de su parcela. Estoy con todos los cristianos. Los acompaño en su camino espiritual, pero estoy también con los budistas, que se sumergen buscando la divinidad; con los ateos, que miran por todas partes y no encuentran ninguna explicación de la belleza y de la sabiduría de las cosas.

Yo soy un hombre, ¡oh amado Dios!, que me siento feliz de ser parte del gran todo que Tú creaste y que busca integrarse íntimamente contigo, para realizar la gran unidad en tu Hijo Jesucristo, resucitado y en la perfecta eternidad.

# PLEGARIA POR EL BENEFACTOR<sup>195</sup>

Dios quiera que el camino de tus propósitos sea corto para ti.  
Dios quiera que el viento esté siempre a tu espalda.  
Dios quiera tenerte siempre en el cuenco de sus manos.  
Dios quiera que tu corazón esté siempre tan caliente como la  
llama.  
Dios quiera que cuando venga la muerte,  
solamente queden detrás de ti las lágrimas de los pobres.  
Dios te bendiga siempre.

---

<sup>195</sup> Cf “Rafael García Herreros, una vida y una obra”



## Índice de obras

García-Herreros U., R. (2005). *La Virgen María*. Colección Obras Completas No. 2. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2009) *Acuérdate de Jesucristo*. Colección Obras Completas No. 15. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2009). *Cuentos. Vol. 1*. Colección Obras Completas No. 16. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2009). *Cuentos. Vol. 2*. Colección Obras Completas No. 17. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2010). *El Banquete del Millón*. Colección Obras Completas No. 21. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2010). *Morir y resucitar con Cristo*. Colección Obras Completas No. 12. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2010). *Palabras a Dios*. Colección Obras Completas No. 9. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2010). *Tú sabes que te amo*. Colección Obras Completas No. 13. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2011). *Palabras del pastor. Vol. 3*. Colección Obras Completas

No. 24. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2012). *Colombia para Cristo*. Colección Obras Completas No. 27. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2012). *Quiero ser cristiano*. Colección Obras Completas No. 26. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá, 2012.

--- (2012). *Vivir, pensar, creer y morir*. Colección Obras Completas No. 29. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2014). *El Espíritu Santo*. Colección Obras Completas No. 3. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

--- (2014). *Señor mío y Dios mío*. Colección Obras Completas No. 31. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.

Jaramillo, D. (2024). *Rafael García Herreros, una vida y una obra*. 6ª edición. Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá.







